José Martí

Páginas escogidas

ediciones especiales

José Martí

PÁGINAS ESCOGIDAS

TOMO I

Selección y compilación
Roberto Fernández Retamar

Prólogos
Roberto Fernández Retamar
Pedro Pablo Rodríguez

La Habana, 2021

Coordinación del proyecto: Dr. Eduardo Torres Cuevas

Edición: Ela López Ugarte
Diseño interior y composición: Ileana Fernández Alfonso
Diseño de cubierta y portadillas: Luis Alfredo Gutiérrez Eiró

Primera edición: Editorial Nacional de Cuba, La Habana, 1965
Segunda edición: Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1968
Tercera edición: La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974

Sobre la presente edición:
© Centro de Estudios Martianos, 2021

ISBN: 978-959-271-364-2 Obra completa
ISBN: 978-959-271-365-9 Tomo I

Centro de Estudios Martianos
Calzada 807, esquina a 4,
El Vedado, CP 10400,
La Habana, Cuba
Telf.: (53) 7836 4966 al 69
Fax: (53) 7833 3721
E-mail: cem@josemarti.co.cu
editorial@josemarti.co.cu
promocioncem@gmail.com
www.josemarti.cu

Martí en su (tercer) mundo

A Ezequiel Martínez Estrada
y Manuel Pedro González

Encarcelado y llevado a juicio, por atacar un cuartel en Santiago de Cuba el 26 de julio de 1953, Fidel Castro responde a los jueces que quieren conocer al instigador del ataque: "Es José Martí". Años después, los dos grandes documentos políticos en que se fija la orientación del proceso revolucionario desencadenado aquel 26 de julio, las llamadas *Primera declaración de La Habana* (1960) y *Segunda declaración de La Habana* (1962), comienzan remitiéndose a José Martí.

Este dirigente político que sigue siendo subversivo sesenta años después de su muerte, es el escritor a quien Rubén Darío llamó "Maestro", y Alfonso Reyes, "supremo varón literario"; el mismo a quien Gabriela Mistral consideraba "el hombre más puro de la raza", y Ezequiel Martínez Estrada, no solo "un Héroe", sino además "un Santo, un Sabio y un Mártir". ¿Quién es este hombre extraño a quien, al cumplirse el siglo de su nacimiento, el propio Fidel Castro atribuye la paternidad de la más dramática revolución del continente americano; a quien recitan de memoria los escolares de su tierra y los escritores más exigentes; a quien reclaman para sí pensadores de diversas orientaciones? ¿Quién es este hombre que antes de sus dieciocho años, después de haber padecido presidio político, salió desterrado de su isla, y no vivió sino para ella, y regresó a los cuarentaidós años a morir, peleando en la guerra que él organizara; y que, sin haber publicado libro, dejó millares de páginas escritas en la mejor lengua española, y previó en política y en arte, y al que hoy citan los estadistas, los escritores y los hombres sencillos y lo reverencian todos?

VIDA

En 1853 morían fuera de Cuba, uno en Madrid y otro en la Florida, dos hombres relevantes del país, que habían propuesto soluciones a sus problemas políticos: uno, el patricio Domingo Delmonte, pensó que tales soluciones no debían llegar a la separación de España, sino encarnar en reformas adecuadas; otro, el presbítero Félix Varela, sustentó en cambio con razones suficientes la necesidad de la independencia de Cuba. Por pretender llevar a vías de hecho este último criterio cuarenta años antes, en 1812, había sido ejecutado en La Habana el artesano negro José Antonio Aponte, "el primer cubano que soñó la bella inspiración de rebelarse

contra la dominación española de un modo práctico", como escribiera el historiador Juan Arnao en 1877. También había sido llevado al cadalso en La Habana, en 1851, el militar venezolano Narciso López, por haber tratado de invadir la isla para anexarla a los Estados Unidos. La idea de separar a Cuba de España tenía pues su desarrollo, sus irreconciliables diferencias y sus grandes muertos al mediar el siglo xix. Aquel año de 1853, el 28 de enero, nacía en La Habana José Martí. Fue el hijo de españoles humildes (don Mariano y doña Leonor), a quienes la necesidad había arrojado a "la siempre fidelísima isla de Cuba", donde se conocieron y casaron. Cuba era, con Puerto Rico, la última colonia española en el Nuevo Mundo. Siete hijas tendría después el matrimonio. Fueron, dirá el propio Martí, "pobres, muy pobres". Para subvenir a las necesidades más urgentes, el padre, con ocasionales momentos de desempleo, practicó diversas actividades menores. El hijo varón, niño todavía, tuvo que acompañarlo en algunas, a veces fuera de La Habana y aun de Cuba.

El encuentro de Martí con el maestro cubano Rafael María de Mendive fue decisivo. Mendive, que además de maestro era un delicado poeta y un patriota irreductible, dirigía la escuela en que Martí fue inscrito, y descubrió pronto las cualidades excepcionales del muchacho. Pidió del padre, y finalmente obtuvo, autorización para costear sus estudios. En lo adelante, hasta su destierro, fungirá como su segundo padre, y tendrá una influencia determinante en su vida. Fue en él que Martí vio deslumbrado, todavía en su niñez, la conjunción del hombre de letras, el maestro y el patriota; del intelectual que se opone virilmente a la tiranía y sufre cárcel y destierro. Imposible no reconocer esa fijación en las primeras actividades públicas de Martí, que reproducirán por esos años y magnificarán más tarde las del maestro. En el colegio particular de Mendive, llamado San Pablo. Sabe luego de tertulias literarias y políticas. Alguna vez, el maestro (que es traductor de Moore) lo sorprenderá vertiendo al español, a escondidas, un poema de Byron. Tiene trece años.

A los quince años de su vida, estalla en el poblado de Yara, Oriente, el 10 de octubre de 1868, la primera guerra cubana contra España, que habría de extenderse por diez años. Aunque hijo de españoles, Martí, el discípulo predilecto del criollo Mendive, adhiere desde el primer momento a "la causa de Yara". Publica clandestinamente su soneto "El diez de octubre"; edita, a comienzos de 1869, primero *El Diablo Cojuelo,* y luego el "semanario democrático cosmopolita" *La Patria Libre,* que no pasan del primer número. En este último, da a conocer su poema dramático "Abdala", "escrito expresamente para la patria". Este hombre de destino, al frisar los dieciséis años, escribe la profecía de su vida. El joven Abdala debe defender su patria, Nubia (transparente alusión a Cuba), frente al opresor, a pesar de los ruegos de su hermana y de su madre, en cuyos brazos acabará por morir. Abdala, en su nombre castellanizado, es Boabdil "el Chico", último rey de Granada,

que combatió contra los conquistadores de América, los Reyes Católicos. A la madre, que intenta vanamente detenerlo, Abdala explica:

El amor, madre, a la patria,
No es el amor ridículo a la tierra,
Ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
Es el odio invencible a quien la oprime,
Es el rencor eterno a quien la ataca;—
Y tal amor despierta en nuestro pecho
El mundo de recuerdos que nos llama
A la vida otra vez...

En lo adelante, los sucesos van a precipitarse. El colegio de Mendive será clausurado; el maestro, encarcelado primero y deportado después. Por un incidente menor, los "voluntarios" españoles —organizados para combatir a los cubanos— penetran en casa de su amigo fraternal Fermín Valdés Domínguez, y encuentran allí una carta en que se acusaba a un condiscípulo de apostasía por haber ingresado en el ejército español. La carta está firmada por Martí y Valdés Domínguez. El 21 de octubre son encarcelados. En el juicio, casi cinco meses después, Martí reclama enérgicamente la paternidad de la carta, y el derecho de Cuba a su independencia.

Es condenado a seis años de prisión. Un mes después se le lleva a realizar trabajos forzados en canteras, y seis meses más tarde, por gestiones del padre con el arrendatario de las canteras, es enviado a la Isla de Pinos, y finalmente se le conmuta la pena por destierro a España, hacia la cual partirá el 15 de enero de 1871. Va a cumplir dieciocho años, y ha estado uno en prisión. Horas antes de tomar el barco, escribe a Mendive: "Mucho he sufrido, pero tengo la convicción de que he sabido sufrir. Y si he tenido fuerzas para tanto y si me siento con fuerzas para ser verdaderamente hombre, solo a Vd. lo debo y de Vd. y solo de Vd. es cuanto de bueno y cariñoso tengo". En el mar, redacta su primera obra de envergadura: su extraordinario alegato *El presidio político en Cuba,* que publicará en Madrid ese año. En un tono a la vez realista y simbólico, impregnado de sabor bíblico, el joven denuncia la espantosa situación del presidio político en Cuba. Martí sale de Cuba ya formado, a pesar de sus pocos años. Su precocidad genial y las tremendas pruebas a que es sometido, hacen de él un hombre maduro en el momento en que abandona el país.

La vida en España (1871-1874), aunque dura, será importante para él. Allí se le reunirá Valdés Domínguez, deportado también, después de un proceso inicuo que costará la muerte a ocho inocentes estudiantes de Medicina. Mientras gana su vida trabajosamente, ofreciendo clases, estudiará, de manera irregular, el resto de su

bachillerato y Derecho y Filosofía y Letras en las universidades de Madrid y Zaragoza. Polemiza en los diarios sobre la cuestión cubana, y en 1873 publica un nuevo opúsculo: *La república española ante la revolución cubana,* en que emplaza a la naciente y pronto fallida república española a ser consecuente con sus principios en lo que toca a Cuba. En España, Martí se familiariza con los clásicos españoles, con sus pintores, místicos y estoicos. Allí, nos dirá luego, "rompió su corola/La poca flor de mi vida".

Abandona España a finales del 74. Conoce, de pasada, Francia. Y marcha a México, vía Southampton y Nueva York. En México se reúne con su familia, que ha ido allá a encontrarse con él; adquiere amistades profundas, y sobre todo la de Manuel Mercado; acaba de hacerse periodista y crítico, y conoce a quien será su esposa. De México lo separa, como de los otros países hispanoamericanos en que vivirá, el caudillismo. Por rechazarlo en uno y otro sitio, abandonará México, Guatemala y Venezuela, países en que vivirá entre 1875 y 1881, con ocasionales estancias en España, adonde se le desterrará de nuevo (1879), Nueva York (1880) y la propia Cuba. En Guatemala será profesor, y escribirá su folleto *Guatemala* (1878). En Venezuela habrá de editar una revista que solo conocerá dos números: la *Revista Venezolana* (1881), en donde aparecen ya algunos de los trabajos literarios importantes de Martí. En todas partes es grande su influencia en la juventud. Está en Cuba en dos ocasiones: en 1877, en que con su segundo nombre y su segundo apellido (Julián Pérez) visita La Habana fugazmente; y en 1878, en que, habiendo renunciado a la cátedra que desempeñaba en Guatemala por solidaridad con un amigo depuesto por el presidente, vuelve a Cuba, la cual conoce la tregua que siguió a la Guerra de los Diez Años. Allí, Martí ejerce como pasante en un bufete. Pero sobre todo habla públicamente de sus simpatías revolucionarias y se mezcla en actividades conspirativas, por lo que es deportado a España al año siguiente (1879). Esta nueva vez, permanecerá unos dos meses en España, de donde siguiendo la ruta del otro destierro, pasará a Nueva York y Caracas, hasta regresar a Nueva York en 1881.

Su existencia andariega no encontrará cierto reposo sino a partir de esta fecha, en que se fija en Nueva York, donde permanecerá hasta 1895, sin viajar al extranjero en los primeros años, y con saltos rapidísimos a partir de 1892, a México, Santo Domingo, Jamaica, Centroamérica, cuando ya está entregado de lleno a la preparación de la guerra. Esta vida contribuye a apresurar la desdicha conyugal. Había casado en México, en 1877, con la cubana Carmen Zayas Bazán. Esperaba ella un hijo cuando Martí renuncia a su puesto en Guatemala y marcha a su patria. Acababa de dar a luz, cuando Martí es deportado otra vez a España. En vano la esposa, que no comprende la tarea que Martí se ha impuesto, espera de él asentamiento. Pronto el hogar está dañado, y aunque hay esfuerzos de reconciliación en torno al hijo, en 1890 la ruptura es definitiva. Para entonces, Martí se ha acercado

a otra mujer, viuda, en cuya casa de huéspedes ha vivido en Nueva York, y cuyos hijos considerará como suyos: Carmen Miyares. Ello será particularmente visible con la más pequeña de las niñas, María.

Al mismo tiempo, los viajes a que se ve obligado Martí (unas veces por destierro; otras para ganarse la vida, sin doblegarse ante los caudillos; otras, en fin, para preparar la revolución), le permiten tener un conocimiento de primera mano de las realidades inmediatas entre las cuales se mueve el país. En España se incorpora cuanto de vivo le ofrece su tradición cultural, pero verifica la imposibilidad de que Cuba permanezca unida a ella; es otro país. En las varias repúblicas latinoamericanas que visita, se abre a la comprensión de una unidad mayor, que él llamará "nuestra América", dentro de la cual aparece articulada Cuba. En los Estados Unidos, el país extranjero donde permanece más tiempo, se familiariza con la que llamará "la América europea", y sin dejar de reconocer sus virtudes, ve espantado cómo reaparecen allí los vicios que creía haber dejado atrás, en Europa, y ratifica la diferencia de estructura y espíritu entre las dos Américas. Además, y esto es lo más importante, Martí vive en los Estados Unidos en el momento en que la nación pasa, de su capitalismo premonopolista, al capitalismo monopolista e imperialista que la llevará inexorablemente, a arrojarse sobre el mundo; en primer lugar, sobre la América Latina, y en particular sobre Cuba. El hecho de que su patria permanezca como colonia, agudiza dramáticamente su sensibilidad y su comprensión de estos problemas.

En los años iniciales, aunque entiende pronto la realidad norteamericana, su gran preocupación es la independencia frente a España. En su primera estadía en Nueva York, en 1880, ha presidido el Comité Revolucionario Cubano de Nueva York, que proclamará la llamada Guerra Chiquita: mediante este movimiento bélico cuyo jefe militar fue el general Calixto García, se intentó llevar de nuevo la guerra al país; pero este, fatigado tras diez años de infructuosa pelea contra España, no se encontraba todavía maduro para reiniciar el combate, y el nuevo intento se extinguirá al año.

Martí no ceja en su empeño, sin embargo, y prosigue dirigiéndose a las grandes figuras de la guerra pasada, intentando estimularlas para reiniciar la lucha libertadora. Al cabo, en 1884, los planes parecen a punto de hacerse realidad. Martí se reúne en Nueva York con los generales Máximo Gómez, nacido en Santo Domingo, y Antonio Maceo. Ambos habían salido de la Guerra de los Diez Años con enorme prestigio, y simbolizaban, por su extracción popular (eran campesinos pobres, y Maceo, además, mulato), la radicalización creciente que había conocido esa guerra. En aquella ocasión, sin embargo, no llegan a concretarse los planes martianos. Martí comprende que Gómez, atribuyendo el fracaso de la guerra a las trabas y al civilismo extemporáneos del gobierno en armas, pretende dar un marcado carácter militar al nuevo gobierno; y decide desvincularse

de los planes, por temor de llevar a su patria una variante del estéril caudillismo que ha visto dañar a otros países hispanoamericanos. Es una dura decisión, que cuesta a Martí los años más amargos de su vida. Hasta 1887 permanecerá voluntariamente marginado de las tareas concretas en favor de la guerra independentista: tareas que, por otra parte, no llegan a materializarse sin su concurso. En la isla, mientras tanto, va creciendo una campaña autonomista que, si bien permite expresarse a independentistas velados, es índice sobre todo de la actitud conciliadora, a menudo francamente reaccionaria, que ha asumido la burguesía agrícola criolla a raíz de la derrota del 78.

Para entonces, Martí es ya el escritor de lengua española más leído y admirado en el continente. Sarmiento, acaso la más prestigiosa figura de la vieja generación, al recomendar a Paul Groussac su traducción al francés para darlo a conocer en Europa, le dirá: "En español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo, nada presenta la Francia de esta resonancia de metal". Y ello a pesar de que Sarmiento discrepaba del áspero enjuiciamiento que hacía Martí de los Estados Unidos. En cuanto a la generación más joven, Rubén Darío dice de él, en 1888: "escribe, a nuestro modo de juzgar, más brillantemente que ninguno de España o de América".

Martí había hecho periodismo durante su estadía en México; en los propios Estados Unidos, había escrito en *The Sun y The Hour,* directamente en inglés o en francés, para ser traducido al inglés. Pero fue gracias a su colaboración en periódicos de lengua española, una vez fijado en Nueva York, que su fama creció por Hispanoamérica. Una veintena de periódicos del continente difunden sus trabajos. Martí escribe en forma de "cartas" sus *Escenas norteamericanas,* crónicas en que presenta la ciclópea realidad del país, traza retratos admirables, y sobre todo advierte y previene.

Aunque son sus colaboraciones periodísticas las que lo hacen ampliamente conocido, Martí ha publicado también un cuaderno de versos, *Ismaelillo,* en 1882, en edición de autor; y la novela *Amistad funesta,* que redactó en una semana por encargo y dio a conocer en entregas, con seudónimo, en 1885. También ha realizado diversas traducciones. Dejaría sin publicar, de esta época, sus *Versos libres* y sus *Flores del destierro,* colecciones poéticas para las cuales escribió sendos prólogos.

En 1887, cree propicia de nuevo la situación para intentar un acercamiento entre los exiliados. Llama a celebrar dignamente el aniversario del 10 de Octubre. En una sala de Nueva York, como hará en los años sucesivos, se dirige a la emigración allí reunida. En 1880 había hablado de "animar con la buena nueva a los creyentes"; saluda ahora "este religioso entusiasmo", y evoca "el júbilo santo de los ejércitos de la libertad". Martí electriza a su público con una palabra encrespada, centelleante de metáforas, que nunca desciende a avulgararse, y fascina. Es más

difícil en su oratoria que en su poesía, pero se le *entiende:* conmueve. La reacción de los oyentes es fervorosa. Martí dirige una carta, firmada por él y otros cubanos, al general Máximo Gómez, para averiguar su disposición de luchar (estaba todavía viva la herida de la separación, tres años atrás). Gómez responde escuetamente, reiterando que su espada está al servicio de Cuba. La posibilidad conspirativa ha vuelto a abrirse.

Al mismo tiempo, la fama continental de Martí continúa creciendo, y sus trabajos se multiplican. En 1888 es nombrado representante en los Estados Unidos de la Asociación de la Prensa de Buenos Aires. Al año siguiente, se echa encima la inesperada tarea de escribir íntegramente una revista para niños, *La Edad de Oro,* de la que solo vieron la luz cuatro números, "porque, por creencia o por miedo de comercio", dirá luego Martí en carta a un amigo, "quería el editor que yo hablase del 'temor de Dios', y que el nombre de Dios, y no la tolerancia y el espíritu divino, estuvieran en todos los artículos e historias". Aquel gigante, en medio de tormentas, se inclina a hablar con los niños para explicarles, como un maestro paternal, cosas de historia y ciencia, para decirles poesías que anuncian sus *Versos sencillos,* y acostumbrarlos a la justicia, la belleza y el amor a su patria hispanoamericana y a los humildes.

A finales de la década del 80, los que hasta entonces parecían solo temores de Martí sobre la actitud norteamericana en relación con la otra América, empiezan a hacerse realidad visible para todos. En 1889, Martí responde con energía al periódico *The Manufacturer* que, con beneplácito de la prensa estadounidense, ha expresado su desdén por los cubanos. Pero lo más señalado del invierno de 1889-1890, en relación con esto, es la convocatoria hecha por Washington a la Primera Conferencia de Naciones Americanas. Solo Santo Domingo se abstiene de concurrir. Aunque sin participación directa, Martí asiste lleno de ansiedad a aquel cónclave del que saldrían en un futuro la política del panamericanismo, la Organización de Estados Americanos... En el prólogo de sus *Versos sencillos,* nos ha hablado de

> aquel invierno de angustia, en que por ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de la América? Y la agonía en que viví, hasta que pude confirmar la cautela y el brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar el plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana...

Martí enfermó de aquella ansiedad. "Me echó el médico al monte", dirá a continuación: "corrían arroyos, y se cerraban las nubes: escribí versos". En efecto, el peleador escribe entonces sus *Versos sencillos,* que publicará en 1891, de nuevo en modesta edición de autor. El hombre múltiple, el barroco, el que se prepara para la guerra tremenda, escribe octosílabos sencillos; llenos, sin embargo, de esa extraña complejidad de lo popular.

En 1890, la pluralidad de tareas de Martí es francamente asombrosa. Es hecho cónsul, en Nueva York, de la Argentina, Uruguay y Paraguay, y electo presidente de la Sociedad Literaria Hispanoamericana, y presidente honorario de la Liga, sociedad de negros en la que servirá también como maestro. Además ofrece clases de español en una escuela nocturna. A finales de ese año, Uruguay lo nombra su representante en la Conferencia Monetaria Internacional Americana, que tendrá lugar también en Washington. En la conferencia, Martí choca oficialmente con el criterio norteamericano. Es una de las figuras más activas, y el responsable de la derrota de la tesis de los Estados Unidos. Querían ellos, máximos productores de plata, que se aceptara el bimetalismo en las monedas, lo que contrariaba a países europeos que se habían opuesto previamente, como Inglaterra. Washington pretendía ahora agenciarse el concurso de las naciones hispanoamericanas para plantear de nuevo su demanda. Pero ello apresuraría el que estos países quedasen casi exclusivamente vinculados a los Estados Unidos, y alejados de países europeos cuya relación era provechosa para Hispanoamérica. Martí advierte:

> Ni en los arreglos de la moneda, que es el instrumento del comercio, puede un pueblo sano prescindir—por acatamiento a un país que no le ayudó nunca, o lo ayuda por emulación y miedo de otro,—de las naciones que le anticipan el caudal necesario para sus empresas, que le obligan el cariño con su fe, que lo esperan en las crisis y le dan modo para salir de ellas, que lo tratan a la par, sin desdén arrogante, y le compran sus frutos.

En 1891, las condiciones internas de Cuba anuncian la proximidad de un nuevo estallido bélico. Es menester encontrarle cauce a "la guerra necesaria", o esta será de nuevo infructuosa. Martí va a consagrarse enteramente a la tarea revolucionaría. En mayo publica *La Nación* su última correspondencia. En octubre, renuncia a los consulados de la Argentina, Uruguay y Paraguay, y poco después a la presidencia de la Sociedad Literaria Hispanoamericana. Conserva solo, para vivir, sus clases nocturnas de español. El radio de su fascinadora influencia personal va a abrirse más allá de Nueva York: los emigrados cubanos residentes en Tampa, tabaqueros en su mayoría, reclaman su presencia. Llega allí el 25 de noviembre. Al día siguiente, pronuncia un discurso que es ya una visión radiosa de la república

futura. Los ánimos están exaltados y vibrantes. Se siente el viento de la guerra. El 27, aniversario del fusilamiento de los estudiantes del 71, su discurso es un canto a la vida que se alza llameante de las tumbas, no una evocación luctuosa. Los tabaqueros del cercano Cayo Hueso, otro albergue de la diáspora cubana, quieren igualmente tenerlo entre ellos. El día de Navidad llega al Cayo. Allí también conmoverá su palabra e imantará su presencia. Queda decidido que los diversos clubes de emigrados cubanos que han ido surgiendo al calor de la revolución, se integren en un organismo unificador, y se encarga a Martí que redacte las bases de ese organismo. El 5 de enero son aprobados en Cayo Hueso las *Bases del Partido Revolucionario Cubano.* Menos que un partido político en el sentido actual del término, se trata de la reunión de "todas las asociaciones organizadas de cubanos independientes que acepten su programa y cumplan con los deberes impuestos en él", como dicen explícitamente los *Estatutos secretos.* Es una organización de frente unido, en que moderados y radicales se unen en torno a la tarea inmediata de independizar a Cuba. Martí regresa feliz a Nueva York, a comienzos de 1892.

En Nueva York, después de una polémica ácida, pero de feliz terminación, prosigue la rápida organización del partido, cuya proclamación tiene lugar el 10 de abril. Martí es electo delegado del partido, y será luego relecto hasta su muerte.

Para dotar al partido de un vocero oficioso, Martí funda ese año el periódico *Patria.* En el primer número se recogen las bases del partido y el artículo programático "Nuestras ideas". Hasta su muerte, en 1895, Martí llevará anónimamente el peso mayor de la redacción de este órgano, que constituye uno de los más singulares ejemplos de periodismo. El escritor enorme aborda el artículo de fondo o la pequeña nota de circunstancia —como las de la sección "En casa"— alusiva a una boda o a una visita, en que va presentando a una luz casi mítica la novela de la diaria realidad de la emigración cubana.

Su tarea organizativa no hace sino aumentar. Regresa a la Florida. Y, estructurada ya la futura revolución, viaja a Santo Domingo a entrevistarse con Máximo Gómez, quien muestra su entero acuerdo con la guerra inminente. Martí hace publicar entonces en *Patria* la carta en que lo invita a encabezar la lucha militar, "hoy que no tengo más remuneración para ofrecerle que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres".

Al año siguiente, cuando ya ha recorrido Jamaica y la costa atlántica de los Estados Unidos, alebrestando y organizando los centros de refugiados, vuelve a Santo Domingo, y se traslada a Costa Rica, para entrevistarse con Maceo. Es en este año febril cuando, de paso por Nueva York, lo ve por única vez Rubén Darío, a quien llama emocionado "hijo".

Al año siguiente, 1894, es Gómez quien irá a Nueva York. Los cubanos de la gran ciudad sienten, ante esa conjunción, la inminencia de la guerra. Martí viaja a México, a recabar auxilio y fondos.

La guerra es cuestión de días cuando rompe el año 95. Pero el 10 de enero una noticia desdichada estremece a Martí: tres barcos cargados de armas con destino a Cuba, a cuya compra se había destinado buena parte de los fondos recabados durante tres años, son apresados en el puerto floridano de Fernandina. Ha habido un desliz, cuando no una traición, por parte de uno de los hombres que intervinieron en la compra. Por un momento, Martí queda abrumado. Pero un abogado norteamericano amigo suyo logra recuperar el cargamento de armas. Además, la reacción en la isla y en la emigración es más bien de sorpresa entusiasmada al conocer la magnitud de los preparativos. Martí se rehace enseguida. El 29 de enero, ordena el levantamiento para las próximas semanas. El 30, parte de Nueva York, a encontrarse con Gómez. El 24 de febrero estalla la guerra. El 25 de marzo, Gómez y Martí lanzan el *Manifiesto de Montecristi* (llamado así por el lugar de Santo Domingo donde fue firmado), explicando al mundo que

> la revolución de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la Isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo...

El 11 de abril, abandonan tierra haitiana, rumbo a Cuba. Los acompañan cuatro revolucionarios más. Después de un viaje azaroso en que el botecito que los conduce amenaza naufragar, tocan Cuba a la madrugada, en la zona llamada La Playita, al sur de Oriente. Se adentran en el monte, y establecen pronto contacto con los insurrectos. El 15 de abril, Martí es nombrado mayor general. En sus cartas, en su *Diario,* la alegría lo inunda: "llegué al fin a mi plena naturaleza... Solo la luz es comparable a mi felicidad". "Hasta hoy no me he sentido hombre. He vivido avergonzado y arrastrando la cadena de mi patria, toda mi vida. La divina claridad del alma aligera mi cuerpo; este reposo y bienestar explican la constancia y el júbilo con que los hombres se ofrecen en sacrificio". "Es gran gozo vivir entre hombres en la hora de su grandeza". No todo es esplendor, desde luego, en estos días. Maceo, que ha llegado después a la isla, se reúne con Martí y Gómez el 5 de mayo, en la finca La Mejorana. Se habla de la organización de la guerra, y Maceo y Martí discuten. Vuelve a plantearse la vieja discrepancia entre mando militar y mando civil en la revolución. Gómez arrancará luego las páginas del *Diario* en que Martí cuenta la entrevista. Pero la tesis de Martí se impone. Se habla de llevar la guerra al otro extremo de la isla (lo que se logrará al siguiente año). Dondequiera que llegan, los hombres llaman a Martí "Presidente". El 18 de mayo, Martí escribe su carta a Mercado, que quedará inconclusa, explicándole ya abiertamente la magna

tarea que se ha impuesto: luchar contra España y detener a los Estados Unidos. El 19, cerca del lugar llamado Dos Ríos, una pequeña escaramuza los sorprende. Martí, en contra de la orden de Gómez de quedar a la retaguardia, avanza a la primera línea, con su ayudante Ángel de la Guardia al lado. Cae herido de muerte. La tropa cubana no puede recuperar el cadáver. Los españoles lo llevan a enterrar lejos. Había muerto, como él quería, "de cara al sol".

Al conocerse la noticia de su caída, Carlos A. Dana, el director de *The New York Sun,* escribe en su periódico:

> Nos enteramos con amargo pesar de la muerte en campaña de *José Martí,* el conocido jefe de los revolucionarios cubanos. Lo conocimos mucho y bien, y lo estimamos profundamente. Por un dilatado período, que se remonta a veintitantos años, fue colaborador de *The Sun*... Fue hombre de genio, de imaginación, de esperanza, y de coraje... Su corazón era cálido y amoroso, sus opiniones, ardientes y ambiciosas, y murió como un hombre así habría deseado morir, batallando por la libertad y la democracia... ¡Honor a la memoria de *José Martí,* y paz a su alma viril y generosa!

En *La Nación*, de Buenos Aires, Rubén Darío se lamenta: "¡Oh Maestro, qué has hecho!", y señala en exaltado panegírico: "El cubano era 'un hombre'. Más aún: era como debería ser el verdadero superhombre: grande y viril; poseído del secreto de su excelencia, en comunión con Dios y con la Naturaleza".

Y su compañero de la guerra, Máximo Gómez, lo evocará así, en aquellos impresionantes días finales:

> Y yo vi entonces también a Martí, atravesando las abruptas montañas de Baracoa, con un rifle al hombro y una mochila a la espalda, sin quejarse ni doblarse, al igual que un viejo soldado batallador acostumbrado a marcha tan dura a través de aquella naturaleza salvaje, sin más amparo que Dios. Después de todo este martirizante calvario y cuando el sol que alumbraba las victorias comenzó a iluminar nuestro conuco, yo vi a José Martí —¡oh, qué día aquel!— erguido y hermoso en su caballo de batalla, en Boca de Dos Ríos, como un venado, jinete rodeado de aquellos bravos soldados que nos recuerda la historia cubiertos de gloria en las pampas de Venezuela.

El propio Martí, al hablar de algunos grandes, había anticipado su epitafio. Cuando murió Emerson, escribió esta frase, que merece inscribirse en su tumba errante y casi esparcida: "En él fue enteramente digno el ser humano".

MARTI Y EL "TERCER MUNDO"

Para comprender a José Martí, lo primero ha de ser situarlo dentro de la familia que le corresponde verdaderamente. Empecemos por lo negativo. Esa familia *no* es la de sus aparentes coetáneos europeos y norteamericanos. Si por algunos de sus deslumbrantes vislumbres poéticos estamos tentados de arrimarlo a ciertos posrománticos y simbolistas, pronto comprendemos que su estirpe es otra. Pensemos en Baudelaire, en Mallarmé, en Rosetti, o incluso en Rimbaud, y recordemos luego que este hombre anda organizando una guerra, dialogando con los humildes, buscando hundir un Imperio, previendo el encimamiento de otro, galopando en un caballo hacia la muerte. Y si, considerando que es un conspirador y un político, intentamos hallarle un parigual en alguna de las grandes figuras políticas europeas o norteamericanas de su tiempo, no tarda en separársenos, interesado en los pintores impresionistas y en Wilde (y a la vez y sobre todo en Whitman), publicando cuatro años antes de desatar la revolución un admirable manojo de versos, o confesándole a un amigo íntimo: "Quiero ver siempre junto a mí color, brillantez, gracia, elegancia. Un objeto feo me duele como una herida. Un objeto bello me consuela como un bálsamo". Y esto, en todo momento de su vida. En el campo de batalla, en los pocos días que está en él en vísperas de la muerte, escribe febrilmente su deslumbramiento ante la naturaleza, ante la noche sobrecogedora, ante los detalles minúsculos de la vida. Martí no concuerda, pues, con la manera de ser de los "occidentales" de su tiempo. En efecto, *no es uno de ellos.*

No cabe duda de que la extraordinaria riqueza, la calidad mayor de todo lo que Martí hace, debemos acreditárselo a su prodigioso genio personal. Pero el sesgo de su obra, así como la pluralidad de funciones desempeñadas, son atribuibles a una condición extrapersonal (si cabe hacer estos distingos, válidos solo con muchas reservas): bastará con que situemos a Martí dentro de su verdadera familia, para que esto se haga claro. Martí pertenece, por azar y por conciente aceptación, a *otro mundo.* Es en él donde hay que verlo colocado para comprender mejor su tarea, sus propósitos y sus caracteres. No es con los hombres de las naciones capitalistas "desarrolladas" con quienes debemos compararlo, sino con los de las naciones coloniales y semicoloniales que han dado en llamar "subdesarrolladas" o del "tercer mundo". Martí es uno de los primeros hombres de este tercer mundo.

Cuando lo situamos en su verdadera familia, comprendemos enseguida no poco de sus actividades, tan sorprendentes hoy, y en su tiempo, para una nación capitalista desarrollada. En esta, una progresiva división del trabajo ha acabado por especializar a sus hombres. No era así, sin embargo, antes de la revolución industrial y la toma del poder político por la burguesía. Los hombres representativos del renacimiento, por ejemplo, encontraban como lo más natural ocuparse en múltiples funciones, a ratos difícilmente conciliables. Otro tanto ocurre hoy en las naciones

subdesarrolladas, las cuales, en este como en tantos órdenes, no pueden ser comparadas mecánicamente con las otras naciones al parecer contemporáneas. Carecen de esa especialización, de esa fragmentación que es característica de Europa o los Estados Unidos; como que tampoco conocen revolución industrial ni desarrollo de la burguesía. Son, además, o acaban de serlo hace muy poco, naciones coloniales o criptocoloniales. Una zona de su intelectualidad se pone al servicio directo o indirecto del poder metropolitano e intenta caricaturizar sus formas. Pero otra zona, la verdaderamente representativa, utiliza sus conocimientos para servir a su pueblo. Esos conocimientos, por la pobreza de desarrollo del país y por su condición colonial, son escasos y poco diversificados. Se concentran en unos mismos hombres que son a la vez literatos, maestros, políticos, científicos. (Los estudios científicos, poco requeridos por la sociedad preindustrializada, van a la zaga de los otros). Aparecen como diletantes a los ojos de los metropolitanos contemporáneos, que están ya fragmentados de tal modo que uno es crítico de arte y otro de literatura, para no hablar del literato, el científico y el político.

En el caso de José Martí, su propio apostolado, su encarnación de un pueblo, en contra de lo que algunos pudieran pensar, es un acicate para esta diversidad de actividades. Martí reúne una suma de saberes y de oficios no a expensas de su actividad política ni viceversa, sino como partes esenciales de un todo. Es un fundador, un sabio, un poeta *porque* es un dirigente revolucionario.

Sobre todo, no podemos tomar fragmentariamente su tarea, sino intentar verla en totalidad. Y la tarea concreta de la vida de Martí fue rechazar, en la teoría y en la práctica,

> el pretexto de que la civilización, que es el nombre vulgar con que corre el estado actual del hombre europeo, tiene derecho natural de apoderarse de la tierra ajena perteneciente a la barbarie, que es el nombre que los que desean la tierra ajena dan al estado actual de todo hombre que no es de Europa o de la América europea: como si cabeza por cabeza, y corazón por corazón, valiera más un estrujador de irlandeses o un cañoneador de cipayos, que uno de esos prudentes, amorosos y desinteresados árabes, que sin escarmentar por la derrota o amilanarse ante el número, defienden la tierra patria, con la esperanza en Alá, en cada mano una lanza y una pistola entre los dientes.

El otro gran creador de la América Latina, Simón Bolívar, había visto que "somos un pequeño género humano": que no somos prolongación o eco de Europa, sino otra cosa, otro mundo. Martí va aún más lejos que Bolívar, al reparar no solo en esa diferenciación, sino también en el parentesco estructural que nos une a otras sociedades a lo ancho del planeta: en este sentido, es probablemente el primero en

señalar la unidad de problemas del hombre "que no es de Europa o de la América europea". Y ello en un momento en que este hecho estaba lejos de ofrecerse con la evidencia con que lo hace hoy. Basta con reparar en los distintos términos con que el capitalismo ha designado a las naciones coloniales o semicoloniales para percatarse de esto. En tiempos de Martí, eran "la barbarie" a secas. En torno a la primera guerra mundial, ya habían pasado a ser "los pueblos de color". De la segunda guerra mundial, salieron como "los países subdesarrollados", y aun como "el tercer mundo", denominación que, por engañosa que sea (lo es acaso menos que la otra, que no ha hecho fortuna, de "naciones proletarias"), supone un paulatino pero evidente proceso meliorativo.[1]

Martí reivindica su condición de integrante de "la barbarie". Después hablará de su "América mestiza", acercándose a la segunda denominación: pero con orgullo, no con desdén; anunciando, por tanto, al Vasconcelos de *La raza cósmica,* no al prehitleriano Spengler. ¿Quiénes son pues sus pariguales? Hombres como Sun Yat Sen (1866-1925), en China; como Gandhi (1869-1948), en la India; como los dirigentes de la revolución mexicana de 1910: todos, posteriores a él. Es significativo que acaso el primero que haya reparado en la similitud entre Martí y Sun Yat Sen haya sido el fundador del partido comunista cubano, Julio Antonio Mella (1903-1929); mientras que a Ghandi lo haya acercado, aunque no por razones políticas, Gabriela Mistral (1889-1957). El parentesco con la revolución mexicana es, desde luego, más directo, y de ello fueron concientes no pocos de sus protagonistas, que desarrollaron o utilizaron ideas de Martí, como el propio José Vasconcelos (1881-1959) en sus primeros momentos.

[1] Por supuesto que tales denominaciones, provenientes de países capitalistas; son interpretaciones *pro domo sua,* que desvían la atención del hecho central: aquellos son, simplemente, los países asolados por el colonialismo y el imperialismo. La más reciente denominación, la de "tercer mundo", parece haber sido estrenada por Alfred Sauvy, en 1956 por analogía con el "tercer estado" de 1789. En 1960 empezó a publicarse en París la revista *Tiers Monde. Problèmes despays sous-developpés* (Tercer mundo. Problemas de los países subdesarrollados). En este sentido, como sinónimo de las denominaciones anteriores, y con las reservas apuntadas, empleamos el término. Ya en "¿El otro mundo?" *(Papelería,* La Habana, 1962), hablábamos de la imposibilidad de que ese "tercer mundo" se situara entre capitalismo, en un extremo, y socialismo en otro. La vía socialista es hoy, ya, no solo la de países europeos desarrollados, sino también la de los otros, extraeuropeos, que están saliendo del subdesarrollo, como China, Corea, Viet Nam, Cuba, Argelia, países sin duda del "tercer mundo". De muchos otros países de ese mundo no podría decirse ciertamente que están "al margen" del capitalismo: forman parte de su sistema, de una u otra manera, y suelen proveerlo de "proletariado externo" —para valernos, con distinto contenido, de la equívoca expresión de Toynbee—; si bien cada vez menos, a medida que progresa la descolonización, la cual hará recaer el peso total de la explotación capitalista sobre el "proletariado interno", y permitirá la revolución en los países capitalistas más desarrollados. // Ese *tercer* mundo, pues, podrá hacernos pensar (en metáfora no muy feliz) en el *tercer* estado, pero no, como querrían algunos, en una inexistente *tercera* vía: al igual que para el resto del mundo, su obligada opción es entre capitalismo y socialismo, aunque, naturalmente, con características peculiares. El ejemplo concreto y magnífico de Cuba es revelador.

Sin embargo, los estudiosos de Martí han solido olvidar este esencial parentesco, que tanta luz echa sobre la obra martiana; como que es la luz a la cual hay que entenderla. La misión de José Martí fue, en lo inmediato, independizar a Cuba y Puerto Rico de manos españolas, completando así la secesión de Hispanoamérica: lo que parece meramente el último capítulo de la independencia americana frente a España; de la hazaña bolivariana. Pero el largo hiato habido entre la guerra en el continente y la guerra que Martí preparará, no transcurre en vano. Ni las clases que estarán al frente de esa guerra, en Cuba, serán las mismas que en el resto del continente; ni la vecindad y el crecimiento de los Estados Unidos pueden pasar sin consecuencias. Las clases cubanas revolucionarias ya no son, en 1895, equivalentes de las que desataron y mantuvieron la guerra contra España en la América del Sur. Sus pariguales han guerreado en Cuba, sin lograr la independencia, entre 1868 y 1878. En lo adelante, la burguesía agrícola cubana se retrae, y sueña incluso con una avenencia con España; o, llegado el caso, con los Estados Unidos. Son la pequeña burguesía, los pequeños propietarios, los profesionales; los tabaqueros, la incipiente clase obrera en general; los campesinos pobres, los esclavos recién liberados, quienes llevarán el peso de esta guerra popular preparada por Martí y más parecida, por ello, a las revoluciones que realizarán al comienzo del siglo xx China o México. Además Martí aspira a detener, con la independencia de Cuba, el desbordamiento del imperialismo norteamericano sobre el continente y, luego, sobre el mundo. "Cuba y Puerto Rico", escribe, "entrarán a la libertad con *composición* muy diferente y en *época* muy distinta y con *responsabilidades* mucho mayores que los demás pueblos hispanoamericanos".[2] Y más adelante:

> En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana—;y si libres—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles—hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.— [...] Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son solo dos islas las que vamos a libertar.

[2] El énfasis es mío. RFR.

Algo más de un año después de escribir lo anterior, confiesa, la víspera de su muerte, en dramática carta a su amigo Manuel Mercado:

> Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. *Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para* eso.[32] En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Estas palabras sustentan la hermosa y desmesurada ambición del *Manifiesto de Montecristi,* en que Martí anuncia al mundo, el 25 de marzo de 1895, la guerra de Cuba:

> La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo..

La muerte de Martí, a comienzos de la guerra, le impidió ver la frustración momentánea de esos planes grandiosos. Sin embargo, la independencia de Cuba, aunque limitada, fue obtenida. Sin ella, es bastante probable que Cuba fuera hoy colonia más o menos metafórica, como Puerto Rico. Pero la isla, tal como él había temido, sirvió de puente para la expansión de los Estados Unidos, que además de mediatizar la independencia de Cuba guardaron para sí enteramente otras posesiones, como la propia Puerto Rico y las Filipinas, donde también se desarrollaba una poderosa guerra de liberación nacional. La intervención norteamericana en la guerra hispanocubana, en 1898, inaugura un nuevo período en la historia por primera vez antes de la actual revolución, Cuba aparece a los ojos del mundo como punto esencial: sobre su tierra se abre la aventura imperialista. Apenas en la segunda línea del libro clásico de Lenin *El imperialismo, última etapa del capitalismo* (1917), se menciona la guerra "hispanoamericana" como pórtico de la época.

A Rubén Darío le parecía que aquel hombre genial, acaso el único hispanoamericano que él admirara sin reservas, había sacrificado su vida en una causa

[3] [2] El énfasis es mío. RFR.

menor, la independencia de una isla donde había nacido por azar. ¿Qué hubiera podido decir el gran poeta de haber reparado en que Martí, en realidad, se había propuesto nada menos que salvar a todo el continente, e incluso *contribuir al equilibrio aún vacilante del mundo?* Probablemente nadie en sus cabales, con medios tan exiguos (la isla de Cuba tenía entonces algo más de millón y medio de habitantes), se ha propuesto nunca hazaña tan desmesurada. Él teme, por supuesto, que los otros países del continente no secunden (o incluso no comprendan) su tarea; pero en la propia carta a Mercado, documento inapreciable, confía:

> Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos—como ese de Vd. y mío,—más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia,—les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos. // Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas:—y mi honda es la de David.

En la tarea (y consecuentemente en el pensamiento) de Martí, hay pues una universalidad que le viene de varias realidades específicas: mientras, en lo inmediato, la guerra de Cuba se organiza frente a España, en lo mediato intenta prevenir la expansión de los Estados Unidos; si es la última guerra americana contra el viejo colonialismo que capitaneara en el mundo moderno España, es el primer movimiento concreto contra el naciente imperialismo encabezado en la edad contemporánea por los Estados Unidos. Ello da una amplitud única al proceso desatado por Martí, y a su pensamiento, abierto en arco desmesurado. Martí conoció una tensión histórica que a ningún otro hispanoamericano le había sido dado vivir: concluye la obra del siglo XIX y prepara e inicia la del XX. Da remate a la secesión política, y anuncia la económica. Abarca la totalidad de la experiencia material y espiritual de sus pueblos. Los ve en el sitio verdadero de su historia, y los encabeza. No podemos conjeturar cómo hubiera sido un Martí al margen de esta precisa ubicación, un Martí utópico y ucrónico, como lo han sugerido algunos: tal hombre no existe.

NUESTRA AMÉRICA

Y esa universalidad del pensamiento de Martí no es vaga generalidad de papel, que tome por formas del hombre lo que no son sino formas de una clase o de un pueblo. Por contrario: este ofendido arranca de la certidumbre del carácter distinto,

original, de su ámbito histórico. Ese ámbito no lo ve solo ceñido a su isla. Más bien, la condición ostensiblemente fragmentaria de esta, lo arroja a considerar cómo ella se articula en el seno de conjuntos mayores. "Patria es Humanidad", dirá. Pero el conjunto mayor inmediato no lo confunde con la hipóstasis de una realidad europea que se jacta de universalidad. No incurre, como Sarmiento, en el error de tomar por "civilización" que es necesario imponer a sangre y fuego en estas tierras (ese fue después de todo el criterio de los conquistadores españoles), instituciones y hábitos que son propios de otras tierras, de otras realidades: de los países capitalistas desarrollados. En la contraposición "civilización" contra "barbarie", ya hemos visto a Martí tomar el partido de la "barbarie". Desde luego que hay que ir hasta el fondo de estos términos que esto sea entendido en su recto sentido.[4]

Cuando no se trata de la pugna de dos instancias interiores, sino del enfrentamiento de dos mundos, Martí lo aborda con igual claridad. Así, en el discurso a los delegados hispanoamericanos a la Conferencia Internacional Americana, convocada en Washington, en 1889 (que tanto lo preocupó): "por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en qué nació Juárez".

El siglo xx oirá después con frecuencia un lenguaje similar en la América Latina, en Asia, en África, el cual, a primera vista, no deja de sorprender. "La América en que nació Juárez" (el *indio Juárez,* no lo olvidemos, que vence a los europeos), "es más grande porque es la nuestra *y porque ha sido más infeliz".* Es un peculiar razonamiento de colonial, de hombre humillado, que iluminará no solo el pensamiento político, sino también la ética de José Martí, y que es característico de los países subdesarrollados. Estas guerras de liberación nacional, como la que Martí prepara, suponen una desafiante y a menudo patética confianza en lo propio; una necesidad de enfatizar lo genuino, lo autóctono, frente a la penetración colonialista e imperialista. Lo propio es para Martí, en lo más cercano, Cuba, cuya historia y cuyas realidades exalta grandiosamente; y, en lo mayor, el continente americano al sur del río Bravo: "nuestra América *mestiza".*

Si en toda su obra hay una constante alusión a esta idea, ella adquiere máxima claridad en su texto fundamental, verdadera Carta Magna de esta actitud: el trabajo que Martí llamó explícitamente "Nuestra América". Allí está la afirmación rotunda de la originalidad de sus tierras. Esta actitud es de capital importancia, porque constituye el mayor sustento histórico del ideario martiano: es a partir de

[4] Es el propio Martí quien ha aclarado: "No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza".

esta afirmación, de esta confianza, de este desafío, que se articula el resto de su pensamiento.

Martí es un nacionalista revolucionario que no ignora las grandes realizaciones de los países metropolitanos, pero que tampoco desconoce —como que los siente en carne propia— sus limitaciones y crímenes. Y puesto a crear un país nuevo, zafado de la tutela de esas naciones, Martí desea incorporarle a ese país, por una parte, todo lo que se acomode a su espíritu; y por otra, todo lo vivo de las creaciones de esos pueblos metropolitanos, mientras desecha todo lo muerto o nocivo en ellos:

> La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. [...] Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Antes que nada, reconocer la autoctonía, la especificidad de esta América que él llama *mestiza;* de esta América en donde se han mezclado descendientes de europeos, indios y africanos. El indio posee una enorme importancia para él, como dueño de la tierra y hombre que ya fue capaz de levantar sobre ella culturas originales y enteramente propias, no alimentadas sino desbaratadas por el europeo. Lo que, en lo adelante, se haga, tendrá que contar de manera primordial con el concurso suyo; no podrá ser esa grotesca caricatura del molde capitalista que han debido sufrir los países del continente "con casaca de París y pie descalzo". Recuérdese cómo la revolución mexicana de 1910 sería fiel a esta advertencia martiana. Incluso allí donde ha sido quebrada la cultura indígena, reivindicarla es un modo de defender lo propio frente al colonialista. ¿Han procedido de otro modo las renacientes y enérgicas repúblicas africanas de estos últimos años; o la actual revolución cubana al avivar las raíces africanas de la nacionalidad? Quizás ningún texto supere en sagacidad y previsión al fundamental "Nuestra América" como presentación de la realidad de un país subdesarrollado moderno. Se junta allí el análisis penetrante del científico al vuelo poético del creador de mitos.

Pero una vez reconocida esa especificidad de *nuestra América,* corresponde saber qué parte del caudal de creaciones anteriores se aviene a ella, y qué parte debe ser rechazada por negativa en sí o por negativa para ella. Este deslinde es uno de los más interesantes aportes de Martí. En lo tocante a España, la situación no es compleja. La realidad de Hispanoamérica se ha hecho en contrapunto con

España, frente a la que han guerreado, en lo militar y en lo ideológico, *criollos* de acción y de ideas. España está tan destartalada ya a los ojos del continente, que, en el combate ideológico, Martí se la sacude de encima con solo unas cuantas frases hirientes: hablando de "un pueblo elemental y lejano" con una "población agresiva y codiciosa"; o de la "ineptitud y corrupción irremediable del gobierno de España". A los veinte años ha publicado un opúsculo que reitera lo mejor del pensamiento independentista cubano: en lo futuro, poco tendrá que modificar en este punto. Contra España ya no hace falta discutir: basta con combatirla, derrotarla e instaurar una república que, desde luego, se apartará de sus formas.

La relación es menos clara cuando se trata de otras naciones europeas, cuya influencia sobre la América Latina fue notoria y a veces negativa; ya porque pretendieran, y a ratos lograran, colonizarla política o económicamente, ya porque la llevaran a preferir formas de gobierno inadaptadas a su realidad. Pero aún aquí Martí puede encontrar antecedentes o compañía en la vigilancia y la reserva.

Donde Martí se encuentra más solo; donde es el primero en ver toda la verdad, y consiguientemente el peligro que se cierne sobre su continente, es en lo tocante a los Estados Unidos. El rápido crecimiento del país había impresionado no solo a europeos como Alexis de Tocqueville, sino, quizás sobre todo, a numerosos hispanoamericanos, como el propio Sarmiento, quienes pensaban sinceramente que en sus tierras del sur, a pesar de tan distintos orígenes y componentes, podría repetirse la hazaña del norte, hija directa de la revolución industrial y el desarrollo burgués que la propia España no había conocido y que, por tanto, difícilmente podía dejar en herencia a sus excolonias. A pesar de admirar una gran parte de la historia norteamericana, de Washington a Lincoln ("la Homeriada americana"), Martí no solo repara en que tal similitud es imposible; sino que, viviendo en el interior de los Estados Unidos en el momento en que se van transformando de país premonopolista en país monopolista e imperialista, comprende angustiado que su próximo paso, cicatrizada la guerra civil y conquistado el oeste, incluyendo la mitad de México, será arrojarse sobre el resto de América; en primer lugar, sobre Cuba. Para prevenir ese riesgo, requiere apresurar la independencia de la isla, y asentarla sobre bases firmes y progresivas. También le es menester mostrar las deficiencias internas de los Estados Unidos al lector hispanoamericano, y desaconsejar la adopción de sus estructuras por los países al sur del río Grande. Aunque esa tarea la desempeñará a lo largo de toda su vida, desde que a los veintiocho años llega a los Estados Unidos, ocupa sobre todo, la mayor parte de sus *Escenas norteamericanas*. Comienza a escribirlas en 1881. Cuando al año siguiente escribe la primera para *La Nación,* ella es mutilada por el director del periódico, a causa de su excesiva crítica a los Estados Unidos. Martí le responde en una carta hábil, y en lo adelante procederá de manera más

indirecta y astuta. Pero no cabe duda de sus intenciones al escribir esas *Escenas*. Por una parte, sí, mostrar lo grandioso del pueblo que había levantado la república más rica y libre que el hombre hubiera conocido hasta entonces, y la excelencia de algunos de sus hombres (Martí admiró sin reservas a Emerson y Whitman, por ejemplo); pero, sobre todo, dar a conocer los defectos internos de ese país, los males que lo iban corroyendo, los peligros que implicaba para los latinoamericanos. Su obsesión era hacer ver cómo "esta República, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos".

Ya en una de sus primeras *Escenas*, de 1881, habla de

> este país, señor en apariencia de todos los pueblos de la tierra, y en realidad esclavo de todas las pasiones de orden bajo que perturban y pervienten a los demás pueblos. Y es esta la nación única que tiene el deber absoluto de ser grande. En buena hora que los pueblos que heredamos tormentas vivamos en ellas. Este pueblo heredó calma y grandeza: en ellas ha de vivir.

Y poco después advierte cómo está "la nación en manos de unos cuantos despreciados mercaderes", y cómo

> una aristocracia política ha nacido de esta aristocracia pecuniaria, y domina periódicos, vence en las elecciones, y suele imperar en asambleas sobre esa casta soberbia, que disimula mal la impaciencia con que aguarda la hora en que el número de sus sectarios le permita poner mano fuerte sobre el libro sagrado de la patria, y reformar para el favor y privilegio de una clase, la magna carta de generosas libertades, al amparo de las cuales crearon estos vulgares poderosos la fortuna que anhelan emplear hoy en herirlas gravemente.

Años después, en el periódico *Patria,* destinado a alentar la guerra contra España, dedica una sección con el título "Apuntes sobre Estados Unidos", al solo objeto de dar a conocer allí, tomadas literalmente de la prensa norteamericana, las noticias que revelen

> aquellas calidades de constitución que, por su constancia y autoridad, demuestren las dos verdades útiles a nuestra América: el carácter rudo, desigual y decadente de los Estados Unidos, y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos.

En verdad que, si no conociéramos la doble misión que Martí se ha impuesto, sorprendería esta sección fija en un periódico cuya única tarea aparente es servir de vehículo al Partido Revolucionario Cubano en su guerra por la independencia frente a España.

Pero no se trata de rechazar mecánicamente, en bloque, a los Estados Unidos. Se trata, tan solo, de hacer ver lo negativo que llevan en su seno ("tal vez es ley que en la raíz de los árboles grandes aniden los gusanos"), y el inmenso peligro que representan para la América Latina. Por lo demás, en los Estados Unidos, como en Europa, mucho hay de útil para nuestras tierras. En primer lugar, el saber: la ciencia, la técnica, y el vasto caudal de las artes y las letras, que Martí divulgó ampliamente entre los lectores de lengua española. Allí, como en todo, Martí piensa en la forma como puede ser asimilado por su América: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas", nos había dicho. Y esta advertencia se agiganta cuando se trata de educación, y más aún de cuestiones sociales, políticas y económicas. Ya aquí ha de seguirse solo lo que responda fielmente a las exigencias de sus pueblos. Lo que en este orden Martí alaba o censura, lo hace siempre en función de la circunstancia concreta de sus países, y especialmente, desde luego, de Cuba. Por ejemplo: a ningún pensador social dedica elogios más generosos que a Henry George (1839-1897), el autor de *Progress and Poverty* (1879). Lo que Engels dirá de Marx en 1883, ante su tumba recién cerrada, dice Martí, cuatro años más tarde, de George: "Solo Darwin en las ciencias naturales ha dejado en nuestros tiempos una huella comparable a la de George en la ciencia de la sociedad". Es casi seguro que Martí considera que la teoría sobre la renta de la tierra de este socialista prudente, se avendría a los problemas de Cuba, urgida antes que nada, una vez que hubiera obtenido su independencia, de reformar la realidad agraria. Es significativo que George, figura menor, haya ejercido influencia también en Sun Yat Sen, por similares razones.[5]

LA BATALLA SOCIAL

A esta luz hay que contemplar también la visión que Martí da del proletariado como fuerza pujante. Aunque conocerá un ahondamiento progresivo de esa visión (sobre todo a partir de 1887), dice ya en 1882, hablando de los Estados Unidos:

[5] Véase un comentario a la influencia de George en Sun Yat Sen, y en general, a la esperanza de este "de que China eluda el camino capitalista", así como de realizar una "reforma agraria radical" en el trabajo de Lenin "La democracia y el populismo en China", 1912 *(Obras completas,* t. XVIII). Lenin concluía que un futuro partido marxista chino "al mismo tiempo que criticaba las utopías pequeño-burguesas y los puntos de vista reaccionarios de Sun Yat Sen, probablemente destacará, protegerá y desarrollará solícitamente el núcleo democrático-revolucionario de su programa político y agrario". Como se sabe, eso fue exactamente lo que sucedió, e incluso Sun Yat Sen saludó entusiasmado, hasta su muerte en 1925, las realizaciones de la revolución de octubre.

> En esta tierra se han de decidir, aunque parezca prematura profecía, las leyes nuevas que han de gobernar al hombre que hace la labor y al que con ella mercadea. En este colosal teatro llegará a fin el colosal problema. Aquí, donde los trabajadores son fuertes, lucharán y vencerán los trabajadores.—Los problemas se retardan, pero no se desvanecen. Negarnos a resolver un problema de cuya resolución nos pueden venir males, no es más que dejar cosecha de males a nuestros hijos. Debemos vivir en nuestros tiempos, decir lo cierto bravamente, desamar el bienestar impuro, y vivir virilmente, para gozar con fruición y reposo el beneficio de la muerte. En otras tierras se libran peleas de raza y batallas políticas. Y en esta se librará la batalla social tremenda.

¿Cómo ignorar que Martí está pensando en su país, cuya guerra de independencia prepara ("la guerra", dirá luego coincidiendo con Clausewitz, "es un procedimiento político"), y que vive todavía, por tanto, "batallas políticas"? ¿No tendrá que librar también, *a su tiempo,* "la batalla social tremenda"? ¿Cómo consideraba él esa batalla, tal como existía ya, en su época, *para los países capitalistas desarrollados?* Martí no desconoció a Marx, e incluso lo elogió calurosamente, aunque no pareció familiarizado con su obra: no hay en sus páginas referencia a ningún título de Marx. De cualquier forma, no coincidió con los métodos marxistas relativos a la lucha de clases; lo cual, una vez más, debemos considerar a la luz de la concreta realidad de su país. Por otra parte, no había entonces en los propios Estados Unidos movimiento marxista ni dirigente marxista apreciables. Solo emigrantes europeos que en sus lenguas disputaban sobre cuestiones europeas. Así se refirió Martí a Marx, en 1883:

> Ved esta gran sala. Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor. Pero no hace bien el que señala el daño, y arde en ansias generosas de ponerle remedio, sino el que enseña remedio blando al daño. Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres. Indigna el forzoso abestiamiento de unos hombres en provecho de otros. Mas se ha de hallar salida a la indignación, de modo que la bestia cese, sin que se desborde, y espante. Ved esta sala: la preside, rodeado de hojas verdes, el retrato de aquel reformador ardiente, reunidor de hombres de diversos pueblos, y organizador incansable y pujante. La Internacional fue su obra: vienen a honrarlo hombres de todas las naciones. La multitud, que es de bravos braceros, cuya vista enternece y conforta, enseña más músculos que alhajas, y más caras honradas que paños sedosos. El trabajo embellece. Remoza ver a un labriego, a un herrador, o a un marinero. De manejar las fuerzas de la naturaleza,

> les viene ser hermosos como ellas. // [...] Karl Marx estudió los modos de asentar al mundo sobre nuevas bases, y despertó a los dormidos, y les enseñó el modo de echar a tierra los puntales rotos. Pero anduvo de prisa, y un tanto en la sombra, sin ver que no nacen viables, ni de seno de pueblo en la historia, ni de seno de mujer en el hogar, los hijos que no han tenido gestación natural y laboriosa. Aquí están buenos amigos de Karl Marx, que no fue solo movedor titánico de las cóleras de los trabajadores europeos, sino veedor profundo en la razón de las miserias humanas, y en los destinos de los hombres, y hombre comido del ansia de hacer bien. Él veía en todo lo que en sí propio llevaba: rebeldía, camino a lo alto, lucha.

Volvamos ahora a considerar el caso de su país. Cuba está librando "batallas políticas". Los problemas concretos que Martí debe resolver son, en lo inmediato, independizar a su país de España; al mismo tiempo, frenar la expansión imperialista norteamericana. Ambas cosas no pueden realizarse sino contando con un amplio frente nacional que combata al extranjero, como lo propugna el Partido Revolucionario Cubano. Exacerbar a destiempo la "batalla social" es, en su tierra, quebrar ese frente y hacer imposible incluso el paso primero. Basta con observar cómo Martí va radicalizando su visión entrada la década del 80, y cómo, sin embargo, cuando está ya entregado a la organización del partido, deja de lado temporalmente este problema en aras de la unidad revolucionaria. Pero eso no es todo. Aunque habla de "las clases que tienen de su lado la justicia", y aunque no cabe la menor duda, porque lo repitió muchas veces, de que era un anticapitalista fervoroso, y de que quería echar su suerte "con los pobres de la tierra", tal parece como si hubiera concebido la idea —también común a varios dirigentes de movimientos de liberación nacional—[6] de que no solo la explotación de unas clases por otras, sino *la misma división de la sociedad en clases,* era obra nefasta de la sociedad capitalista desarrollada. Lamentando el curso histórico de los Estados Unidos, dice: "La República popular se ha convertido en una República de clases". Su verdadera tarea, en este sentido, sería más bien rechazar todo este aspecto de las sociedades capitalistas e intentar una "república popular" que, desde su nacimiento, lograra impedir esa ulterior evolución, la cual estaba corroyendo a los Estados Unidos, los estaba *transformando* en una "república de clases". Cómo pensaba lograrlo Martí, no lo sabemos. Él fue hombre práctico que no rehuyó sino preparó y desencadenó la guerra necesaria: la cual no era "remedio blando", y ciertamente sí "tarea de echar a los hombres sobre los hombres". Hubiera sido menester verlo enfrentarse, con aquella magnífica ilusión, a las realidades concretas del gobierno.

[6] Véase nota 4.

En todos los casos que conocemos, siempre que algo similar ha sido intentado en países como el suyo, coloniales o criptocoloniales, el resultado ha sido, si se trataba de revolucionarios consecuentes, que la realidad ha llevado, no a la creación, sino a la certidumbre de la existencia de las clases y de su choque fatal (tan fatal como el de colonia y metrópoli), con la consiguiente radicalización del proceso revolucionario. No puede por eso parecer azaroso que en países donde los dirigentes del movimiento de liberación nacional asumieran tan profundamente su problemática política como China y Cuba, haya podido, entroncando con sus propios pensamientos, y después de una desviación temporal (en que la burguesía ha intentado desvirtuar esos pensamientos), desarrollarse una evolución francamente socialista. Martí no era (no podía serlo) el dirigente de esa revolución socialista. Pero menos aceptable es presentarlo como reformista o moderado: luchó por hacer, para su circunstancia, lo más radical que el proceso histórico le permitía. Puesto que una actuación más a la izquierda no era entonces históricamente factible ni un país colonial, sino nueva copia libresca de una fórmula metropolitana, tildar a Martí de reformista es asumir un rasero idealista inaceptable. En "la" historia hay posiciones más radicales; en la historia que le tocó vivir a Martí, no hubo —ni podía haber— otra más efectivamente radical que la suya.[7] Eso lo entendieron los hombres que se confesaban socialistas y colaboraron plenamente con él. Martí fue un revolucionario que vivió en el límite extremo de las posibilidades de su tiempo, y previo incluso no pocas de aquellas que, según comprendió con claridad, no le correspondía realizar entonces. Fue el aguerrido y militante ideólogo de las clases populares (a pesar de que el proletariado era solo una fuerza incipiente), mientras la burguesía criolla se veía representada por los autonomistas. Enrique Collazo, compañero suyo, y testigo por tanto de sus días, nos ha dicho, al hablarnos de las cotizaciones al Partido Revolucionario Cubano: "la masa obrera daba sin preguntar su óbolo con absoluta confianza y fanatismo ciego por su ídolo Martí". De la burguesía cubana, en cambio, Martí no recibió sino ataques e injurias. Ni siquiera tuvo ella la mínima grandeza de inclinarse ante su portentoso genio literario. El odio *de clase* de aquellos hombres se lo impedía. Bien veían ellos, después de todo, que Martí era *el enemigo irreconciliable,* aunque la extraordinaria violencia martiana, su fuerza devastadora, no incurrieran en gestos innecesariamente ríspidos. Después de muerto, sin embargo, y frustrada por el momento la República que él

[7] Con razón ha podido escribir Julio Le Riverend que Martí asumió "posiciones símili-marxistas". "Si de Marx tomó algo", añade este autor, "fue, sin duda, la precisa distinción entre los caracteres de la revolución proletaria y los de la revolución democrático-burguesa, nacional. Siguió a esta última, posible y necesaria en Cuba, sin olvidar la fuerza creciente y el aporte indispensable del proletariado. Martí se formó en el seno de países diversamente montados y pudo captar la naturaleza varia de sus problemas; no son idénticos los de una democracia plutocrática —como los Estados Unidos— y los de una pseudo-democracia, latifundiaria, semicolonial". ("Teoría martiana del partido político", en *Vida y pensamiento de Martí,* I, La Habana, 1942).

soñara, comenzó el proceso de ensalonamiento de su ideario. Pero el meollo de su obra es inequívocamente radical, como lo comprendieron Julio Antonio Mella y Fidel Castro. Por ello, al publicar el cuarto volumen de su *Historia del pensamiento socialista,* en 1956 (es decir, tres años antes de llegar al poder la actual Revolución cubana), pudo escribir el inglés G. D. H. Colé:

> Los revolucionarios cubanos [de 1895] no eran socialistas. Tampoco su principal teórico, José Martí, expresó una doctrina específicamente socialista. Era un nacionalista revolucionario más que un socialista; pero su nacionalismo era muy radical, y descansaba en una concepción de igualdad racial que lo asocia a los posteriores desarrollos del socialismo y el comunismo en la América Latina. Reconoció la necesidad de fundar su movimiento revolucionario en las clases trabajadoras...; y rechazó siempre el programa de los autonomistas cubanos... Fue un fuerte opositor del "colonialismo", y durante su residencia en Nueva York escribió vigorosamente condenando el capitalismo norteamericano, especialmente en sus aspectos imperialistas. Su política, no obstante, fue de colaboración entre la clase trabajadora, en la que confiaba principalmente, y la clase media nacionalista que podía ser inducida a unirse a aquella, contra la aristocracia terrateniente, sobre la base de no discriminación entre las razas. Abogaba también por una legislación social avanzada, y por todo esto, merece un lugar en esta historia.

SOBRE SU PENSAMIENTO

Martí no fue un filósofo, en el sentido estricto del término, pero sí, sin la menor duda, un "pensador", uno de los más altos del tercer mundo. Además, hay en su obra constantes barruntos plenamente filosóficos, los cuales dejó abiertos, esbozados.

Ya hemos adelantado las partes más inmediatas de su "pensamiento": las referentes a lo político y lo social, que ocuparon en él lugar determinante. Es más: el resto de su ideario no puede desvincularse de su acción; está constituido, pudiéramos decir, por los sustentos y las metas de esta. "La expresión", nos dijo él mismo, "es la hembra del acto". La más sutil manera de traicionarlo sería quedarnos con la letra, que mata: aunque en su caso también fascine. No se trata de ordenar sus fragmentos con arreglo a un plan, sino de intentar situarlos, en totalidad, hasta hacerlos coincidir con su acción, iluminándose mutuamente, en esa cópula dialéctica que anuncia su frase.

Remitirnos a su acción, y a las circunstancias de esa acción, será también más provechoso para entender a Martí que el rastreo de sus "fuentes" europeas o

norteamericanas; las cuales, sin embargo, fueron numerosas. Cabe incluso dudar de que fueran tales "fuentes". Más bien podría llamárselas, ya que andamos en lo metafórico, armas: armas ideológicas. Las verdaderas fuentes serían los problemas concretos que se dio a resolver, y el cuerpo de creencias que habían surgido al calor directo de esos problemas. Una vez más, aquí, el mero hecho de situarlo dentro de su familia aclara mucho de su pensamiento. ¿Qué ha solido ocurrir con los pensadores de los países coloniales, casi todos los cuales estudiaron, y aparentemente se formaron, en naciones capitalistas desarrolladas? ¿Qué ha ocurrido con el fondo de creencias de tales pensadores hindúes, chinos, árabes, africanos, latinoamericanos? Unos se convirtieron en pacientes o tenaces repetidores de fórmulas ajenas, carentes de eficacia en relación con su concreta realidad, y se evaporaron para la historia. Otros, por el contrario (los grandes dirigentes), utilizaron instrumentalmente lo aprendido en países desarrollados, y de esa manera defendieron el cuerpo ideológico de sus países respectivos, y sus propias realidades. Recuérdese, ejemplo mayor, a Gandhi. No será hasta bien entrado el siglo xx, en pleno proceso de descolonización, el cual llegará a rozar primero y a fundirse después de modo creciente con la revolución socialista mundial,[8] que se hará posible la coincidencia de la filosofía venida de fuera, el marxismo-leninismo, con la problemática del país colonial: sin que, incluso entonces, sean desdeñables las tradiciones particulares.

Sin embargo, es cierto que en este orden de cosas la América Latina se halla en una situación particular. Mientras el occidental" es un mero intruso en la mayor parte de las colonias que ha asolado, en el Nuevo Mundo es, además, uno de los componentes, y no el menos importante, que dará lugar al mestizo (no solo el mestizo racial, por supuesto). Si la "tradición occidental" no es toda la tradición de este, es *también* su tradición. Hay pues un contrapunto más delicado en el caso de los pensadores latinoamericanos, al compararlos con los de otras zonas coloniales. También la América Latina es la primera de estas zonas que logra una especie de independencia (la "América europea" no puede ser incluida en este grupo), y se ha planteado estos problemas durante buena parte del siglo xix. Sería pues tan arbitrario reducir a Martí a la suma o el denominador común de los numerosos pensadores europeos y norteamericanos que conoció, según hacen algunos autores, como prescindir enteramente de referencias a ellos. Solo que esas referencias, en sí mismas, nos ayudan poco: platonismo y estoicismo, krausismo, trascendentalismo emersoniano, darwinismo, cierto positivismo. Aparte de que algunas de estas líneas que se aprietan amestizándose aquí, como ocurre en nuestra literatura con las escuelas europeas, son irreconciliables allá, ¿por qué ellas? Recordemos lo que encontramos a propósito de los problemas económicos y sociales: que un

[8] Es que el socialismo y la descolonización son los que están haciendo que el mundo sea realmente uno; la historia, una sola historia.

autor menor, como Henry George, mueve más su atención, y le merece más elogios, que un genio como Karl Marx. Pero habíamos observado también cómo ese autor había atraído el interés de Sun Yat Sen, porque tanto el dirigente cubano como el chino veían en el modesto autor norteamericano, no a un pensador importante *en sí mismo* (¿qué querría decir eso, por otra parte?), sino a alguien que parecía ofrecerles soluciones para los problemas agrícolas inmediatos de sus respectivos países. No estaban elogiando en su obra construcciones intelectuales, sino fórmulas en cuya rápida utilidad confiaban. Es decir: estaban remitiéndose a la problemática específica de *sus* pueblos en *aquel* momento, como vara de medir.

Lo mismo, con las variantes del caso, puede decirse del resto del pensamiento de Martí. Por ejemplo, de sus concepciones éticas. Al parecer, un eclecticismo vago. En realidad, un código de conducta que mira siempre a las cosas concretas de su país. Su país está dividido en razas, sometido a expoliación colonial colectiva y hundido en marasmo general. Martí aviva apostólicamente la certidumbre de que los grandes serán abajados, de que de los pobres de espíritu será el reino de los cielos: solo así puede despertar a su pueblo, fatigado de haber luchado diez años en vano. Pero esto no puede ser enteramente entendido sino en relación con la tarea histórica que su pueblo debe acometer. No acierta del todo Gabriela Mistral al decir: "Pónganle si quieren [a Martí] un microscopio acusador encima, aplíquenselo a arengas, a proclamas o a cartas, y no les ha de saltar una mancha ni una peca de odio". En las primeras páginas, recordábamos los versos de su profètico poema adolescente "Abdala":

El amor, madre, a la Patria,
No es el amor ridículo a la tierra,
Ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
Es el odio invencible a quien la oprime,
Es el rencor eterno a quien la ataca...

Es mucho más que un juego de palabras lo que se muestra, desnudo, en estos versos: "El amor... es el odio... es el rencor". No se trata, por supuesto, de presentar a Martí ahora como un odiador, lo que nunca fue, sino de *explicar* la raíz de su amor. Ese amor batallador estaba dialécticamente *hecho* de odio y de rencor. Martí nace genial en casa humilde y en pueblo esclavizado. No puede darse coyuntura más favorable para hacerlo inmensamente sensible a la condición histórica que vive. Eso precipita en él su conciencia de ser hombre de un país "subdesarrollado". Y lo característico de ese hombre es quedar marginado de la línea mayor de la historia, expoliado, folclorizado. Su reacción, es el *rencor.* Véase cómo ha profundizado hoy en esto Franz Fanon. El Martí juvenil, como todo integrante digno de un país colonial, siente *odio* y *rencor,* y lo expresa con toda claridad. Pero estos sentimientos mueven mal a los

pueblos. No solo debemos considerar aquí la *ascesis* dramática vivida por el muchacho en el presidio político, prueba de fuego que pudo destruirlo pero lo dejó purificado y conocedor de su fuerza, sino el hecho de que los pueblos requieren metas positivas, realizaciones concretas, para desertar de un estado de abatimiento. Requieren, en fin, que el odio y el rencor generen no solo cosas que destruir, sino construcciones que realizar. Martí ofrecerá en lo adelante, cada vez más, metas, horizontes. Mientras en lo político diseña el área a la vez real y mítica de "Nuestra América", en lo ético postula una inmensa confianza en el ser humano, predica la igualdad del hombre por encima de las fútiles distinciones raciales, se echa del lado de los humildes; y todo esto dentro de una concepción dinámica del ser humano, un *fieri* llameante que lo lleva al cumplimiento de los más altos deberes: única forma de que su pueblo se realice como entidad histórica. Esos altos deberes alcanzan verdadera incandescencia en su ideario: nos arrastran alguna vez fuera de las metas históricas, en un anhelar de muerte-reposo ("otros lamenten la muerte necesaria: yo creo en ella como la almohada y la levadura, y el triunfo de la vida"), y un proceso de perfeccionamiento espiritual que nos hacen pensar que probablemente Martí hubiera aceptado complacido ciertas ideas de Teilhard de Chardin: sobre todo si tenemos en cuenta la aceptación por Martí del darwinismo, pero su crítica a este por prescindir de la trascendencia:

> Otros, con ojos desolados y llenos de dulcísimas lágrimas, miran desesperadamente a lo alto. Y Darwin, con ojos seguros y mano escrutadora, no comido del ansia de saber a dónde se va, se encorvó sobre la tierra, con ánimo sereno, a inquirir de dónde se viene. Y hay verdad en esto: no ha de negarse nada que en el solemne mundo espiritual sea cierto, ni el noble enojo de vivir, que se alivia al cabo, por el placer de dar de sí en la vida,—ni el coloquio inefable con lo Eterno, que deja en el espíritu fuerza solar y paz nocturna; ni la certidumbre real, puesto que da gozo real, de una vida posterior en que sean plenos los penetrantes deleites que con la vislumbre de la verdad, o con la práctica de la virtud, hinchen el alma:—mas, en lo que toca a construcción de mundos, no hay modo para saberla mejor que preguntársela a los mundos. Bien vio, a pesar de sus yerros, que le vinieron de ver, en la mitad del ser, y no en todo el ser, quien vio esto.

Hemos dado, pues, con el espiritualismo martiano, que existió sin duda, aunque estuviera conjugado con un rechazo de toda religión organizada, con un anticlericalismo militante. A propósito de esto, y de su violenta y radical postura política, recordemos que ambos extremos —espiritualismo y radicalismo político—, independientemente de que puedan darse juntos en otra sociedad, distan mucho de ser

incompatibles en el interior de las naciones coloniales que luchan por su liberación. En las sociedades capitalistas, suelen ir unidas actitud radical (burguesa o proletaria) e irreligiosidad. Baste el ejemplo de la revolución francesa. En consecuencia, no es porque Martí sea un representante del pensamiento burgués revolucionario por lo que puede hacer coincidir ambos puntos de vista; en cambio, en Haití a fines del siglo XVIII, en el mundo árabe en varias ocasiones, en la India de Gandhi o en pueblos africanos, cierta religiosidad (que *no* es, desde luego, la del metropolitano), se presenta como acicate para la lucha por la independencia nacional, como baluarte ideológico frente al opresor. Aunque ese no sea enteramente el caso en el anticlerical Martí, no podemos ver su religiosidad desvinculada de su ética y de su pensamiento político y social; y todos, de su actuación concreta como hombre del mundo subdesarrollado, ese mundo que conoce sobrevivencias preburguesas estructurales e ideológicas. Tal es acaso el mayor mestizaje de nuestras tierras: el cronológico.

Nos atreveríamos a decir que papel similar desempeña su estética. Martí ve en el arte "el modo más corto de llegar aI triunfo de la verdad, y de ponerla a la vez, de manera que perdure y centellee, en las mentes y en los corazones". En uno y otro momento de su pensamiento, surge el término *utilidad,* acaso la palabra central de su expresión. ¿Cómo no verla recorriendo su preocupación política y social, sus normas de conducta, su espiritualismo, su concepto de la función del arte? Y esa utilidad remitía directamente a tareas urgentes, nacía de ellas. El pensamiento de Martí es la conciencia de sus actos. Como en todo pensador verdadero.

LA TAREA LITERARIA

A primera vista, la obra escrita por Martí es paradójica. Por una parte, Martí no publicó libro alguno: solo algunos opúsculos políticos y dos cuadernos de versos. Además, son constantes en él las alusiones desdeñosas a cierta criatura. Hablando de su primer cuaderno de versos a un amigo, le dice: "Ud. sabe que no es mi espíritu dado a estos pacíficos y secundarios quehaceres". En boca de un hombre que por esos momentos predica la guerra, esos dos adjetivos adquieren toda su fuerza peyorativa. En carta a su hermana Amelia, dice sobre las novelas vulgares, "por escritores que escriben novelas porque no son capaces de escribir cosas más altas". En el prólogo a la única novela que escribió, *Amistad funesta*, añade que el "género no le place [...], porque hay mucho que fingir en él y los goces de la creación artística no compensan el dolor de moverse en una ficción prolongada; con diálogos que nunca se han oído, entre personas que no han vivido jamás". Creeríamos estar en presencia de uno de los grandes espíritus, ágrafos, como Sócrates.

Y sin embargo, el otro lado de esta verdad es que, a su muerte, a los cuarentaidós había dejado escritas tantas páginas que la edición por ahora más completa

de sus obras —aún no recogidas del todo— cuenta con varias decenas de volúmenes. Este espíritu al parecer ágrafo, pues, ha sido, materialmente hablando, uno de los escritores hispanoamericanos más prolíficos de todos los tiempos.

Para Martí, sus versos *Ismaelillo* nacen de quehaceres "pacíficos y secundarios"; las novelas vulgares, "y apenas hay novela que no lo sea", se deben a "escritores que no son capaces de escribir cosas más altas". Cabe siempre tomar estas expresiones por coquetería de "literato"; pero entonces descreemos de una de las virtudes de Martí: su fundamental sinceridad. Como con referencia a su actuación política hemos de tomar al pie de la letra lo que confiesa la víspera de su muerte a su amigo Manuel Mercado ("cuanto hice hasta hoy y haré es para eso [...] impedir a tiempo que caigan sobre Cuba los Estados Unidos..."); así hemos de aceptar como verdaderas estas declaraciones. Y, a la vez, sin embargo conjugarlas con la existencia de sus decenas de volúmenes.

Pero esta conjunción es menos difícil de lo que pudiera parecer. Después de todo, ¿qué es un escritor? Martí no rechaza la escritura: remite unas actividades inferiores a otras superiores, que es cosa bien distinta. Da por supuesto que hay, frente al ejercicio que cuaja en ciertos versos, quehaceres beligerantes y primordiales; como también que, frente a la ficción, hay "cosas más altas" que un gran escritor ha de ser capaz de escribir. En otra ocasión nos dirá: "decir es una manera de hacer". Si repasamos su obra, nos encontraremos con que fue fiel no solo a aquel rechazo, sino igualmente a esta aceptación.

Comencemos por lo más evidente: los "géneros". La mayor parte de la obra de José Martí es de índole periodística. ¿Querrá ello decir que Martí, que tan desdeñoso se mostró con el género de Cervantes y Stendhal, se acogió en cambio con satisfacción a este género casi extraliterario que es el periodismo? Juzgar así sería sucumbir lamentablemente al peor criterio formalista, cuando no al platonismo más chato: los "géneros" no existen por sí. Lo que existen son *funciones* que desempeñar dentro de un contexto específico. En la circunstancia en que Martí se encuentra situado, su quehacer beligerante y primordial lo lleva a ese género particular, el periodismo, a través del cual podrá propagar efectivamente sus "cosas más altas". Con esa veintena de periódicos que publican sus crónicas (a las cuales él llama "cartas"), Martí llega ampliamente a un público continental, trasmitiendo su ideario, el más recio y articulado de cuantos ha dado la América suya. Es significativo que el otro "género" que en Martí sigue en importancia numérica y plenitud al periodismo, sea la carta. El suyo es caso similar al de la crónica: Martí expone también en sus cartas su ideario, y, valiéndose de la mayor intimidad permisible, acude a conmover al lector directamente, individualmente, sin ahorrarse recursos en su tarea proselitista. Desde luego, ya no podrá extrañarnos que el tercer "género" de importancia con que nos encontremos en su obra sea la oratoria. La más elemental preceptiva ha visto hace mucho tiempo

que una carta es un pequeño discurso (o viceversa). Aquí encontramos el vínculo ostensible: el discurso, con su parentesco epistolar; la carta; la crónica escrita en forma de carta. Se trata de moverse en torno al género más "ancilar" de todos, aquel que vive solo de *trasmitir cosas;* que menos probabilidades tiene de bastarse a sí mismo, en su inmanencia, en su belleza intrínseca. Es el género *utilitario* por excelencia; por ello mismo, el más lindante con lo extraliterario, el más común, el más asequible. Cuando se piensa que su genio literario se concentró en él, no es de extrañar que las cartas de Martí cuenten entre las más sobrecogedoras que se hayan escrito nunca, y que más de uno se haya visto llevado a compararlas con las epístolas evangélicas. El parecido es mayor de lo que a primera vista pudiera creerse, y se refiere no solo a las cartas en sí, sino también —como hemos dicho— a discursos y crónicas, es decir, a la casi totalidad de su obra. La semejanza de Martí con aquellos hombres apostólicos en quienes encarnaba un pueblo, no es una gastada imagen.

Al margen de esta cuantiosa tarea utilitaria (a la que habría que añadir trabajos puramente políticos, y *La Edad de Oro,* de sesgo pedagógico), las obras de Martí son escasas: sus pocas incursiones teatrales son más bien ejercicio verbal e ideológico. Su novela única, que firmó incluso con seudónimo, pertenece, como sus varias traducciones, a los numerosos trabajos que realizó por obligación, para ganarse la vida. Que fuera obra de cierta significación solo prueba que sus dones como escritor eran inmensos, y que nada hizo que no dejara marcado con su genio. Caso aparte merece su poesía, que ni realizó para ganarse la vida ni puso al servicio de inmediato interés político. Por otra parte, es la única zona de su obra que reputó digna de aparecer en forma de cuaderno: dos sufragó él mismo: *Ismaelillo,* en 1882; y *Versos sencillos,* en 1891. Por lo menos dos dejó sin publicar, aunque preparó sus prólogos: *Versos libres* y *Flores del destierro.* Los que publicó, los repartió entre los amigos, con cartas que a menudo son verdaderas poéticas. Es imposible no ver en esto un hecho significativo, el lugar alto que la poesía (expresión, visión) ocupa en Martí. La fecha de aparición del primero de estos cuadernos —que es además el momento en que su prosa adquiere madurez— ha sido señalada como la aparición de un nuevo movimiento literario en las letras hispánicas, al que luego se llamaría *modernismo,* y en torno al cual todavía es motivo de pelea erudita la inclusión o no de Martí: su presencia allí le da al movimiento un aspecto distinto. Y, sin embargo, no se ve cómo pueda no incluírsele. Un movimiento no es, después de todo, sino lo que los hombres hagan de él. ¿Cómo puede separarse a Martí del modernismo atendiendo a ciertos rasgos que se le suponen a este, y que han sido tomados de otros escritores coetáneos que con igual derecho podríamos separar del modernismo para dejar sitio a Martí? ¿Dónde están esos rasgos sino en la obra de escritores concretos? Al contar con Martí como uno de ellos, lo único que hacemos es radicalizar ese movimiento, obligado a incluir los rasgos azorantes de Martí. Con

lo que gana en complejidad, en contradicción, en verdad. Bastaría, además, con recordar que el modernista por excelencia, Darío, fue un seguidor de Martí, aunque más que un seguidor, desde luego.[9] Martí fue el más penetrante y creador de los modernistas, el único plenamente conciente de su amplia problemática: el que no cambió unas formas por otras, sino puso en tela de juicio la condición toda del escritor hispanoamericano, su función, sus posibilidades reales. El que le injertó un pensamiento avasallador. Mientras los otros modernistas, los que iban a ser llamados así, pensaban todavía que se trataba de "poner al día" la literatura del continente; injertándole parnasianismo más simbolismo *(a la vez,* según la manera sincrética de estas tierras mestizas), Martí fue el primero en comprender que no se trataba tanto de poner al día cuanto de descubrir, y simultáneamente conquistar, el *tiempo real* del continente: su situación concreta. Estar "atrasado" o estar "al día" suponen una referencia a un tiempo otro: cualquiera de ambas actitudes es servil y colonial. La primera es peor, pero la segunda no es mucho mejor. Martí sabe desde muy joven que él está "al día"; pero, por eso mismo, que estará obligado a ir a rastras de una realidad ajena. ¿No tiene él una realidad propia? Sí y no. Existe, pero más bien como una posibilidad. A convertirla en lo que es, para ser real él mismo, dedica su vida. Su propia literatura adolecerá de irrealidad mientras no encuentre contexto aclarador genuino. Su vida está consagrada a conquistar ese contexto, y su arma mayor para ello será la propia literatura, pero la literatura utilitaria.

Muchos modernistas podían quedar deslumbrados por la prosa de sus crónicas, por lo que Darío llamaba su "metal fino y piedras preciosas"; pero el fin de esas crónicas no era ofrecer aquel pedrerío, sino pedruscos para arrojarlos al enemigo y para construir los muros de la ciudad. Parece una paradoja, y es una sobrecogedora lección, el que Martí, con esa obra casi no literaria, sea el mayor escritor del continente. Si no hubiera sido tan grave, podríamos decir que él fue lo que Cocteau dijo de sí mismo: "el Paganini del violín de Ingres". Martí ha puesto en tela de juicio la existencia misma de la literatura, en plenitud, allí donde no existe otra plenitud: la histórica. "No hay letras, que son expresión", dijo, "hasta que no hay esencia que expresar en ellas. Ni habrá literatura Hispanoamericana hasta que no haya—Hispanoamérica". Y más adelante: "Lamentémonos ahora de que la gran obra nos falte, no porque nos falte ella, sino porque esa es señal de que nos falta aún el pueblo magno de que ha de ser reflejo".

Pero, aunque Martí aventaje largamente a los otros modernistas (después de todo, aventaja a todos los otros escritores hispanoamericanos de cualquier momento), ellos, en la medida de sus fuerzas, acaban compartiendo no poco de

[9] Este asunto literario ha sido definitivamente establecido por Manuel Pedro González en varios trabajos, y últimamente en *José Martí en el octogésimo aniversario de la iniciación modernista.* 1882-1962, Caracas, 1962.

su problemática, y ciertamente de sus formas. El modernismo, con su patético afán de "poner al día" la literatura del continente, ¿no fue como la toma de conciencia del carácter subdesarrollado de nuestra literatura, en el momento en que la ideología burguesa de los fundadores había mostrado sus fallas, rota contra la realidad? El problema es similar, aunque en Martí sea más hondo —desde el primer momento, él no limita la situación a la literatura—, y aunque, además, Martí adelante soluciones verdaderas, retomando lo vivo de aquella ideología de los fundadores, y situándola a la altura de su tiempo. Pero en esa actitud de adelantado, propia de su genio, Martí no quedará solo. Él parece trazar el programa del modernismo mejor cuando, en el obituario a Julián del Casal, en 1893, escribe:

> en América está ya en flor la gente nueva, que pide peso a la prosa y condición al verso, y quiere trabajo y realidad en la política y en la literatura. Lo hinchado cansó, y la política hueca y rudimentaria, y aquella falsa lozanía de las letras que recuerda los perros aventados del loco de Cervantes. Es como una familia en América esta generación literaria, que principió por el rebusco imitado, y está ya en la elegancia suelta y concisa, y en la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo. El verso, para estos trabajadores, ha de ir sonando y volando. El verso, hijo de la emoción, ha de ser fino y profundo, como una nota de arpa. No se ha de decir lo raro, sino el instante raro de la emoción noble o graciosa.

El modernismo, en efecto, "principió por el rebusco imitado" que alcanzará su apogeo en los libros iniciales de Darío; pero estaba ya en "la expresión artística y sincera, breve y tallada, del sentimiento personal y del juicio criollo y directo", como lo testimonian sus propios *Versos sencillos,* y como lo verificará la poesía posterior a 1898 del mismo Darío o de González Martínez, y se ramificará en Gabriela Mistral o César Vallejo. De la misma manera que del exotismo de los primeros momentos, nacido de la desconfianza en la ilusión fundadora, y del desgano de vivir en estas "dolorosas repúblicas americanas", los modernistas irán acercándose, aunque sin alcanzar la hondura radical de Martí, a la preocupación por su patria mayor: llegando incluso a criticar el peligro yanqui: Rodó en su *Ariel* (1900), Darío en su "Oda a Roosevelt", aparecida en libro en 1905. Hasta por su influencia sobre España, el modernismo adquiere orgullo de su condición *americana.* Martí, pues, no solo se adelanta con la orquestación magnífica de su prosa o la intensidad de su poesía, sino con los temas que aborda: y tanto en unas como en otros, hallará seguidores dentro del modernismo.

SOBRE ESTA SELECCIÓN

Esta selección recoge, en su primer tomo, los más importantes textos políticos de Martí, incluyendo varias semblanzas y crónicas de hombres de las dos Américas. La división temática —Cuba, Nuestra América, los Estados Unidos— no supone, desde luego, compartimientos estancos, sino todo lo contrario: las tres realidades (concéntricas las dos primeras, y enfrentadas a la tercera) suelen ser vistas en relación. Basten los ejemplos del primero y el último de los trabajos incluidos.

Por la agudeza con que Martí postuló el imprescindible antimperialismo de la revolución cubana; por su comprensión de los problemas reales del país, más allá de la mera lucha contra España —problemas que permanecerían sin cambios esenciales durante la primera mitad del siglo xx—, y por las dinámicas soluciones aportadas, es natural que su ideario conservara profunda virtualidad revolucionaria, y que a él se remitiera Fidel Castro como inspirador del ataque al cuartel Moneada, el 26 de julio de 1953. Aquel ataque desencadenó una revolución radical a cuyo desarrollo asistimos. Ese mismo desarrollo ha ido generando (o haciendo históricamente afrontable) una nueva problemática. Consecuente con ella, Fidel Castro declaró su adhesión al marxismo-leninismo. ¿Ha abandonado así su filiación martiana? Lejos de eso: no sería exagerado afirmar que, en el orden político, con las evidentes diferencias del caso, así como ha podido decirse que el leninismo es el marxismo de la época del imperialismo y de la revolución proletaria, el *fidelismo* es la postura martiana del período de la absoluta descolonización, del paso de la liberación política a la liberación económica, del rechazo definitivo del imperialismo y del triunfo del socialismo en un país subdesarrollado. Ello quiere decir que se ha "superado" a Martí en el sentido de haberlo incorporado, asimilado a la nueva conciencia. Además, no poco de lo que dijo en el mismo orden político, y desde luego en el de los problemas culturales, sigue teniendo impresionante vigencia. Por lo pronto, su preocupación política mayor, que lo llevaba de Cuba a Nuestra América y los Estados Unidos, sigue siendo en gran medida la nuestra. Su obra se sitúa en los albores de la articulación de Cuba con el mundo. Esa articulación, hoy manifiesta, es la que permite hacer ver la importancia de la tarea de este pensador, uno de los primeros de los países subdesarrollados.

Roberto Fernández Retamar

La Habana, mayo de 1964.

El difícil arte de compilar a Martí

La obra escrita de José Martí ha provocado una enorme cantidad de estudios tanto en Cuba como en muchos otros países y en diversas lenguas. El acceso a sus letras ha sido posible no solo por lo mucho que el propio Martí dio a conocer sobre todo mediante los diarios y mensuarios en los que incluyó buena parte de sus textos, sino también por la corriente, cada vez más acentuada, de reunirlos en compilaciones que van desde sus obras completas hasta selecciones que pretenden ofrecer las páginas de lectura imprescindible para comprender y admirar al notable creador literario, al pensador original siempre vigente, al hombre que se ha convertido en el símbolo de la nación cubana.

Bajo distintos nombres, esas antologías han batallado por recoger un grupo mínimo de su escritura, empresa siempre riesgosa por lo que se ha de dejar fuera de ella, y que, en el caso del Maestro, se convierte en un dilema atormentador por el descomunal número de hojas que él rellenó, por la variedad de asuntos y temas que trató, y por su amplio manejo de los géneros literarios y periodísticos.

A primera vista podría pensarse que con los repertorios temáticos quizás resulta más fácil escoger, siempre y cuando su objetivo no sea, desde luego, entregar la totalidad de lo escrito en torno al tema en cuestión. Pero cuando lo que impulsa a esa faena es el deseo de brindar lo más significativo a juicio del colector, la responsabilidad de este es suprema e, indudablemente, de un modo u otro, el criterio personal se torna decisivo, aunque en ocasiones este se halle influido, consciente o inconscientemente, por los de quienes le han precedido en este empeño selectivo y por las opiniones de los numerosos autores que han aportado al campo de los estudios martianos.

Tampoco, por supuesto, puede dejarse de lado la influencia de la época en que se realiza cualquier esfuerzo de esta naturaleza ni los intereses que podrían hallarse detrás de quien lo ejecuta, algo obvio, por demás, cuando se obedece a la solicitud de alguna institución pública, privada o de cualquier tipo social.

En dos palabras: no hay compilación ingenua ni casual; su efectividad, por tanto, ha de medirse por su capacidad para lograr el objetivo encaminado a levantar el interés y formar una idea entre los lectores acerca del autor elegido

Páginas escogidas es una de las primeras recopilaciones de escritos martianos, abarcadora de las variadas facetas del Maestro, luego del triunfo de la Revolución.

Ya se habían publicado entre 1963 y 1965 las *Obras completas* en 27 tomos, una larga tirada de la naciente Editorial Nacional de Cuba, con un precio de venta muy bajo, por lo que aún quedan muchas colecciones y ejemplares sueltos en las bibliotecas familiares de aquellos libros de cubierta morada. El proceso de acelerados cambios en la composición política, económica y social del país, en que se invocaba al Apóstol y se concentraban enormes masas de ciudadanos a la sombra de su estatua en la Plaza rebautizada con su nombre, convirtió a muchos en lectores asiduos de esos ejemplares o que los abrían para consultas. Pero es casi imposible que alguien siga de corrido, tomo a tomo, las más de cuatrocientas páginas de cada volumen, por más que sea una recopilación a la que se acuda con frecuencia por parte de quienes nos hemos dedicado a la investigación sistemática acerca del Maestro. Se hacía necesario, pues, junto a ello, disponer de ediciones más breves, dirigidas al cubano, y además al mundo de habla española, de una selección que sí permite la lectura página por página y que puede ofrecer los textos imprescindibles para los distintos tipos y niveles de la enseñanza escolarizada.

Estoy seguro de que ese segundo aspecto que señalo antes estuvo en la mira del entonces ya profesor universitario Roberto Fernández Retamar cuando decidió preparar estas *Páginas escogidas* que ahora se reeditan. No olvidemos, por otra parte, que el poeta ya transitaba por las andanzas del ensayo, en lo que muy pronto fue reconocido por la galanura de su estilo, la claridad de sus ideas y los temas tratados, los que, por aquellos años 60 del pasado siglo, daban cuerpo al espíritu revolucionario y antimperialista que inflamaba a Latinoamérica impactada por la Revolución Cubana.

No por gusto el antólogo escogió su texto titulado "Martí en su (tercer) mundo" para iniciar la selección. Datado por su autor en mayo de 1964, este fue uno de los primeros exámenes martianos, brillantes y de novedosa perspectiva, de Fernández Retamar, considerado hace tiempo como un clásico en el campo de los análisis relativos al Maestro. Su pretensión es evidente: convencer de la necesidad de leer a Martí con profundidad para entender nuestras raíces cubanas, latinoamericanas, humanistas y transformadoras; asumir ópticas originales apropiadas a nuestras tierras y a aquel presente; defender nuestros principios y nuestra soberanía frente al imperialismo denunciado por Martí.

La bibliografía martiana de Fernández Retamar, preparada por Andria Alonso Reyes, cerrada en 2015 y publicada en el *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, número 38, de 2015, asienta cinco ediciones de las *Páginas escogidas*: 1965, 1968, 1971, 1974 y 1985. Tales impresiones en solo veinte años indican su grata acogida por el público, y muy probablemente resulta la selección martiana de mayor cantidad de ejemplares totales. El tomo primero reúne veinticinco escritos y sesentaicinco el segundo. El compilador explica al inicio de ambos cómo y por qué están agrupados por secciones.

A mi ver, dos causas son responsables de esa reiteración de tiradas: la indudable importancia de todos los textos escogidos para destacar la excelencia literaria martiana y la diversidad y validez de los temas presentes en cada parte. El compilador, sabiamente, incluye poesía y prosa, y dentro de esta vienen las miradas del Maestro a Cuba, nuestra América y Estados Unidos, junto a sus entregas para los niños en *La Edad de Oro*, las dedicadas a letras educación y pintura, las cartas íntimas y sus diarios de campaña, que siguieron las peripecias y emociones de sus últimas semanas de vida.

El conjunto, pues, permite apreciar al hombre total y pleno: al político, al filósofo, al observador de sociedades diferentes con juicio antropológico y sociológico, al crítico de artes y letras, al ideólogo formador de conciencias, facetas todas abarcadas por quien tuvo el don de la palabra escrita y oral para hechizar, convencer e impulsar a los demás. En suma: estas *Páginas escogidas* nos dan tanto al revolucionario y humanista cabal como al hombre sencillo que sufre, crece y se enfrasca en la magna tarea de, con la energía que da el amor, avanzar hacia la mejoría humana. Con ella, agradecemos a Roberto Fernández Retamar, además de por sus lúcidos análisis en torno a Martí y su obra, por su tino de editor al preparar esta muestra de la escritura del mayor y más universal de los cubanos.

Pedro Pablo Rodríguez

La Habana, abril de 2021

Posdata: La presente edición respeta la elección de los textos martianos efectuada por Roberto Fernández Retamar; por consiguiente, se conservan los poemas por él escogidos de *Flores del destierro*, el hipotético libro sin terminar. Me consta, ya que hablamos varias veces del tema, que Fernández Retamar estimó acertada la decisión de Fina García Marruz y Cintio Vitier de no validar la existencia de tal cuaderno en el pensamiento del poeta al preparar la edición crítica de la *Poesía completa* martiana, puesto que las razones aducidas para ello resultan absolutamente inconsistentes. De igual modo se incorporan la segunda y tercera estrofas de "Al extranjero" siguiendo la referida edición y la que aparece en el tomo 14 de sus *Obras completas. Edición crítica*, actualmente en ejecución, cuya solución también fue compartida por Fernández Retamar. Me atrevo a afirmar que, de aún acompañarnos, el compilador de estas *Páginas escogidas* habría tomado similar decisión.

Nota a la tercera edición

Páginas escogidas de José Martí, selección de Roberto Fernández Retamar, es una obra de consulta esencial para aquellos estudiosos y lectores, en general, que ansíen un acercamiento al pensamiento martiano. En esta nueva edición revisada que sale a la luz bajo el sello editorial del Centro de Estudios Martianos se han incorporado algunas correcciones, actualizado la ortografía, teniendo en cuenta el privativo uso por Martí de los signos de puntuación, y un riguroso cotejo de los textos para lograr la fidelidad a sus fuentes originarias: *Obras completas* (La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975 [*OC*]) y, en los casos posibles, *Obras completas. Edición crítica* (La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2000-2019, obra en curso [*OCEC*]). Asimismo, se ha examinado la edición facsimilar, con estudio y notas de Maia Barreda (La Habana, Centro de Estudios Martianos, Ediciones Boloña, 2013 [*LEDO*]) en la elección de *La Edad de Oro*; *El Partido Revolucionario Cubano a Cuba. Manifiesto de Montecristi*, edición facsimilar con presentación de Oscar Loyola Vega y estudio valorativo de Ibrahim Hidalgo Paz (La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2011); para la correspondencia martiana se remite al *Epistolario* (compilación, ordenación cronológica y notas de Luis García Pascual y Enrique H. Moreno Pla, prólogo de Juan Marinello, La Habana, Centro de Estudios Martianos / Editorial de Ciencias Sociales, 1993 [*EJM*]); *Nuestra América. Edición crítica* (investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2010 [*NAEC*]); así como las *Cartas a María Mantilla*, La Habana, Centro de Estudios Martianos / Editorial Gente Nueva, 1982; y los *Diarios de campaña. Edición anotada* (investigación y apéndices de Mayra Beatriz Martínez, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2014), certifican los folios seleccionados.

Estructurada como su edición primigenia *Páginas escogidas* consta de dos tomos, el primero compila en una división temática los escritos sustantivos del pensamiento político martiano: "Cuba", "Nuestra América" y "Los Estados Unidos"; el segundo da a conocer los documentos que ponen de manifiesto un Martí introspectivo en: "Versos", "*La Edad de Oro*", "Letras, Educación y Pintura", "Correspondencia íntima" y "*Diarios de campaña*".

Centro de Estudios Martianos

1862. PRIMER RETRATO CONOCIDO DE SU ÉPOCA ESCOLAR

Cuba

"Vindicación de Cuba"

(Traducido de la carta que publicó bajo este título *The Evening Post,* de New York, del 25 de marzo de 1889)

Sr. Director de *The Evening Post.*

Señor:—
Ruego a usted que me permita referirme en sus columnas a la ofensiva crítica de los cubanos publicada en *The Manufacturer* de Filadelfia, y reproducida con aprobación en su número de ayer.

No es este el momento de discutir el asunto de la anexión de Cuba. Es probable que ningún cubano que tenga en algo su decoro desee ver su país unido a otro donde los que guían la opinión comparten respecto a él las preocupaciones solo excusables a la política fanfarrona o la desordenada ignorancia. Ningún cubano honrado se humillará hasta verse recibido como un apestado moral, por el mero valor de su tierra, en un pueblo que niega su capacidad, insulta su virtud y desprecia su carácter. Hay cubanos que por móviles respetables, por una admiración ardiente al progreso y la libertad, por el presentimiento de sus propias fuerzas en mejores condiciones políticas, por el desdichado desconocimiento de la historia y tendencias de la anexión, desearían ver la isla ligada a los Estados Unidos. Pero los que han peleado en la guerra, y han aprendido en los destierros; los que han levantado, con el trabajo de las manos y la mente, un hogar virtuoso en el corazón de un pueblo hostil; los que por su mérito reconocido como científicos y comerciantes, como empresarios e ingenieros, como maestros, abogados, artistas, periodistas, oradores y poetas, como hombres de inteligencia viva y actividad poco común, se ven honrados dondequiera que ha habido ocasión para desplegar sus cualidades, y justicia para entenderlos; los que, con sus elementos menos preparados, fundaron una ciudad de trabajadores donde los Estados Unidos no tenían antes más que unas cuantas casuchas en un islote desierto; esos, más numerosos que los otros, no desean la anexión de Cuba a los Estados Unidos. No la necesitan. Admiran esta nación, la más grande de cuantas erigió jamás la libertad; pero desconfían de los elementos funestos que, como gusanos en la sangre, han comenzado en esta

República portentosa su obra de destrucción. Han hecho de los héroes de este país sus propios héroes, y anhelan el éxito definitivo de la Unión Norteamericana, como la gloria mayor de la humanidad; pero no pueden creer honradamente que el individualismo excesivo, la adoración de la riqueza, y el júbilo prolongado de una victoria terrible, estén preparando a los Estados Unidos para ser la nación típica de la libertad, donde no ha de haber opinión basada en el apetito inmoderado de poder, ni adquisición o triunfos contrarios a la bondad y a la justicia. Amamos a la patria de Lincoln, tanto como tememos a la patria de Cutting.

No somos los cubanos ese pueblo de vagabundos míseros o pigmeos inmorales que a *The Manufacturer* le place describir; ni el país de inútiles verbosos, incapaces de acción, enemigos del trabajo recio, que, junto con los demás pueblos de la América española, suelen pintar viajeros soberbios y escritores. Hemos sufrido impacientes bajo la tiranía; hemos peleado como hombres, y algunas veces como gigantes, para ser libres; estamos atravesando aquel período de reposo turbulento, lleno de gérmenes de revuelta, que sigue naturalmente a un período de acción excesiva y desgraciada; tenemos que batallar como vencidos contra un opresor que nos priva de medios de vivir, y favorece, en la capital hermosa que visita el extranjero, en el interior del país, donde la presa se escapa de su garra, el imperio de una corrupción tal que llegue a envenenarnos en la sangre las fuerzas necesarias para conquistar la libertad. Merecemos en la hora de nuestro infortunio, el respeto de los que no nos ayudaron cuando quisimos sacudirlo.

Pero, porque nuestro gobierno haya permitido sistemáticamente después de la guerra el triunfo de los criminales, la ocupación de la ciudad por la escoria del pueblo, la ostentación de riquezas mal habidas por una miríada de empleados españoles y sus cómplices cubanos, la conversión de la capital en una casa de inmoralidad, donde el filósofo y el héroe viven sin pan junto al magnífico ladrón de la metrópoli; porque el honrado campesino, arruinado por una guerra en apariencia inútil, retorna en silencio al arado que supo a su hora cambiar por el machete; porque millares de desterrados, aprovechando una época de calma que ningún poder humano puede precipitar hasta que no se extinga por sí propia, practican, en la batalla de la vida en los pueblos libres, el arte de gobernarse a sí mismos y de edificar una nación; porque nuestros mestizos y nuestros jóvenes de ciudad son generalmente de cuerpo delicado, locuaces y corteses, ocultando bajo el guante que pule el verso, la mano que derriba al enemigo, ¿se nos ha de llamar, como *The Manufacturer* nos llama, un pueblo "afeminado"? Esos jóvenes de ciudad y mestizos de poco cuerpo supieron levantarse en un día contra un gobierno cruel, pagar su pasaje al sitio de la guerra con el producto de su reloj y de sus dijes, vivir de su trabajo mientras retenía sus buques el país de los libres en el interés de los enemigos de la libertad, obedecer como soldados, dormir en el fango, comer raíces, pelear diez años sin paga, vencer al enemigo con una rama de árbol, morir—estos hombres de dieciocho

años, estos herederos de casas poderosas, estos jovenzuelos de color de aceituna—de una muerte de la que nadie debe hablar sino con la cabeza descubierta; murieron como esos otros hombres nuestros que saben, de un golpe de machete, echar a volar una cabeza, o de una vuelta de la mano, arrodillar a un toro. Estos cubanos "afeminados" tuvieron una vez valor bastante para llevar al brazo una semana, cara a cara de un gobierno despótico, el luto de Lincoln.

Los cubanos, dice *The Manufacturer,* tienen "aversión a todo esfuerzo", "no se saben valer", "son perezosos". Estos "perezosos" que "no se saben valer", llegaron aquí hace veinte años con las manos vacías, salvo pocas excepciones; lucharon contra el clima; dominaron la lengua extranjera; vivieron de su trabajo honrado, algunos en holgura, unos cuantos ricos, rara vez en la miseria: gustaban del lujo, y trabajaban para él: no se les veía con frecuencia en las sendas oscuras de la vida: independientes, y bastándose a sí propios, no temían la competencia en aptitudes ni en actividad: miles se han vuelto a morir en sus hogares: miles permanecen donde en las durezas de la vida han acabado por triunfar, sin la ayuda del idioma amigo, la comunidad religiosa ni la simpatía de raza. Un puñado de trabajadores cubanos levantó a Cayo Hueso. Los cubanos se han señalado en Panamá por su mérito como artesanos en los oficios más nobles, como empleados, médicos y contratistas. Un cubano, Cisneros, ha contribuido poderosamente al adelanto de los ferrocarriles y la navegación de ríos de Colombia. Márquez, otro cubano, obtuvo, como muchos de sus compatriotas, el respeto del Perú como comerciante eminente. Por todas partes viven los cubanos, trabajando como campesinos, como ingenieros, como agrimensores, como artesanos, como maestros, como periodistas. En Filadelfia, *The Manufacturer* tiene ocasión diaria de ver a cien cubanos, algunos de ellos de historia heroica y cuerpo vigoroso, que viven de su trabajo en cómoda abundancia. En New York los cubanos son directores en bancos prominentes, comerciantes prósperos, corredores conocidos, empleados de notorios talentos, médicos con clientela del país, ingenieros de reputación universal, electricistas, periodistas, dueños de establecimientos, artesanos. El poeta del Niágara es un cubano, nuestro Heredia. Un cubano, Menocal, es jefe de los ingenieros del canal de Nicaragua. En Filadelfia mismo, como en New York, el primer premio de las Universidades ha sido, más de una vez, de los cubanos. Y las mujeres de estos "perezosos", "que no se saben valer", de estos enemigos de "todo esfuerzo", llegaron aquí recién venidas de una existencia suntuosa, en lo más crudo del invierno: sus maridos estaban en la guerra, arruinados, presos, muertos: la "señora" se puso a trabajar: la dueña de esclavos se convirtió en esclava: se sentó detrás de un mostrador: cantó en las iglesias: ribeteó ojales por cientos: cosió a jornal: rizó plumas de sombrerería: dio su corazón al deber: marchitó su cuerpo en el trabajo: ¡este es el pueblo "deficiente en moral!"

Estamos "incapacitados por la naturaleza y la experiencia para cumplir con las obligaciones de la ciudadanía en un país grande y libre". Esto no puede decirse en

justicia de un pueblo que posee—junto con la energía que construyó el primer ferrocarril en los dominios españoles y estableció contra un gobierno tiránico todos los recursos de la civilización—un conocimiento realmente notable del cuerpo político, una aptitud demostrada para adaptarse a sus formas superiores, y el poder, raro en las tierras del trópico, de robustecer su pensamiento y podar su lenguaje. La pasión por la libertad, el estudio serio de sus mejores enseñanzas; el desenvolvimiento del carácter individual en el destierro y en su propio país, las lecciones de diez años de guerra y de sus consecuencias múltiples, y el ejercicio práctico de los deberes de la ciudadanía en los pueblos libres del mundo, han contribuido, a pesar de todos los antecedentes hostiles, a desarrollar en el cubano una aptitud para el gobierno libre tan natural en él, que lo estableció, aun con exceso de prácticas, en medio de la guerra, luchó con sus mayores en el afán de ver respetadas las leyes de la libertad, y arrebató el sable, sin consideración ni miedo, de las manos de todos los pretendientes militares, por gloriosos que fuesen. Parece que hay en la mente cubana una dichosa facultad de unir el sentido a la pasión, y la moderación a la exuberancia. Desde principios del siglo se han venido consagrando nobles maestros a explicar con su palabra, y practicar en su vida, la abnegación y tolerancia inseparables de la libertad. Los que hace diez años ganaban por mérito singular los primeros puestos en las Universidades europeas, han sido saludados, al aparecer en el Parlamento español, como hombres de sobrio pensamiento y de oratoria poderosa. Los conocimientos políticos del cubano común se comparan sin desventaja con los del ciudadano común de los Estados Unidos. La ausencia absoluta de intolerancia religiosa, el amor del hombre a la propiedad adquirida con el trabajo de sus manos, y la familiaridad en práctica y teoría con las leyes y procedimientos de la libertad, habituarán al cubano para reedificar su patria sobre las ruinas en que la recibirá de sus opresores. No es de esperar, para honra de la especie humana, que la nación que tuvo la libertad por cuna, y recibió durante tres siglos la mejor sangre de hombres libres, emplee el poder amasado de este modo para privar de su libertad a un vecino menos afortunado.

Acaba *The Manufacturer* diciendo "que nuestra falta de fuerza viril y de respeto propio está demostrada por la apatía con que nos hemos sometido durante tanto tiempo a la opresión española", y "nuestras mismas tentativas de rebelión han sido tan infelizmente ineficaces, que apenas se levantan un poco de la dignidad de una farsa". Nunca se ha desplegado ignorancia mayor de la historia y el carácter que en esta ligerísima aseveración. Es preciso recordar, para no contestarla con amargura, que más de un americano derramó su sangre a nuestro lado en una guerra que otro americano había de llamar "una farsa". ¡Una farsa, la guerra que ha sido comparada por los observadores extranjeros a una epopeya, el alzamiento de todo un pueblo, el abandono voluntario de la riqueza, la abolición de la esclavitud en nuestro primer momento de la libertad, el incendio de nuestras ciudades con nuestras propias

manos, la creación de pueblos y fábricas en los bosques vírgenes, el vestir a nuestras mujeres con los tejidos de los árboles, el tener a raya, en diez años de esa vida, a un adversario poderoso, que perdió doscientos mil hombres a manos de un pequeño ejército de patriotas, sin más ayuda que la naturaleza! Nosotros no teníamos hessianos ni franceses, ni Lafayette o Steuben, ni rivalidades de rey que nos ayudaran: nosotros no teníamos más que un vecino que "extendió los límites de su poder y obró contra la voluntad del pueblo" para favorecer a los enemigos de aquellos que peleaban por la misma carta de libertad en que él fundó su independencia: nosotros caímos víctimas de las mismas pasiones que hubieran causado la caída de los Trece Estados, a no haberlos unido el éxito, mientras que a nosotros nos debilitó la demora, no demora causada por la cobardía, sino por nuestro horror a la sangre, que en los primeros meses de la lucha permitió al enemigo tomar ventaja irreparable, y por una confianza infantil en la ayuda cierta de los Estados Unidos: "¡No han de vernos morir por la libertad a sus propias puertas sin alzar una mano o decir una palabra para dar un nuevo pueblo libre al mundo!". Extendieron "los límites de su poder en deferencia a España". No alzaron la mano. No dijeron la palabra.

La lucha no ha cesado. Los desterrados no quieren volver. La nueva generación es digna de sus padres. Centenares de hombres han muerto después de la guerra en el misterio de las prisiones. Solo con la vida cesará entre nosotros la batalla por la libertad. Y es la verdad triste que nuestros esfuerzos se habrían, en toda probabilidad, renovado con éxito, a no haber sido, en algunos de nosotros, por la esperanza poco viril de los anexionistas, de obtener la libertad sin pagarla a su precio, y por el temor justo de otros, de que nuestros muertos, nuestras memorias sagradas, nuestras ruinas empapadas en sangre, no vinieran a ser más que el abono del suelo para el crecimiento de una planta extranjera, o la ocasión de una burla para *The Manufacturer* de Filadelfia.

Soy de usted, señor Director, servidor atento,

José Martí

120 Front Street.

New York, 21 de marzo de 1889

Tomado de *Cuba y los Estados Unidos*, La Habana, Centro de Estudios Martianos/Editorial de Ciencias Sociales, 1982. Edición facsimilar de *El Avisador Hispano-Americano*, Publishing Co., 36 Vesey Street, 1889.

Con todos, y para el bien de todos

Cubanos:

Para Cuba que sufre, la primera palabra. De altar se ha de tomar a Cuba, para ofrendarle nuestra vida, y no de pedestal, para levantarnos sobre ella. Y ahora, después de evocado su amadísimo nombre, derramaré la ternura de mi alma sobre estas manos generosas que ¡no a deshora por cierto! acuden a dármele fuerzas para la agonía de la edificación; ahora, puestos los ojos más arriba de nuestras cabezas y el corazón entero sacado de mí mismo, no daré gracias egoístas a los que creen ver en mí las virtudes que de mí y de cada cubano desean; ni al cordial Carbonell, ni al bravo Rivero, daré gracias por la hospitalidad magnífica de sus palabras, y el fuego de su cariño generoso; sino que todas las gracias de mi alma les daré, y en ellos a cuantos tienen aquí las manos puestas a la faena de fundar, por este pueblo de amor que han levantado cara a cara del dueño codicioso que nos acecha y nos divide; por este pueblo de virtud, en donde se prueba la fuerza libre de nuestra patria trabajadora; por este pueblo culto, con la mesa de pensar al lado de la de ganar el pan, y truenos de Mirabeau junto a artes de Roland, que es respuesta de sobra a los desdeñosos de este mundo; por este templo orlado de héroes, y alzado sobre corazones. Yo abrazo a todos los que saben amar. Yo traigo la estrella, y traigo la paloma, en mi corazón.

No nos reúne aquí, de puro esfuerzo y como a regañadientes, el respeto periódico a una idea de que no se puede abjurar sin deshonor; ni la respuesta siempre pronta, y a veces demasiado pronta, de los corazones patrios a un solicitante de fama, o a un alocado de poder, o a un héroe que no corona el ansia inoportuna de morir con el heroísmo superior de reprimirla, o a un menesteroso que bajo la capa de la patria anda sacando la mano limosnera. Ni el que viene se afeará jamás con la lisonja, ni es este noble pueblo que lo reciba pueblo de gente servil y llevadiza. Se me hincha el pecho de orgullo, y amo aún más a mi patria desde ahora, y creo aún más desde ahora en su porvenir ordenado y sereno, en el porvenir, redimido del peligro grave de seguir a ciegas, en nombre de la libertad, a los que se valen del anhelo de ella para desviarla en beneficio propio; creo aún más en la república de ojos abiertos, ni insensata ni tímida, ni togada ni descuellada, ni sobre, culta ni

inculta, desde que veo, por los avisos sagrados del corazón, juntos en esta noche de fuerza y pensamiento, juntos para ahora y para después, juntos para mientras impere el patriotismo, a los cubanos que ponen su opinión franca y libre por sobre todas las cosas,—y a un cubano que se las respeta.

Porque si en las cosas de mi patria me fuera dado preferir un bien a todos los demás, un bien fundamental que de todos los del país fuera base y principio, y sin el que los demás bienes serían falaces e inseguros, ese sería el bien que yo prefiriera: yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre. En la mejilla ha de sentir todo hombre verdadero el golpe que reciba cualquier mejilla de hombre: envilece a los pueblos desde la cuna el hábito de recurrir a camarillas personales, fomentadas por un interés notorio o encubierto, para la defensa de las libertades: sáquese a lucir, y a incendiar las almas, y a vibrar como el rayo, a la verdad, y síganla, libres, los hombres honrados. Levántese por sobre todas las cosas esta tierna consideración, este viril tributo de cada cubano a otro. Ni misterios, ni calumnias, ni tesón en desacreditar, ni largas y astutas preparaciones para el día funesto de la ambición. O la república tiene por base el carácter entero de cada uno de sus hijos, el hábito de trabajar con sus manos y pensar por sí propio, el ejercicio íntegro de sí y el respeto, como de honor de familia, al ejercicio íntegro de los demás; la pasión, en fin, por el decoro del hombre,—o la república no vale una lágrima de nuestras mujeres ni una sola gota de sangre de nuestros bravos. Para verdades trabajamos, y no para sueños. Para libertar a los cubanos trabajamos, y no para acorralarlos. ¿Para ajustar en la paz y en la equidad los intereses y derechos de los habitantes leales de Cuba trabajamos, y no, para erigir, a la boca del continente, de la república, la mayordomía espantada de Veintimilla, o la hacienda sangrienta de Rosas o el Paraguay lúgubre de Francia! ¡Mejor caer bajo los excesos del carácter imperfecto de nuestros compatriotas, que valerse del crédito adquirido con las armas de la guerra o las de la palabra que rebajarles el carácter! Este es mi único título a estos cariños, que han venido a tiempo a robustecer mis manos incansables en el servicio de la verdadera libertad. ¡Muérdanmelas los mismos a quienes anhelase yo levantar más, y ¡no miento! amaré la mordida, porque me viene de la furia de mi propia tierra, y porque por ella veré bravo y rebelde a un corazón cubano! ¡Unámonos, ante todo en esta fe; juntemos las manos, en prenda de esa decisión, donde todos las vean, y donde no se olvida sin castigo; cerrémosle el paso a la república que no venga preparada por medios dignos del decoro del hombre, para el bien y la prosperidad de todos los cubanos!

¡De todos los cubanos! ¡Yo no sé qué misterio de ternura tiene esta dulcísima palabra, ni qué sabor tan puro sobre el de la palabra misma de hombre, que es ya tan bella, que si se la pronuncia como se debe, parece que es el aire como nimbo de oro, y es trono o cumbre de monte la naturaleza! ¡Se dice cubano, y una dulzura

como de suave hermandad se esparce por nuestras entrañas, y se abre sola la caja de nuestros ahorros, y nos apretamos para hacer un puesto más en la mesa, y echa las alas el corazón enamorado para amparar al que nació en la misma tierra que nosotros, aunque el pecado lo trastorne, o la ignorancia lo extravíe, o la ira lo enfurezca, o lo ensangriente el crimen! ¡Como que unos brazos divinos que no vemos nos aprietan a todos sobre un pecho en que todavía corre la sangre y se oye todavía sollozar el corazón! ¡Créese allá en nuestra patria, para darnos luego trabajo de piedad, créese, donde el dueño corrompido pudre cuanto mira, un alma cubana nueva, erizada y hostil, un alma hosca, distinta de aquella alma casera y magnánima de nuestros padres e hija natural de la miseria que ve triunfar al vicio impune, y de la cultura inútil, que solo halla empleo en la contemplación sorda de sí misma! ¡Acá, donde vigilamos por los ausentes, donde reponemos la casa que allá se nos cae encima, donde creamos lo que ha de reemplazar a lo que allí se nos destruye, acá no hay palabra que se asemeje más a la luz del amanecer, ni consuelo que se entre con más dicha por nuestro corazón, que esta palabra inefable y ardiente de cubano!

¡Porque eso es esta ciudad; eso es la emigración cubana entera; eso es lo que venimos haciendo en estos años de trabajo sin ahorro, de familia sin gusto, de vida sin sabor, de muerte disimulada! ¡A la patria que allí se cae a pedazos y se ha quedado ciega de la podre, hay que llevar la patria piadosa y previsora que aquí se levanta! ¡A lo que queda de patria allí, mordido de todas partes por la gangrena que empieza a roer el corazón, hay que juntar la patria amiga donde hemos ido, acá en la soledad, acomodando el alma, con las manos firmes que pide el buen cariño, a las realidades todas, de afuera y de adentro, tan bien veladas allí en unos por la desesperación y en otros por el goce babilónico, que con ser grandes certezas y grandes esperanzas y grandes peligros, son, aun para los expertos, poco menos que desconocidas! ¿Pues qué saben allá de esta noche gloriosa de resurrección, de la fe determinada y metódica de nuestros espíritus, del acercamiento continuo y creciente de los cubanos de afuera, que los errores de los diez años y las veleidades naturales de Cuba, y otras causas maléficas no han logrado por fin dividir, sino allegar tan íntima y cariñosamente, que no se ve sino un águila que sube, y un sol que va naciendo, y un ejército que avanza? ¿Qué saben allá de estos tratos sutiles, que nadie prepara ni puede detener, entre el país desesperado y los emigrados que esperan? ¿Qué saben de este carácter nuestro fortalecido, de tierra en tierra, por la prueba cruenta y el ejercicio diario? ¿Qué saben del pueblo liberal, y fiero, y trabajador, que vamos a llevarles? ¿Qué sabe el que agoniza en la noche, del que le espera con los brazos abiertos en la aurora? Cargar barcos puede cualquier cargador; y poner mecha al cañón cualquier artillero puede; pero no ha sido esa tarea menor, y de mero resultado y oportunidad, la tarea única de nuestro deber, sino la de evitar las consecuencias dañinas, y acelerar las felices; de la guerra próxima, e

inevitable,—e irla limpiando, como cabe en lo humano, del desamor y del descuido y de los celos que la pudiesen poner donde sin necesidad ni excusa nos pusieron la anterior, y disciplinar nuestras almas libres en el conocimiento y orden de los elementos reales de nuestro país, y en el trabajo que es el aire y el sol de la libertad, para que quepan en ella sin peligro, junto a las fuerzas creadoras de una situación nueva, aquellos residuos inevitables de las crisis revueltas que son, necesarias para constituirlas. ¡Y las manos nos dolerán más de una vez en la faena sublime, pero los muertos están mandando, y aconsejando, y vigilando, y los vivos los oyen, y los obedecen, y se oye en el viento ruido de ayudantes que pasan llevando órdenes, y de pabellones que se despliegan! ¡Unámonos, cubanos, en esta otra fe: con todos, y para todos: la guerra inevitable, de modo que la respete y la desee y la ayude la patria, y no nos la mate, en flor, por local o por personal o por incompleta, el enemigo: la revolución de justicia y de realidad, para el reconocimiento y la práctica franca de las libertades verdaderas.

¡Ni los bravos de la guerra que me oyen tienen paces con estos análisis menudos de las cosas públicas, porque al entusiasta le parece crimen la tardanza misma de la sensatez en poner por obra el entusiasmo; ni nuestra mujer, que aquí oye atenta, sueña más que en volver a pisar la tierra propia, donde no ha de vivir su compañero, agrio como aquí vive y taciturno; ni el niño, hermano o hijo de mártires y de héroes, nutrido en sus leyendas, piensa en más que en lo hermoso de morir a caballo, peleando por el país, al pie de una palma!

¡Es el sueño mío, es el sueño de todos; las palmas son novias que esperan: y hemos de poner la justicia tan alta como las palmas! Eso es lo que queríamos decir. A la guerra del arranque, que cayó en el desorden, ha de suceder, por insistencia de los males públicos, la guerra de la necesidad, que vendría floja y sin probabilidad de vencer, si no le diese su pujanza aquel amor inteligente y fuerte del derecho por donde las almas más ansiosas de él recogen de la sepultura el pabellón que dejaron caer, cansados del primer esfuerzo, los menos necesitados de justicia. Su derecho de hombres es lo que buscan los cubanos en su independencia; y la independencia se ha de buscar con alma entera de hombre. ¡Que Cuba, desolada, vuelve a nosotros los ojos! ¡Que los niños ensayan en los troncos de los caminos la fuerza de sus brazos nuevos! ¡Que las guerras estallan, cuando hay causas para ella, de la impaciencia de un valiente o de un grano de maíz! ¡Que el alma cubana se está poniendo en fila, y se ven ya, como al alba, las masas confusas! ¡Que el enemigo, menos sorprendido hoy, menos interesado, no tiene en la tierra los caudales que hubo de defender la vez pasada, ni hemos de entretenernos tanto como entonces en dimes y diretes de localidad, ni en competencias de mando, ni en envidias de pueblo, ni en esperanzas locas! ¡Que afuera tenemos el amor en el corazón, los ojos en la costa, la mano en la América, y el arma al cinto! ¿Pues quién no lee en el aire todo eso con letras de luz? Y con letras de luz se ha de leer que no buscamos, en este nuevo sacrificio, meras formas, ni la perpetuación del alma colonial en nuestra

vida, con novedades de uniforme yanqui, sino la esencia y realidad de un país republicano nuestro, sin miedo canijo de unos a la expresión saludable de todas las ideas y el empleo honrado de todas las energías,—ni de parte de otros aquel robo al hombre que consiste en pretender imperar en nombre de la libertad por violencias en que se prescinde del derecho de los demás a las garantías y los métodos de ella. Por supuesto que se nos echarán atrás los petimetres de la política, que olvidan cómo es necesario contar con lo que no se puede suprimir,—y que se pondrá a refunfuñar el patriotismo de polvos de arroz, so pretexto de que los pueblos, en el sudor de la creación, no dan siempre olor de clavellina. ¿Y qué le hemos de hacer? ¡Sin los gusanos que fabrican la tierra no podrían hacerse palacios suntuosos! En la verdad hay que entrar con la camisa al codo, como entra en la res el carnicero. Todo lo verdadero es santo, aunque no huela a clavellina. ¡Todo tiene la entraña fea y sangrienta; es fango en las artesas el oro en que el artista talla luego sus joyas maravillosas; de lo fétido de la vida saca almíbar la fruta y colores la flor; nace el hombre del dolor y la tiniebla del seno maternal, y del alarido y el desgarramiento sublime; y las fuerzas magníficas y corrientes de fuego que en el horno del sol se precipitan y confunden, no parecen de lejos a los ojos humanos sino manchas! ¡Paso a los que no tienen miedo a la luz: caridad para los que tiemblan de sus rayos!

Ni vería yo esa bandera con cariño, hecho como estoy a saber que lo más santo se toma como instrumento del interés por los triunfadores audaces de este mundo, si no creyera que en sus pliegues ha de venir la libertad entera, cuando el reconocimiento cordial del decoro de cada cubano, y de los modos equitativos de ajustar los conflictos de sus intereses, quite razón a aquellos consejeros de métodos confusos que solo tienen de terribles lo que tiene de terca la pasión que se niega a reconocer cuanto hay en sus demandas de equitativo y justiciero ¡Clávese la lengua del adulador popular, y cuélguese al viento como banderola de ignominia, donde sea castigo de los que adelantan sus ambiciones azuzando en vano la pena de los que padecen, u ocultándoles verdades esenciales de su problema, o levantándoles la ira:—y al lado de la lengua de los aduladores, clávese la de los que se niegan a la justicia!

La lengua del adulador se clave donde todos la vean,—y la de los que toman por pretexto las exageraciones a que tiene derecho la ignorancia, y que no puede acusar quien no ponga todos los medios de hacer cesar la ignorancia, para negarse a acatar lo que hay de dolor de hombre y de agonía sagrada en las exageraciones que es más cómodo excomulgar, de toga y birrete, que estudiar, lloroso el corazón, con el dolor humano hasta los codos! En el presidio de la vida es necesario poner, para que aprendan justicia, a los jueces de la vida. El que juzgue de todo, que lo conozca todo. No juzgue de prisa el de arriba, ni por un lado: no juzgue el de abajo por un lado ni de prisa. No censure el celoso el bienestar que envidia en secreto. ¡No desconozca el pudiente el poema conmovedor, y el sacrificio cruento, del que se

tiene que cavar el pan que come; de su sufrida compañera, coronada de corona que el injusto no ve; de los hijos que no tienen lo que tienen los hijos de los otros por el mundo! ¡Valiera más que no se desplegara esa bandera de su mástil, si no hubiera de amparar por igual a todas las cabezas!

Muy mal conoce nuestra patria, la conoce muy mal, quien no sepa que hay en ella, como alma de lo presente y garantía de lo futuro, una enérgica suma de aquella libertad original que cría el hombre en sí, del jugo de la tierra y de las penas que ve, y de su idea propia y de su naturaleza altiva. Con esta libertad real y pujante, que solo puede pecar por la falta de la cultura que es fácil poner en ella, han de contar más los políticos de carne y hueso que con esa libertad de aficionados que aprenden en los catecismos de Francia o de Inglaterra, los políticos de papel. Hombres somos, y no vamos a querer gobiernos de tijeras y de figurines, sino trabajo de nuestras cabezas, sacado del molde de nuestro país. Muy mal conoce a nuestro pueblo quien no observe en él como a la par de este ímpetu nativo que lo levanta para la guerra y no lo dejará dormir en la paz, se ha criado con la experiencia y el estudio, y cierta ciencia clara que da nuestra tierra hermosa, un cúmulo de fuerzas de orden, humanas y cultas,—una falange de inteligencias plenas, fundadas por el amor al hombre, sin el cual la inteligencia no es más que azote y crimen,—una concordia tan íntima, venida del dolor común, entre los cubanos de derecho natural, sin historia y sin libros, y los cubanos que han puesto en el estudio la pasión que no podían poner en la elaboración de la patria nueva,—una hermandad tan ferviente entre los esclavos ínfimos de la vida y los esclavos de una tiranía aniquiladora,—que por este amor unánime y abrasante de justicia de los de un oficio y los de otro; por este ardor de humanidad igualmente sincero en los que llevan el cuello alto, porque tienen alta la nuca natural, y los que lo llevan bajo, porque la moda manda lucir el cuello hermoso; por esta patria vehemente en que se reúnen con iguales sueños, y con igual honradez, aquellos a quienes pudiese divorciar el diverso estado de cultura—sujetará nuestra Cuba, libre en la armonía de la equidad, la mano de la colonia que no dejará a su hora de venírsenos encima, disfrazada con el guante de la república. ¡Y cuidado, cubanos, que hay guantes tan bien imitados que no se diferencian de la mano natural! A todo el que venga a pedir poder, cubanos, hay que decirle a la luz, donde se vea la mano bien: ¿mano o guante?—Pero no hay que temer en verdad, ni hay que regañar. Eso mismo que hemos de combatir, eso mismo nos es necesario. Tan necesario es a los pueblos lo que sujeta como lo que empuja: tan necesario es en la casa de familia el padre, siempre activo, como la madre, siempre temerosa. Hay política hombre y política mujer. ¿Locomotora con caldera que la haga andar, y sin freno que la detenga a tiempo? Es preciso, en cosas de pueblos, llevar el freno en una mano, y la caldera en la otra. Y por ahí padecen los pueblos: por el exceso de freno, y por el exceso de caldera.

¿A qué es, pues, a lo que habremos de temer? ¿Al decaimiento de nuestro entusiasmo, a lo ilusorio de nuestra fe, al poco número de loe infatigables, al desorden de nuestras esperanzas? Pues miro yo a esta sala, y siento firme y estable la tierra bajo mis pies, y digo: "Mienten". Y miro a mi corazón, que no es más que un corazón cubano, y digo: "Mienten".

¿Tendremos miedo a los hábitos de autoridad contraídos en la guerra, y en cierto modo ungidos por el desdén diario de la muerte? Pues no conozco yo lo que tiene de brava el alma cubana, y de sagaz y experimentado el juicio de Cuba, y lo que habrían de contar las autoridades viejas con las autoridades vírgenes, y aquel admirable concierto de pensamiento republicano y la acción heroica que honra, sin excepciones apenas, a los cubanos que cargaron armas; o, como que conozco todo eso, al que diga que de nuestros veteranos hay que esperar ese amor criminal de sí, ese postergamiento de la patria a su interés, esa traición inicua a su país, le digo:—"¡Mienten!"

¿O nos ha de echar atrás el miedo a las tribulaciones de la guerra, azuzado por gente impura que está a paga del gobierno español, el miedo a andar descalzo, que es un modo de andar ya muy común en Cuba, porque entre los ladrones y los que los ayudan, ya no tienen en Cuba zapatos sino los cómplices y los ladrones? ¡Pues como yo sé que el mismo que escribe un libro para atizar el miedo a la guerra, dijo en versos, muy buenos por cierto, que la jutía basta a todas las necesidades del campo en Cuba, y sé que Cuba está otra vez llena de jutías, me vuelvo a los que nos quieren asustar con el sacrificio mismo que apetecemos, y les digo:—"Mienten".

¿Al que más ha sufrido en Cuba por la privación de la libertad le tendremos miedo, en el país donde la sangre que derramó por ella se la hecho amar demasiado para amenazarla? ¿Le tendremos miedo al negro, al negro generoso, al hermano negro, que en los cubanos que murieron por él ha perdonado para siempre a los cubanos que todavía lo maltratan? Pues yo sé de manos de negro que están más dentro de la virtud que las de blanco alguno que conozco: yo sé del amor negro a la libertad sensata, que solo en la intensidad mayor y natural y útil se diferencia del amor a la libertad del cubano blanco: yo sé que el negro ha erguido el cuerpo noble, y está poniéndose de columna firme de las libertades patrias. Otros le teman: yo lo amo: a quien diga mal de él, me lo desconozca, le digo a boca llena:—"Mienten".

¿Al español en Cuba habremos de temer? ¿Al español armado, que no nos pudo vencer por su valor, sino por nuestras envidias, nada más que por nuestras envidias? ¿Al español que tiene en el Sardinero o en la Rambla su caudal y se irá con su caudal, que es su única patria; o al que lo tiene en Cuba, por apego a la tierra o por la raíz de los hijos, y por miedo al castigo opondrá poca resistencia, y por sus hijos? ¿Al español llano, que ama la libertad como la amamos nosotros, y busca con nosotros una patria en la justicia, superior al apego a una patria incapaz e injusta,

al español que padece, junto a su mujer cubana, del desamparo irremediable y el mísero porvenir de los hijos que le nacieron con el estigma de hambre y persecución, con el decreto de destierro en su propio país, con la sentencia de muerte en vida con que vienen al mundo los cubanos? ¿Temer al español liberal y bueno, a mi padre valenciano, a mi fiador montañés, al gaditano que me velaba el sueño febril, al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos, al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano impotente, al gallego que muere en la nieve extranjera, al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? ¡Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! ¡A estos españoles los atacarán otros: yo los ampararé toda mi vida! A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos:—"¡Mienten!"

¿Y temeremos a la nieve extranjera? Los que no saben bregar con sus manos en la vida, o miden el corazón de los demás por su corazón espantadizo, o creen que los pueblos son meros tableros de ajedrez, o están tan criados en la esclavitud que necesitan quien les sujete el estribo para salir de ella, esos buscarán en un pueblo de componentes extraños y hostiles la república que solo asegura el bienestar cuando se la administra en acuerdo con el carácter propio, y de modo que se acendre y realce. A quien crea que falta a los cubanos coraje y capacidad para vivir por sí en la tierra creada por su valor, le decimos: "Mienten".

Y a los lindoros que desdeñan hoy esta revolución santa cuyos guías y mártires primeros fueron hombres nacidos en el mármol y seda de la fortuna, esta santa revolución que en el espacio más breve hermanó, por la virtud redentora de las guerras justas, al primogénito heroico y al campesino sin heredad, al dueño de hombres y a sus esclavos; a los olimpos de pisapapel, que bajan de la trípode calumniosa para preguntar aterrados, y ya con ánimos de sumisión, si ha puesto el pie en tierra este peleador o el otro, a fin de poner en paz el alma con quien puede mañana distribuir el poder; a los alzacolas que fomentan, a sabiendas, el engaño de los que creen que este magnífico movimiento de almas, esta idea encendida de la redención decorosa, este deseo triste y firme de la guerra inevitable, no es más que el tesón de un rezagado indómito, o la correría de un general sin empleo, o la algazara de los que no gozan de una riqueza que solo se puede mantener por la complicidad con el deshonor o la amenaza de una turba obrera, con odio por corazón y papeluchos por sesos, que irá, como del cabestro, por donde la quiera llevar el primer ambicioso que la adule, o el primer déspota encubierto que le pase por los ojos la bandera,—a lindoros, o a olimpos, y a alzacolas,—les diremos:—"Mienten". ¡Esta es la turba obrera, el arca de nuestra alianza, el tahalí, bordado de mano de mujer, donde se ha guardado la espada de Cuba, el arenal redentor donde se edifica, y se perdona, y se prevé y se ama!

¡Basta, basta de meras palabras! Para lisonjearnos no estamos aquí, sino para palparnos los corazones, y ver que viven sanos, y que pueden; para irnos enseñando a los desesperanzados, a los desbandados, a los melancólicos, en nuestra fuerza de idea y de acción, en la virtud probada que asegura la dicha por venir, en nuestro tamaño real, que no es de presuntuoso, ni de teorizante, ni de salmodista, ni de melómano, ni de cazanubes, ni de pordiosero. Ya somos uno, y podemos ir al fin: conocemos el mal, y veremos de no recaer; a puro amor y paciencia hemos congregado lo que quedó disperso, y convertido en orden entusiasta lo que era, después de la catástrofe, desconcierto receloso; hemos procurado la buena fe, y creemos haber logrado suprimir o reprimir los vicios que causaron nuestra derrota, y allegar con modos sinceros y para fin durable, los elementos conocidos o esbozados, con cuya unión se puede llevar la guerra inminente al triunfo. ¡Ahora, a formar filas! ¡Con esperar, allá en lo hondo del alma, no se fundan pueblos! Delante de mí vuelvo a ver los pabellones, dando órdenes; y me parece que el mar que de allá viene, cargado de esperanza y de dolor, rompe la valla de la tierra ajena en que vivimos, y revienta contra esas puertas sus olas alborotadas... ¡Allá está, sofocada en los brazos que nos la estrujan y corrompen! ¡Allá está, herida en la frente, herida en el corazón, presidiendo, atada a la silla de tortura, el banquete donde las bocamangas de galón de oro ponen el vino del veneno en los labios de los hijos que se han olvidado de sus padres! ¡Y el padre murió cara a cara al alférez, y el hijo va, de brazo con el alférez, a pudrirse a la orgía! ¡Basta de meras palabras! De las entrañas desgarradas levantemos un amor inextinguible por la patria sin la que ningún hombre vive feliz, ni el bueno ni el malo. Allí está, de allí nos llama, se la oye gemir, nos la violan y nos la befan y nos la gangrenan a nuestros ojos, nos corrompen y nos despedazan a la madre de nuestro corazón! ¡Pues alcémonos de una vez, de una arremetida última de los corazones, alcémonos de manera que no corra peligro la libertad en el triunfo, por el desorden o por la torpeza o por la impaciencia en prepararla; alcémonos, para la república verdadera, los que por nuestra pasión por el derecho y por nuestro hábito del trabajo sabremos mantenerla; alcémonos para darles tumba a los héroes cuyo espíritu vaga por el mundo avergonzado y solitario; alcémonos para que algún día tengan tumba nuestros hijos! Y pongamos alrededor de la estrella, en la bandera nueva, esta fórmula del amor triunfante: “Con todos, y para el bien de todos”.

Discurso pronunciado en el Liceo Cubano, Tampa, el 26 de noviembre de 1891.
Reproducido en hoja suelta con el título “Por Cuba y para Cuba”.
OC, t. 4, pp. 269-279.

Nuestras ideas

Nace este periódico, por la voluntad y con los recursos de los cubanos y puertorriqueños independientes de New York, para contribuir, sin premura y sin descanso, a la organización de los hombres libres de Cuba y Puerto Rico, en acuerdo con las condiciones y necesidades actuales de las islas, y su constitución republicana venidera; para mantener la amistad entrañable que une, y debe unir, a las agrupaciones independientes entre sí, y a los hombres buenos y útiles de todas las procedencias, que persistan en el sacrificio de la emancipación, o se inicien sinceramente en él; para explicar y fijar las fuerzas vivas y reales del país, y sus gérmenes de composición y descomposición, a fin de que el conocimiento de nuestras deficiencias y errores, y de nuestros peligros, asegure la obra a que no bastaría la fe romántica y desordenada de nuestro patriotismo; y para fomentar y proclamar la virtud donde quiera que se la encuentre. Para juntar y amar, y para vivir en la pasión de la verdad, nace este periódico. Deja a la puerta—porque afean el propósito más puro—la preocupación personal por donde el juicio oscurecido rebaja al deseo propio, las cosas santas de la humanidad y la justicia, y el fanatismo que aconseja a los hombres un sacrificio cuya utilidad y posibilidad no demuestra la razón.

Es criminal quien promueve en un país la guerra que se le puede evitar; y quien deja de promover la guerra inevitable. Es criminal quien ve ir al país a un conflicto que la provocación fomenta y la desesperación favorece, y no prepara, o ayuda a preparar, el país para el conflicto. Y el crimen es mayor cuando se conoce, por la experiencia previa, que el desorden de la preparación puede acarrear la derrota del patriotismo más glorioso, o poner en la patria triunfante los gérmenes de su disolución definitiva. El que no ayuda hoy a preparar la guerra, ayuda ya a disolver el país. La simple creencia en la probabilidad de la guerra es ya una obligación, en quien se tenga por honrado y juicioso, de coadyuvar a que se purifique, o impedir que se malee, la guerra probable. Los fuertes, prevén; los hombres de segunda mano esperan la tormenta con los brazos en cruz.

La guerra, en un país que se mantuvo diez años en ella, y ve vivos y fieles a sus héroes, es la consecuencia inevitable de la negación continua, disimulada o descarada, de las condiciones necesarias para la felicidad a un pueblo que se resiste a

corromperse y desordenarse en la miseria. Y no es del caso preguntarse si la guerra es apetecible o no, puesto que ninguna alma piadosa la puede apetecer, sino ordenarla de modo que con ella venga la paz republicana, y después de ella no sean justificables ni necesarios los trastornos a que han tenido que acudir, para adelantar, los pueblos de América que vinieron al mundo en años en que no estaban en manos de todos, como hoy están, la pericia política y el empleo de la fuerza nacional en el trabajo. Ni la guerra asusta sino a las almas mediocres, incapaces de preferir la dignidad peligrosa a la vida inútil.

En lo presente y relativo es la guerra desdicha espantosa, en cuyos dolores no se ha de detener un estadista previsor; como es el oro preciado metal, y no se lamenta la moneda de oro si se la da en cambio de lo que vale más que ella. Cuando los componentes de un país viven en un estado de batalla sorda, que amarga las relaciones más naturales, y perturba y tiene como sin raíces la existencia, la precipitación de ese estado de guerra indeciso en la guerra decisiva es un ahorro recomendable de la fuerza pública. Cuando las dos entidades hostiles de un país viven en él con la aspiración, confesa o callada, al predominio, la convivencia de las dos solo puede resultar en el abatimiento irremediable de una. Cuando un pueblo compuesto por la mano infausta de sus propietarios con elementos de odio y de disociación, salió de la primer prueba de guerra, por sobre las disensiones que la acabaron, más unido que cuando entró en ella, la guerra vendría a ser, en vez de un retardo de su civilización, un período nuevo de la amalgama indispensable para juntar sus factores diversos en una república segura y útil. Cuando la guerra no se ha de hacer, en un país de españoles y criollos, contra los españoles que viven en el país, sino contra la dependencia de una nación incapaz de gobernar un pueblo que solo puede ser feliz sin ella, la guerra tiene de aliados naturales a todos los españoles que quieran ser felices.

La guerra es un procedimiento político, y este procedimiento de la guerra es conveniente en Cuba, porque con ella se resolverá definitivamente una situación que mantiene y continuará manteniendo perturbada el temor de ella; porque por la guerra, en el conflicto de los propietarios del país, ya pobres y desacreditados entre los suyos, con los hijos del país, amigos naturales de la libertad, triunfará la libertad indispensable al logro y disfrute del bienestar legítimo; porque la guerra rematará la amistad y fusión de las comarcas y entidades sociales sin cuyo trato cercano y cordial hubiera sido la misma independencia un semillero de graves discordias; porque la guerra dará ocasión a los españoles laboriosos de hacer olvidar, con su neutralidad o con su ayuda, la crueldad y ceguera con que en la lucha pasada sofocaron la virtud de sus hijos; porque por la guerra se obtendrá un estado de felicidad superior a los esfuerzos que se han de hacer por ella.

La guerra es, allá en el fondo de los corazones, allá en las horas en que la vida pesa menos que la ignominia en que se arrastra, la forma más bella y respetable

del sacrificio humano. Unos hombres piensan en sí más que en sus semejantes, y aborrecen los procedimientos de justicia de que les pueden venir incomodidades o riesgos. Otros hombres aman a sus semejantes más que a sí propios, a sus hijos más que la misma vida, al bien seguro de la libertad más que al bien siempre dudoso de una tiranía incorregible, y se exponen a la muerte por dar vida a la patria. Así, cuando los elementos contendientes en las islas demuestran la imposibilidad de avenirse en la justicia y el honor, y el avenimiento siempre parcial que pudiesen pretender no sería sancionado por la nación de que ambos dependen, ni sería más que una loable e insuficiente moratoria,—proclaman la guerra los que son capaces del sacrificio, y solo la rehúyen los que son incapaces de él.

Pero si la guerra hubiese de ser el principio de una era de revueltas y de celos, que después de una victoria inmerecida e improbable, convirtiese el país, sazonado con nuestra sangre pura, en arena de disputas locales o escenario de ambiciosas correrías; si la guerra hubiese de ser el consorcio apresurado y desleal de los hombres cultos de más necesidades que empuje, y la autoridad impaciente y desdeñosa que por causas naturales, y en parte nobles, suele crear la milicia, si hubiese la guerra de ser el predominio de una entidad cualquiera de nuestra población, con merma y desasosiego de las demás, y no el modo de ajustar en el respeto común las preocupaciones de la susceptibilidad y las de la arrogancia,—como parricidas se habría de acusar a los que fomentaran y aconsejasen la guerra. Y en la lucha misma que no viniera por aconsejada, sino por inevitable, el honor solo sería para los que hubiesen extirpado, o procurado extirpar, sus gérmenes temibles; y el oprobio sería de cuantos, por la intriga o el miedo, hubiesen contribuido a impedir que las fuerzas todas de la lucha se combinasen, sin exclusiones injustas e imprudentes, en tal relación que desde los arranques pusiera a la gloria fuera del peligro del deslumbramiento, y a la libertad donde no la pudiera alcanzar la tiranía. Pero este periódico viene a mantener la guerra que anhelan juntos los héroes de mañana, que aconsejan del juicio su fervor, y los héroes de ayer, que sacaron ilesa de la lección de los diez años su fe en el triunfo; la guerra única que el cubano, libre y reflexivo por naturaleza, pide y apoya, y es la que, en acuerdo con la voluntad y necesidades del país, y con las enseñanzas de los esfuerzos anteriores, junte en sí, en la proporción natural, los factores todos, deseables o irremediables, de la lucha inminente; y los conduzca, con esfuerzo grandioso y ordenado, a una victoria que no hayan de deslucir un día después los conatos del vencedor o la aspiración de las parcialidades descontentas, ni estorbe con la política verbosa y femenil el empleo de la fuerza nacional en las labores urgentes del trabajo.

Ama y admira el cubano sensato, que conoce las causas y excusas de los yerros, a aquellos hombres valerosos que rindieren las armas a la ocasión funesta, no al enemigo; y brilla en ellos aún el alma desinteresada que los héroes nuevos, en la impaciencia de la juventud, les envidian con celos filiales. Crían las guerras, por el

exceso de las mismas condiciones que dan para ellas especial capacidad, o por el poder legítimo que conserva sobre el corazón el que estuvo cerca de él a la hora de morir, hábitos de autoridad y de compañerismo cuyos errores, graves a veces, no han de entibiar, en los que distinguen en ellos lo esencial de la virtud, el agradecimiento de hijo. Pero la pureza patriótica de aquellos hombres que salieron del lujo a la pelea, el roce continuo de caracteres y méritos a que la guerra dilatada dio ocasión, y el decoro natural de quien lleva en el pecho un corazón probado en lo sublime, dio a Cuba una milicia que no pone, como otras, la gloria militar por encima de la patria. Arando en los campos, contando en los bancos, enseñando en los colegios, comerciando en las tiendas, trabajando con sus manos de héroe en los talleres, están hoy los que ayer, ebrios de gloria, peleaban por la independencia del país. Y aguardan impacientes a la generación que ha de emularlos.

Late apresurado el corazón al saludar, desde el seguro extranjero, a los que bajo el poder de un dueño implacable se disponen en silencio a sacudirlo. Ha de saberse, allá donde no queremos nutrir con las artes inútiles de la conspiración el cadalso amenazante, que los cubanos que solo quieren de la libertad ajena el modo de asegurar la propia, aman a su tierra demasiado para trastornarla sin su consentimiento; y antes perecerían en el destierro ansiosos, que fomentar una guerra en que cubano alguno, o habitante neutral de Cuba, tuviera que padecer como vencido. La lucha que se empeña para acabar una disensión, no ha de levantar otra. Por las puertas que abramos los desterrados, por más libres mucho menos meritorios, entrarán con el alma radical de la patria nueva los cubanos que con la prolongada servidumbre sentirán más vivamente la necesidad de sustituir a un gobierno de preocupación y señorío, otro por donde corran, francas y generosas, todas las fuerzas del país. El cambio de mera forma no merecería el sacrificio a que nos aprestamos; ni bastaría una sola guerra para completar una revolución cuyo primer triunfo solo diese por resultado la mudanza de sitio de una autoridad injusta. Se habrá de defender, en la patria redimida, la política popular en que se acomoden por el mutuo reconocimiento, las entidades que el puntillo o el interés pudiera traer a choque; y ha de levantarse, en la tierra revuelta que nos lega un gobierno incapaz, un pueblo real y de métodos nuevos, donde la vida emancipada, sin amenazar derecho alguno, goce en paz de todos. Habrá de defenderse con prudencia y amor esta novedad victoriosa de los que en la revolución no vieran más que el poder de continuar rigiendo el país con el ánimo que censuraban en sus enemigos. Pero esta misma tendencia excesiva hacia lo pasado, tiene en las repúblicas igual derecho al respeto y a la representación que la tendencia excesiva al porvenir. Y la determinación de mantener la patria libre en condiciones en que el hombre pueda aspirar por su pleno ejercicio a la ventura, jamás se convertirá, mientras no nazcan cubanos hasta hoy desconocidos, o no ande la idea de guerra en manos diversas, en pelea de exclusión y desdén de aquellos con quienes en lo íntimo del alma tenemos

ajustada, sin palabras, una gloriosa cita. La guerra se dispone fuera de Cuba, de manera que, por la misma amplitud que pudiera alarmar a los asustadizos, asegure la paz que les trastornaría una guerra incompleta. La guerra se prepara en el extranjero para la redención y beneficio de todos los cubanos. Crece la yerba espesa en los campos inútiles: cunden las ideas postizas entre los industriales impacientes; entra el pánico de la necesidad en los oficios desiertos del entendimiento, puesto hasta hoy principalmente en el estudio literario e improductivo de las civilizaciones extranjeras, y en la disputa de derechos casi siempre inmorales. La revolución cortará la yerba; reducirá a lo natural las ideas industriales postizas; abrirá a los entendimientos pordioseros empleos reales que aseguren, por la independencia de los hombres, la independencia de la patria. Revienta allí ya la gloria madura, y es la hora de dar la cuchillada.

Para todos será el beneficio de la revolución a que hayan contribuido todos, y por una ley que no está en mano de hombre evitar, los que se excluyan de la revolución, por arrogancia de señorío o por reparos sociales, serán, en lo que no choque con el derecho humano, excluidos del honor e influjo de ella. El honor veda al hombre pedir su parte en el triunfo a que se niega a contribuir; y pervierte ya mucho noble corazón la creencia, justa a cierta luz, en la inutilidad del patriotismo. El patriotismo es censurable cuando se le invoca para impedir la amistad entre todos los hombres de buena fe del universo, que ven crecer el mal innecesario, y le procuran honradamente alivio. El patriotismo es un deber santo, cuando se lucha por poner la patria en condición de que vivan en ella más felices los hombres. Apena ver insistir en sus propios derechos a quien se niega a luchar por el derecho ajeno. Apena ver a hermanos de nuestro corazón negándose, por defender aspiraciones pecuniarias, a defender la aspiración primera de la dignidad. Apena ver a los hombres reducirse, por el mote exclusivo de obreros, a una estrechez más dañosa que benigna; porque este aislamiento de los hombres de una ocupación, o de determinado círculo social, fuera de los acuerdos propios y juiciosos entre personas del mismo interés, provocan la agrupación y resistencia de los hombres de otras ocupaciones y otros círculos; y los turnos violentos en el mando, y la inquietud continua que en la misma república vendría de estas parcialidades, serían menos beneficiosos a sus hijos que un estado de pleno decoro en que, una vez guardados los útiles de la labor de cada día, solo se distinguiera un hombre de otro por el calor del corazón o por el fuego de la frente.

Para todos los cubanos, bien procedan del continente donde se calcina la piel, bien vengan de pueblos de una luz más mansa, será igualmente justa la revolución en que han caído, sin mirarse los colores, todos los cubanos. Si por igualdad social hubiera de entenderse, en el sistema democrático de igualdades, la desigualdad, injusta a todas luces, de forzar a una parte de la población, por ser de un color diferente de la otra, a prescindir en el trato de la población de otro color de los

derechos de simpatía y conveniencia que ella misma ejercita, con aspereza a veces, entre sus propios miembros, la "igualdad social" sería injusta para quien la hubiese de sufrir, e indecorosa para los que quisiesen imponerla. Y mal conoce el alma fuerte del cubano de color, quien crea que un hombre culto y bueno, por ser negro, ha de entrometerse en la amistad de quienes, por negársela, demostrarían serle inferiores. Pero si igualdad social quiere decir el trato respetuoso y equitativo, sin limitaciones de estimación no justificada por limitaciones correspondientes de capacidad o de virtud, de los hombres, de un color o de otro, que pueden honrar y honran el linaje humano, la igualdad social no es más que el reconocimiento de la equidad visible de la naturaleza.

Y como es ley que los hijos perdonen los errores de los padres, y que los amigos de la libertad abran su casa a cuantos la amen y respeten, no solo a los cubanos será beneficiosa la revolución en Cuba, y a los puertorriqueños la de Puerto Rico, sino a cuantos acaten sus designios y ahorren su sangre. No es el nacimiento en la tierra de España lo que abomina en el español el antillano oprimido; sino la ocupación agresiva e insolente del país donde amarga y atrofia la vida de sus propios hijos. Contra el mal padre es la guerra, no contra el buen padre; contra el esposo aventurero, no contra el esposo leal; contra el transeúnte arrogante e ingrato, no contra el trabajador liberal y agradecido. La guerra no es contra el español, sino contra la codicia e incapacidad de España. El hijo ha recibido en Cuba de su padre español el primer consejo de altivez e independencia: el padre se ha despojado de las insignias de su empleo en las armas para que sus hijos no se tuviesen que ver un día frente a él: un español ilustre murió por Cuba en el patíbulo: los españoles han muerto en la guerra al lado de los cubanos. Los españoles que aborrecen el país de sus hijos, serán extirpados por la guerra que han hecho necesaria. Los españoles que aman a sus hijos, y prefieren las víctimas de la libertad a sus verdugos, vivirán seguros en la república que ayuden a fundar. La guerra no ha de ser para el exterminio de los hombres buenos, sino para el triunfo necesario sobre los que se oponen a su dicha.

Es el hijo de las Antillas, por favor patente de su naturaleza, hombre en quien la moderación del juicio iguala a la pasión por la libertad; y hoy que sale el país, con el mismo desorden con que salió hace veinticuatro años, de una política de paz inútil que solo ha sido popular cuando se ha acercado a la guerra, y no ha llevado la unión de los elementos allegables más lejos al menos de donde estuvieron hace veinticuatro años, álzanse a la vez a remediar el desorden, con prudencia de estadistas y fuego apostólico, los hijos vigilantes que han empleado la tregua en desentrañar y remediar las causas accidentales de la tristísima derrota, y en juntar a sus elementos aún útiles las fuerzas nacientes, a fin de que no caiga la mano enemiga, perita en la persecución, sobre los que sin esta levadura de realidad pudieran volver al desconcierto e inexperiencia por donde vino a desangrarse y morir la

robusta gloria de la guerra pasada. Se encienden los fuegos, y vuelve a cundir la voz; en el mismo bogar tímido, cansado de la miseria, restalla la amenaza; va en silencio la juventud a venerar la sepultura de los héroes: y el clarín resuena a la vez en las asambleas de los emigrados y en las de los colonos. Nace este periódico, a la hora del peligro, para velar por la libertad, para contribuir a que sus fuerzas sean invencibles por la unión, y para evitar que el enemigo nos vuelva a vencer por nuestro desorden.

Patria, Nueva York, 14 de marzo de 1892.
OC, t, 1, pp. 315-322.

El Partido Revolucionario Cubano

Y lo primero que se ha de decir, es que los cubanos independientes, y los puertorriqueños que se les hermanan, abominarían de la palabra de partido si significase mero bando o secta, o reducto donde unos criollos se defendiesen de otros: y a la palabra partido se amparan, para decir que se unen en esfuerzo ordenado, con disciplina franca y fin común, los cubanos que han entendido ya que, para vencer a un adversario deshecho, lo único que necesitan es unirse.

Por adversario entienden los cubanos libres, no el cubano que vive en agonía bajo un régimen que no puede sacudir, no el forastero arraigado que ama y desea la libertad, no el criollo medroso que se vindicará de la flojedad de hoy con el patriotismo de mañana, sino el gobierno ajeno que ahoga y corrompe las fuerzas del país, y la constitución colonial que impediría en la patria libre la práctica pacifica de la independencia. El adversario es el gobierno ajeno que en nombre de España niega el derecho de hombres a los hijos de los españoles, y atiza el odio entre los hijos y los padres; que esquilma una porción de sus dominios, la porción antillana, para pagar las deudas de toda la nación, y la guerra con que empapó en sangre el país a que provocó con su injusticia; que pudre con la incursión continua de empleados rapaces y viciosos un pueblo que necesita ya buscar en la inmoralidad el sustento que no halla en el trabajo; que en las ciudades de algún viso, con la venia delincuente de los criollos apasionados de su seguridad, permite una función de libertades que en el campo verdadero, y en la ciudad menor, castiga con el látigo, o con el puñal nocturno, o con el destierro sigiloso. ¡Y la que no lo sienta, no diga que es espalda cubana! ¡A la mesa del castigador no puede sentarse con honra, sino sin honra, ningún hermano del castigado! El adversario es la constitución colonial, que en la independencia misma avivase los gérmenes de discordia, por regiones y colores, que la república trae en sí, y perpetuase la primacía leguleya en un país que debe entrar inmediatamente al trabajo y equilibrio de sus potencias reales. Con el espíritu magnánimo y cierto y con sus métodos rápidos y seguros, ha de combatir el Partido Revolucionario Cubano, no con la magia perdida de los nombres, el gobierno ajeno y la constitución colonial.

> Los partidos suelen nacer, en momentos propicios, ya de una mesa de medias voluntades, aprovechada por un astuto aventurero, ya de un

> cónclave de intereses más arrastrados y regañones que espontáneos y unánimes, ya de un pecho encendido que inflama en pasión volátil a un gentío apagadizo, ya de la terca ambición de un hombre hecho a la lisonja y complicidad por donde se asegura el mando. Puede ser un partido mera hoja de papel, que la fe escribe, y con sus manos invisibles borra el desamor. Puede ser la obra ardiente y precipitada de un veedor que en el ansia confusa del peligro patrio, congrega las huestes juradas, en su corazón flojo, al estéril cansancio. Pero el Partido Revolucionario Cubano, nacido con responsabilidades sumas en los instantes de descomposición del país, no surgió de la vehemencia pasajera, ni del deseo vociferador e incapaz, ni de la ambición temible; sino del empuje de un pueblo aleccionado, que por el mismo Partido proclama, antes de la república, su redención de los vicios que afean al nacer la vida republicana. Nació uno, de todas partes a la vez. Y erraría, de afuera o de adentro, quien lo creyese extinguible o deleznable. Lo que un grupo ambiciona, cae. Perdura, lo que un pueblo quiere. El Partido Revolucionario Cubano, es el pueblo cubano.

Ni hubiera podido precipitar su formación sin arriesgar su éxito, por falta de madurez; ni habría podido, sin peligro mortal de honor, demorarla en el instante en que el corazón público lo hacía posible, y el desmembramiento de la isla lo hace necesario.—No hubiera podido precipitar su formación por falta de madurez. Puede el genio avizor, cuando concuerda con el alma pública, congregar las fuerzas que sin el ímpetu pujante se desvanecerían tal vez en el descontento inerte, o en efímeros chispazos. Pero el genio mismo, que solo es lícito y útil cuando condensa y acelera el alma humana, tentará en vano el logro del ideal político, que ha de ser la composición justa de los factores públicos verdaderos, hasta que no estén en trance de composición los factores públicos. Antes dañaría que ayudaría a la obra nacional el genio incauto al perturbar con su arremetida los elementos que no estuviesen aún en condiciones amigables. El genio de una época está en acometer; y en esperar, que es lo superior, está el genio de otra.

Por razones de afuera y de adentro murió la guerra en Cuba; y tan loable y necesario fue, desde el principio de la tregua, trabajar por el remedio de las causas incidentales que deslucieron y pusieron en barbecho el espíritu de independencia inextinguible, como insensato hubiera sido pretender que desapareciesen en un día los celos y desconfianzas que tras años de labor habían podido más que una década de unión en la gloria. Ni el tiempo admite reducción, ni la ley del hombre, y la ola tarda en pujar lo que tarda en alejarse de la playa. En divertimientos canadienses, que al cabo de catorce años vienen a caer en un ensayo tímido de política real, se ocupaban en Cuba, juntos por mero artificio con los que les servían de pasaporte revolucionario,

los que cuando perecieron, con divina belleza, los héroes cubanos, o cargaban al sombrero el hule de los matadores, o celebraban en la metrópoli las glorias de la infantería. En viajes corteses al país de la medianoche empleábase el tiempo que se pudo poner en apretar las huestes, por si los viajes no daban resultado: y los años pasaban en pedir a la política de caló leyes inglesas, y en picarle el punto a los catedráticos verbosos. Pero durante este entremés que no debió inquietarse, porque con la plena libertad se probara mejor su ineficacia, brillan dentro y fuera del país los elementos vivos que han de sacar de sus asientos, suspensos y respetuosos, a los amables convidados de la Plaza de Armas. De la guerra quedaron, para crecer o para mermar, los factores que, por causa personal más que pública, y por el desmayo de esperar de la emigración mal conducida una ayuda enérgica, rindieron la bandera al enemigo que al salir a buscarla confesó su temor de verla antes de un año ondear en el Morro.

La impericia de afuera fatigó, y la intriga de afuera desordenó, el campo heroico a que no debió dejarse ocasión de entretener los ocios agrios en las disputas que crían, en lo militar y en lo civil, el ejercicio prolongado y disperso de la autoridad. Ejército que se sienta, se desmigaja. Afuera, el entusiasta sacrificio rendía en balde sangre y joyas, a los que mostraban menos impaciencia que la de los que acudían a ser de ellos guiados. Fue el combate entre los pechos coloniales, metidos de sorpresa en la libertad, y los pechos libres: y se comió el gusano al águila. Quedaron de la guerra los campeones desdeñosos de la emigración incapaz: los caudillos, fuera de habla, o con poca relación, hasta que el pesar de la caída volvió a unirlos en el deseo de alzarse de ella; y las emigraciones aturdidas, recelosas entre sí y tan descontentas de los guías letrados, vueltos harto pronto a la bandera roja y amarilla, que solo vieron salud en los que querían volver de rifleros a la patria. Y la política real, que no se había de ver, fue la de atajar en la milicia, viva y viril, el desprecio de los "líteros", indignos cuando con su señorío medroso paran a los valientes el coraje, y santos cuando con puro amor del país salvan al valor del peligro grave de ofender a la libertad. La política real fue la de unir, por la nobleza despejada y continua, las emigraciones que con el abuso o desuso de la autoridad, o el deseo tácito de ella, quedaron de la guerra como cera propicia a la mano del espía azuzador, o del renegado que no quiere que los demás vuelvan a la fe, o del celoso que estorba cuanta grandeza no puede él encabezar, o de la ambición que del aislamiento y de la discordia se aprovecha. La política real fue la de restaurar en la emigración la fe perdida en los consejos del pensamiento; la de proteger a los héroes de su impaciencia, y a la patria de las invasiones parciales fomentadas por sus enemigos; la de impedir entre los emigrados la batalla de clases que los políticos dormidos, por escasez de previsión y justicia, han permitido que en la isla se apasione; la de renovar el alma de Yara, para cuando la tierra descompuesta tendiese otra vez los brazos a sus hijos; la de salvar a la república inevitable de los males que se le asomaron en la primera guerra; la de unir la milicia recelosa, la emigración que le ha de dar pie, y el espíritu de la patria.

La fuerza de esta labor se había de ver cuando convergiesen la angustia desordenada de la isla, y la capacidad de la emigración de ordenarse para salvarla. Si al desmoronarse, como valla floja que es, la política de represa, no tenía el agua rota cauce por donde echar la nueva pujanza, vana habría sido la labor sutil, por pobreza incurable de los materiales de trabajo, o por desidia o incapacidad de los trabajadores. Si al asomar el peligro, se erguían las emigraciones a arrostrarlo, si se erguían confiadas y fuertes, la labor no había sido vana.

¡Y en un día se irguieron sin más mando ni voz que los de su espíritu unificado! Unos hoy, y otros enseguida, y otros a la vez, disputándose todos la primacía del entusiasmo, proclaman, con aquel fuego que solo arde cuando se va a vencer, su determinación de ir, detrás de la persona de la libertad, a la guerra sin odio por donde se ha de conseguir la república laboriosa y justiciera; proclaman, ante el pabellón que cobija en sus pliegues al maestro de la idea y al héroe de la batalla, su poder de fundir la voluntad y el corazón en el empeño de poner en la vida cuanto aspira en vano en ella a la paz, al decoro y al trabajo. No con el ceño del conquistador proclama la guerra, sino con los brazos abiertos para sus hermanos. Así, de la obra de doce años callada e incesante, salió, saneado por las pruebas, el Partido Revolucionario Cubano.

Él es, de espontáneo nacimiento, la grande obra pública. Él es, sin más mano personal que la que echa el hierro hirviente al molde, la revelación de cuanto tiene de sagaz y generosa el alma cubana. Él es, sin el indecoro de la solicitud ni los repartos de la intriga, la unión visible y conmovedora de cuantos han aprendido a depurar sus pasiones en el amor piadoso de la libertad. Él es la prueba magnífica de que, al mover al sacrificio útil a la patria que en el sacrificio inútil perece, ni desconoce ni permite el cubano previsor aquellos peligros por donde la pasión de los nombres o de las personas conturba o desangra las repúblicas nacientes. Él es el ímpetu tierno, de heroico amor, por donde los corazones abrasados, bajo la guía de la mente fuerte y justa, vuelven, con la lección sabida, a los días de aurora de nuestra redención. Él es el fruto visible de la prudencia y justicia de la labor de doce años. Y salvará, si se conforma en sus métodos a sus orígenes y fines, y se pone entero y con cuanto es en su acción: solo perecerá, y dejará de salvar, si tuerce o reduce su sublime espíritu.

Patria, Nueva York, 3 de abril de 1892.
OC, t. 1, pp. 365-369.

Carta al general Máximo Gómez*

Santiago de los Caballeros, Santo Domingo

13 de setiembre de 1892

Señor Mayor General del Ejército
Libertador de Cuba,
Máximo Gómez.

Señor Mayor General:

El Partido Revolucionario Cubano, que continúa, con su mismo espíritu de creación y equidad la República donde acreditó Vd. su pericia y su valor, y es la opinión unánime de cuanto hay de visible del pueblo libre cubano, viene hoy a rogar a Vd., previa meditación y consejos suficientes, que repitiendo su sacrificio ayude a la revolución como encargado supremo del ramo de la guerra, a organizar dentro y fuera de la isla el ejército libertador que ha de poner a Cuba, y a Puerto Rico con ella, en condición de realizar con métodos ejecutivos y espíritu republicano, el deseo manifiesto y legítimo de su independencia.

Si el Partido Revolucionario Cubano fuese una mera intentona, o serie de ellas, que desatase sobre el sagrado suelo de la patria una guerra tenebrosa, sin composición bastante ni fines de desinterés, o una campaña rudimentaria que pretendiese resolver con las ideas vagas y el valor ensoberbecido los problemas complicados de ciencia política de un pueblo donde se reúnen, entre vecinos codiciados o peligrosos, todas las crudezas de la civilización y todas sus capacidades y perfecciones;—si fuese una revolución incompleta, de más adorno que alma, que en el roce natural y sano con los elementos burdos que ha de

* Existen dos versiones de esta carta: la original, que transcribimos aquí, y la versión que circuló en una hoja suelta acompañada por la respuesta de Gómez. Esta hoja, al parecer impresa en los mismos talleres en que se componía el periódico *Patria*, está encabezada con el membrete de la "Delegación del Partido Revolucionario Cubano. (Reservado)" y ostenta la fecha del día 15 de septiembre.

redimir, vacilara o se echase atrás, por miedo a las consecuencias naturales y necesarias de la redención, o por el puntillo desdeñoso de una inhumana y punible superioridad;—si fuese una revolución falseada, que por el deseo de predominio o el temor a la sana novedad y trabajo directo de una república naciente, se disimulase bajo el lema santo de la independencia, a fin de torcer, con el influjo ganado por él, las fuerzas reales de la revolución, y contrariar, con una política sinuosa y parcial, sin libertad y sin fe, la voluntad democrática y composición equitativa de los elementos confusos e impetuosos del país;—si fuese un ensayo imperfecto, o una recaída histórica, o el empeño novel del apetito de renombre, o la empresa inoportuna del heroísmo fanático,—no tendría derecho el Partido Revolucionario Cubano a solicitar el concurso de un hombre cuya gloria merecida, en la prueba larga y real de las virtudes más difíciles, no puede contribuir a llevar al país más conflictos que remedios, ni a arrojarlo en una guerra de mero sentimiento o destrucción, ni a estorbar y corromper, como en otras y muy tristes ocasiones históricas, la revolución piadosa y radical que animó a los héroes de la guerra de Yara, y le anima a Vd., hoy como ayer, la idea y el brazo.

Pero como el Partido Revolucionario Cubano, arrancando del conocimiento sereno de los elementos varios y alterados de la situación de Cuba, y del deseo de equilibrarlos en la cordialidad y la justicia, es aquella misma revolución decisiva, que al deseo de constituir un pueblo próspero con—el carácter libre, une ya, por las lecciones de la experiencia, la pericia requerida para su ordenación y gobernación;—como el Partido Revolucionario Cubano, en vez de fomentar la idea culpable de caer con una porción de cubanos contra la voluntad declarada de los demás, y la odiosa ingratitud de desconocer la abnegación conmovedora, y el derecho de padres de los fundadores de la primera república, es la unión, sentida e invencible, de los hijos de la guerra con—sus héroes, de los cubanos de la isla con los que viven fuera de ella, de todos los necesitados de justicia en la isla hayan nacido en ella o no, de todos los elementos revolucionarios del pueblo cubano, sin distingos peligrosos ni reparos mediocres, sin alardes de amo ni prisas de libertos, sin castas ni comarcas,—puede el Partido Revolucionario Cubano confiar en la aceptación de Vd., porque es digno de sus consejos y de su renombre.

La situación confesa del país, y su respuesta bastante a nuestras preguntas, allí donde no ha surgido la solicitud vehemente de nuestro auxilio; nos da derecho, como cubanos que vivimos en libertad, a reunir enseguida, y mantener dispuestos, en acuerdo con los de la isla, los elementos con que podamos favorecer la decisión del país. Entiende el Partido que está ya en guerra, así como que estamos ya en república, y procura sin ostentación ni intransigencia innecesarias, ser fiel a la una y a la otra. Entiende que debe reunir, y reúne, los medios necesarios

para la campaña inevitable, y para sostenerla con empuje; y que,—luego que tenemos la honrada convicción de que el país nos desea y nos necesita, y de que la opinión pública aprueba los propósitos a que no podríamos faltar sin delito, y que no debemos propagar si no los hemos de cumplir,—es el deber del Partido tener en pie de combate su organización, reducir a un plan seguro y único todos sus factores, levantar sin demora los recursos necesarios para su acometimiento, y reforzarlos sin cesar, y por todas partes, después de la acometida.—Y al solicitar su concurso, señor Mayor General, esta es la obra viril que el Partido le ofrece.

Yo ofrezco a Vd., sin temor de negativa, este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración que brindarle que el placer de su sacrificio y la ingratitud probable de los hombres. El tesón con que un militar de su pericia,—una, vez que a las causas pasadas de la tregua sustituyen las causas constantes de la revolución y el conocimiento de sus yerros remediables,—mantiene la posibilidad de triunfar allí donde se fue ayer vencido; y la fe inquebrantable de Vd. en la capacidad del cubano para la conquista de su libertad y la práctica de las virtudes con que se le ha de mantener en la victoria, son prueba sobrada de que no nos faltan los medios de combate, ni la grandeza de corazón, sin la cual cae, derribada o desacreditada, la guerra más justa. Vd. conoció, hombre a hombre a aquellos héroes incansables. Vd. vio nublarse la libertad, sin perder por eso la fe en la luz del sol. Vd. conoció y practicó aquellas virtudes que fingen desdeñar, o afean de propósito, los que así creen que alejan el peligro de verse obligados de nuevo o por segunda vez, a imitarlas, y solo niegan los que en la estrechez de su corazón no pueden concebir mayor anchura, o los soberbios que desconocen en los demás el mérito de que ellos mismos no se sienten capaces. Vd. que vive y cría a los suyos en la pasión de la libertad cubana, ni puede, por un amor insensato de la destrucción y de la muerte, abandonar su retiro respetado y el amor de su ejemplar familia, ni puede negar la luz de su consejo, y su enérgico trabajo, a los cubanos que, con su misma alma de raíz, quieren asegurar la independencia amenazada de las Antillas y el equilibrio y porvenir de la familia de nuestros pueblos en América.

Los tiempos grandes requieren grandes sacrificios; y yo vengo confiado a pedir a Vd. que deje en manos de sus hijos nacientes y de su compañera abandonada la fortuna que les está levantando con rudo trabajo, para ayudar a Cuba a conquistar su libertad, con riesgo de la muerte: vengo a pedirle que cambie el orgullo de su bienestar y la paz gloriosa de su descanso por los azares de la revolución, y la amargura de la vida consagrada al servicio de los hombres. Y yo no dudo, señor Mayor General, que el Partido Revolucionario Cubano, que es hoy cuanto hay de visible de la revolución en que Vd. sangró y triunfó, obtendrá sus servicios en el ramo que le ofrece, a fin de ordenar, con el ejemplo de su abnegación

y su pericia reconocida, la guerra republicana que el Partido está en la obligación de preparar, de acuerdo con la isla, para la libertad y el bienestar de todos sus habitantes, y la independencia definitiva de las Antillas.

Y en cuanto a mí, Señor Mayor General, por—el término en que esté sobre mí la obligación que me ha impuesto el sufragio cubano, no tendré orgullo mayor que la compañía y el consejo de un hombre que no se ha cansado de la noble desdicha, y se vio día a día durante diez años en frente de la muerte, por defender la redención del hombre en la libertad de la patria.

Patria y Libertad.

El Delegado
José Martí

EJM, t. II, pp. 207-210.

"Mi raza"

Esa de racista está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígase hombre, y ya se dicen todos los derechos. El negro, por negro, no es inferior ni superior a ningún otro hombre: peca por redundante el blanco que dice: "mi raza"; peca por redundante el negro que dice: "mi raza". Todo lo que divide a los hombres, todo lo que los especifica, aparta o acorrala, es un pecado contra la humanidad. ¿A qué blanco sensato le ocurre envanecerse de ser blanco, y qué piensan los negros del blanco, que se envanece de serlo, y cree que tiene derechos especiales por serlo? ¿Qué han de pensar los blancos del negro que se envanece de su color? Insistir en las divisiones de raza, en las diferencias de raza, de un pueblo naturalmente dividido, es dificultar la ventura pública, y la individual, que están en el mayor acercamiento de los factores que han de vivir en común. Si se dice que en el negro no hay culpa aborigen, ni virus que lo inhabilite para desenvolver toda su alma de hombre, se dice la verdad, y ha de decirse y demostrarse, porque la injusticia de este mundo es mucha, y la ignorancia de los mismos que pasa por sabiduría, y aún hay quien crea de buena fe al negro incapaz de la inteligencia y corazón del blanco; y si a esa defensa de la naturaleza se la llama racismo, no importa que se le llame así, porque no es más que decoro natural, y voz que clama del pecho del hombre por la paz y la vida del país. Si se alega que la condición de esclavitud no acusa inferioridad en la raza esclava, puesto que los galos blancos, de ojos azules y cabellos de oro, se vendieron como siervos, con la argolla al cuello, en los mercados de Roma; eso es racismo bueno, porque es pura justicia y ayuda a quitar prejuicios al blanco ignorante. Pero ahí acaba el racismo justo, que es el derecho del negro a mantener y probar que su color no lo priva de ninguna de las capacidades y derechos de la especie humana.

El racista blanco, que le cree a su raza derechos superiores, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista negro, que le vea también especialidad a su raza? El racista negro, que ve en la raza un carácter especial, ¿qué derecho tiene para quejarse del racista blanco? El hombre blanco que, por razón de su raza, se cree superior al hombre negro, admite la idea de la raza, y autoriza y provoca al racista negro. El hombre negro que proclama su raza, cuando lo que acaso proclama únicamente en esta forma errónea es la identidad espiritual de todas las

razas, autoriza y provoca al racista blanco. La paz pide los derechos comunes de la naturaleza: los derechos diferenciales, contrarios a la naturaleza, son enemigos de la paz. El blanco que se aísla, aísla al negro. El negro que se aísla, provoca a aislarse al blanco.

En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro. En los campos de batalla, muriendo por Cuba, han subido juntas por los aires las almas de los blancos y de los negros. En la vida diaria de defensa, de lealtad, de hermandad, de astucia, al lado de cada blanco, hubo siempre un negro. Los negros, como los blancos, se dividen por sus caracteres, tímidos o valerosos, abnegados o egoístas, en los partidos diversos en que se agrupan los hombres. Los partidos políticos son agregados de preocupaciones, de aspiraciones, de intereses y de caracteres. Lo semejante esencial se busca y halla, por sobre las diferencias de detalle; y lo fundamental de los caracteres análogos se funde en los partidos, aunque en lo incidental, o en lo postergable al móvil común, difieran. Pero en suma, la semejanza de los caracteres, superior como factor de unión a las relaciones internas de un color de hombres graduado, y en sus grados a veces opuesto, decide e impera en la formación de los partidos. La afinidad de los caracteres es más poderosa entre los hombres que la afinidad del color. Los negros, distribuidos en las especialidades diversas u hostiles del espíritu humano, jamás se podrán ligar, ni desearán ligarse, contra el blanco, distribuido en las mismas especialidades. Los negros están demasiado cansados de la esclavitud para entrar voluntariamente en la esclavitud del color. Los hombres de pompa e interés se irán de un lado, blancos o negros; y los hombres generosos y desinteresados, se irán de otro. Los hombres verdaderos, negros o blancos, se tratarán con lealtad y ternura por el gusto del mérito, y el orgullo de todo lo que honre la tierra en que nacimos, negro o blanco. La palabra racista caerá de los labios de los negros que la usan hoy de buena fe, cuando entiendan que ella es el único argumento de apariencia válida, y de validez en hombres sinceros y asustadizos, para negar al negro la plenitud de sus derechos de hombre. De racistas serían igualmente culpables: el racista blanco y el racista negro. Muchos blancos se han olvidado ya de su color; y muchos negros. Juntos trabajan, blancos y negros, por el cultivo de la mente, por la propagación de la virtud, por el triunfo del trabajo creador y de la caridad sublime.

En Cuba no habrá nunca guerras de raza. La República no se puede volver atrás; y la República, desde el día único de redención del negro en Cuba, desde la primera constitución de la independencia el 10 de abril en Guáimaro, no habló nunca de blancos ni de negros. Los derechos públicos, concedidos ya de pura astucia por el Gobierno español e iniciados en las costumbres antes de la independencia de la isla, no podrán ya ser negados, ni por el español que los mantendrá

mientras aliente en Cuba, para seguir dividiendo al cubano negro del cubano blanco, ni por la independencia, que no podría negar en la libertad los derechos que el español reconoció en la servidumbre.

Y en lo demás, cada cual será libre en lo sagrado de la casa. El mérito, la prueba patente y continua de cultura, y el comercio inexorable acabarán de unir a los hombres. En Cuba hay mucha grandeza, en negros y blancos.

Patria, Nueva York, 16 de abril de 1893.
OC, t. 2, pp. 298-300.

La crisis y el Partido Revolucionario Cubano

Las casas que se levantan sobre puntales de papel, se vienen abajo en cuanto sopla un viento pasajero: el viento, vencido, azota en vano la casa que se levantó, como los árboles, sobre largas raíces. El pródigo que cuenta con el azar y vive a la loca, desaparece deshonrado o befado, en cuanto baja la espuma que lo cargaba por el mundo: el previsor, que gasta en lo necesario y niega a los pícaros la bolsa, que no reparte entre timadores el sudor del trabajo virtuoso, ese mide de antemano la ola y el vendaval, y pone a la patria por sobre su cabeza, donde no se la alcance el vaivén de la marejada, ni la aturda la alarma de los hombres. Es la patria lo que se lleva por sobre la cabeza; es la esperanza de toda la vida; es el clima feliz y el pueblo de generosidad donde el amor de la tierra, y la firmeza del suelo nativo, y la abundancia del corazón criollo consuelen y remedien las desigualdades de la fortuna, que en la soledad de la tierra extraña de tal manera afligen y perturban que la casa amenazada, envuelta en la nube sombría, no ve por encima, con su luz nueva e invencible, el sol del porvenir. Los que están en el taller del sol, no tienen miedo a la nube. Mientras más sea la agonía en la tierra extranjera, más se ha de trabajar por conquistar, pronto, la tierra propia. El Norte ha sido injusto y codicioso; ha pensado más en asegurar a unos pocos la fortuna que en crear un pueblo para el bien de todos; ha mudado a la tierra nueva americana los odios todos y todos los problemas de las antiguas monarquías: aquí no calma ni equilibra al hombre el misterioso respeto a la tierra en que nació, a la leyenda cruenta del país, que en los brazos de sus héroes y en las llamas de su gloria funde al fin a los bandos que se lo disputan y asesinan: del Norte, como de tierra extranjera, saldrán en la hora del espanto sus propios hijos. En el Norte no hay amparo ni raíz. En el Norte se agravan los problemas, y no existen la caridad y el patriotismo que los pudieran resolver. Los hombres no aprenden aquí a amarse, ni aman el suelo donde nacen por casualidad, y donde bregan sin respiro en la lucha animal y atribulada por la existencia. Aquí se ha montado una máquina más hambrienta que la que puede satisfacer el universo ahíto de productos. Aquí se ha repartido mal la tierra; y la producción desigual y monstruosa, y la inercia del suelo acaparado, dejan al país sin la salvaguardia del cultivo distribuido, que da de comer cuando no da para ganar. Aquí se amontonan los ricos de una parte y los desesperados de otra. El Norte se cierra y está lleno de odios. Del Norte hay que ir saliendo. Hoy más que

nunca cuando empieza a cerrarse este asilo inseguro, es indispensable conquistar la patria. Al sol, y no a la nube. Al remedio único constante y no a los remedios pasajeros. A la autoridad del suelo en que se nace, y no a la agonía del destierro, ni a la tristeza de la limosna escasa, y a veces imposible. A la patria de una vez. ¡A la patria libre!

Pero pudiera afligirse el corazón de los cubanos buenos, temiendo que el desorden y oscuridad que ven en torno suyo invada o trastorne la revolución a que han de fiar su esperanza única. Pudiera el padre cubano, que ve ya su mesa sin mantel, creer que la patria se queda sin pan y sin sal, lo mismo que su casa. Pudiera el fiel patriota, porque le falta a él de pronto el óbolo que dar, creer sin razón que a todos los cubanos esparcidos por el mundo les falta el óbolo a la vez, y que se les ha caído la cintura a los que en el silencio prudente lo tienen ya todo ordenado para la salvación incontrastable. Ese sería un grande error. Hay dos cosas totalmente distintas: la pobreza que por causas independientes de la revolución pueden padecer los cubanos, y la marcha firme e independiente del Partido Revolucionario.

A causas independientes de la revolución, y que ella no puede evitar, se debe la pobreza de los Estados Unidos, de que los cubanos residentes en ellos vienen a padecer. El Partido Revolucionario, con las fuerzas de los cubanos de todos los destierros, y con la representación de todos, va a conquistar la patria que hoy les falta, porque ese es el modo único de dar asilo permanente a aquellos de sus hijos que escogieron para vivir un país que no puede ya con la población que se ha echado encima, y del que todo hombre previsor debe ir buscando refugio en tierra más cordial o despoblada,—o en su propia tierra. De los Estados Unidos no vive el Partido Revolucionario, y la crisis de los Estados Unidos solo le alcanza en el dolor con que ha de ver la pobreza de sus cubanos y de sus puertorriqueños,—dolor que lo espolearía, si necesitase espuela, para bracear con más vigor, aun contra los clamores de los suyos, y robar a la mar y a la tiranía un suelo donde los antillanos vivan en seguridad y el miedo de la miseria no acorrale y rebaje a los hombres. A pasos seguros ha ido adelantando el Partido Revolucionario, y no ha dado un paso solo, sin tener bien firme el de atrás. Avanzar puede, no retroceder.

Con los esfuerzos de los cubanos todos se ha levantado en el Partido Revolucionario una organización a la que, por dicha de los cubanos, no puede detener en su marcha regular y asegurada la penuria de que padezca un grupo especial de los cubanos del destierro. El Partido Revolucionario no tiene una sola raíz, sino todas las raíces que le vienen de la unanimidad del deseo de independencia en las comarcas varias donde anhelan por ella, con entusiasmo renacido, los cubanos. La fuerza y la victoria del Partido Revolucionario están en el acuerdo entre sus propósitos y métodos con la situación actual del país, en la unión estrecha y decidida entre la revolución de la isla y la de la emigración, en la concordia abnegada de todos los jefes que con su falta de avenimiento pudiesen debilitar la guerra, en el

cariño justiciero que une a los elementos antes desconfiados del pueblo de Cuba, en el fervor y confianza con que se juntan en él las emigraciones todas, en el respeto que a la isla merecen el orden y hermandad de los trabajos totales y uniformes, y en la reducción de los gastos cursantes del Partido a una pequeñez tal, y tan prevista y segura de antemano, que en esta crisis del Norte, que pudiera aturdir al imprevisor, ni le falta al Partido nada de lo que le es necesario, ni interrumpe el movimiento regular de una sola de sus ruedas, ni tiene por qué temblar, desde hoy hasta el día probable en que con los cubanos de la isla reanude, con el ímpetu de la primera vez y con experiencia mayor, el empeño de fundar en el afecto y el decoro una república donde la desigualdad y desamor no enconen las pobrezas de la vida, donde por fin puedan hallar los cubanos el refugio que en tierra extranjera no ha bastado a crearles el trabajo de un cuarto de siglo. ¡A la patria libre! ¡Al remedio único y definitivo! Para la guerra democrática y juiciosa de la independencia fue creado el Partido Revolucionario, y no se desviará de su objeto, que es hacer con democracia y con juicio la guerra de independencia.

La crisis por que los Estados Unidos atraviesan no le quita uno solo de los elementos de su fuerzas—ni su conformidad con la situación del país,—ni la unión en espíritu y detalle del país revolucionario y las emigraciones,—ni la concordia asegurada de nuestros jefes ilustres,—ni la justicia y cariño con que se juntan en él los elementos diversos del pueblo de Cuba,—ni el alma religiosa en que se confunden, con renovado ímpetu, todas las emigraciones,—ni el aplauso de la isla al orden revolucionario que se le hace ver,—ni la economía que permite, en una hora de crisis, hacer cuanto ha de hacerse, sin que se pierda una sola hora, ni se detenga una sola rueda. ¡A la patria libre! ¡Al remedio único y definitivo! La pobreza actual es una obligación mayor, es una prueba más de la necesidad de andar de prisa, y de acabar de una vez. Se cae la casa del destierro. El Partido Revolucionario, aunque el clamor de los suyos le despedace el corazón, no se quedará cobarde donde no hay remedio para ellos, ni se pondrá a curar con dedadas de caldo la agonía, ni faltará por el aturdimiento de una hora al deber solemne y superior del porvenir:—él irá, como buen padre, a buscar para sus hijos, en los dientes de la misma muerte, una casa de donde no tenga que echarlos la miseria.

Patria, Nueva York, 19 de agosto de 1893.
OC, t. 2, pp. 367-370.

El tercer año del Partido Revolucionario Cubano

EL ALMA DE LA REVOLUCIÓN, Y EL DEBER DE CUBA EN AMÉRICA

Por el voto individual y directo de todos sus miembros entra, con sus funcionarios electos, en su tercer año de labor la empresa, americana por su alcance y espíritu, de fomentar con orden y auxiliar con todos sus elementos reales—por formas que con el desembarazo de la energía ejecutiva combinan la plenitud de la libertad individual—la revolución de Cuba y Puerto Rico para su independencia absoluta. Bello es, en el desorden consiguiente a una larga e infortunada emigración, ver unirse en una obra voluntaria y disciplinada de pensamiento activo a los hombres, de todas condiciones y grados de fortuna, de la guerra y del destierro, de los países lejanos y del Norte triunfante sobre la desidia y desaliento que le vienen del continuo trato con la infelicidad de Cuba: y todos, de Jamaica a Chicago, reiterar a su patria, con su confirmación libre del partido de la independencia, la promesa de preparar por ella en el destierro la redención que ella no puede preparar en el miedo, el desmayo y la pasión de su esclavitud. Bello es ver confundirse en el ejercicio de un santo derecho a los elementos diversos de un pueblo del que sus propios hijos, por ignorancia o soberbia, a veces injustamente desconfían; y levantar, ante los corazones caídos, esta prueba de la eficacia del trabajo constante y del trato justiciero en las almas que deja inseguras y torvas la parricida tiranía. Pero sería complacencia vana la de ese espectáculo indudablemente hermoso, y funesta fatiga la de ordenar un entusiasmo ciego y temible, si no fuesen raíz y poder del organismo revolucionario el conocimiento sereno de la realidad de la patria, en cuanto tiene de vicio y de virtud, y la disposición sensata a acomodar las formas del pueblo naciente a los estados graduales, y la verdad actual y local, de la libertad que trabaja y triunfa. Bella es la acción unida del Partido Revolucionario Cubano, por la dignidad, jamás lastimada con intrigas ni lisonjas ni súplicas, de los miembros que lo componen y las autoridades que se han dado,—por la equidad de sus propósitos confesos, que no ven la dicha del país en el predominio de una clase sobre otra en un país nuevo, sin el veneno y rebajamiento voluntario que va en la idea de clases, sino en el pleno goce individual de los derechos legítimos del hombre, que solo pueden mermarse con la desidia o exceso de los que los ejerciten,—y por la oportunidad, ya a punto de perderse, con que las Antillas esclavas acuden a ocupar su puesto de nación en el mundo americano, antes de que el desarrollo

desproporcionado de la sección más poderosa de América convierta en teatro de la codicia universal las tierras que pueden ser aún el jardín de sus moradores, y como el fiel del mundo.

A su pueblo se ha de ajustar todo partido público, y no es la política más, o no ha de ser, que el arte de guiar, con sacrificio propio, los factores diversos u opuestos de un país de modo que, sin indebido favor a la impaciencia de los unos ni negación culpable de la necesidad del orden en las sociedades—solo seguro con la abundancia del derecho—vivan sin choque, y en libertad de aspirar o de resistir, en la paz continua del derecho reconocido, los elementos varios que en la patria tienen título igual a la representación y la felicidad. Un pueblo no es la voluntad de un hombre solo, por pura que ella sea, ni el empeño pueril de realizar en una agrupación humana el ideal candoroso de un espíritu celeste, ciego graduado de la universidad bamboleante de las nubes. De odio y de amor, y de más odio que amor, están hechos los pueblos; solo que el amor, como sol que es, todo lo abrasa y funde; y lo que por siglos enteros van la codicia y el privilegio acumulando, de una sacudida lo echa abajo, con su séquito natural de almas oprimidas, la indignación de un alma piadosa. Con esas dos fuerzas: el amor expansivo y el odio represor—cuyas formas públicas son el interés y el privilegio—se van edificando las nacionalidades. La piedad hacia los infortunados, hacia los ignorantes y desposeídos, no puede ir tan lejos que encabece o fomente sus errores. El reconocimiento de las fuerzas sordas y malignas de la sociedad, que con el nombre de orden encubren la rabia de ver erguirse a los que ayer tuvieron a sus pies, no puede ir hasta juntar manos con la soberbia impotente, para provocar la ira segura de la libertad poderosa. Un pueblo es composición de muchas voluntades, viles o puras, francas o torvas, impedidas por la timidez o precipitadas por la ignorancia. Hay que deponer mucho, que atar mucho, que sacrificar mucho, que apearse de la fantasía, que echar pie a tierra con la patria revuelta, alzando por el cuello a los pecadores, vista el pecado paño o rusia: hay que sacar de lo profundo las virtudes, sin caer en el error de desconocerlas porque vengan en ropaje humilde, ni de negarlas porque se acompañen de la riqueza y la cultura. El peligro de nuestra sociedad estaría en conceder demasiado al empedernido espíritu colonial, que quedará hoceando en las raíces mismas de la república, como si el gobierno de la patria fuese propiedad natural de los que menos sacrifican por servirla, y más cerca están de ofrecerla al extranjero, de comprometer con la entrega de Cuba a un interés hostil y desdeñoso, la independencia de las naciones americanas:—y otro peligro social pudiera haber en Cuba: adular, cobarde, los rencores y confusiones que en las almas heridas o menesterosas deja la colonia arrogante tras sí, y levantar un poder infame sobre el odio o desprecio de la sociedad democrática naciente a los que, en uso de su sagrada libertad, la desamen o se le opongan. A quien merme un derecho, córtesele la mano, bien sea el soberbio quien se lo merme al inculto, bien sea el

inculto quien se lo merme al soberbio. Pero esa labor será en Cuba menos peligrosa, por la fusión de los factores adversos del país en la guerra saneadora; por la dignidad que en las amistades de la muerte adquirió el liberto ante su señor de ayer; por la peculiar levadura social que, aparte de la obra natural del país, llevarán a la república las masas de campesinos y esclavos emigrados, que, a mano con doctores y ricos de otros días y próceres de la revolución, han vivido, tras veinticinco años de trabajar y de leer, y de hablar y oír hablar, como en ejercicio continuo y consciente de la capacidad del hombre en la república. Y mientras una porción reacia e ineficaz, la porción menos eficaz, del señorío cubano antiguo, se acorrala, injusta y repulsiva, contra este pueblo nuevo de cultura y virtud, de mentes libres y manos creadoras, otra porción del señorío cubano, mucho más poderosa que aquella, ha vivido dentro de la masa revuelta, ha conocido y guiado su capacidad, ha trabajado mano a mano con ella, se ha hecho amar de la masa, y es amado: ¡y hoy rodaría por tierra, mente a mente, mucho menguado leguleyo que le negase la palabra superior a mucho hijo de esta alma-madre del trabajo y la naturaleza! En Cuba no hay duelo entre un señorío desdentado y napolitano y el país, de suyo tan moderado como desigual, en que, con la pura esperanza de la libertad suficiente, se reúnen por el respeto del esfuerzo común, los hombres del campo y de la esclavitud y del oficio pobre, conscientes ya de sus derechos y del riesgo de exagerarlos, con todo lo que hay de útil y viril, de fundador y de piadoso, en el antiguo señorío cubano. Del alma cubana arranca, decisivo, el deseo puro de entrar en una vida justa, y de trabajo útil, sobre la tierra saneada con sus muertos, amparada por las sombras de sus héroes, regada con los caudales de su llanto. La esperanza de una vida cordial y decorosa anima hoy por igual a los prudentes del señorío de ayer, que ven peligro en el privilegio inmerecido de los hombres nulos,—y a los cubanos de humilde estirpe, que en la creación de sí propios se han descubierto una invencible nobleza. Nada espera el pueblo cubano de la revolución que la revolución no pueda darle. Si desde la sombra entrase en ligas, con los humildes o con los soberbios, sería criminal la revolución, e indigna de que muriésemos por ella. Franca y posible, la revolución tiene hoy la fuerza de todos los hombres previsores, del señorío útil y de la masa cultivada, de generales y abogados, de tabaqueros y guajiros, de médicos y comerciantes, de amos y de libertos. Triunfará con esa alma, y perecerá sin ella. Esa esperanza, justa y serena, es el alma de la revolución. Con equidad para todos los derechos, con piedad para todas las ofensas, con vigilancia contra todas las zapas, con fidelidad al alma rebelde y esperanzada que la inspira, la revolución no tiene enemigos, porque España no tiene más poder que el que le dan, con la duda que quieren llevar a los espíritus, con la adulación ofensiva e insolente a las preocupaciones que suponen o halagan en nuestros hombres de desinterés y grandeza, los que, so capa de amar la independencia de su país, aborrecen a cuantos la intentan, y procuran, para cuando no la puedan evitar, ponerse de cabeza,

dañina y estéril, de los sacrificios que ni respetan ni comparten. Para andar por un terreno, lo primero es conocerlo. Conocemos el terreno en que andamos. Nos sacarán a salvo por él la lealtad a la patria que en nosotros ha puesto su esperanza de libertad y de orden,—y la indulgencia vigilante, para los que han demostrado ser incapaces de dar a la rebelión de su patria energía y orden. Sea nuestro lema: libertad sin ira.

Nulo sería, además, el espectáculo de nuestra unión, la junta de voluntades libres del Partido Revolucionario Cubano, si, aunque entendiese los problemas internos del país, y lo llagado de él y el modo con que se le cura, no se diera cuenta de la misión, aún mayor, a que lo obliga la época en que nace y su posición en el crucero universal. Cuba y Puerto Rico entrarán a la libertad con composición muy diferente y en época muy distinta, y con responsabilidades mucho mayores que los demás pueblos hispanoamericanos. Es necesario tener el valor de la grandeza: y estar a sus deberes. De frailes que le niegan a Colón la posibilidad de descubrir el paso nuevo está lleno el mundo, repleto de frailes. Lo que importa no es sentarse con los frailes, sino embarcarse en las carabelas con Colón. Y ya se sabe del que salió con la banderuca a avisar que le tuviesen miedo a la locomotora,—que la locomotora llegó, y el de la banderuca se quedó resoplando por el camino: o hecho pulpa, si se le puso en frente. Hay que prever, y marchar con el mundo. La gloria no es de los que ven para atrás, sino para adelante.—No son meramente dos islas floridas, de elementos aún disociados, lo que vamos a sacar a luz, sino a salvarlas y servirlas de manera que la composición hábil y viril de sus factores presentes, menos apartados que los de las sociedades rencorosas y hambrientas europeas, asegure, frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo, y que la historia abre a la libertad en el instante en que los continentes se preparan, por la tierra abierta, a la entrevista y al abrazo. En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder,—mero fortín de la Roma americana;—y si libres—y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio—por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles—hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo.—No a mano ligera, sino como con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará a muy alto, por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos

equilibrando: no son solo dos alas las que vamos a libertar. ¡Cuán pequeño todo, cuán pequeños los comadrazgos de aldea, y los alfilerazos de la vanidad femenil, y la nula intriga de acusar de demagogia, y de lisonja a la muchedumbre, esta obra de previsión continental, ante la verdadera grandeza de asegurar, con la dicha de los hombres laboriosos en la independencia de su pueblo, la amistad entre las secciones adversas de un continente, y evitar, con la vida libre de las Antillas prósperas, el conflicto innecesario entre un pueblo tiranizador de América y el mundo coaligado contra su ambición! Sabremos hacer escalera hasta la altura con la inmundicia de la vida. Con la mirada en lo alto, amasaremos, a sangre sana, a nuestra propia sangre, esta vida de los pueblos, hecha de la gloria de la virtud, de la rabia de los privilegios caídos, del exceso de las aspiraciones justas. La responsabilidad del fin dará asiento al pueblo cubano para recabar la libertad sin odio, y dirigir sus ímpetus con la moderación. Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna. Quien se levanta hoy con Cuba se levanta para todos los tiempos. Ella, la santa patria, impone singular reflexión; y su servicio, en hora tan gloriosa y difícil, llena de dignidad y majestad. Este deber insigne, con fuerza de corazón nos fortalece, como perenne astro nos guía, y como luz de permanente aviso saldrá de nuestras tumbas. Con reverencia singular se ha de poner mano en problema de tanto alcance, y honor tanto. Con esa reverencia entra en su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano, convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es solo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana. ¡Los flojos, respeten: los grandes, adelante! Esta es tarea de grandes.

Patria, Nueva York, 17 de abril de 1894.
OC, t. 3, pp. 138-143.

El Partido Revolucionario Cubano a Cuba. *Manifiesto de Montecristi**

La revolución de independencia, iniciada en Yara después de reparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario en el extranjero y en la isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que hoy se confirma, reconocen y acatan su deber,—sin usurpar el acento y las declaraciones solo propias de la majestad de la república constituida,—de repetir ante la patria, que no se ha de ensangrentar sin razón, ni sin justa esperanza de triunfo, los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos a la venganza, con que se ha compuesto, y llegará a su victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva a los combates, en conmovedora y prudente democracia, los elementos todos de la sociedad de Cuba.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aún hoy la representan, y de la revolución pública y responsable que los eligió, el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país harto probado en la guerra anterior para lanzarse a la ligera en un conflicto solo terminable por la victoria o el sepulcro, sin causas bastante profundas para sobreponerse a las cobardías humanas y a sus varios disfraces, y sin determinación tan respetable—por ir firmada por la muerte—que debe imponer silencio a aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseídos de igual fe en las capacidades de su pueblo ni de valor igual con que emanciparlo de su servidumbre.

La guerra no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil, que sólo tendrían derecho a demorar o condenar los que mostrasen la virtud y el propósito de conducirla a otra más viable y segura, y que no debe en verdad apetecer un pueblo que no la pueda sustentar; sino el producto disciplinado de la resolución de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad

* Este documento es conocido como *Manifiesto de Montecristi* por el lugar de la República Dominicana donde fue redactado y firmado.

se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento las virtudes necesarias para mantenerla.

La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento a la patria que se ganen, podrá gozar respetado, y aun amado, de la libertad que solo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino.—Ni del desorden, ajeno a la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra; ni de la tiranía.—Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella ante la patria su limpieza de todo odio,—su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos o equivocados,—su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república,—su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es,—y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el arrepentimiento, e inflexible solo con el vicio, el crimen y la inhumanidad.—En la guerra que se ha reanudado en Cuba no ve la revolución las causas del júbilo que pudiera embargar al heroísmo irreflexivo, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos.

Éntre Cuba en la guerra con la plena seguridad, inaceptable solo a los cubanos sedentarios y parciales, de la competencia de sus hijos para obtener el triunfo por la energía de la revolución pensadora y magnánima, y de la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación en las repúblicas feudales o teóricas de Hispano-América. Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas a menudo gloriosas y ya generalmente redimidas de los trastornos americanos, venidos del error de ajustar a moldes extranjeros, de dogma incierto o mera relación a su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que conocían solo de las libertades el ansia que las conquista, y la soberanía que se gana con pelear por ellas. La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso e imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola o ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza indígena en las disputas de credo o localidad que esas causas de los trastornos en los pueblos de América mantenían,—no son, de ningún modo los problemas de la sociedad cubana. Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, conocedor celoso de su derecho y del ajeno; o de cultura mucho mayor, en lo más humilde de él, que las masas llaneras o indias con que, a la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de América; y en el crucero del mundo, al

servicio de la guerra, y a la fundación de la nacionalidad le vienen a Cuba, del trabajo creador y conservador en los pueblos más hábiles del orbe, y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lúcidos, magnates o siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida, entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron a preparar, o—en la misma isla continuaron preparando—,con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad a que concurren hoy con la firmeza de sus personas laboriosas, y el seguro de su educación republicana. El civismo de sus guerreros; el cultivo y benignidad de sus artesanos; el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteligencias y riquezas; la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; el trato íntimo y diario, y rápida e inevitable unificación de las diversas secciones del país; la admiración recíproca de las virtudes iguales entre los cubanos que de las diferencias de la esclavitud pasaron a la hermandad del sacrificio; y la benevolencia y aptitud crecientes del liberto, superiores a los raros ejemplos de su desvío o encono,—aseguran a Cuba, sin ilícita ilusión, un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo inmediato de un pueblo feraz en la república justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cría, del rencor ofensivo de una minoría de amos caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aun invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta del albedrío y naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en las virtudes y talentos; y de la súbita desposesión, en gran parte de los pobladores letrados de las ciudades, de la suntuosidad o abundancia relativa que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer con la libertad.—Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del universo rico e industrial, sustituirá sin obstáculo, y con ventaja, después de una guerra inspirada en la más pura abnegación, y mantenida conforme a ella, al pueblo avergonzado donde el bienestar sólo se obtiene a cambio de la complicidad expresa o tácita con la tiranía de los extranjeros menesterosos que los desangran y corrompen.—No dudan de Cuba, ni de sus aptitudes para obtener y gobernar su independencia, los que en el heroísmo de la muerte, y en el de la fundación callada de la patria, ven resplandecer de continuo, en grandes y en pequeños, las dotes de concordia y sensatez solo inadvertibles para los que, fuera del alma real de su país, lo juzgan, en el arrogante concepto de sí propios, sin más poder de rebeldía y creación que el que asoma tímidamente en la servidumbre de sus quehaceres coloniales.

De otro temor quisiera acaso valerse hoy, so pretexto de prudencia, la cobardía: el temor insensato; y jamás en Cuba justificado, a la raza negra. La revolución, con su carga de mártires, y de guerreros subordinados y generosos, desmiente indignada, como desmiente la larga prueba de la emigración y de la tregua en la isla, la tacha de amenaza de la raza negra con que se quisiese inicuamente levantar, por

los beneficiarios del régimen de España, el miedo a la revolución. Cubanos hay ya en Cuba, de uno y otro color, olvidados para siempre—con la guerra emancipadora, y el trabajo donde unidos se gradúan—del odio en que los pudo dividir la esclavitud. La novedad y aspereza de las relaciones sociales, consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor de hombre libre, y el amable carácter de su compatriota negro. Y si a la raza le nacieran demagogos inmundos, o almas airadas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, o en quienes se convirtiera en injusticia con los demás la piedad por los suyos,—con su agradecimiento y su cordura, y su amor a la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y la virtud del cubano negro la opinión que aún reine de su incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y fuerza de la estimación [de] cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso, la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que alzarse a él una sola mano blanca. La revolución lo sabe, y lo proclama; la emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido o de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la república a que no atentó jamás. Solo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con semejante miedo injusto traficasen, para sujetar, con inapetecible oficio, las manos que pudieran erguirse a expulsar de la tierra cubana al ocupante corruptor.

En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primer guerra, espera hallar la revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda que por ellas vendrán a ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responda el acero, y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejército forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra. ¿Qué enemigos españoles tendrá verdaderamente la revolución? ¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha aprendido a respetar nuestro valor, como nosotros respetamos el suyo, y más sienten impulsos a veces de unírsenos que de combatirnos? ¿Serán los quintos, educados ya en las ideas de humanidad, contrarias a derramar sangre de sus semejantes en

provecho de un cetro inútil o una patria codiciosa, los quintos segados en la flor de su juventud para venir a defender, contra un pueblo que los acogería alegre como ciudadanos libres, un trono mal sujeto, sobre la nación vendida por sus guías, con la complicidad de sus privilegios y sus logros? ¿Será la masa, hoy humana y culta, de artesanos y dependientes, a quienes, so pretexto de patria, arrastró ayer a la ferocidad y al crimen el interés de los españoles acaudalados que hoy, con lo más de sus fortunas salvas en España, muestran menos celo que aquel con que ensangrentaron la tierra de su riqueza cuando los sorprendió en ella la guerra con toda su fortuna? ¿O serán los fundadores de familias y de industrias cubanas, fatigados ya del fraude de España y de su desgobierno, y como el cubano vejados y oprimidos, los que, ingratos e imprudentes, sin miramiento por la paz de sus casas y la conservación de una riqueza que el régimen de España amenaza más que la revolución, se revuelvan contra la tierra que de tristes rústicos los ha hecho esposos felices, y dueños de una prole capaz de morir sin odio por asegurar al padre sangriento un suelo libre al fin de la discordia permanente entre el criollo y el peninsular, donde la honrada fortuna pueda mantenerse sin cohecho y desarrollarse sin zozobra, y el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra aborrecida del opresor? ¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua, confesa o disimulada, que amenaza y perturba las relaciones siempre inquietas y violentas del país, o la paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia? ¿Enconarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que pueden quedar vencidos? ¿Ni con qué derecho nos odiarán los españoles, si los cubanos no los odiamos? La revolución emplea sin miedo este lenguaje, porque el decreto de emancipar de una vez a Cuba de la ineptitud y corrupción irremediables del gobierno de España, y abrirla franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como a cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad ayuden a conquistarla en Cuba, y a los que con su respeto a la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó a su golpe del pecho de sus hijos.

En las formas que se dé la revolución, conocedora de su desinterés, no hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante cobardía, que en los errores formales del país naciente, o en su poca suma visible de república, pudiese procurar razón con que negarle la sangre que le adeuda. No tendrá el patriotismo puro causa de temor por la dignidad y suerte futura de la patria. La dificultad de las guerras de independencia en América, y la de sus primeras nacionalidades, ha estado, más que en la discordia de sus héroes y en la emulación y recelo inherentes al hombre, en la falta oportuna de forma que a la vez contenga el espíritu de redención que, con apoyo de ímpetus menores, promueve y nutre la guerra,—y las prácticas necesarias a la guerra, y que esta debe desembarazar y sostener. En la guerra inicial se ha de

hallar el país maneras tales de gobierno que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos,—y permitan—en vez de entrabar—el desarrollo pleno y término rápido de la guerra fatalmente necesaria a la felicidad pública. Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no la conduzca a las parcialidades o a la tiranía.—Sin atentar, con desordenado concepto de su deber, al uso de las facultades íntegras de constitución, con que se ordenen y acomoden, en su responsabilidad peculiar ante el mundo contemporáneo, liberal e impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal, que con nobleza idéntica, y el título inexpugnable de su sangre, se lanzan, tras el alma y guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad una república trabajadora; solo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la revolución ha de hallar formas que le aseguren, en la unidad y vigor indispensables a una guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles, y la amistad del mundo. Conocer y fijar la realidad; componer en molde natural la realidad de las ideas que producen o apagan los hechos, y la de los hechos que nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura de modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjeriza y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de sus resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino al profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad:—esos son los deberes, y los intentos, de la revolución. Ella se regirá de modo que la guerra pujante y capaz dé pronto casa firme a la nueva república.

La guerra sana y vigorosa desde el nacer con que hoy reanuda Cuba, con todas las ventajas de su experiencia, y la victoria asegurada a las determinaciones finales, el esfuerzo excelso, jamás recordado sin unción, de sus inmarcesibles héroes, no es solo hoy el piadoso anhelo de dar vida plena al pueblo que, bajo la inmoralidad y ocupación crecientes de un amo inepto, desmigaja o pierde su fuerza superior en la patria sofocada o en los destierros esparcidos. Ni es la guerra el insuficiente prurito de conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la independencia política, que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres, y la paz del trabajo. La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en

tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo: ¡apenas podría creerse que con semejantes mártires, y tal porvenir, hubiera cubanos que atasen a Cuba a la monarquía podrida y aldeana de España, y a su miseria inerte y viciosa!—A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones, las causas locales y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por su rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el umbral de la tierra veneranda el espíritu y doctrinas que produjeron y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más el pueblo de Cuba, invencible e indivisible, séanos lícito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, a los magnánimos fundadores, cuya labor renueva el país agradecido,—y al honor, que ha de impedir a los cubanos herir, de palabra o de obra, a los que mueren por ellos.—Y al declarar así en nombre de la patria, y deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución, la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad común de su representación, y en muestra de la unidad y solidez de la revolución cubana, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra actual, y el General en Jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador.

Montecristi, 25 de marzo de 1895.
José Martí M. Gómez

Tomado de *El Partido Revolucionario Cubano a Cuba. Manifiesto de Montecristi*, edición facsimilar, presentación de Oscar Loyola y estudio valorativo de Ibrahim Hidalgo Paz, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2011.

Carta a Federico Henríquez y Carvajal

Sr. Federico Henríquez y Carvajal
Amigo y hermano:

Tales responsabilidades suelen caer sobre los hombres que no niegan su poca fuerza al mundo, y viven para aumentarle el albedrío y decoro, que la expresión queda como vedada e infantil, y apenas se puede poner en una enjuta frase lo que se diría al tierno amigo en un abrazo. Así yo ahora, al contestar, en el pórtico de un gran deber, su generosa carta. Con ella me hizo el bien supremo, y me dio la única fuerza que las grandes cosas necesitan, y es saber que nos la ve con fuego un hombre cordial y honrado. Escasos, como los montes, son los hombres que saben mirar desde ellos, y sienten con entrañas de nación, o de humanidad. Y queda, después de cambiar manos con uno de ellos, la interior limpieza que debe quedar después de ganar, en causa justa, una buena batalla. De la preocupación real de mi espíritu porque Vd. me la adivina entera, no le hablo de propósito: escribo, conmovido, en el silencio de un hogar que por el bien de mi patria, va a quedar, hoy mismo acaso, abandonado. Lo menos que, en agradecimiento de esa virtud puedo yo hacer, puesto que así más ligo que quebranto deberes, es encarar la muerte si nos espera en la tierra o en la mar, en compañía del que, por la obra de mis manos, y el respeto de la propia suya, y la pasión del alma común de nuestras tierras, sale de su casa enamorada y feliz a pisar, con una mano de valientes, la patria cuajada de enemigos. De vergüenza me iba muriendo,—aparte de la convicción mía de que mi presencia hoy en Cuba es tan útil por lo menos como afuera,—cuando creí que en tamaño riesgo pudiera llegar a convencerme de que era mi obligación dejarlo ir solo, y de que un pueblo se deja servir, sin cierto desdén y despego, de quien predicó la necesidad de morir y no empezó por poner en riesgo su vida. Donde esté mi deber mayor, adentro o afuera, allí estaré yo. Acaso me sea dable u obligatorio, según hasta hoy parece, cumplir ambos. Acaso pueda contribuir a la necesidad primaria de dar a nuestra guerra renaciente forma tal, que lleve en germen visible, sin minuciosidades inútiles, todos los principios indispensables al crédito de la revolución y a la seguridad de la República. La dificultad de nuestras

guerras de independencia y la razón de lo lento e imperfecto de su eficacia, ha estado, más que en la falta de estimación mutua de sus fundadores y en la emulación inherente a la naturaleza humana, en la falta de forma que a la vez contuviese el espíritu de redención y decoro que, con suma activa de ímpetus de pureza menor, promueven y mantienen la guerra,—y las prácticas y personas de la guerra. La otra dificultad, de que nuestros pueblos amos y literarios no han salido aún, es la de combinar, después de la emancipación, tales maneras de gobierno que sin descontentar a la inteligencia primada del país, contengan—y permitan el desarrollo natural y ascendente—a los elementos más numerosos e incultos, a quienes un gobierno artificial, aun cuando fuera bello y generoso, llevara a la anarquía o a la tiranía. Yo evoqué la guerra: mi responsabilidad comienza con ella, en vez de acabar. Para mí la patria, no será nunca triunfo, sino agonía y deber. Ya arde la sangre. Ahora hay que dar respeto y sentido humano y amable, al sacrificio; hay que hacer viable, e inexplicable, la guerra; si ella me manda, conforme a mi deseo único, quedarme, me quedo en ella; si me manda, clavándome el alma, irme lejos de los que mueren como yo sabría morir, también tendré ese valor. Quien piensa en sí, no ama a la patria; y está el mal de los pueblos, por más que a veces se lo disimulen sutilmente, en los estorbos o prisas que el interés de sus representantes ponen al curso natural de los sucesos. De mí espere la deposición absoluta y continua. Yo alzaré el mundo. Pero mi único deseo sería pegarme allí, al último tronco, al último peleador: morir, callado. Para mí, ya es hora. Pero aún puedo servir a este único corazón de nuestras repúblicas. Las Antillas libres salvarán la independencia de nuestra América, y el honor ya dudoso y lastimado de la América inglesa, y acaso acelerarán y fijarán el equilibrio del mundo. Vea lo que hacemos, Vd. con sus canas juveniles,—y yo, a rastras, con mi corazón roto.

De Santo Domingo ¿por qué le he de hablar? ¿Es eso cosa distinta de Cuba? ¿Vd. no es cubano, y hay quien lo sea mejor que Vd.? ¿Y Gómez, no es cubano? ¿Y yo, qué soy, y quién me fija suelo? ¿No fue mía, y orgullo mío, el alma que me envolvió, y alrededor mío palpitó, a la voz de Vd., en lo noche inolvidable y viril de la Sociedad de Amigos? Esto es aquello, y va con aquello. Yo obedezco, y aun diré que acato como superior dispensación y como ley americana, la necesidad feliz de partir, al amparo de Santo Domingo, para la guerra de libertad de Cuba. Hagamos por sobre la mar, a sangre y a cariño, lo que por el fondo de la mar hace la cordillera de fuego andino.

Me arranco de Vd., y dejo, con mi abrazo entrañable, el ruego de que en mi nombre, que solo vale por ser hoy el de mi patria, agradezca, por hoy y para mañana, cuanto justicia y caridad reciba Cuba. A quien me la ama, le digo en un gran grito: hermano. Y no tengo más hermanos que los que me la aman.—

Adiós, y a mis nobles e indulgentes amigos. Debo a Vd. un goce de altura y de limpieza, en lo áspero y feo de este universo humano. Levante bien la voz: que si caigo, será también por la independencia de su patria.

Su

José Martí

Montecristi, 25 de marzo de 1895.

EJM, t. V, pp. 117-119.

Carta a Manuel Mercado
[Fragmento]

Campamento de Dos Ríos, 18 de mayo de 1895

Sr. Manuel Mercado

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir: ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía, y orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país, y por mi deber—puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo—de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser, y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin. Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos,—como ese de Vd. y mío,—más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los imperialistas de allá y los españoles, el camino, que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América al Norte revuelto y brutal q. los desprecia,—les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio que se hace en bien inmediato y de ellos. Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas;—y mi honda es la de David. Ahora mismo, pocos días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del *Herald*, que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le piden sin fe la autonomía de Cuba, contenta solo de que haya un amo, yankee o español, que les mantenga, o les cree, en premio de su oficio de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante,—la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país,—la masa inteligente y creadora de blancos y negros. ¿Y de más me habla el corresponsal del *Herald*, Eugenio Bryson:—de un sindicato yankee,—que no será,—con garantía de las Aduanas, harto empeñadas con los rapaces blancos españoles, para que quede

asidero a los del Norte,—incapacitado afortunadamente, por su entrabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra del gobierno. Y de más me habló Bryson,—aunque la certeza de la conversación que me refería solo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la revolución,—el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español,—y la incapacidad de España para allegar, en Cuba o afuera los recursos contra la guerra que en la vez anterior solo sacó de Cuba: Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender este que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los E. Unidos a rendir la isla a los cubanos.—Y aún me habló Bryson más: de un conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando el actual presidente desaparezca, a la presidencia de México. Por acá, yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas a que solo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aun contra el empleo franco de todos esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.—Y México—¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato, de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará,—o yo se lo hallaré. Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; pero estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodos. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué, con el general Máximo Gómez y cuatro más, en un bote, en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué, catorce días, a pie por espinas y alturas, mi morral y mi rifle,—alzamos gente a nuestro paso; siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes solo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil armas; seguimos camino, al centro de la isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar, conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republica-

nismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana,—la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la república, que la empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas: y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoce. En mí, solo defenderé lo que tenga yo por garantía o servicio de la revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad.—Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúmplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que solo la emoción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce, y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Vd. lo enorgullece. Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. ¡Y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y callado él! ¡Qué engaño es este y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día! [...]

Hay afectos de tan delicada honestidad, [10]

EJM, t. V, pp. 250-252.

[10] La llegada al campamento del general Bartolomé Masó, con sus fuerzas, le hizo interrumpir esta carta que luego no pudo terminar.

1875. RETRATO TOMADO EN MÉXICO

Nuestra América

Nuestra América

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifiquen al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas, y le pueden poner la bota encima, ni de la pelea de los cometas en el cielo, que van por el aire dormido[s] engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan de Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas, valen más que trincheras de piedras.

No hay proa que taje una nube de ideas. Una idea enérgica, flameada a tiempo ante el mundo, para, como la bandera mística del juicio final, a un escuadrón de acorazados. Los pueblos que no se conocen, han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quiere[n] que le[s] llamen el pueblo ladrón, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor, no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades: ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes.

A los sietemesinos solo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra, son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. ¡Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre

sea carpintero! ¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crio, y reniegan, bribones, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, ¿quién es el hombre? ¿el que se queda con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas, con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? ¡Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más, estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! ¡Estos delicados, que son hombres, y no quieren hacer el trabajo de hombres! Pues el Washington que les hizo esta tierra ¿se fue a vivir con los ingleses, a vivir con los ingleses en los años en que los veía venir contra su tierra propia? ¡Estos "increíbles" del honor, que lo arrastran por el suelo extranjero, como los increíbles de la Revolución francesa, danzando y relamiéndose, arrastraban las erres!

¿Ni en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles? De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactas. Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irredimible a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales, de composición singular y violenta, con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas. El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser el del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país.

Por eso el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono

ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza. El hombre natural es bueno, y acata y premia la inteligencia superior, mientras esta no se vale de su sumisión para dañarle, o le ofende prescindiendo de él, que es cosa que no perdona el hombre natural, dispuesto a recabar por la fuerza el respeto de quien le hiere la susceptibilidad o le perjudica el interés. Por esta conformidad con los elementos naturales desdeñados han subido los tiranos de América al poder: y han caído, en cuanto les hicieron traición. Las repúblicas han purgado en las tiranías su incapacidad para conocer los elementos verdaderos del país, derivar de ellos la forma de gobierno, y gobernar con ellos. Gobernante, en un pueblo nuevo, quiere decir creador.

En pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprendan el arte del gobierno. La masa inculta es perezosa, y tímida en las cosas de la inteligencia, y quiere que la gobiernen bien; pero si el gobierno le lastima, se lo sacude, y gobierna ella. ¿Cómo han de salir de las universidades los gobernantes, si no hay universidad en América donde se enseñe lo rudimentario del arte del gobierno, que es el análisis de los elementos peculiares de los pueblos de América? A adivinar salen los jóvenes al mundo, con antiparras *yankees* o francesas, y aspiran a dirigir un pueblo que no conocen. En la carrera de la política habría de negarse la entrada a los que desconocen los rudimentos de la política. El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores del país en que se vive. En el periódico, en la cátedra, en la academia, debe llevarse adelante el estudio de los factores reales del país. Conocerlos basta,—sin vendas ni ambages; porque el que pone de lado, por voluntad u olvido, una parte de la verdad, cae a la larga por la verdad que le faltó, que crece en la negligencia, y derriba lo que se levanta sin ella. Resolver el problema después de conocer sus elementos, es más fácil que resolver el problema sin conocerlos. Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. La universidad europea ha de ceder a la universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. Nos es más necesaria. Los políticos nacionales han de reemplazar a los políticos exóticos. Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas.

Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo vinimos, denodados, al mundo de las naciones. Con el estandarte de la Virgen

salimos a la conquista de la libertad. Un cura, unos cuantos tenientes y una mujer alzan en México la república, en hombros de los indios. Un canónigo español, a la sombra de su capa, instruye en la libertad francesa a unos cuantos bachilleres magníficos, que ponen de jefe de Centro América contra España al general de España. Con los hábitos monárquicos, y el Sol por pecho, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur. Cuando los dos héroes chocaron, y el continente iba a temblar, uno, que no fue el menos grande, volvió riendas. Y como el heroísmo en la paz es más escaso, porque es menos glorioso, que el de la guerra; como al hombre le es más fácil morir con honra que pensar con orden; como gobernar con los sentimientos exaltados y unánimes es más hacedero que dirigir, después de la pelea, los pensamientos diversos, arrogantes, exóticos o ambiciosos; como los poderes arrollados en la arremetida épica zapaban, con la cautela felina de la especie y el peso de lo real, el edificio que había izado, en las comarcas burdas y singulares de nuestra América mestiza, en los pueblos de pierna desnuda y casaca de París, la bandera de los pueblos nutridos de savia gobernante en la práctica continua de la razón y de la libertad; como la constitución jerárquica de las colonias resistía la organización democrática de la República, o las capitales de corbatín dejaban en el zaguán al campo de bota-de-potro, o los redentores bibliógenos no entendieron que la revolución que triunfó con el alma de la tierra desatada a la voz del salvador, con el alma de la tierra había de gobernar, y no contra ella ni sin ella,—entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico. El continente, descoyuntado durante tres siglos por un mando que negaba el derecho del hombre al ejercicio de su razón, entró, desatendiendo o desoyendo a los ignorantes que lo habían ayudado a redimirse, en un gobierno que tenía por base la razón:—la razón de todos en las cosas de todos, y no la razón universitaria de unos sobre la razón campestre de otros. El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.

Con los oprimidos había que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores. El tigre, espantado del fogonazo, vuelve de noche al lugar de la presa. Muere, echando llamas por los ojos y con las zarpas al aire. No se le oye venir, sino que viene con zarpas de terciopelo. Cuando la presa despierta, tiene al tigre encima. La colonia continuó viviendo en la república; y nuestra América se está salvando de sus grandes yerros,—de la soberbia de las ciudades capitales, del triunfo ciego de los campesinos desdeñados, de la importación excesiva de las ideas y fórmulas ajenas, del desdén inicuo e impolítico de la raza aborigen,—por la virtud superior, abonada con sangre necesaria, de la república que lucha contra la colonia. El tigre espera, detrás de cada árbol,

acurrucado en cada esquina. Morirá, con las zarpas al aire, echando llamas por los ojos.

Pero "estos países se salvarán", como anunció Rivadavia el argentino, el que pecó de finura en tiempos crudos: al machete no le va vaina de seda, ni en el país que se ganó con el lanzón, se puede echar al lanzón atrás, porque se enoja, y se pone en la puerta del Congreso de Iturbide "a que le hagan emperador al rubio". Estos países se salvarán, porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior,—le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real.

Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norte-América y la montera de España. El indio, mudo, nos daba vueltas alrededor, y se iba al monte, a la cumbre del monte, a bautizar sus hijos. El negro, oteado, cantaba en la noche la música de su corazón, solo y desconocido, entre las olas y las fieras. El campesino, el creador, se revolvía, ciego de indignación, contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura. Éramos charreteras y togas, en países que venían al mundo con la alpargata en los pies y la vincha en la cabeza. El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga,—en desestancar al indio,—en ir haciendo lado al negro suficiente,—en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella. Nos quedó el oidor, y el general, y el letrado, y el prebendado. La juventud angélica, como de los brazos de un pulpo, echaba al Cielo, para caer con gloria estéril, la cabeza coronada de nubes. El pueblo natural, con el empuje del instinto, arrollaba, ciego del triunfo, los bastones de oro. Ni el libro europeo, ni el libro *yankee*, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil,—de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosa o inerte,—se empieza como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. "¿Cómo somos?" Se preguntan, y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema, no van a buscar la solución en Dantzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América. Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear, es la palabra de pase de esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! Se entiende que las formas de gobierno de un país han de acomodarse a sus elementos naturales; que las ideas absolutas, para no caer por un yerro de forma, han de ponerse en formas relativas; que la libertad,

para ser viable, tiene que ser sincera y plena; que si la república no abre los brazos a todos, y adelanta con todos, muere la república. El tigre de adentro se entra por la hendija, y el tigre de afuera. El general, sujeta en la marcha la caballería al paso de los infantes. O si deja a la zaga a los infantes, le envuelve el enemigo la caballería. Estrategia es política. Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es la salud; pero con un solo pecho y una sola mente. ¡Bajarse hasta los infelices, y alzarlos en los brazos! ¡Con el fuego del corazón deshelar la América coagulada! ¡Echar, bullendo y rebotando, por las venas la sangre natural del país! En pie, con los ojos alegres de los trabajadores, se saludan, de un pueblo a otro, los hombres nuevos americanos. Surgen los estadistas naturales del estudio directo de la naturaleza. Leen para aplicar, pero no para copiar. Los economistas, estudian la dificultad en sus orígenes. Los oradores, empiezan a ser sobrios. Los dramaturgos, traen los caracteres nativos a la escena. Las academias, discuten temas viables. La poesía se corta la melena zorrillezca, y cuelga del árbol glorioso el chaleco colorado. La prosa, centelleante y cernida, va cargada de ideas. Los gobernadores, en las repúblicas de indios, aprenden indio.

De todos sus peligros se va salvando América. Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo. Otras, por la ley del equilibrio, se echan a pie a la mar, a recobrar, con prisa loca y sublime, los siglos perdidos. Otras, olvidando que Juárez paseaba en un coche de mulas, ponen coche de viento, y de cochero a una bomba de jabón: el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano, y abre la puerta al extranjero. Otras acendran, con el espíritu épico de la independencia amenazada, el carácter viril. Otras crían, en la guerra rapaz contra el vecino, la soldadesca que puede devorarlas. Pero otro peligro corre, acaso, nuestra América, que no le viene de sí, sino de la diferencia de orígenes, métodos e intereses entre los dos factores continentales, y es la hora próxima en que se le acerque, demandando relaciones íntimas, un pueblo emprendedor y pujante que la desconoce y la desdeña. Y como los pueblos viriles, que se han hecho de sí propios, con la escopeta y la ley, aman, y solo aman, a los pueblos viriles;—como la hora del desenfreno y la ambición, de que acaso se libre, por el predominio de lo más puro de su sangre, la América del Norte, o en que pudieran lanzarla sus masas vengativas y sórdidas, la tradición de conquista, y el interés de un caudillo hábil, no está tan cercana, aún a los ojos del más espantadizo, que no dé tiempo a la prueba de altivez, continua y discreta, con que se la pudiera encarar y desviarla;—como su decoro de república pone a la América del Norte, ante los pueblos atentos del Universo, un freno que no le ha de quitar la provocación pueril, o la arrogancia ostentosa, o la discordia parricida de nuestra América,—el deber urgente de nuestra América es enseñarse como es, una en alma e intento, vencedora veloz de un pasado sofocante, manchada solo con la sangre de abono que arranca a las manos la pelea con las ruinas,—y la de las venas que nos dejaron picadas nuestros dueños. El desdén del

vecino formidable que no la conoce es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no la desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre, y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele, y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quien no les dice a tiempo la verdad.

No hay odio de razas, porque no hay razas. Los pensadores canijos, los pensadores de lámparas, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. Peca contra la humanidad, el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. Pero en el amasijo de los pueblos se condensan, en la cercanía de otros pueblos diversos, caracteres peculiares y activos, de ideas y de hábitos, de ensanche y adquisición, de vanidad y de avaricia, que del estado latente de preocupaciones nacionales pudieran, en un período de desorden interno o de precipitación del carácter acumulado del país, trocarse en amenaza grave para las tierras vecinas, aisladas y débiles, que el país fuerte declara perecederas e inferiores. Pensar es servir. Ni ha de suponerse, por antipatía de aldea, una maldad ingénita y fatal al pueblo rubio del continente, porque no habla nuestro idioma, ni ve la casa como nosotros la vemos, ni se nos parece en sus lacras políticas, que son diferentes de las nuestras, ni tiene en mucho a los hombres biliosos y trigueños, ni mira caritativo, desde su eminencia aún mal segura, a los que, con menos favor de la historia, suben a tramos heroicos la vía de las repúblicas: ni se han de esconder los datos patentes del problema que puede resolverse, para la paz de los siglos, con el estudio oportuno,—y la unión tácita y urgente del alma continental. ¡Porque ya suena el himno unánime; la generación real lleva a cuestas, por el camino abonado por los padres sublimes, la América trabajadora; del Bravo a Magallanes, sentado en el lomo del cóndor, regó el Gran Semí, por las naciones románticas del continente y por las islas dolorosas del mar, la semilla de la América nueva!

La Revista Ilustrada de Nueva York, 1ro. de enero de 1891.
El Partido Liberal, México, 30 de enero de 1891.

Tomado de José Martí: *Nuestra América. Edición crítica*, investigación, presentación y notas de Cintio Vitier, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 2010.

El hombre antiguo de América y sus artes primitivas

Cazando y pescando; desentendiéndose a golpes de pedernal del tigrillo y el puma y de los colosales paquidermos; soterrado de una embestida de colmillo el tronco montuoso en que se guarecía, vivió errante por las selvas de América el hombre primitivo en las edades cuaternarias. En amar y en defenderse ocupaba acaso su vida vagabunda y azarosa, hasta que los animales cuaternarios desaparecieron, y el hombre nómada se hizo sedentario. No bien se sentó, con los pedernales mismos que le servían para matar al ciervo, tallaba sus cuernos duros; hizo hachas, arpones y cuchillos, e instrumentos de asta, hueso y piedra. El deseo de ornamento, y el de perpetuación, ocurren al hombre apenas se da cuenta de que piensa: el arte es la forma del uno: la historia, la del otro. El deseo de crear le asalta tan luego como se desembaraza de las fieras; y de tal modo, que el hombre solo ama verdaderamente, o ama preferentemente, lo que crea. El arte, que en épocas posteriores y más complicadas puede ya ser producto de un ardoroso amor a la belleza, en los tiempos primeros no es más que la expresión del deseo humano de crear y de vencer. Siente celos el hombre del hacedor de las criaturas; y gozo en dar semejanza de vida, y forma de ser animado, a la piedra. Una piedra trabajada por sus manos, le parece un Dios vencido a sus pies. Contempla la obra de su arte satisfecho, como si hubiera puesto un pie en las nubes.—Dar prueba de su poder y dejar memoria de sí son ansias vivas en el hombre.

En colmillos de elefantes y en dientes de oso, en omóplatos de renos y tibias de venado esculpían con sílices agudos los trogloditas de las cuevas francesas de Vézère las imágenes del mamut tremendo, la foca astuta, el cocodrilo venerado y el caballo amigo. Corren, muerden, amenazan aquellos brutales perfiles. Cuando querían sacar un relieve, ahondaban y anchaban el corte. La pasión por la verdad fue siempre ardiente en el hombre. La verdad en las obras de arte es la dignidad del talento.

Por los tiempos en que el troglodita de Vézère cubría de dibujos de pescados los espacios vacíos de sus escenas de animales, y el hombre de Laugerie-Basse representaba en un cuerno de ciervo una palpitante escena de caza, en que un joven gozoso de cabello hirsuto, expresivo el rostro, el cuerpo desnudo, dispara, seguido de mujeres de senos llenos y caderas altas, su flecha sobre un venado pavorido y colérico, el hombre sedentario americano imprimía ya sobre el barro blando de sus

vasijas hojas de vid o tallos de caña, o con la punta de una concha marcaba imperfectas líneas en sus obras de barro, embutidas a menudo con conchas de colores, y a la luz del sol secadas.

En lechos de guano cubiertos por profunda capa de tierra y arboleda tupida se han hallado, aunque nunca entre huesos de animales cuaternarios ni objetos de metal, aquellas primeras reliquias del hombre americano. Y como a esas pobres muestras de arte ingenuo cubren suelos tan profundos y maleza tan enmarañada como la que ahora mismo solo a trechos deja ver los palacios de muros pintados y paredes labradas de los bravíos y suntuosos mayapanes, no es dable deducir que fue escaso de instinto artístico el americano de aquel tiempo, sino que, como a nuestros ojos acontece, vivían en la misma época pueblos refinados, históricos y ricos, y pueblos elementales y salvajes. Pues hoy mismo, en que andan las locomotoras por el aire, y como las gotas de una copa de tequila lanzada a lo alto, se quiebra en átomos invisibles una roca que estorba a los hombres,—hoy mismo, ¿no se trabajan sílices, se cavan pedruscos, se adoran ídolos, se escriben pictógrafos, se hacen estatuas de los sacerdotes del sol entre las tribus bárbaras?—No por fajas o zonas implacables, no como mera emanación andante de un estado de la tierra, no como flor de geología, pese a cuanto pese, se ha ido desenvolviendo el espíritu humano. Los hombres que están naciendo ahora en las selvas en medio de esta avanzada condición geológica, luchan con los animales, viven de la caza y de la pesca, se cuelgan al cuello rosarios de guijas, trabajan la piedra, el asta y el hueso, andan desnudos y con el cabello hirsuto, como el cazador de Laugerie-Basse, como los elegantes guerreros de los monumentos iberos, como el salvaje inglorioso de los cabos africanos, como los hombres todos en su época primitiva. En el espíritu del hombre están, en el espíritu de cada hombre, todas las edades de la naturaleza.

Las rocas fueron, antes que los cordones de nudos de los peruanos, y los collares de porcelana del Arauco, y los pergaminos pintados de México, y las piedras inscritas de la gente maya, las rocas altas en los bosques solemnes fueron los primeros registros de los sucesos, espantos, glorias y creencias de los pueblos indios. Para pintar o tallar sus signos elegían siempre los lugares más imponentes y bellos, los lugares sacerdotales de la naturaleza. Todo lo reducían a acción y a símbolo. Expresivos de suyo, no bien sufría la tierra un sacudimiento, los lagos un desborde, la raza un viaje, una invasión el pueblo, buscaban el limpio tajo de una roca, y esculpían, pintaban o escribían el suceso en el granito y en la siena. Desdeñaban las piedras deleznables. De entre las artes de pueblos primitivos que presentan grado de incorrección semejante al arte americano, ninguno hay que se le compare en lo numeroso, elocuente, resuelto, original y ornamentado. Estaban en el albor de la escultura; pero de la arquitectura, en pleno mediodía. En los tiempos primeros, mientras tienen que tallar la piedra, se limitan a la línea; pero apenas puede correr libre la mano en el dibujo y los colores, todo lo recaman, superponen, encajean,

bordan y adornan. Y cuando ya levantan casas, sienten daño en los ojos si un punto solo del pavimento o la techumbre no ostenta, recortada en la faz de la piedra o en la cabeza de la viga, un plumaje rizado, un penacho de guerrero, un anciano barbudo, una luna, un sol, una serpiente, un cocodrilo, un guacamayo, un tigre, una flor de hojas sencillas y colosales, una antorcha. Y las monumentales paredes de piedra son de labor más enlazada y rica que el más sutil tejido de esterería fina. Era raza noble e impaciente, como esa de hombres que comienzan a leer los libros por el fin. Lo pequeño no conocían y ya se iban a lo grande. Siempre fue el amor al adorno dote de los hijos de América, y por ella lucen, y por ella pecan el carácter movible, la política prematura, y la literatura hojosa de los países americanos.

No con la hermosura de Tetzcontzingo, Copán y Quiriguá; no con la profusa riqueza de Uxmal y de Mitla, están labrados los dólmenes informes de la Galia; ni los ásperos dibujos en que cuentan sus viajes los noruegos; ni aquellas líneas vagas, indecisas, tímidas con que pintaban al hombre de las edades elementales los mismos iluminados pueblos del mediodía de Italia. ¿Qué es, sino cáliz abierto al sol, por especial privilegio de la naturaleza, la inteligencia de los americanos? Unos pueblos buscan, como el germánico; otros construyen, como el sajón; otros entienden, como el francés; colorean otros, como el italiano; solo al hombre de América es dable en tanto grado vestir como de ropa natural la idea segura de fácil, brillante y maravillosa pompa. No más que pueblos en ciernes,—que ni todos los pueblos se cuajan de un mismo modo, ni bastan unos cuantos siglos para cuajar un pueblo,—no más que pueblos en bulbo eran aquellos en que con maña sutil de viejos vividores se entró el conquistador valiente, y descargó su ponderosa herrajería, lo cual fue una desdicha histórica y un crimen natural. El tallo esbelto debió dejarse erguido, para que pudiera verse luego en toda su hermosura la obra entera y florecida de la naturaleza.—Robaron los conquistadores una página al universo! Aquellos eran los pueblos que llamaban a la Vía Láctea “el camino de las almas”; para quienes el universo estaba lleno del Grande Espíritu, en cuyo seno se encerraba toda luz, del arco iris coronado como de un penacho, rodeado, como de colosales faisanes, de los cometas orgullosos, que paseaban por entre el sol dormido y la montaña inmóvil el espíritu de las estrellas; los pueblos eran que no imaginaron, como los hebreos, a la mujer hecha de un hueso y al hombre hecho de lodo; sino a ambos nacidos a un tiempo de la semilla de la palma!

La América, Nueva York, abril de 1884.
OCEC, t. 19, pp. 135-138.

La República Argentina en los Estados Unidos

La República Argentina en los Estados Unidos.—Un artículo del *Harper's Monthly*.

Nueva York, octubre 22 de 1887.

Señor Director de *La Nación:*

De dos años acá se nota en los periódicos de los Estados Unidos deseo marcado de conocer los países y recursos de nuestra América, que les parece campo necesario, cuando no obligado, para los productos excesivos de las industrias norteamericanas; sin que a estas averiguaciones de riquezas y costumbres haya presidido aquella cordial afición que a nuestros países corteses y caballerescos enamora, y nos induce a sacrificar en pago de ella el propio interés: antes bien, nos estudian e historian a meras ojeadas, y con mal humor visible, como noble apurado que se ve en el aprieto de pedir un favor a quien no mira como igual suyo. Así es que, siendo en verdad admirables la mayor parte de los pueblos de nuestra América por haber subido entre obstáculos mortales a su condición presente, de los más oscuros y opuestos orígenes, no pasa día sin que estos diarios ignorantes y desdeñosos nos traten de pueblecillos sin trascendencia, de naciones de sainete, de republicuelas sin ciencia ni alcance, de "pueblos de piernas pobres"—como decía ayer Charles Dudley Warner hablando de México—"escoria de una civilización degenerada, sin virilidad y sin propósito!"

¡Este Warner merecería que se le pusiera, como en tiempo del Cid, la mano en la barba! ¡Lástima de estilo el suyo, porque de veras escribe con cierto calor, precisión y viveza, en todas partes raras! La civilización en México, como en toda nuestra América, no decae, sino empieza. Tendrá el carácter de nuestra naturaleza, de pampa y de ombú. De sobre un cesto de hidras ha levantado la civilización en nuestra América, con brazos que esplenderán en lo futuro como columnas de luz, un puñado de hombres gloriosos, de apóstoles marciales, de mentes enciclopédicas, de universitarios redimidos.

¿Qué ha sido en México la civilización contemporánea sino la heroica pelea de unos cuantos ungidos contra los millones inertes, contra privilegios capaces de ampararse de la traición, y de vender al extranjero su república? ¿Qué civilización heredó México, heredó toda nuestra América, cuando ya tenía brío propio para declararse libre? Más han hecho nuestras tierras en subir a donde están, que los Estados Unidos en mantenerse, decayendo tal vez en lo esencial, de la maravilla de donde vinieron.

Dudley Warner ve bien los detalles; pero ¿de qué le sirve, si no ve con cariño? Pinta bien lo que ama, los lagos celestes, los sembrados lucidos, los coros de montañas, arrebujadas como las vírgenes en velos vaporosos; mas el mérito no está en eso, pues para eso no hay nada que vencer, sino en domar la antipatía, si se la tiene, y pintar con lealtad, y como si se le quisiera, aquello que por naturaleza no se ama. No es que todo sea bueno, ni que haya de disimularse lo malo que se ve, porque con cosméticos no se crían las naciones, ni con recrearse contemplando en la fuente inmóvil su hermosura; pero todo se ha de tratar con equidad, y junto al mal, ver la excusa, y estudiar las cosas en su raíz y significación, no en su mera apariencia. ¡Pues si acá fuera a juzgarse el país por la corteza, y no se mirara a sus yerros con la piedad y razón que son menester para excusarlos! Entiende Warner la naturaleza; pero es, a pesar de su forma, escritor estrecho, que no sabe salirse de su raza, como aquel del cuento indio, que porque tenía asido por una pata al elefante, sostenía que todo era pata. Por sobre las razas, que no influyen más que en el carácter, está el espíritu esencial humano que las domina y unifica. Sus emperadores tiene el pensamiento, que son los que ven de alto y en junto, como Emerson; y sus alféreces, que son los que, de mirar en los asuntos menudos de su escuadra, todo lo quieren modelar por ella.

¡Piernas pobres! Davides han hecho más que Goliathes. San Martín no se cuenta que pesase montes: Bolívar pesaba tanto como su espada: el cura Hidalgo llegaría a unas ciento treinta libras. ¡Piernas pobres! Precisamente era así el guía que cierto caminante llevaba una vez de Acapulco a México, al cual viaje dio fin sin que le robase nadie la suma fuerte que cargaba al cinto: así era el guía, poco de años y carnes, muy cenceño y zancudo; pero como un francés corpulento que se agregó a la caravana diera en punzarlo y hacer burla de él, llegando, porque le creyó flojo, a mover mucho el sable y desafiarle el valor, saltó el mozo de su arria con tal vuelo que pareció a todos gigante, y más que a nadie al francés, que escondió el sable en cuanto le vio al mozo los ojos, tan encendidos que no había modo de hacerle seguir camino hasta que el francés no se bajara de su caballo y aceptase el combate. ¡Al francés no le pareció el mozo "piernas pobres"!

Precedidos casi siempre por la fama de la riqueza natural del país, se han publicado principalmente en las revistas mensuales artículos miopes sobre Guatemala;

que con política culpable ofrece ahora su alianza a los Estados Unidos a cambio de que estos abusen de su temible influjo en México para que el Gobierno mexicano permita al guatemalteco oficiar de potencia mayor y absoluta entre los países de Centroamérica que Guatemala mira como botín natural suyo; sobre Costa Rica, industriosísima colmena, que inspira cariño por la cordialidad de sus habitantes, de los "hermaniticos", como en Centroamérica los llaman, y respeto por su laboriosidad e industria;—sobre Honduras, que levanta su nueva generación, medulosa y prudente, entre minas de oro y plata que estallan por todas partes a flor de tierra, como en la ceniza caliente se abren en florones níveos los granos de maíz;—sobre Colombia montada en oro, sujeto el seno henchido por un coselete de esmeraldas, oreada la frente, repleta en mal hora de latines, por las alas anchas de las mariposas azules de Muzo;—sobre Chile, "el país del *yankee* sudamericano", donde vio Eleroy Curtis, secretario de aquella volante comisión norteamericana que recorría hace dos años nuestros países, "el paseo de Santa Lucía, el lugar más bello que he visto jamás", donde le pareció el chileno "el más activo, emprendedor e ingenioso entre los hispanoamericanos, agresivo, audaz, arrogante, perspicaz, rencoroso, fiero de naturaleza, hombre de sangre fría", mezclando en eso y en lo que aquí se calla, de tal modo las virtudes a los reparos, que más llegan a ser estos que aquellas.

Y hoy mismo acaba de publicarse en el *Harper's Magazine*, que reclama con justicia entre las revistas ilustradas el puesto de representante terco del espíritu aguileño de Norteamérica, un respetuoso estudio sobre "el otro extremo del hemisferio", sobre la Argentina y el Uruguay, donde el asombro mal contenido no deja al autor, que es el mismo Eleroy Curtis, espacio para la censura.

Adivínase el estupor con que los comisionados vieron surgir, cuando desembarcaban en Buenos Aires, "sobre los hombros de un tempestuoso italiano", aquella inesperada y ya temible grandeza; y el escritor ligero que de todos los demás países de América trasmitió impresión tal que resultan, aun los más prósperos de entre ellos, semibárbaros y deformes, solo ve en Buenos Aires al gaucho que expira sobre su poncho de colores a los pies de una nación mágica y pujante.

No tiene el estudio mucha literatura; pero su misma desnudez realza su efecto y es su lección mejor, puesto que desde el exabrupto con que comienza, revela el miedo e impone el respeto que a su juicio merece la Argentina de un país que "vergonzosamente la desconoce", aunque, a seguir como van los precios de producción y transporte en los Estados Unidos "acabarán los argentinos por echarnos de los mercados de provisiones y harinas".

Y hay algo del floreo de brazos de los boxeadores en aquella avalancha de contrastes estadísticos. Ya no preocupan al escritor, como en los demás pueblos que visita, "si la costarricense anda descalza", lo cual solo es verdad de alguna campesina infeliz; ni si en Santiago de Chile "se deja morir de frío la gente en las casas,

arrebujada en sus pieles alrededor de un ético brasero". ¡Lo que os debe preocupar, imbéciles, es que "a nosotros nos cuesta cincuenta pesos poner una res curada de Chicago, en Londres, y a ellos les cuesta veinticinco; que hace cinco años empezaron a exportar cereales, y de aquí a poco nos van a quitar el mercado de harinas del Brasil, como Chile nos ha quitado el del Pacífico; que con su tierra, cultivable casi toda, sus ríos hondos, sus impacientes ferrocarriles, los pueblos del Plata tienen ventajas que superan a las de cualquier otro país del globo!"

Y con aquel espanto con que Catón acababa su discurso, con un elogio continuo y casi colérico que va levantando a latigazos la atención de sus compatriotas soberbios y dormidos,—en vez de entretenerse en describir estatuas y edificios,—en vez de intentar desdichados y rudimentarios esbozos de mera historia política de nuestra lucha sublime por poner de acuerdo, con generosidad e ímpetu difíciles de entender para otras razas, nuestra población supersticiosa y primitiva con nuestros ideales acrisolados y magníficos,—en vez de burlarse a boca ancha de costumbres risibles que acaso conservamos solo por aquel tierno respeto del nieto leal a las chocheces de sus viejos buenos,—esto es lo que dice Curtis a los norteamericanos: "No os fiéis de aquella Patagonia inhabitable, porque lo es tanto como nuestro gran desierto: nuestra población aumenta en un setenta y nueve por ciento, y la de ellos en ciento cincuenta y cuatro: creéis que nuestra Minneapolis es la ciudad que más de prisa crece en el mundo, y Buenos Aires crece mucho más de prisa que Minneapolis. Wheelwright, de Pennsylvania, les fundó su primer ferrocarril; Halsey, de New Jersey, su primer rancho; Hale, de Boston, la primera casa de comisiones, que abrió la vía al comercio extranjero; pero tales son ellos que no solo imitan nuestros métodos, sino los mejoran, y nosotros somos tales que mientras Inglaterra envía allí trescientos nueve vapores en un año, los Estados Unidos, invitados por una subvención anual de cien mil pesos que no nos decidimos a igualar, no enviamos uno solo. La Compañía de carnes frigorizadas de Londres y el Plata está ya siendo enorme pulpo comercial, que acaparará el tráfico de carnes como nuestra Standard Oil Co. acapara el tráfico de petróleo. Y cuando aquel pueblo que va un siglo adelante de cualquiera otro país hispanoamericano; que tiene en sus ciudades más teléfonos y luces eléctricas que nosotros, sus propios inventores; que con avidez inteligente se apodera de toda idea o procedimiento útiles; que tiene más escuelas, más riqueza animal, más riqueza relativa que nosotros, que echa por todo el continente, con éxito que pudiéramos aquí mismo envidiar, suntuosos ferrocarriles por tentáculos; cuando la Patagonia—de donde ha volado el indio—como el avestruz—esté poblada por los rebaños que ya la inundan, y por el ferrocarril del Norte baje el comercio, el tránsito, las minas del Pacífico, Buenos Aires será a la vez Londres y Nueva York, y la constancia de aquel pueblo latino habrá levantado contra la misma naturaleza un populoso emporio, una nueva maravilla

hermana, en la ribera que con más prisa que juicio escogió para sitio de la ciudad, pensando antes en guerra que en trabajo, el fundador Mendoza.—Ya no es aquella la "Confederación Argentina", como nuestros textos de geografía la siguen llamando torpemente, sino Nación, Nación con N mayúscula como la nuestra, y "una e inseparable", y "unidos nos salvamos y divididos perecemos", y todo lo más que nos plazca decir de nosotros, todo eso es la República Argentina: llamarla de otro modo es injuriar a los patriotas que con su sangre la han hecho lo que es, y poner en berlina nuestra propia inteligencia".

Y así como la relación desnuda del viaje de Darwin en la fragata *Beagle* resulta a veces, por el influjo de la beldad americana en el autor sincero, épica como nuestro natural resplandeciente, fúlgida como un brillante negro, fresca y casi olorosa, así, por su efecto en este narrador desordenado y frío, por el orden y poesía que le infunden, por la belleza desusada que adquiere al describirlo su lenguaje, se enseñan mejor que con pujos retóricos o mercenarios éxtasis los elementos originales, y pintorescos como todo lo grandioso, con que se elabora aquella nación nueva, ya el pastoral, que pinta en el gaucho a la vez infatigable y muelle "devorando el espacio, semisalvaje y semicaballero", acogiendo como esposa a la viuda del que le pagó con la vida el delito de vencerlo en la payada, ya el ímpetu contemporáneo, que sin más ayuda histórica que el arranque nativo, enfrena los ríos, levanta ciudades en lo que crece la yerba, da cita y envidia a las naciones y con tal virtud que oscurece sus vicios ante el extranjero hostil, cubre los llanos maravillosos de un pueblo digno de ellos.

Esmaltan el artículo,—donde se ve regatear las locomotoras, ir y venir los vapores repletos, encerrar con homérica sencillez la última indiada,—las peculiaridades graciosas que llamaron más su atención de viajero; y aun en esto se nota cómo domina al observador el asombro de hallar hasta en lo bajo y popular del argentino la única condición que inspira respeto al norteamericano,—la opulencia. "¿De qué familia eres?" dicen que preguntaban antes en Filadelfia al que quería hospedarse en la ciudad: "¿Qué sabes?" preguntaban en Boston: "¿Cuánto tienes?" preguntan en Nueva York: ahora Nueva York ha embebido la nación entera, y en toda ella solo se pregunta: "¿Cuánto tienes?" A Eleroy Curtis le llaman la atención, no las obras de arte que embellecen las plazas, sino las espuelas y estribos de plata maciza, la chinela de plata donde anida el pie breve la amazona argentina, las túnicas de plumón de avestruz "que ya desaparece como nuestro búfalo", el poncho de vicuña "tan caro como un chal de pelo de camello".

"¡Cosa magnífica—dice—el poncho argentino; y ojalá que algún petimetre de Nueva York lo pusiera de moda, que no hay mejor ni más airoso abrigo!" "El estanciero va a su hacienda en un carro de Pullman, en vez del caballo de antes colmado de argentería, y habla con su mayordomo por teléfono, y mata sus reses a la luz

eléctrica". "Cuesta seis pesos un asiento en el teatro". "Hay bancos en Buenos Aires que mueven más caudal que casi cualquiera otro del mundo, y ocupan palacios de hierro, cristales y mármol". "Su crédito es bueno, y sus bonos están sobre la par". Todo, aunque a paso de viaje, lo celebra, acata y admira, y concretando con recogimiento visible sus inesperadas impresiones, depone la soberbia con que el hombre de Norteamérica se juzga único y prominente entre los pueblos, augura que la nueva generación, educada como en los Estados Unidos para dar a la patria hombres y mujeres útiles, borrará los últimos restos de la dominación española, y después de exhibir en sumario leal las leyes generosas y sensatas de la República, declara que aunque el Brasil, edificado sobre diamantes, le lleva la delantera en población femínea e inculta, aunque Chile "se envanezca con la devastación del Perú", la Argentina es de todas esas naciones "la más próspera, la que mejor establecidas tiene las libertades religiosas y civiles, y la que con más éxito y cuidado levanta los cimientos de la grandeza nacional".

José Martí

La Nación, Buenos Aires, 4 de diciembre de 1887.
OCEC, t. 27, pp. 32-40.

Madre América

Señoras y señores:

Apenas acierta el pensamiento, a la vez trémulo y desbordado, a poner, en la brevedad que le manda la discreción, el júbilo que nos rebosa de las almas en esta noche memorable. ¿Qué puede decir el hijo preso, que vuelve a ver a su madre por entre las rejas de su prisión? Hablar es poco, y es casi imposible, más por el íntimo y desordenado contento, por la muchedumbre de recuerdos, de esperanzas y de temores, que por la certeza de no poder darles expresión digna. Indócil y mal enfrenada ha de brotar la palabra de quien, al ver en torno suyo, en la persona de sus delegados ilustres, los pueblos que amamos con pasión religiosa; al ver cómo, por mandato de secreta voz, los hombres se han puesto como más altos para recibirlos, y las mujeres como más bellas; al ver el aire tétrico y plomizo animado como de sombras, sombras de águilas que echan a volar, de cabezas que pasan moviendo el penacho consejero, de tierras que imploran, pálidas y acuchilladas, sin fuerzas para sacarse el puñal del corazón, del guerrero magnánimo del Norte, que da su mano de admirador, desde el pórtico de Mount Vernon, al héroe volcánico del Sur, intenta en vano recoger, como quien se envuelve en una bandera, el tumulto de sentimientos que se le agolpa al pecho, y solo halla estrofas inacordes y odas indómitas para celebrar, en la casa de nuestra América, la visita de la madre ausente,—para decirle, en nombre de hombres y de mujeres, que el corazón no puede tener mejor empleo que darse, todo, a los mensajeros de los pueblos americanos. ¿Cómo podremos pagar a nuestros huéspedes ilustres esta hora de consuelo? ¿A qué hemos de esconder, con la falsía de la ceremonia, lo que se nos está viendo en los rostros? Pongan otros florones y cascabeles y franjas de oro a sus retóricas; nosotros tenemos esta noche la elocuencia de la Biblia, que es la que mana, inquieta y regocijada como el arroyo natural, de la abundancia del corazón. ¿Quién de nosotros ha de negar, en esta noche en que no se miente, que por muchas raíces que tengan en esta tierra de libre hospedaje nuestra fe, o nuestros afectos, o nuestros hábitos, o nuestros negocios, por tibia que nos haya puesto el alma la magia infiel del hielo, hemos sentido, desde que supimos que estos huéspedes nobles nos venían a ver, como que en nuestras casas había más claridad, como que andábamos a paso más vivo, como que éramos más jóvenes y generosos, como que nuestras ganancias eran

mayores y seguras, como que en el vaso seco volvía a nacer flor? Y si nuestras mujeres quieren decirnos la verdad, ¿no nos dicen, no nos están diciendo con sus ojos leales, que nunca pisaron más contentos la nieve ciertos pies de hadas; que algo que dormía en el corazón, en la ceguera de la tierra extraña, se ha despertado de repente; que un canario alegre ha andado estos días entrando y saliendo por las ventanas, sin temor al frío, con cintas y lazos en el pico, yendo y viniendo sin cesar, porque para esta fiesta de nuestra América ninguna flor parecía bastante fina y primorosa? Esta es la verdad. A unos nos ha echado aquí la tormenta; a otros, la leyenda; a otros, el comercio; a otros, la determinación de escribir, en una tierra que no es libre todavía, la última estrofa del poema de 1810; a otros les mandan vivir aquí, como su grato imperio, dos ojos azules. Pero por grande que esta tierra sea, y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, para nosotros, en el secreto de nuestro pecho, sin que nadie ose tachárnoslo ni nos lo pueda tener a mal, es más grande, porque es la nuestra y porque ha sido más infeliz, la América en que nació Juárez.

De lo más vehemente de la libertad nació en días apostólicos la América del Norte. No querían los hombres nuevos, coronados de luz, inclinar ante ninguna otra su corona. De todas partes, al ímpetu de la frente, saltaba hecho pedazos, en las naciones nacidas de la agrupación de pueblos pequeños, el yugo de la razón humana, envilecida en los imperios creados a punta de lanza, o de diplomacia, por la gran república que se alocó con el poder; nacieron los derechos modernos de las comarcas pequeñas y autóctonas; que habían elaborado en el combate continuo su carácter libre, y preferían las cuevas independientes a la prosperidad servil. A fundar la república le dijo al rey que venía, uno que no se le quitaba el sombrero y le decía de tú. Con mujeres y con hijos se fían al mar, y sobre la mesa de roble del camarín fundan su comunidad, los cuarenta y uno de la "Flor de Mayo". Cargan mosquetes, para defender las siembras; el trigo que comen, lo aran; suelo sin tiranos es lo que buscan, para el alma sin tiranos. Viene, de fieltro y blusón, el puritano intolerante e integérrimo, que odia el lujo, porque por él prevarican los hombres; viene el cuáquero, de calzas y chupa, y con los árboles que derriba, levanta la escuela; viene el católico, perseguido por su fe, y funda un Estado donde no se puede perseguir por su fe a nadie; viene el caballero, de fusta y sombrero de plumas, y su mismo hábito de mandar esclavos le da altivez de rey para defender su libertad. Alguno trae en su barco una negrada que vender, o un fanático que quema a las brujas, o un gobernador que no quiere oír hablar de escuelas; lo que los barcos traen es gente de universidad y de letras, suecos místicos, alemanes fervientes, hugonotes francos, escoceses altivos, bátavos económicos; traen arados, semillas, telares, arpas, salmos, libros. En la casa hecha por sus manos vivían, señores y siervos de sí propio; y de la fatiga de bregar con la naturaleza se consolaba el colono valeroso al ver venir, de delantal y cofia, a la anciana del hogar, con la bendición

en los ojos, y en la mano la bandeja de los dulces caseros, mientras una hija abría el libro de los himnos, y preludiaba otra en el salterio o en el clavicordio. La escuela era de memoria y azotes; pero el ir a ella por la nieve era la escuela mejor. Y cuando, de cara al viento, iban de dos en dos por los caminos, ellos de cuero y escopeta, ellas de bayeta y devocionario, a oír iban al reverendo nuevo, que le negaba al gobernador el poder en las cosas privadas de la religión; iban a elegir sus jueces, o a residenciarlos. De afuera no venía la casta inmunda. La autoridad era de todos, y la daban a quien se la querían dar. Sus ediles elegían, y sus gobernadores. Si le pesaba al gobernador convocar el consejo, por sobre él lo convocaban los "hombres libres". Allá, por los bosques, el aventurero taciturno caza hombres y lobos, y no duerme bien sino cuando tiene de almohada un tronco recién caído o un indio muerto. Y en las mansiones solariegas del Sur todo es minué y bujías, y coro de negros cuando viene el coche del señor, y copa de plata para el buen Madera. Pero no había acto de la vida que no fuera pábulo de la libertad en las colonias republicanas que, más que cartas reales, recibieron del rey certificados de independencia. Y cuando el inglés, por darla de amo, les impone un tributo que ellas no se quieren imponer, el guante que le echaron al rostro las colonias fue el que el inglés mismo había puesto en sus manos. A su héroe, le traen el caballo a la puerta. El pueblo que luego había de negarse a ayudar, acepta ayuda. La libertad que triunfa es como él, señorial y sectaria, de puño de encaje y de dosel de terciopelo, más de la localidad que de la humanidad, una libertad que bambolea, egoísta e injusta, sobre los hombros de una raza esclava, que antes de un siglo echa en tierra las andas de una sacudida; ¡y surge, con un hacha en la mano, el leñador de ojos piadosos, entre el estruendo y el polvo que levantan al caer las cadenas de un millón de hombres emancipados! Por entre los cimientos desencajados en la estupenda convulsión se pasea, codiciosa y soberbia, la victoria; reaparecen, acentuados por la guerra, los factores que constituyeron la nación; y junto al cadáver del caballero, muerto sobre sus esclavos, luchan por el predominio en la república, y en el universo, el peregrino que no consentía señor sobre él, ni criado bajo él, ni más conquistas que la que hace el grano en la tierra y el amor en los corazones,—y el aventurero sagaz y rapante, hecho a adquirir y adelantar en la selva, sin más ley que su deseo, ni más límite que el de su brazo, compañero solitario y temible del leopardo y el águila.

Y ¿cómo no recordar, para gloria de los que han sabido vencer a pesar de ellos, los orígenes confusos, y manchados de sangre, de nuestra América, aunque al recuerdo leal, y hoy más que nunca necesario, le pueda poner la tacha de vejez inoportuna aquel a quien la luz de nuestra gloria, de la gloria de nuestra independencia, estorbase para el oficio de comprometerla o rebajarla? Del arado nació la América del Norte, y la Española del perro de presa. Una guerra fanática sacó de la poesía de sus palacios aéreos al moro debilitado en la riqueza, y la soldadesca sobrante, criada con el vino crudo y el odio a los herejes, se echó, de coraza y

arcabuz, sobre el indio de peto de algodón. Llenos venían los barcos de caballeros de media loriga, de segundones desheredados, de alféreces rebeldes, de licenciados y clérigos hambrones. Traen culebrinas, rodelas, picas, quijotes, capacetes, espaldares, yelmos, perros. Ponen la espada a los cuatro vientos, declaran la tierra del rey, y entran a saco en los templos de oro. Cortés atrae a Moctezuma al palacio que debe a su generosidad o a su prudencia, y en su propio palacio lo pone preso. La simple Anacaona convida a su fiesta a Ovando, a que viera el jardín de su país, y sus danzas alegres, y sus doncellas; y los soldados de Ovando se sacan de debajo del disfraz las espadas, y se quedan con la tierra de Anacaona. Por entre las divisiones y celos de la gente india adelanta en América el conquistador; por entre aztecas y tlaxcaltecas llega Cortés a la canoa de Cuauhtémoc; por entre quichés y zutujiles vence Alvarado en Guatemala; por entre tunjas y bogotáes adelanta Quesada en Colombia; por entre los de Atahualpa y los de Huáscar pasa Pizarro en el Perú: en el pecho del último indio valeroso clavan, a la luz de los templos incendiados, el estandarte rojo del Santo Oficio. Las mujeres, las roban. De cantos tenía sus caminos el indio libre, y después del español no había más caminos que el que abría la vaca husmeando el pasto, o el indio que iba llorando en su treno la angustia de que se hubiesen vuelto hombres los lobos. Lo que come el encomendero, el indio lo trabaja; como flores que se quedan sin aroma, caen muertos los indios; con los indios que mueren se ciegan las minas. De los recortes de las casullas se hace rico un sacristán. De paseo van los señores; o a quemar en el brasero el estandarte del rey; o a cercenarse las cabezas por peleas de virreyes y oidores, o celos de capitanes; y al pie del estribo lleva el amo dos indios de pajes, y dos mozos de espuela. De España nombran el virrey, el regente, el cabildo. Los cabildos que hacían, los firmaban con el hierro con que herraban las vacas. El alcalde manda que no entre el gobernador en la villa, por los males que le tiene hechos a la república, y que los regidores se persignen al entrar en el cabildo, y que al indio que eche el caballo a galopar se le den veinticinco azotes. Los hijos que nacen, aprenden a leer en carteles de toros y en décimas de salteadores. "Quimeras despreciables" les enseñan en los colegios de entes y categorías. Y cuando la muchedumbre se junta en las calles, es para ir de cola de las tarascas que llevan el pregón; o para hablar, muy quedo, de las picanterías de la tapada y el oidor; o para ir a la quema del portugués; cien picas y mosquetes van delante, y detrás los dominicos con la cruz blanca, y los grandes de vara y espadín, con la capilla bordada de hilo de oro; y en hombros los baúles de huesos, con llamas a los lados; y los culpables con la cuerda al cuello, y las culpas escritas en la coraza de la cabeza; y los contumaces con el sambenito pintado de imágenes del enemigo; y la prohombría, y el señor obispo, y el clero mayor; y en la iglesia, entre dos tronos, a la luz vívida de los cirios, el altar negro; afuera, la hoguera. Por la noche, baile. ¡El glorioso criollo cae bañado en sangre, cada vez que busca remedio a su vergüenza, sin más guía ni modelo que

su honor, hoy en Caracas, mañana en Quito, luego con los comuneros del Socorro; o compra, cuerpo a cuerpo, en Cochabamba el derecho de tener regidores del país; o muere, como el admirable Antequera, profesando su fe en el cadalso del Paraguay, iluminado el rostro por la dicha; o al desfallecer al pie del Chimborazo, "exhorta a las razas a que afiancen su dignidad". El primer criollo que le nace al español, el hijo de la Malinche, fue un rebelde. La hija de Juan de Mena, que lleva el luto de su padre, se viste de fiesta con todas sus joyas, porque es día de honor para la humanidad, el día en que Arteaga muere! ¿Qué sucede de pronto, que el mundo se para a oír, a maravillarse, a venerar? ¡De debajo de la capucha de Torquemada sale, ensangrentado y acero en mano, el continente redimido! Libres se declaran los pueblos todos de América a la vez. Surge Bolívar, con su cohorte de astros. Los volcanes, sacudiendo los flancos con estruendo, lo aclaman y publican. ¡A caballo, la América entera! Y resuenan en la noche, con todas las estrellas encendidas, por llanos y por montes, los cascos redentores. Hablándoles a sus indios va el clérigo de México. Con la lanza en la boca pasan la corriente desnuda los indios venezolanos. Los rotos de Chile marchan juntos, brazo en brazo, con los cholos del Perú. Con el gorro frigio del liberto van los negros cantando, detrás del estandarte azul. De poncho y bota de potro, ondeando las bolas, van, a escape de triunfo, los escuadrones de gauchos. Cabalgan, suelto el cabello, los pehuenches resucitados, voleando sobre la cabeza la chuza emplumada. Pintados de guerrear vienen tendidos sobre el cuello los araucos, con la lanza de tacuarilla coronada de plumas de colores; y al alba, cuando la luz virgen se derrama por los despeñaderos, se ve a San Martín, allá sobre la nieve, cresta del monte y corona de la revolución, que va, envuelto en su capa de batalla, cruzando los Andes. ¿Adónde va la América, y quién la junta y guía? Sola, y como un solo pueblo, se levanta. Sola pelea. Vencerá, sola.

¡Y todo ese veneno lo hemos trocado en savia! Nunca, de tanta oposición y desdicha, nació un pueblo más precoz, más generoso, más firme. Sentina fuimos, y crisol comenzamos a ser. Sobre las hidras, fundamos. Las picas de Alvarado, las hemos echado abajo con nuestros ferrocarriles. En las plazas donde se quemaba a los herejes, hemos levantado bibliotecas. Tantas escuelas tenemos como familiares del Santo Oficio tuvimos antes. Lo que no hemos hecho, es porque no hemos tenido tiempo para hacerlo, por andar ocupados en arrancarnos de la sangre las impurezas que nos legaron nuestros padres. De las misiones, religiosas e inmorales, no quedan ya más que paredes descascaradas, por donde asoma el búho el ojo, y pasea melancólico el lagarto. Por entre las razas heladas y las ruinas de los conventos y los caballos de los bárbaros se ha abierto paso el americano nuevo, y convida a la juventud del mundo a que levante en sus campos la tienda. Ha triunfado el puñado de apóstoles. ¿Qué importa que, por llevar el libro delante de los ojos, no viéramos, al nacer como pueblos libres, que el gobierno de una tierra híbrida y original, amasada con españoles retaceros y aborígenes torvos y aterrados,

más sus salpicaduras de africanos y menceyes, debía comprender, para ser natural y fecundo, los elementos todos que, en maravilloso tropel y por la política superior escrita en la Naturaleza, se levantaron a fundarla? ¿Qué importan las luchas entre la ciudad universitaria y los campos feudales? ¿Qué importa el desdén, repleto de guerras, del marqués lacayo al menestral mestizo? ¿Qué importa el duelo, sombrío y tenaz, de Antonio de Nariño y San Ignacio de Loyola? Todo lo vence, y clava cada día su pabellón más alto, nuestra América capaz e infatigable. Todo lo conquista, de sol en sol, por el poder del alma de la tierra, armoniosa y artística, creada de la música y beldad de nuestra naturaleza, que da su abundancia a nuestro corazón y a nuestra mente la serenidad y altura de sus cumbres; por el influjo secular con que este orden y grandeza ambientes ha compensado el desorden y mezcla alevosa de nuestros orígenes; y por la libertad humanitaria y expansiva, no local, ni de raza; ni de secta, que fue a nuestras repúblicas en su hora de flor, y ha ido después, depurada y cernida, de las cabezas del orbe,—libertad que no tendrá, acaso, asiento más amplio en pueblo alguno—¡pusiera en mis labios el porvenir el fuego que marca!—que el que se les prepara en nuestras tierras sin límites para el esfuerzo honrado, la solicitud leal y la amistad sincera de los hombres.

De aquella América enconada y turbia, que brotó con las espinas en la frente y las palabras como lava, saliendo, junto con la sangre del pecho, por la mordaza mal rota, hemos venido, a pujo de brazo, a nuestra América de hoy, heroica y trabajadora a la vez, y franca y vigilante, con Bolívar de un brazo y Herbert Spencer de otro; una América sin suspicacias pueriles, ni confianzas cándidas, que convida sin miedo a la fortuna de su hogar a las razas todas, porque sabe que es la América de la defensa de Buenos Aires y de la resistencia del Callao, la América del Cerro de las Campanas y de la Nueva Troya. ¿Y preferiría a su porvenir, que es el de nivelar en la paz libre, sin codicias de lobo ni prevenciones de sacristán, los apetitos y los odios del mundo; preferiría a este oficio grandioso el de desmigajarse en las manos de sus propios hijos, o desintegrarse en vez, de unirse más, o por celos de vecindad mentir a lo que está escrito por la fauna y los astros y la Historia, o andar de zaga de quien se le ofreciese de zagal o salir por el mundo de limosnera, a que le dejen caer en el plato la riqueza temible? ¡Solo perdura, y es para bien, la riqueza que se crea, y la libertad que se conquista, con las propias manos! No conoce a nuestra América quien eso ose temer. Rivadavia, el de la corbata siempre blanca, dijo que estos países se salvarían: y estos países se han salvado. Se ha arado en la mar. También nuestra América levanta palacios, y congrega el sobrante útil del universo oprimido; también doma la selva, y le lleva el libro y el periódico, el municipio y el ferrocarril; también nuestra América, con el Sol en la frente, surge sobre los desiertos coronada de ciudades. Y al reaparecer en esta crisis de elaboración de nuestros pueblos los elementos que lo constituyeron, el criollo independiente

es el que domina y se asegura, no el indio de espuela, marcado de la fusta, que sujeta el estribo y le pone adentro el pie, para que se vea de más de alto a su señor.

Por eso vivimos aquí, orgullosos de nuestra América, para servirla y honrarla. No vivimos, no, como siervos futuros ni como aldeanos deslumbrados, sino con la determinación y la capacidad de contribuir a que se la estime por sus méritos, y se la respete por sus sacrificios; porque las mismas guerras que de pura ignorancia le echan en cara los que no la conocen, son el timbre de honor de nuestros pueblos, que no han vacilado en acelerar con el abono de su sangre el camino del progreso, y pueden ostentar en la frente sus guerras como una corona. En vano,—faltos del roce y estímulo diario de nuestras luchas y de nuestras pasiones, que nos llegan ¡a mucha distancia! del suelo donde no crecen nuestros hijos,—nos convida este país con su magnificencia, y la vida con sus tentaciones, y con sus cobardías el corazón, a la tibieza y al olvido. ¡Donde no se olvida, y donde no hay muerte, llevamos a nuestra América, como luz y como hostia; y ni el interés corruptor, ni ciertas modas nuevas de fanatismo, podrán arrancárnosla de allí! Enseñemos el alma como es a estos mensajeros ilustres que han venido de nuestros pueblos, para que vean que la tenemos honrada y leal, y que la admiración justa y el estudio útil y sincero de lo ajeno, el estudio sin cristales de présbita ni de miope, no nos debilita el amor ardiente, salvador y santo de lo propio; ni por el bien de nuestra persona, si en la conciencia sin paz hay bien, hemos de ser traidores a lo que nos mandan hacer la naturaleza y la humanidad. Y así, cuando cada uno de ellos vuelva a las playas que acaso nunca volvamos a ver, podrá decir, contento de nuestro decoro, a la que es nuestra dueña, nuestra esperanza y nuestra guía: "¡Madre América, allí encontramos hermanos! ¡Madre América, allí tienes hijos!".

Discurso pronunciado el 19 de diciembre de 1889 en la velada artístico-literaria de la Sociedad Literaria Hispanoamericana a la que asistieron los delegados a la Conferencia Internacional Americana de Washington.
OC, t. 6, pp. 133-140.

La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América

El 24 de mayo de 1888 envió el presidente de los Estados Unidos a los pueblos de América, y al reino de Hawái en el mar Pacífico, el convite donde el Senado y la Cámara de Representantes los llamaban a una Conferencia Internacional en Washington, para estudiar, entre otras cosas, "la adopción por cada uno de los gobiernos de una moneda común de plata, que sea de uso forzoso en las transacciones comerciales recíprocas de los ciudadanos de todos los Estados de América".

El 7 de abril de 1890, la Conferencia Internacional Americana, en que eran parte los Estados Unidos, recomendó que se estableciese una unión monetaria internacional; que como base de esta unión se acuñasen una o más monedas internacionales, uniformes en peso y ley, que pudiesen usarse en todos los países representados en esta Conferencia; que se reuniese en Washington una Comisión que estudiase la cantidad, curso, valor y relación de metales en que se habría de acuñar la moneda internacional.

El 23 de marzo de 1891, después de un mes de prórroga solicitado de la Comisión Monetaria Internacional reunida en Washington, por la delegación de los Estados Unidos, "para tener tiempo de conocer la opinión pendiente de la Cámara de Representantes sobre la acuñación libre de la plata", declaró la delegación de los Estados Unidos, ante la Conferencia, que la creación de una moneda común de plata de curso forzoso en todos los Estados de América era un sueño fascinador, que no podía intentarse sin el avenimiento con las demás potencias del globo. Recomendó la delegación el uso del oro y la plata para la moneda, con relación fija. Deseó que los pueblos de América, y el reino de Hawái que se sentaba en la Conferencia, invitasen unidos a las potencias a un Congreso Monetario Universal.

¿Qué lección se desprende para América, de la Comisión Monetaria Internacional, que los Estados Unidos provocaron, con el acuerdo del Congreso, en 1888, para tratar de la adopción de una moneda común de plata, y a la que los Estados Unidos dicen, en 1891, que la moneda común de plata es un sueño fascinador?

A lo que se ha de estar no es a la forma de las cosas, sino a su espíritu. Lo real es lo que importa, no lo aparente. En la política, lo real es lo que no se ve. La política es el arte de combinar, para el bienestar creciente interior, los factores diversos u opuestos de un país, y de salvar al país de la enemistad abierta o la amistad codiciosa de los demás pueblos. A todo convite entre pueblos hay que buscarle las razones

ocultas. Ningún pueblo hace nada contra su interés; de lo que se deduce que lo que un pueblo hace es lo que está en su interés. Si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan, chocan. Los pueblos menores, que están aún en los vuelcos de la gestación, no pueden unirse sin peligro con los que buscan un remedio al exceso de productos de una población compacta y agresiva, y un desagüe a sus turbas inquietas, en la unión con los pueblos menores. Los actos políticos de las repúblicas reales son el resultado compuesto de los elementos del carácter nacional, de las necesidades económicas, de las necesidades de los partidos, de las necesidades de los políticos directores. Cuando un pueblo es invitado a unión por otro, podrá hacerlo con prisa el estadista ignorante y deslumbrado, podrá celebrarlo sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas, podrá recibirlo como una merced el político venal o demente, y glorificarlo con palabras serviles; pero el que siente en su corazón la angustia de la patria, el que vigila y prevé, ha de inquirir y ha de decir qué elementos componen el carácter del pueblo que convida y el del convidado, y si están predispuestos a la obra común por antecedentes y hábitos comunes, y si es probable o no que los elementos temibles del pueblo invitante se desarrollen en la unión que pretende, con peligro del invitado; ha de inquirir cuáles son las fuerzas políticas del país que le convida, y los intereses de sus partidos, y los intereses de sus hombres, en el momento de la invitación. Y el que resuelva sin investigar, o desee la unión sin conocer, o la recomiende por mera frase y deslumbramiento, o la defienda por la poquedad del alma aldeana, liará mal a América. ¿En qué instantes se provocó, y se vino a reunir, la Comisión Monetaria Internacional? ¿Resulta de ella, o no, que la política internacional americana es, o no es, una bandera de política local y un instrumento de la ambición de los partidos? ¿Han dado, o no, esta lección a Hispanoamérica los mismos Estados Unidos? ¿Conviene a Hispanoamérica desoírla o aprovecharla?

Un pueblo crece y obra sobre los demás pueblos en acuerdo con los elementos de que se compone. La acción de un país, en una unión de países, será conforme a los elementos que predominen en él, y no podrá ser distinta de ellos. Si a un caballo hambriento se le abre la llanura, la llanura pastosa y fragante, el caballo se echará sobre el pasto, y se hundirá en el pasto hasta la cruz, y morderá furioso a quien le estorbe.

Dos cóndores, o dos corderos, se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero. Los mismos cóndores jóvenes, entretenidos en los juegos fogosos y peleas fanfarronas de la primera edad, no defenderían bien, o no acudirían a tiempo y juntos a defender, la presa que les arrebatase el cóndor maduro. Prever es la cualidad esencial, en la constitución y gobierno de los pueblos. Gobernar no es más que prever. Antes de unirse a un pueblo, se ha de ver qué daños, o qué beneficios, pueden venir naturalmente de los elementos que lo componen.

Ni es solo necesario averiguar si los pueblos son tan grandes como parecen y si la misma acumulación de poder que deslumbra a los impacientes y a los incapaces no se ha producido a costa de cualidades superiores, y en virtud de las que amenazan a quienes lo admiran; sino que, aun cuando la grandeza sea genuina y de raíz, sea durable, sea justa, sea útil, sea cordial, cabe que sea de otra índole y de otros métodos que la grandeza a que puede aspirar por sí, y llegar por sí; con métodos propios,—que son los únicos viables—un pueblo que concibe la vida y vive en diverso ambiente, de un modo diverso. En la vida común, las ideas y los hábitos han de ser comunes. No basta que el objeto de la vida sea igual en los que han de vivir juntos, sino que lo ha de ser la manera de vivir; o pelean, y se desdeñan, y se odian, por las diferencias de manera, como se odiarían por las de objeto. Los países que no tienen métodos comunes, aun cuando tuviesen idénticos fines, no pueden unirse para realizar su fin común con los mismos métodos.

Ni el que sabe y ve puede decir honradamente;—porque eso solo lo dice quien no sabe y no ve, o no quiere por su provecho ver ni saber,—que en los Estados Unidos prepondere hoy, siquiera, aquel elemento más humano y viril, aunque siempre egoísta y conquistador de los colonos rebeldes, ya segundones de la nobleza, ya burguesía puritana; sino que este factor, que consumió la raza nativa, fomentó y vivió de la esclavitud de otra raza y redujo o robó los países vecinos, se ha acendrado, en vez de suavizarse, con el injerto continuo de la muchedumbre europea, cría tiránica del despotismo político y religioso, cuya única cualidad común es el apetito acumulado de ejercer sobre los demás la autoridad que se ejerció sobre ellos. Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: "esto será nuestro, porque lo necesitamos". Creen en la superioridad incontrastable de "la raza anglosajona contra la raza latina". Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más,—como con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz, de nuestros elementos y recursos, podrían llegar a respetarla,—¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?

Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres, que rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Cuando un pueblo fuerte

quiere dar batalla a otro, compele a la alianza y al servicio a los que necesitan de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesite menos, al que lo desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América, no es ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras.

Ni en los arreglos de la moneda, que es el instrumento del comercio, puede un pueblo sano prescindir—por acatamiento a un país que no le ayudó nunca, o lo ayuda por emulación y miedo de otro,—de las naciones que le anticipan el caudal necesario para sus empresas, que le obligan el cariño con su fe, que lo esperan en las crisis y le dan modo para salir de ellas, que lo tratan a la par, sin desdén arrogante, y le compran sus frutos. Por el universo todo debiera ser una la moneda. Será una. Todo lo primitivo, como la diferencia de monedas, desaparecerá, cuando ya no haya pueblos primitivos. Se ha de poblar la tierra, para que impere, en el comercio como en la política, la paz igual y culta. Ha de procurarse la moneda uniforme. Ha de hacerse cuanto prepare a ella. Ha de reconocerse el uso legal de los metales imprescindibles. Ha de establecerse una relación fija entre el oro y la plata. Ha de desearse, y de ayudar a realizar, cuanto acerque a los hombres y les haga la vida más moral y llevadera. Ha de realizarse cuanto acerque a los pueblos. Pero el modo de acercarlos no es levantarlos unos contra otros; ni se prepara la paz del mundo armando un continente contra las naciones que han dado vida y mantienen con sus compras a la mayor parte de los países de él; ni convidando a los pueblos de América, adeudados a Europa, a combinar, con la nación que nunca les fio, un sistema de monedas cuyo fin es compeler a sus acreedores de Europa, que les fía, a aceptar una moneda que sus acreedores rechazan.

La moneda del comercio ha de ser aceptable a los países que comercian. Todo cambio en la moneda ha de hacerse, por lo menos, en acuerdo con los países con que se comercia más. El que vende no puede ofender a quien le compra mucho, y le da crédito, por complacer a quien le compra poco, o se niega a comprarle, y no le da crédito. Ni lastimar, ni alarmar siquiera, debe un deudor necesitado a sus acreedores. No debe levantarse entre países que comercian poco, o no dejan de comerciar por razones de moneda, una moneda que perturba a los países con quienes se comercia mucho. Cuando el mayor obstáculo al reconocimiento y fijeza de la moneda de plata es el temor de su producción excesiva en los Estados Unidos,

y del valor ficticio que los Estados Unidos le puedan dar por su legislación, todo lo que aumente este temor, daña a la plata. El porvenir de la moneda de plata está en la moderación de sus productores. Forzarla, es depreciarla. La plata de Hispanoamérica se levantará o caerá con la plata universal. Si los países de Hispanoamérica venden, principalmente, cuando no exclusivamente, sus frutos en Europa, y reciben de Europa empréstitos y créditos, ¿qué conveniencia puede haber en entrar, por un sistema que quiere violentar al europeo, en un sistema de moneda que no se recibiría, o se recibiría depreciada, en Europa? Si el obstáculo mayor para la elevación de la plata y su relación fija con el oro es el temor de su producción excesiva y valor ficticio en los Estados Unidos, ¿qué conveniencia puede haber, ni para los países de Hispanoamérica que producen plata, ni para los Estados Unidos mismos, en una moneda que asegure mayor imperio y circulación a la plata de los Estados Unidos?

Pero el Congreso Panamericano, que pudo ver lo que no siempre vio; que debió librar a las repúblicas de América de compromisos futuros de que no las libró; que debió estudiar las propuestas de la convocatoria por sus antecedentes políticos y locales,—la plétora fabril traída por el proteccionismo desordenado,—la necesidad del Partido Republicano de halagar a sus mantenedores proteccionistas,—la ligereza con que un prestidigitador político, poniéndole colorines de república a una idea imperial, podía lisonjear a la vez, como bandera de candidato, el interés de los productores ansiosos de vender y la conquista latente y poco menos que madura en la sangre nacional;—el Congreso Panamericano, que demoró lo que no quiso resolver, por un espíritu imprudente de concesión innecesaria, o no pudo resolver, por empeños sinuosos o escasez de tiempo,—recomendó la creación de una Unión Monetaria Internacional,—la creación de una o más monedas internacionales,—la reunión de una Comisión que acordase el tipo y reglamentación de la moneda. Las repúblicas de América atendieron, corteses, la recomendación. Los delegados de la mayoría de ellas se reunieron en Washington. México y Nicaragua, y el Brasil y el Perú, y Chile y la Argentina, delegaron a sus ministros residentes. El ministro argentino renunció el puesto, que ocupó más tarde otro delegado. Las otras repúblicas enviaron delegados especiales. El Paraguay no envió. Ni envió Centroamérica, fuera de Nicaragua, y de Honduras, cuyo delegado, hijo de un almirante norteamericano, no hablaba español. Presidió la Comisión, por acuerdo unánime, el Ministro de México. Sesiones de uso, comisiones previas, reglamento; lo uniforme no era allí la moneda, sino la duda, cambiada a chispazos en los debates,—la seguridad—de que no podía llegarse a acuerdo. Uno hablaba del "comercio real". Otro se declaraba, antes de sazón, hostil "a esa idea imposible". Pidió un delegado de los Estados Unidos una larga demora, "para tener tiempo de conocer la opinión pendiente de la Cámara de Representantes sobre la acuñación libre de la plata"; y

un delegado, al obtener que se redujese a términos de cortesía lícita la pretensión excesiva del delegado de los Estados Unidos, estableció que "se entendiese cómo la demora era para que la delegación del país invitante pudiera completar sus estudios preparatorios, puesto que de ningún modo se habría de suponer que la opinión de la Cámara de Representantes hubiese por necesidad de alterar las opiniones formadas de la Comisión".

Cumplida la demora y desbandada la Cámara de Representantes sin haber votado la ley de plata libre, las delegaciones ocuparon de nuevo sus puestos en la mesa de la Comisión. Acaso habían oído algunos lo que decían sin reserva gentes notables del país. Oyeron acaso que la Comisión no parecía bien a los que pasaban por amigos de la mayoría del gobierno. Que al gobierno no agradaba el interés de su minoría en mantener, por los que se tachan de artificios, la política continental. Que este alarde peligroso de la política continental, ni de una minoría era siquiera, sino de un solo hombre. Que esta Comisión hueca debía cesar, para que no sirviese de comodín político a un candidato que no se para en medios y sabe sacar montes de las hormigas. Que la simple discusión de una moneda de plata común alarmaba y ofendía a los mantenedores del oro, que imperan en los consejos actuales del Partido Republicano. Que los países Hispanoamericanos verían por sí, sin duda, si les quedan ojos, el peligro de abrirse, por concepto de cortesía o por impaciencia de falso progreso, a una política que los atrae, por el abalorio de la palabra y los hilos de la intriga, a una unión fraguada por los que la proponen con un concepto distinto del de los que la aceptan. Se puso en pie un delegado de los Estados Unidos, ante la Comisión por los Estados Unidos convocada para adoptar una moneda común de plata, y propuso, al pie de una robusta exposición de verdades monetarias, donde llamaba "sueño fascinador" a la moneda internacional. que declarase la Comisión inoportuna la creación de una o más monedas de plata comunes; que se opinase que el establecimiento del patrón doble de plata y oro, con relación universalmente acatada, facilitaría la creación de aquellas monedas; que recomendase que las repúblicas representadas en la Conferencia conviden juntas, por el conducto de sus respectivos gobiernos, a una Conferencia Monetaria Universal, para tratar del establecimiento de un sistema uniforme y proporcionado de monedas de oro y plata. "Hay otro mundo—decía el delegado—y un mundo muy vasto del otro lado del mar, y la insistencia de este mundo en no elevar la plata a la dignidad del oro es el obstáculo grande e insuperable que se presenta hoy para la adopción de la plata internacional". ¡Los Estados Unidos, pues, marcaban a la América complaciente el peligro que hubiera corrido en acceder con demasiada prisa a las sugestiones de los Estados Unidos!

A cinco repúblicas—a Chile, Argentina, Brasil, Colombia y Uruguay,—dio la Comisión el encargo de estudiar las proposiciones de los Estados Unidos, y la Comisión, unánime, acordó recomendar que se aceptase las proposiciones

norteamericanas. "No podía extrañar la Comisión que los delegados de los Estados Unidos reconociesen las verdades que la Comisión Internacional se hubiera visto obligada a reconocer por sí misma". "La Comisión acataba, como que es de elemental justicia, el principio de someter a todos los pueblos del universo la proposición de fijar las sustancias y proporciones de la moneda en que han de comerciar los pueblos todos". "Sueño sería, impropio de la generosidad y grandeza a que están obligadas las repúblicas, negarse directa o indirectamente, con violación de los intereses naturales y los deberes humanos, al trato libérrimo con los demás pueblos del globo". Pero no propuso la Comisión, como los Estados Unidos, que se convidase "a las potencias del globo", "por no correr el peligro, con una invitación no bastante justificada, de alarmar con temores, no por infundados menos ciertos, a los poderes que pudiesen ver en la convocatoria el empeño, por más que hábil y disimulado, de precipitarlos a una solución a que de seguro llegarán antes por sí propios, caso que quieran llegar, que si se les excita la suspicacia, o se lastima su puntillo con una insistencia que no tendría la razón de allegar al problema monetario un solo factor nuevo de importancia, ni un solo dato desconocido". "La plata debe irse acercando al oro". "La producción inmoderada aleja la plata del oro". "A la moneda de plata no se la puede, ni se la debe, hacer desaparecer". "Se ha de tender a la moneda uniforme, pero por el acuerdo confiado y sincero de todos los pueblos trabajadores del globo, para que tenga base que dure, y no por los recursos violentos del artificio llevado a la economía, que fomentan rencores y provocan venganzas, y no pueden durar". "Pero el convite en conjunto no se recomienda". Y cuando a su paso por los detalles monetarios tocaba a la Comisión marcar el espíritu con que Hispanoamérica los entendía, y entiende cuanto atañe a la vida individual e independiente de sus pueblos, lo marcó así:

"Los países representados en esta Conferencia no vinieron aquí por el falso atractivo de novedades que no están aún en sazón, ni porque desconociesen los factores todos que precedieron y acompañaron el hecho de su convocatoria sino para dar una muestra, fácil a los que están seguros de su destino propio y su capacidad para realizarlo, de aquella cortesía cordial que es tan grata y útil entre los pueblos como entre los hombres,—de su disposición a tratar con buena fe lo que se cree propuesto con buena voluntad—y del afectuoso deseo de ayudar, con los Estados Unidos como con los demás pueblos del mundo, a cuanto contribuya al bienestar y la paz de los hombres". "No ha de haber prisa censurable en provocar, ni en contraer entre los pueblos compromisos innecesarios que estén fuera de la naturaleza y de la realidad". "El oficio del continente americano no es perturbar el mundo con factores nuevos de rivalidad y de discordia, ni restablecer con otros métodos y nombres el sistema imperial, por donde se corrompen y mueren las repúblicas; sino tratar en paz y honradez con los pueblos que en la hora dudosa de la emancipación nos enviaron sus soldados, y en la época revuelta de la constitución

nos mantienen abiertas sus cajas". "Los pueblos todos deben reunirse en amistad, y con la mayor frecuencia dable, para ir reemplazando, con el sistema del acrecentamiento universal, por sobre la lengua de los istmos y la barrera de los mares, el sistema, muerto para siempre, de dinastías y de grupos". "Las puertas de cada nación deben estar abiertas a la libertad fecundante y legítima de todos los pueblos. Las manos de cada nación deben estar libres para desenvolver sin trabas el país, con arreglo a su naturaleza distintiva y a sus elementos propios".

Cuando se pone en pie el anfitrión, los huéspedes no insisten en quedarse sentados a la mesa. Cuando los huéspedes venidos de muy lejos, más por cortesía que por apetito, hallan al anfitrión a la puerta, diciendo que no hay qué comer, los huéspedes no lo echan de lado, ni entran en su casa a la fuerza, ni dan voces para que les abran el comedor. Los huéspedes deben decir alto la cortesía por que vinieron, y cómo no vinieron por servidumbre ni necesidad, para que el anfitrión no crea que están tallados en una rodilla, o son títeres que van y que vienen, por donde quiere que vayan o vengan el titiritero. Luego, irse. Hay un modo de andar, de espalda vuelta, que aumenta la estatura. Un delegado, hispanoamericano—entendiendo que la Comisión Monetaria no venía más que "a cumplir lo que se había recomendado"—apadrinó, sin ver que una recomendación lleva aparejada la discusión y confirmación antes del cumplimiento, la opinión sin cabeza visible que andaba serpeando por entre los delegados: que la Comisión Monetaria no había venido, como creían los Estados Unidos que la promovieron, a ver si podía y debía crearse una moneda internacional, sino a crearla ahora, aunque los Estados Unidos mismos reconociesen que ahora no se podía crear; y el delegado propuso un plan minucioso de moneda de América, que llamó "Columbus", sobre los trazos de la moneda de la Unión Latina, más un Consejo de Vigilancia, "residente en Washington".

No habían dicho los Estados Unidos que el obstáculo para la creación de la moneda internacional fuese la resistencia de la Cámara de Representantes a votar la acuñación libre de la plata, sino la resistencia del mundo vasto del otro lado de la mar a aceptar la moneda de plata en relación fija e igual con la moneda de oro; pero un delegado hispanoamericano preguntó así: "¿No sería más prudente, dada la probabilidad de que la nueva Cámara de Representantes vote antes de fin de año la acuñación libre de la plata, suspender las sesiones de la Conferencia, por ejemplo, hasta el día primero de enero de 1892, cuando probablemente este asunto habrá sido decidido por el gobierno de los Estados Unidos?" Y cuando otro delegado urgía, por el decoro de los huéspedes, la aceptación, lisa y prudente, de las proposiciones de los Estados Unidos, salva la del Congreso Universal, habló un delegado hispanoamericano, que no habla español, para pedir y obtener la suspensión de la sesión. ¿Quién podía tener interés, puesto que los hispanoamericanos

no lo tenían, en que la Comisión promovida por los Estados Unidos continuase en funciones, contra la opinión terminante de los mismos Estados Unidos? ¿Quién azuzaba, en una asamblea de mayoría hispanoamericana, la oposición a las proposiciones de los Estados Unidos? ¿A quién, sino a los que hacen bandera de la política continental, propuesta por los Estados Unidos, perjudicaba que la idea de una moneda continental se declarase imposible en la Comisión reunida para su estudio por los mismos Estados Unidos? ¿Por qué surgía, ni cómo podía surgir de un modo natural en la Comisión Monetaria, de mayoría hispanoamericana, el pensamiento de oponerse a la clausura de una Comisión reunida para tratar de un proyecto que expresamente declaraban irrealizable, casi unánimemente, los delegados hispanoamericanos? Si a sí no se servían, ¿qué interés, en el seno de ellos, se aprovechaba de su buena voluntad excesiva y los ponía a su servicio? ¿O era, como decían los que saben del interior de la política, que el interés de un grupo político, o de un político tenaz y osado de los Estados Unido, levantaba por resortes ocultos e influencias privadas una asamblea de pueblos contra la opinión solemne del gobierno de los Estados Unidos? ¿Era que la asamblea de pueblos hispanoamericanos iba a servir los intereses de quien los compele a ligas confusas, a ligas peligrosas, a ligas imposibles, desdeñando el consejo de los que, por su interés local de partidarios o por justicia internacional, les abren las puertas para que se salven de ellas?

Se meditó; se temió; se urgió; se corrió gran riesgo de hacer lo que no se debía: de dejar en pie—al capricho de una política ajena, desesperada y sin escrúpulos,—una asamblea que, por lo complejo y delicado de las relaciones de muchos pueblos de Hispanoamérica con los Estados Unidos, podía, en manos de un candidato inclemente, ceder a los Estados Unidos más de lo que conviniese al respeto y seguridad de los pueblos hispanoamericanos.

Mostrarse acomodaticio hasta la debilidad no sería el mejor modo de salvarse de los peligros a que expone en el comercio, con un pueblo pujador y desbordante, la fama de debilidad. La cordura no está en confirmar la fama de débil, sino en aprovechar la ocasión de mostrarse enérgico sin peligro. Y en esto de peligro, lo menos peligroso, cuando se elige la hora propicia y se la usa con mesura, es ser enérgico. Sobre serpientes, ¿quién levanta pueblos? Pero si hubo batalla; si el afán de progreso en las repúblicas aún no cuajadas lleva a sus hijos, por singular desvío de la razón, o levadura enconada de servidumbre, a confiar más en la virtud del progreso en los pueblos donde no nacieron, que en el pueblo en que han nacido; si el ansia de ver crecer el país nativo los lleva a la ceguedad de apetecer modos y cosas que son afuera producto de factores extraños u hostiles al país, que ha de crecer conforme a sus factores y por métodos que resulten de ellos; si la cautela natural de los pueblos clavados en las cercanías de Norteamérica no creía aconsejable lo que, más que a los demás, por esa misma cercanía, les interesa; si la

prudencia local y respetable, o el temor, o la obligación privada, ponían más cera en los caracteres que la que se ha de tener en los asuntos de independencia y creación hispanoamericana, en la Comisión Monetaria no se vio, porque acordó levantar de lleno sus sesiones.

La Revista Ilustrada de Nueva York, mayo de 1891.
OC, t. 6, pp. 155-167.

San Martín

Un día, cuando saltaban las piedras en España al paso de los franceses, Napoleón clavó los ojos en un oficial seco y tostado, que cargaba uniforme blanco y azul; se fue sobre él y le leyó en el botón de la casaca el nombre del cuerpo: "¡Murcia!" Era el niño pobre de la aldea jesuita de Yapeyú, criado al aire entre indios y mestizos, que después de veintidós años de guerra española empuñó en Buenos Aires la insurrección desmigajada, trabó por juramento a los criollos arremetedores, aventó en San Lorenzo la escuadrilla real, montó en Cuyo el ejército libertador, pasó los Andes para amanecer en Chacabuco; de Chile, libre a su espada, fue por Maipu a redimir el Perú; se alzó protector en Lima, con uniforme de palmas de oro; salió, vencido por sí mismo, al paso de Bolívar avasallador; retrocedió; abdicó; pasó, solo, por Buenos Aires; murió en Francia, con su hija de la mano, en una casita llena de luz y flores, Propuso reyes a la América, preparó mañosamente con los recursos nacionales su propia gloria, retuvo la dictadura, visible o disimulada, hasta que por sus yerros se vio minado en ella, y no llegó sin duda al mérito sublime de deponer voluntariamente ante los hombres su imperio natural. Pero calentó en su cabeza criolla la idea épica que aceleró y equilibró la independencia americana.

Su sangre era de un militar leonés y de una nieta de conquistadores; nació siendo el padre gobernador de Yapeyú, a la orilla de uno de los ríos portentosos de América; aprendió a leer en la falda de los montes, criado en el pueblo como hijo del señor, a la sombra de las palmas y de los urundeyes. A España se lo llevaron, a aprender baile y latín en el seminario de los nobles; y a los doce años, el niño "que reía poco" era cadete. Cuando volvió, teniente coronel español de treinta y cuatro años, a pelear contra España, no era el hombre crecido al pampero y la lluvia, en las entrañas de su país americano, sino el militar que, al calor de los recuerdos nativos, crio en las sombras de las logias de Lautaro, entre condes de Madrid y patricios juveniles, la voluntad de trabajar con plan y sistema por la independencia de América; y a las órdenes de Daoiz y frente a Napoleón aprendió de España el modo de vencerla. Peleó contra el moro, astuto y original; contra el portugués aparatoso y el francés deslumbrante. Peleó al lado del español, cuando el español peleaba con los dientes, y del inglés, que muere saludando, con todos los botones en el casaquín, de modo que no rompa el cadáver la línea de batalla. Cuando

desembarca en Buenos Aires, con el sable morisco que relampagueó en Arjonilla y en Bailén y en Albuera, ni trae consigo más que la fama de su arrojo, ni pide más que "unidad y dirección" "sistema que nos salve de la anarquía", "un hombre capaz de ponerse al frente del ejército". Iba la guerra como va cuando no la mueve un plan político seguro, que es correría más que guerra, y semillero de tiranos. "No hay ejército sin oficiales". "El soldado, soldado de pies a cabeza". Con Alvear, patriota ambicioso de familia influyente, llegó San Martín de España. A los ocho días le dieron a organizar el cuerpo de granaderos montados, con Alvear de sargento mayor. Deslumbra a los héroes desvalidos en las revoluciones, a los héroes incompletos que no saben poner la idea a caballo, la pericia del militar de profesión. Lo que es oficio parece genio; y el ignorante generoso confunde la práctica con la grandeza. Un capitán es general entre reclutas. San Martín estaba sobre la silla, y no había de apearse sino en el palacio de las virreyes del Perú; tomó los oficiales de entre sus amigos, y estos de entre la gente de casta; los prácticos, no los pasaba de tenientes; los cadetes, fueron de casas próceres; los soldados, de talla y robustos; y todos, a toda hora, "¡alta la cabeza!" "¡El soldado, con la cabeza alta!" No los llamaba por sus nombres, sino por el nombre de guerra que ponía a cada uno. Con Alvear y con el peruano Monteagudo fundó la logia secreta de Lautaro, "para trabajar con plan y sistema en la independencia de América, y su felicidad, obrando con honor y procediendo con justicia"; para que, "cuando un hermano desempeñe el supremo gobierno, no pueda nombrar por sí diplomáticos y generales, ni gobernadores, ni jueces, ni altos funcionarios eclesiásticos o militares"; "para trabajar por adquirir la opinión pública"; "para ayudarse entre sí y cumplir sus juramentos, so pena de muerte". Su escuadrón lo fue haciendo hombre a hombre. Él mismo les enseñaba a manejar el sable: "le partes la cabeza como una sandía al primer godo que se te ponga por delante". A los oficiales los reunió en cuerpo secreto; los habituó a acusarse entre sí y a acatar la sentencia de la mayoría; trazaba con ellos sobre el campo el pentágono y los bastiones; echaba del escuadrón al que mostrase miedo en alguna celada, o pusiese la mano en una mujer; criaba en cada uno la condición saliente; daba trama y misterio de iglesia a la vida militar; tallaba a filo a sus hombres; fundía como una joya a cada soldado. Apareció con ellos en la plaza, para rebelarse con su logia de Lautaro contra el gobierno de los triunviros. Arremetió con ellos, caballero en magnífico bayo, contra el español que desembarcaba en San Lorenzo la escuadrilla; cerró sobre él sus dos alas; "a lanza y sable" los fue apeando de las monturas; preso bajo su caballo mandaba y blandía; muere un granadero, con la bandera española en el puño; cae muerto a sus pies el granadero que le quita de encima el animal; huye España, dejando atrás su artillería y sus cadáveres.

Pero Alvear tenía celos, y su partido en la logia de Lautaro, "que gobernaba al gobierno", pudo más que el partido de San Martín. Se carteaba mucho San Martín

con los hombres políticos: "existir es lo primero, y después ver cómo existimos", "se necesita un ejército, ejército de oficiales matemáticos"; "hay que echar de aquí al último maturrango"; "renunciaré mi grado militar cuando los americanos no tengan enemigos"; "háganse esfuerzos simultáneos, y somos libres"; "esta revolución no parece de hombres, sino de carneros"; "soy republicano por convicción, por principios, pero sacrifico esto mismo al bien de mi suelo". Alvear fue de general contra los españoles de Montevideo, y a San Martín lo mandaron de general al Alto Perú, donde no bastó el patriotismo salteño a levantar los ánimos; lo mandaron luego de intendente a Cuyo. ¡Y allá lo habían de mandar, porque aquel era su pueblo; de aquel destierro haría él su fortaleza; de aquella altura se derramaba él sobre los americanos! Allá, en aquel rincón, con los Andes de consejeros y testigos, creó, solo, el ejército con que los había de atravesar; ideó, solo, una familia de pueblos cubiertos por su espada; vio, solo, el peligro que corría la libertad de cada nación de América mientras no fuesen todas ellas libres: ¡Mientras haya en América una nación esclava la libertad de todas las demás corre peligro! Puso la mano sobre la región adicta con que ha de contar, como levadura de poder, quien tenga determinado influir por cuenta propia en los negocios públicos. En sí pensaba, y en América; porque es gloria suya, y como el oro puro de su carácter, que nunca en las cosas de América pensó en un pueblo u otro como entes diversos, sino que, en el fuego de su pasión, no veía en el continente más que una sola nación americana. Entreveía la verdad política local y el fin oculto de los actos, como todos estos hombres de instinto; pero fallaba, como todos ellos, por confundir su sagacidad primitiva, extraviada por el éxito, por la lisonja, y por la fe en sí, con aquel conocimiento y estrategia de los factores invisibles y determinantes de un país, que solo alcanza, por la mezcla del don y la cultura, el genio supremo. Ese mismo concepto salvador de América, que lo llevaría a la unificación posible de sus naciones hermanas en espíritu, ocultó a sus ojos las diferencias, útiles a la libertad, de los países americanos, que hacen imposible su unidad de formas. No veía, como el político profundo, los pueblos hechos, según venían de atrás; sino los pueblos futuros que bullían, con la angustia de la gestación, en su cabeza; y disponía de ellos en su mente, como el patriarca dispone de sus hijos. ¡Es formidable el choque de los hombres de voluntad con la obra acumulada de los siglos!

Pero el intendente de Cuyo solo ve por ahora que tiene que hacer la independencia de América. Cree e impera. Y puesto, por quien pone, en una comarca sobria como él, la enamoró por sus mismas dotes, en que la comarca contenta se reconocía; y vino a ser, sin corona en la cabeza, como su rey natural. Los gobiernos perfectos nacen de la identidad del país y el hombre que lo rige con cariño y fin noble, puesto que la misma identidad es insuficiente, por ser en todo pueblo innata la nobleza, si falta el gobernante el fin noble. Pudo algún día San Martín, confuso en las alturas, regir al Perú con fines turbados por el miedo de perder su gloria; pudo

extremar, por el interés de su mando vacilante, su creencia honrada en la necesidad de gobernar a América por reyes; pudo, desvanecido, pensar en sí alguna vez más que en América, cuando lo primero que ha de hacer el hombre público, en las épocas de creación o reforma, es renunciar a sí, sin valerse de su persona sino en lo que valga ella a la patria; pudo tantear desvalido, en país de más letras, sin la virtud de su originalidad libre, un gobierno retórico. Pero en Cuyo, vecino aún de la justicia y novedad de la Naturaleza, triunfó sin obstáculo, por el imperio de lo real, aquel hombre que se hacía el desayuno con sus propias manos, se sentaba al lado del trabajador, veía porque herrasen la mula con piedad, daba audiencia en la cocina,—entre el puchero y el cigarro negro,—dormía al aire, en un cuero tendido. Allí la tierra trajinada parecía un jardín; blanqueaban las casas limpias entre el olivo y el viñedo; bataneaba el hombre el cuero que la mujer cosía; los picos mismos de la cordillera parecían bruñidos a fuerza de puño. Campeó entre aquellos trabajadores el que trabajaba más que ellos; entre aquellos tiradores, el que tiraba mejor que todos; entre aquellos madrugadores, el que llamaba por las mañanas a sus puertas; el que en los conflictos de justicia sentenciaba conforme al criterio natural; el que solo tenía burla y castigo para los perezosos y los hipócritas; el que callaba, como una nube negra, y hablaba como el rayo. Al cura: "aquí no hay más obispo que yo; predíqueme que es santa la independencia de América". Al español: "¿quiere que lo tenga por bueno? pues que me lo certifiquen seis criollos". A la placera murmurona: "diez zapatos para el ejército, por haber hablado mal de los patriotas". Al centinela que lo echa atrás porque entra a la fábrica de mixtos con espuelas: "¡esa onza de oro!" Al soldado que dice tener las manos atadas por un juramento que empeñó a los españoles: "¡se las desatará el último suplicio!" A una redención de cautivos la deja sin dinero "¡para redimir a otros cautivos!" A una testamentaria le manda pagar tributo: "¡más hubiera dado el difunto para la revolución!" Derrúmbase a su alrededor, en el empuje de la reconquista, la revolución americana. Venía Morillo; caía el Cuzco; Chile huía; las catedrales entonaban, de México a Santiago, el *Te Deum* del triunfo; por los barrancos asomaban los regimientos deshechos, como jirones. Y en la catástrofe continental, decide San Martín alzar su ejército con el puñado de cuyanos, convida a sus oficiales a un banquete y brinda, con voz vibrante como el clarín, "¡por la primera bala que se dispare contra los opresores de Chile del otro lado de los Andes!"

Cuyo es de él, y se alza contra el dictador Alvear, el rival que bambolea, cuando acepta incautamente la renuncia que, en plena actividad, le envía San Martín. Cuyo sostiene en el mando a su gobernador, que parece ceder ante el que viene a reemplazarlo; que menudea ante el Cabildo sus renuncias de palabra; que permite a las milicias ir a la plaza, sin uniforme, a pedir la caída de Alvear. Cuyo echa, colérico, a quien osa venir a suceder, con un nombramiento de papel, al que tiene nombramiento de la Naturaleza, y tiene a Cuyo; al que no puede renunciar a sí, porque en sí lleva

la redención del continente; a aquel amigo de los talabarteros, que les devuelve ilesas las monturas pedidas para la patria; de los arrieros, que recobraban las arrias del servicio; de los chacareros, que le traían orgullosos el maíz de siembra para la chacra de la tropa; de los principales de la comarca, que fían en el intendente honrado, por quien esperan librar sus cabezas y sus haciendas del español. Por respirar les cobra San Martín a los cuyanos, y la raíz que sale al aire paga contribución; pero les montó de antes el alma en la pasión de la libertad del país y en el orgullo de Cuyo, con lo que todo tributo que los sirviese les parecía llevadero, y más cuando San Martín, que sabía de hombres, no les hería la costumbre local, sino les cobraba lo nuevo por los métodos viejos: por acuerdo de los decuriones del Cabildo. Cuyo salvará a la América. "¡Denme a Cuyo, y con él voy a Lima!" Y Cuyo tiene fe en quien la tiene en él; pone en el Cielo a quien le pone en el Cielo. En Cuyo, a la boca de Chile, crea entero, del tamango al falucho, el ejército con que ha de redimirlo. Hombres, los vencidos; dinero, el de los cuyanos; carne, el charqui en pasta, que dura ocho días; zapatos, los tamangos, con la jareta por sobre el empeine; ropa, de cuero bataneado; cantimploras, los cuernos; los sables, a filo de barbería; música, los clarines; cañones, las campanas. Le amanece en la armería, contando las pistolas; en el parque, que conoce bala a bala; las toma en peso; les quita el polvo; las vuelve cuidadosamente a la pila. A un fraile inventor lo pone a dirigir la maestranza, de donde salió el ejército con cureñas y herraduras, con caramañolas y cartuchos, con bayonetas y máquinas; y el fraile de teniente, con veinticinco pesos al mes, ronco para toda la vida. Crea el laboratorio de salitre y la fábrica de pólvora. Crea el código militar, el cuerpo médico, la comisaría. Crea academias de oficiales, porque "no hay ejército sin oficiales matemáticos". Por las mañanas, cuando el Sol da en los picos de la serranía, se ensayan en el campamento abierto en el bosque, a los chispazos del sable de San Martín, los pelotones de reclutas, los granaderos de a caballo, sus negros queridos; bebe de su cantimplora: "¡a ver, que le quiero componer ese fusil!" "la mano, hermano, por ese tiro bueno"; "¡vamos, gaucho, un paso de sable con el gobernador!" O al toque de los clarines, jinete veloz, corre de grupo en grupo, sin sombrero y radiante de felicidad: "¡recio, recio, mientras haya luz de día; los soldados que vencen solo se hacen en el campo de instrucción!" Echa los oficiales a torear: "¡estos locos son los que necesito yo para vencer a los españoles!" Con los rezagos de Chile, con los libertos, con los quintos, con los vagos, junta y transforma a seis mil hombres. Un día de sol entra con ellos en la ciudad de Mendoza, vestida de flores; pone el bastón de general en la mano de la Virgen del Carmen; ondea tres veces, en el silencio que sigue a los tambores, el pabellón azul: "Esta es, soldados, la primera bandera independiente que se bendice en América; jurad sostenerla muriendo en su defensa, como yo lo juro!"

En cuatro columnas se echan sobre los Andes los cuatro mil soldados de pelear, en piaras montadas, con un peón por cada veinte; los mil doscientos milicianos; los doscientos cincuenta de la artillería, con las dos mil balas de cañón, con los

novecientos mil tiros de fusil. Dos columnas van por el medio y dos, de alas, a los flancos. Delante va Fray Beltrán, con sus ciento veinte barreteros, palanca al hombro; sus zorras y perchas, para que los veintiún cañones no se lastimen; sus puentes de cuerda, para pasar los ríos; sus anclas y cables, para rescatar a los que se derrisquen. Ladeados van unas veces por el borde del antro; otras van escalando, pecho a tierra. Cerca del rayo han de vivir los que van a caer, juntos todos, sobre el valle de Chacabuco, como el rayo. De la masa de nieve se levanta, resplandeciendo, el Aconcagua. A los pies, en las nubes, vuelan los cóndores. ¡Allá espera, aturdido, sin saber por dónde le viene la justicia, la tropa del español, que San Martín sagaz ha abierto, con su espionaje sutil y su política de zapa, para que no tenga qué oponer a su ejército reconcentrado! San Martín se apea de su mula, y duerme en el capote, con una piedra de cabecera, rodeado de los Andes.

El alba era, veinticuatro días después, cuando el ala de O'Higgins, celosa de la de Soler, ganó, a son de tambor, la cumbre por donde podía huir el español acorralado. Desde su mente, en Cuyo, lo había acorralado, colina a colina, San Martín. Las batallas se ganan entre ceja y ceja. El que pelea ha de tener el país en el bolsillo. Era el mediodía cuando, espantado el español, reculaba ante los piquetes del valle, para caer contra los caballos de la cumbre. Por entre los infantes del enemigo pasa como un remolino la caballería libertadora, y acaba a los artilleros sobre sus cañones. Cae todo San Martín sobre las tapias inútiles de la hacienda. Dispérsanse, por los mamelones y esteros, los últimos realistas. En la yerba, entre los quinientos muertos, brilla un fusil, rebanado de un tajo. Y ganada la pelea que redimió a Chile y aseguró a América la libertad, escribió San Martín una carta a "la admirable Cuyo" y mandó a dar vuelta al paño de su casaca.

Quiso Chile nombrarle gobernador omnímodo, y él no aceptó; a Buenos Aires devolvió el despacho de brigadier general, "porque tenía empeñada su palabra de no admitir grado ni empleo militar ni político"; coronó el Ayuntamiento su retrato, orlado de los trofeos de la batalla, y mandó su compatriota Belgrano alzar una pirámide en su honor. Pero lo que él quiere de Buenos Aires es tropa, hierro, dinero, barcos que ciñan por mar a Lima mientras la ciñe él por tierra. Con su edecán irlandés pasa de retorno por el campo de Chacabuco; llora por los "¡pobres negros!" que cayeron allí por la libertad americana; mueve en Buenos Aires el poder secreto de la logia de Lautaro; ampara a su amigo O'Higgins, a quien tiene en Chile de Director, contra los planes rivales de su enemigo Carrera; mina, desde su casa de triunfador en Santiago,—donde no quiere "vajillas de plata", ni sueldos pingües,—el poderío del virrey en el Perú; suspira, "en el disgusto que corroe su triste existencia", por "dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza"; arenga a caballo, en la puerta del arzobispo, a los chilenos batidos en Cancharrayada, y surge triunfante, camino de Lima, en el campo sangriento de Maipú.

Del caballo de batalla salta a la mula de los Andes; con la amenaza de su renuncia fuerza a Buenos Aires, azuzado por la logia, a que le envíe el empréstito para la expedición peruana; se cartea con su fiel amigo Pueyrredón, el Director argentino, sobre el plan que paró en mandar a uno de la logia a buscar rey a las cortes europeas,—a tiempo que tomaba el mando de la escuadra de Chile, triunfante en el Pacífico, el inglés Cochrane, ausente de su pueblo "por no verlo oprimido sin misericordia" por la monarquía,—a tiempo que Bolívar avanzaba clavando, de patria en patria, el pabellón republicano. Y cuando en las manos sagaces de San Martín, Chile y Buenos Aires han cedido a sus demandas de recursos ante la amenaza de repasar los Andes con su ejército, dejando a O'Higgins sin apoyo y al español entrándose por el Perú entre chilenos y argentinos; cuando Cochrane le había, con sus correrías hazañosas, abierto el mar a la expedición del Perú; cuando iba por fin a caer con su ejército reforzado sobre los palacios limeños, y a asegurar la independencia de América y su gloria, lo llamó Buenos Aires a rechazar la invasión española que creía ya en la mar, a defender al gobierno contra los federalistas rebeldes, a apoyar la monarquía que el mismo San Martín había recomendado. Desobedece. Se alza con el ejército que sin la ayuda de su patria no hubiese allegado jamás, y que lo proclama en Rancagua su cabeza única, y se va, capitán suelto, bajo la bandera chilena, a sacar al español del Perú, con su patria deshecha a las espaldas. "¡Mientras no estemos en Lima, la guerra no acabará!"; de esta campaña "penden las esperanzas de este vasto continente"; "voy a seguir el destino que me llama"...

¿Quién es aquel, de uniforme recamado de oro, que pasea por la blanda Lima en su carroza de seis caballos? Es el Protector del Perú, que se proclamó por decreto propio gobernante omnímodo, fijó en el estatuto el poder de su persona y la ley política, redimió los vientres, suprimió los azotes, abolió los tormentos, erró y acertó, por boca de su apasionado ministro Monteagudo; el que el mismo día de la jura del estatuto creó la orden de nobles, la Orden del Sol; el que mandó inscribir la banda de las damas limeñas "al patriotismo de las más sensibles"; el "emperador" de que hacían mofa los yaravíes del pueblo; el "rey José" de quien reían, en el cuarto de banderas, sus compañeros de la logia de Lautaro. Es San Martín, abandonado por Cochrane, negado por sus batallones, execrado en Buenos Aires y en Chile, corrido en la "Sociedad Patriótica" cuando aplaudió el discurso del fraile que quería rey, limosnero que mandaba a Europa a un dómine a ojear un príncipe austríaco, o italiano, o portugués, para el Perú. ¿Quién es aquel, que sale, solitario y torvo, después de la entrevista titánica de Guayaquil, del baile donde Bolívar, dueño incontrastable de los ejércitos que bajan de Boyacá, barriendo al español, valsa, resplandeciente de victorias, entre damas sumisas y bulliciosos soldados? Es San Martín que convoca el primer Congreso constituyente del Perú, y se despoja ante él de su banda blanca y roja; que baja de la carroza protectoral, en el Perú revuelto contra el Protector, porque "la presencia de un militar afortunado

es temible a los países nuevos, y está aburrido de oír que quiere hacerse rey"; que deja el Perú a Bolívar, "que le ganó por la mano", porque "Bolívar y él no caben en el Perú, sin un conflicto que sería escándalo del mundo, y no será San Martín el que dé un día de zambra a los maturrangos". Se despide sereno, en la sombra de la noche, de un oficial fiel; llega a Chile, con ciento veinte onzas de oro, para oír que lo aborrecen; sale a la calle en Buenos Aires, y lo silban, sin ver cómo había vuelto, por su sincera conformidad en la desgracia, a una grandeza más segura que la que en vano pretendió con la ambición.

Se vio entonces en toda su hermosura, saneado ya de la tentación y ceguera del poder, aquel carácter que cumplió uno de los designios de la Naturaleza, y había repartido por el continente el triunfo de modo que su desequilibrio no pusiese en riesgo la obra americana. Como consagrado vivía en su destierro, sin poner mano jamás en cosa de hombre, aquel que había alzado, al rayo de sus ojos, tres naciones libres. Vio en sí cómo la grandeza de los caudillos no está, aunque lo parezca, en su propia persona, sino en la medida en que sirven a la de su pueblo; y se levantan mientras van con él, y caen cuando la quieren llevar detrás de sí. Lloraba cuando veía a un amigo; legó su corazón a Buenos Aires y murió frente al mar, sereno y canoso, clavado en su sillón de brazos, con no menos majestad que el nevado de Aconcagua en el silencio de los Andes.

Álbum de *El Porvenir*, Nueva York, 1891.
OC, t. 8, pp. 223-233.

Simón Bolívar

Señoras, señores:

Con la frente contrita de los americanos que no han podido entrar aún en América; con el sereno conocimiento del puesto y valer reales del gran caraqueño en la obra espontánea y múltiple de la emancipación americana; con el asombro y reverencia de quien ve aún ante sí, demandándole la cuota, a aquel que fue como el samán de sus llanuras, en la pompa y generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres, y como los peñascos que vienen ardiendo, con luz y fragor, de las entrañas de la tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras, menos profundo y elocuente que el de mi silencio, al que desclavó del Cuzco el gonfalón de Pizarro. Por sobre tachas y cargos, por sobre la pasión del elogio y la del denuesto, por sobre las flaquezas mismas, ápice negro en el plumón del cóndor, de aquel príncipe de la libertad, surge radioso el hombre verdadero. Quema, y arroba. Pensar en él, asomarse a su vida, leerle una arenga, verlo deshecho y jadeante en una carta de amores, es como sentirse orlado de oro el pensamiento. Su ardor fue el de nuestra redención, su lenguaje fue el de nuestra naturaleza, su cúspide fue la de nuestro continente: su caída, para el corazón. Dícese Bolívar, y ya se ve delante el monte a que, más que la nieve, sirve el encapotado jinete de corona, ya el pantano en que se revuelven, con tres repúblicas en el morral, los libertadores que van a rematar la redención de un mando. ¡Oh, no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella: ¡de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y rayos, o con un manojo de pueblos libres en el puño, y la tiranía descabezada a los pies...! Ni a la justa admiración ha de tenerse miedo, porque esté de moda continua en cierta especie de hombres el desamor de lo extraordinario; ni el deseo bajo del aplauso ha de ahogar con la palabra hinchada los decretos del juicio, ni hay palabra que diga el misterio y fulgor de aquella frente cuando en el desastre de Casacoima, en la fiebre de su cuerpo y la soledad de sus ejércitos huidos, vio claros, allá en la cresta de los Andes, los caminos por donde derramaría la libertad sobre las cuencas del Perú y Bolivia. Pero cuanto dijéramos, y aun lo excesivo, estaría bien en nuestros labios esta noche, porque cuantos nos reunimos hoy aquí, somos los hijos de su espada.

Ni la presencia de nuestras mujeres puede, por temor de parecerles enojoso, sofocar en los labios el tributo; porque ante las mujeres americanas se puede hablar sin miedo de la libertad. Mujer fue aquella hija de Juan de Mena, la brava paraguaya, que al saber que a su paisano Antequera lo ahorcaban por criollo, se quitó el luto del marido que vestía, y se puso de gala, porque "es día de celebrar aquel en que un hombre bueno muere gloriosamente por su patria";—mujer fue la colombiana, de saya y cotón, que antes que los comuneros, arrancó en el Socorro el edicto de impuestos insolentes que sacó a pelear a veinte mil hombres;—mujer la de Arismendi, pura cual la mejor perla de la Margarita, que a quien la pasea presa por el terrado de donde la puede ver el esposo sitiador, dice, mientras el esposo riega de metralla la puerta del fuerte: "jamás lograréis de mí que le aconseje faltar a sus deberes";—mujer aquella soberana Pola, que armó a su novio para que se fuese a pelear, y cayó en el patíbulo junto a él;—mujer Mercedes Abrego, de trenzas hermosas, a quien cortaron la cabeza porque bordó, de su oro más fino, el uniforme del Libertador;—mujeres, las que el piadoso Bolívar llevaba a la grupa, compañeras indómitas de sus soldados, cuando a pechos juntos vadeaban los hombres el agua enfurecida por donde iba la redención a Boyacá, y de los montes andinos, siglos de la naturaleza, bajaban torvos y despedazados los torrentes.

Hombre fue aquel en realidad extraordinario. Vivió como entre llamas, y lo era. Ama, y lo que dice es como florón de fuego. Amigo, se le muere el hombre honrado a quien quería, y manda que todo cese a su alrededor. Enclenque, en lo que anda el posta más ligero barre con un ejército naciente todo lo que hay de Tenerife a Cúcuta. Pelea, y en lo más afligido del combate, cuando se le vuelven suplicantes todos los ojos, manda que le desensillen el caballo. Escribe, y es como cuando en lo alto de una cordillera se coge y cierra de súbito la tormenta, y es bruma y lobreguez el valle todo; y a tajos abre la luz celeste la cerrazón, y cuelgan de un lado y otro las nubes por los picos, mientras en lo hondo luce el valle fresco con el primor de todos sus colores. Como los montes en él ancho en la base, con las raíces en las del mundo, y por la cumbre enhiesto y afilado, como para penetrar mejor en el cielo rebelde. Se le ve golpeando, con el sable de puño de oro; en las puertas de la gloria. Cree en el cielo, en los dioses, en los inmortales, en el dios de Colombia, en el genio de América, y en su destino. Su gloria lo circunda, inflama y arrebata. Vencer ¿no es el sello de la divinidad? ¿vencer a los hombres, a los ríos hinchados, a los volcanes, a los siglos, a la naturaleza? Siglos. ¿cómo los desharía, si no pudiera hacerlos? ¿no desata razas, no desencanta el continente, no evoca pueblos, no ha recorrido con las banderas de la redención más mundo que ningún conquistador con las de la tiranía, no habla desde el Chimborazo con la eternidad y tiene a sus plantas en el Potosí, bajo el pabellón de Colombia picado de cóndores, una de las

obras más bárbaras y tenaces de la historia humana? ¿no le acatan las ciudades, y los poderes de esta vida, y los émulos enamorados o sumisos, y los genios del orbe nuevo, y las hermosuras? Como el sol llega a creerse, por lo que deshiela y fecunda, y por lo que ilumina y abrasa. Hay senado en el cielo, y él será, sin duda, de él. Ya ve el mundo allá arriba, áureo de sol cuajado, y los asientos de la roca de la creación, y el piso de las nubes, y el techo de centellas que le recuerden, en el cruzarse y chispear, los reflejos del mediodía de Apure en los rejones de sus lanzas: y descienden de aquella altura, como dispensación paterna, la dicha y el orden sobre los humanos.—¡Y no es así el mundo, sino suma de la divinidad que asciende ensangrentada y dolorosa del sacrificio y prueba de los hombres todos! Y muere él en Santa Marta del trastorno y horror de ver hecho pedazos aquel astro suyo que creyó inmortal, en su error de confundir la gloria de ser útil, que sin cesar le crece, y es divina de veras, y corona que nadie arranca de las sienes, con el mero accidente del poder humano, merced y encargo casi siempre impuro de los que sin mérito u osadía lo anhelan para sí, o estéril triunfo de un bando sobre otro, o fiel inseguro de los intereses y pasiones, que solo recae en el genio o la virtud en los instantes de suma angustia o pasajero pudor en que los pueblos, enternecidos por el peligro, aclaman la idea o desinterés por donde vislumbran su rescate. ¡Pero así está Bolívar en el cielo de América, vigilante y ceñudo, sentado aún en la roca de crear, con el inca al lado y el haz de banderas a los pies; así está él, calzadas aún las botas de campaña, porque lo que él no dejó hecho, sin hacer está hasta hoy: porque Bolívar tiene que hacer en América todavía!

América hervía, a principios del siglo, y él fue como su horno. Aún cabecea y fermenta, como los gusanos bajo la costra de las viejas raíces, la América de entonces, larva enorme y confusa. Bajo las sotanas de los canónigos y en la mente de los viajeros próceres venía de Francia y de Norteamérica el libro revolucionario, a avivar el descontento del criollo de decoro y letras, mandado desde allende a horca y tributo; y esta revolución de lo alto, más la levadura rebelde y en cierto modo democrática del español segundón y desheredado, iba a la par creciendo, con la cólera baja, la del gaucho y el roto y el cholo y el llanero, todos tocados en su punto de hombre: en el sordo oleaje, surcado de lágrimas el rostro inerme, vagaban con el consuelo de la guerra por el bosque las majadas de indígenas, como fuegos errantes sobre una colosal sepultura. La independencia de América venía de un siglo atrás sangrando:—¡ni de Rousseau ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma!—Así, en las noches amorosas de su jardín solariego de San Jacinto, o por las riberas de aquel pintado Anauco por donde guio tal vez los pies menudos de la esposa que se le murió en flor, vería Bolívar, con el puño al corazón, la procesión terrible de los precursores de la independencia de América: ¡van y vienen los muertos por el

aire, y no reposan hasta que no está su obra satisfecha! Él vio, sin duda, en el crepúsculo del Ávila, el séquito cruento...

Pasa Antequera, el del Paraguay, el primero de todos, alzando de sobre su cuello rebanado la cabeza: la familia entera del pobre inca pasa, muerta a los ojos de su padre atado, y recogiendo los cuartos de su cuerpo: pasa Tupac Amaru: el rey de los mestizos de Venezuela viene luego, desvanecido por el aire, como un fantasma: dormido en su sangre va después Salinas, y Quiroga muerto sobre su plato de comer, y Morales como viva carnicería, porque en la cárcel de Quito amaban a su patria; sin casa adonde volver, porque se la regaron de sal, sigue León, moribundo en la cueva: en garfios van los miembros de José España, que murió sonriendo en la horca, y va humeando el tronco de Galán, quemado ante el patíbulo: y Berbeo pasa, más muerto que ninguno,—aunque de miedo a sus comuneros lo dejó el verdugo vivo,—porque para quien conoció la dicha de pelear por el honor de su país, no hay muerte mayor que estar en pie mientras dura la vergüenza patria: ¡y, de esta alma india y mestiza y blanca hecha una llama sola, se envolvió en ella el héroe, y en la constancia y la intrepidez con ella; en la hermandad de la aspiración común juntó, al calor de la gloria, los compuestos desemejantes; anuló o enfrenó émulos, pasó el páramo y revolvió montes, fue regando de repúblicas la artesa de los Andes, y cuando detuvo la carrera, porque la revolución argentina oponía su trama colectiva y democrática al ímpetu boliviano, ¡catorce generales españoles, acurrucados en el cerro de Ayacucho, se desceñían la espada de España!

De las palmas de las costas, puestas allí como para entonar canto perenne al héroe, sube la tierra, por tramos de plata y oro, a las copiosas planicies que acuchilló de sangre la revolución americana; y el cielo ha visto pocas veces escenas más hermosas, porque jamás movió a tantos pechos la determinación de ser libres, ni tuvieron teatro de más natural grandeza, ni el alma de un continente entró tan de lleno en la de un hombre. El cielo mismo parece haber sido actor, porque eran dignas de él, en aquellas batallas: ¡parece que los héroes todos de la libertad, y los mártires todos de toda la tierra, poblaban apiñados aquella bóveda hermosa, y cubrían, como gigante égida, el aprieto donde pujaban nuestras armas, o huían despavoridos por el cielo injusto, cuando la pelea nos negaba su favor! El cielo mismo debía, en verdad, detenerse a ver tanta hermosura:—de las eternas nieves, ruedan, desmontadas, las aguas portentosas: como menuda cabellera, o crespo vellón, visten las negras abras árboles seculares; las ruinas de los templos indios velan sobre el desierto de los lagos: por entre la bruma de los valles asoman las recias torres de la catedral española: los cráteres humean, y se ven las entrañas del universo por la boca del volcán descabezado: ¡y a la vez, por los rincones todos de la tierra, los americanos están peleando por la libertad! Unos cabalgan por el llano y caen al

choque enemigo como luces que se apagan, en el montón de sus monturas; otros, rienda al diente, nadan, con la banderola a flor de agua, por el río crecido: otros, como selva que echa a andar, vienen costilla a costilla, con las lanzas por sobre las cabezas; otros trepan un volcán, y le clavan en el belfo encendido la bandera libertadora. ¡Pero ninguno es más bello que un hombre de frente montuosa, de mirada que le ha comido el rostro, de capa que le aletea sobre el potro volador, de busto inmóvil en la lluvia del fuego o la tormenta, de espada a cuya luz vencen cinco naciones! Enfrena su retinto, desmadejado el cabello en la tempestad del triunfo, y ve pasar, entre la muchedumbre que le ha ayudado a echar atrás la tiranía, el gorro frigio de Ribas, el caballo dócil de Sucre, la cabeza rizada de Piar, el dolmán rojo de Páez, el látigo desflecado de Córdoba, o el cadáver del coronel que sus soldados se llevan envuelto en la bandera. Yérguese en el estribo, suspenso como la naturaleza, a ver a Páez en las Queseras dar las caras con su puñado de lanceros, y a vuelo de caballo, plegándose y abriéndose, acorralar en el polvo y la tiniebla al hormiguero enemigo. ¡Mira, húmedos los ojos, el ejército de gala, antes de la batalla de Carabobo, al aire colores y divisas, los pabellones viejos cerrados por un muro vivo, las músicas todas sueltas a la vez, el sol en el acero alegre, y en todo el campamento el júbilo misterioso de la casa en que va a nacer un hijo! ¡Y más bello que nunca fue en Junín, envuelto entre las sombras de la noche, mientras que en pálido silencio se astillan contra el brazo triunfante de América las últimas lanzas españolas!

...Y luego, poco tiempo después, desencajado, el pelo hundido por las sienes enjutas, la mano seca como echando atrás el mundo, el héroe dice en su cama de morir: "¡José! ¡José, vámonos, que de aquí nos echan: ¿a dónde iremos?" Su gobierno nada más se había venido abajo, pero él acaso creyó que lo que se derrumbaba era la república; acaso, como que de él se dejaron domar, mientras duró el encanto de la independencia, los recelos y personas locales, paró en desconocer, o dar por nulas o menores, estas fuerzas de realidad que reaparecían después del triunfo: acaso, temeroso de que las aspiraciones rivales le decorasen los pueblos recién nacidos, buscó en la sujeción, odiosa al hombre, el equilibrio político, solo constante cuando se fía a la expansión, infalible en un régimen de justicia, y más firme cuanto más desatada. Acaso, en su sueño de gloria, para la América y para sí, no vio que la unidad de espíritu, indispensable a la salvación y dicha de nuestros pueblos americanos, padecía, más que se ayudaba, con su unión en formas teóricas y artificiales que no se acomodaban sobre el seguro de la realidad: acaso el genio previsor que proclamó que la salvación de nuestra América está en la acción una y compacta de sus repúblicas, en cuanto a sus relaciones con el mundo y al sentido y conjunto de su porvenir, no pudo, por no tenerla en el redaño, ni venirle del hábito ni de la

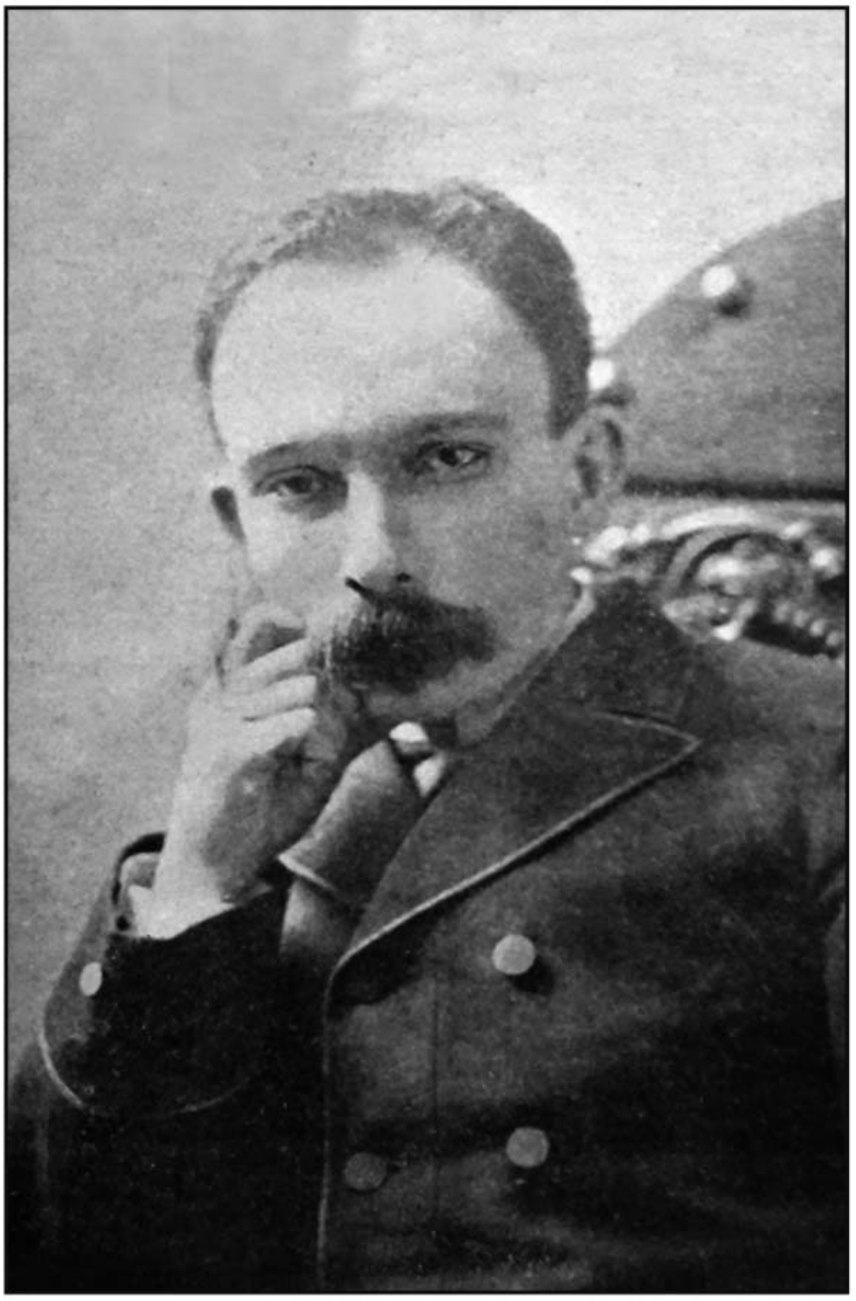
casta, conocer la fuerza moderadora del alma popular, de la pelea de todos en abierta lid, que salva, sin más ley que la libertad verdadera, a las repúblicas: erró acaso el padre angustiado en el instante supremo de los creadores políticos, cuando un deber les aconseja ceder a nuevo mando su creación, porque el título de usurpador no la desluzca o ponga en riesgo, y otro deber, tal vez en el misterio de su idea creadora superior, les mueve a arrostrar por ella basta la deshonra de ser tenidos por usurpadores.

¡Y eran las hijas de su corazón, aquellas que sin él se desangraban en lucha infausta y lenta, aquellas que por su magnanimidad y tesón vinieron a la vida, las que le tomaban de las manos, como que de ellas era la sangre y el porvenir, el poder de regirse conforme a sus pueblos y necesidades! ¡Y desaparecía la conjunción, más larga que la de los astros del cielo, de América y Bolívar para la obra de la independencia, y se revelaba el desacuerdo patente entre Bolívar, empeñado en unir bajo un gobierno central y distante los países de la revolución, y la revolución americana, nacida, con múltiples cabezas, del ansia del gobierno local y con la gente de la casa propia! "¡José! ¡José! vámonos que de aquí nos echan: ¿adónde iremos?"...

¿Adónde irá Bolívar? ¡Al respeto del mundo y a la ternura de los americanos! ¡A esta casa amorosa, donde cada hombre le debe el goce ardiente de sentirse como en brazos de los suyos en los de todo hijo de América, y cada mujer recuerda enamorada a aquel que se apeó siempre del caballo de la gloria para agradecer una corona o una flor a la hermosura! ¡A la justicia de los pueblos, que por el error posible de las formas, impacientes, o personales, sabrán ver el empuje que con ellas mismas, como de mano potente en lava blanda, dio Bolívar a las ideas madres de América! ¿Adónde irá Bolívar? ¡Al brazo de los hombres para que defiendan de la nueva codicia, y del terco espíritu viejo, la tierra donde será más dichosa y bella la humanidad! ¡A los pueblos callados, como un beso de padre! ¡A los hombres del rincón y de lo transitorio, a las panzas aldeanas y los cómodos harpagones, para que, a la hoguera que fue aquella existencia, vean la hermandad indispensable al continente y los peligros y la grandeza del porvenir americano! ¿Adónde irá Bolívar?... Ya el último virrey de España yacía con cinco heridas, iban los tres siglos atados a la cola del caballo llanero, y con la casaca de la victoria y el elástico de lujo venía al paso el Libertador, entre el ejército, como de baile, y al balcón de los cerros asomado el gentío, y como flores en jarrón, saliéndose por las cuchillas de las lomas, los mazos de banderas. El Potosí aparece al fin, roído y ensangrentado: los cinco pabellones de los pueblos nuevos, con verdaderas llamas, flameaban en la cúspide de la América resucitada: estallan los morteros a anunciar al héroe,—y sobre las cabezas descubiertas de respeto y espanto, rodó por largo tiempo el estampido con que de cumbre en cumbre respondían, saludándolo, los montes.

¡Así, de hijo en hijo, mientras la América viva, el eco de su nombre resonará en lo más viril y honrado de nuestras entrañas!

Discurso pronunciado en la velada de la Sociedad Literaria Hispanoamericana en honor de Simón Bolívar el 28 de octubre de 1893.
Patria, Nueva York, 4 de noviembre de 1893.
OC, t. 8, pp. 241-248.



[1891]. RETRATO TOMADO EN WASHINGTON

Los Estados Unidos

Henry Ward Beecher. Su vida y su oratoria

La muerte del gran predicador, Henry Ward Beecher.—El pastor protestante.—Bosquejo de su vida.—Sus mayores.—Influjo de la naturaleza en su carácter.—Su educación; difícil juventud, pastorado en el Oeste, entrada en Brooklyn.—Su ardiente campaña contra la esclavitud.—Su vida épica.—Su triunfo en Inglaterra.—Su proceso escandaloso.—Sus últimos años.—Estudio sobre la formación, elementos y caracteres de su oratoria.—Su generosa Teología.—Su significación en su pueblo y en la Iglesia.—Su mayor grandeza.

Nueva York, 13 de marzo de 1887.

Señor Director de *El Partido Liberal:*

Parece que la libertad, dicha del mundo, puede renovar la muerte. El hombre, turbado antes en la presencia de lo invisible, lo mira ahora sereno, como si la tumba no tuviese espantos para quien ha pasado con decoro por la vida. Ya alborea la alegría en la gigantesca crisis; de cada nuevo hervor sale más bello el mundo: el ejercicio de la libertad conduce a la religión nueva: en vano frunce la razón meticulosa el ceño, y recatando con estudiado livor la fe invencible, escribe la duda sus versos raquíticos y atormentados. ¿A qué, sino a desconfiar de la eficacia de la existencia, han de llevar las religiones que castigan y los gobiernos tétricos? Así, donde la razón campea, florece la fe en la armonía del universo.

El hombre crece tanto, que ya se sale de su mundo, e influye en el otro. Por la fuerza de su conocimiento abarca la composición de lo invisible, y por la gloria de una vida de derecho llega a sus puertas seguro y dichoso. Cuando las condiciones de los hombres cambian, cambian la literatura, la filosofía y la religión, que es una parte de ella: siempre fue el cielo copia de los hombres, y se pobló de imágenes serenas, regocijadas o vengativas, conforme viviesen en paz, en gozos de sentidos, o en esclavitud y tormento, las naciones que las crearon. Cada sacudida en la historia de un pueblo altera su Olimpo: la entrada del hombre en la ventura y ordenamiento de la libertad produce, como una colosal florescencia de lirios, la fe casta y profunda en la utilidad y justicia de la naturaleza. Las religiones se funden en la religión: surge la apoteosis tranquila y radiante del polvo de las iglesias, que

se vienen abajo: ya no cabe en los templos, ni en estos ni en aquellos, el hombre crecido: la salud de la libertad prepara a la dicha de la muerte. Cuando se ha vivido para el hombre ¿quién nos podrá hacer mal, ni querer mal? La vida se ha de llevar con bravura, y a la muerte se la ha de esperar con un beso.

Henry Ward Beecher, el gran predicador protestante, acaba de morir. En él, como criatura de su época, la fe en Cristo, heredada de su pueblo, ya se dilataba con la grandiosa herejía, y su palabra, como las nubes que se deshacen a la aurora, tenía los bordes orlados con los colores fogosos de la nueva luz; en él, como en su tiempo y pueblo, los dogmas enemigos, hijos enfermos de una sombría madre, se unían atropelladamente, con canto de pájaros que festejan la muda de sus plumas a la primavera; en él, hijo culminante de un país libre, la vida ha sido un poema, y la muerte una casa de rosas. En la puerta de su casa no han puesto, como es costumbre, un lazo de luto, sino una corona. Sus feligreses le bordaron, para cubrir su féretro, un manto de claveles blancos, rosas de Francia y siemprevivas. En sus funerales han oficiado todas las sectas, excepto la católica. A su iglesia, la iglesia que llamó a su púlpito a los perseguidos y rescató a los esclavos, la han vestido de rosas del pavimento al techo, y parece, cuando se entra en el enflorado recinto, que la iglesia canta.

Nada es un hombre en sí, y lo que es, lo pone en él su pueblo. En vano concede la naturaleza a algunos de sus hijos cualidades privilegiadas; porque serán polvo y azote si no se hacen carne de su pueblo, mientras que si van con él, y le sirven de brazo y de voz, por él se verán encumbrados, como las flores que lleva en su cima una montaña.

Los hombres son productos, expresiones, reflejos: viven, en lo que coinciden con su época o en lo que se diferencian marcadamente de ella: lo que flota, les empuja y pervade: no es aire solo lo que les pesa sobre los hombros, sino pensamiento: esas son las grandes bodas del hombre,—sus bodas con la patria. ¿Cómo, sin el fragor de los combates de su pueblo, sin sus antecedentes e instituciones, hubiera llegado a su singular eminencia Henry Ward Beecher, pensador inseguro, orador llano, teólogo flojo y voluble, pastor hombruno y olvidadizo, palabra helada en la iglesia? Nada importa que su secta fuese más liberal que las rivales; porque los hombres subidos ya a la libertad entera, no han de bajar hasta una de sus gradas. Pero Beecher, criado en la hermosura y albedrío del campo por padres en quienes se acumularon por herencia los caracteres de su nación, creció, palpitó, culminó como ella, y en su naturaleza robusta, nodriza de aquella palabra pujante y desordenada, se condensaron las cualidades de su pueblo: clamó su crimen, suplicó su miedo, retemblaron sus batallas y tendieron las alas sus victorias.

Él era, es verdad, como arpa en que los vientos, juguetones o arrebatados, ya revolotean sacudiendo las cuerdas blandamente, ya se desatan con cólera y

empuje, arrancándoles sonidos siniestros: mas, sin los vientos ¿qué fuera de las arpas? Él era sano, caminador, laborioso, astuto, fuerte; él había levantado en el Oeste su casa con sus manos; él traía de la contemplación de la naturaleza una elocuencia familiar, amena y armónica, y de los trabajos y choques de la vida la pertinacia y la cautela; él, semejante en todo esto a su nación, aún se le asemejaba más en el espíritu rebelde que conviene a los pueblos recién salidos de la servidumbre, y en lo rudimentario y llano de su cultura; él usaba, como su pueblo, sombrero de castor y zapatos de becerro; él perteneció en su estado nativo al bando de colonos hostiles a la esclavitud y trajo al púlpito de Brooklyn, cuando por la abundancia de su palabra lo llamaron, aquella ira local que fue nacional luego; él puso al servicio de la campaña de la abolición su salud desbordante, su espíritu indisciplinado, su oratoria pintoresca, su dialecto eclesiástico, embellecido con una natural poesía; él vio crecer los tiempos, a través de las señales engañosas, y se puso junto a ellos, en la época feliz en que la virtud era oportuna.

Cautivó a su congregación con la novedad, llaneza y gracejo de sus sermones. Arremetió contra la esclavitud con todo su ímpetu y descomedimiento campesinos. Cedió su púlpito a los abolicionistas apedreados por las turbas. Su oratoria batallante y esmaltada tuvo pronto por admiradora a la nación; y cuando Inglaterra ayudaba a los estados rebeldes, a los dueños de esclavos, él se fue al corazón de Inglaterra, la hizo reír, llorar, avergonzarse, celebrar en él la justicia de su pueblo. Allí debió morir, puesto que ya no podía prestar a su patria un servicio mayor! Luego bajó la cuesta de la vida, acusado de una culpa odiosa: el adulterio con la mujer de un amigo. Veinte años ha llevado la carga, jadeando como un Hércules. Jamás recobró la altura que tenía antes de su pecado, porque todo se puede fingir, menos la estimación de sí propio, pero en su pasmosa energía, o en su sincero arrepentimiento, halló fuerzas para seguir siendo elocuente cuando ya no era honrado.

Mas desde que quedó resuelto el gran problema en que se confundió con su república, solo fue lo que con su naturaleza bullente, encogullada en un dogma religioso, hubiera sido en un país donde la fe no es asustadiza, y la originalidad es rara. Fue una fuerza de palabra, como otros son una fuerza de acto. Hay palabras de instinto, que vienen sobre el mundo en las horas de renuevo, como los huracanes y las avalanchas; retumban y purifican, como el viento; elaboran sin conciencia, como los insectos y las arenas de la mar; era un orador superior a sí mismo. Divisaba el amor futuro: defendía, con pujanza de león, la dignidad humana: se le abrasaba el corazón de libertad. Demolía involuntariamente: solo dejó en pie los dogmas indispensables para que su congregación no lo depusiera por hereje; traía a su púlpito a sus adversarios, a un cardenal, a un ateo. Apenaba verle luchar entre sus hipócritas reticencias de pastor y el concepto filosófico del mundo que se enseñoreaba de su mente. No se atrevió, acobardado por la ancianidad, a defender a los pobres como había defendido a los negros.

Pero introdujo en el culto cristiano la soltura, gracia y amor de la naturaleza; congregó en el cariño al hombre las sectas hostiles que con sus comadrazgos y ceños lo han atormentado; y con una oratoria, que solía ser dorada como el plumaje de las oropéndolas, clara como las aguas de las fuentes, melodiosa como la fronda poblada de nidos, triunfante como las llamaradas de la aurora, anunció desde el último templo grandioso de la cristiandad que la religión venidera y perdurable está escrita en las armonías del universo.

Henry Ward venía de antepasados vigorosos:—de una partera puritana, que sacó al mundo mucho hijo de peregrino cuando aún no se había podrido la madera de *La Flor de Mayo*;—de jayanes que bebían la sidra a barril alzado, como los catalanes beben el vino en sus porrones; de un herrero que a la sombra de un roble, hacía las mejores azadas de la comarca; de un posadero parlanchín que pasaba los días debatiendo, con los seminaristas que se hospedaban en su casa, sobre la religión y la política;—del pastor Lyman Beecher, el padre de Henry, en quien culminó la fuerza exaltada, nomádica y agresiva de aquella familia de puritanos menestrales.

En los tiempos de Lyman los estudiantes se apellidaban con los nombres gloriosos de la Enciclopedia. Todos sabían de memoria *La edad de la razón*, de Tomás Paine: todos, como Paine, jugaban, se embriagaban, adoraban sus puños y sus remos, se descuadernaban sobre las cabezas las *Biblias.* Lyman, que empezó en el seminario de despensero, salió de él pastor elocuente. Componía sus sermones vagando por el campo; y luego, en el desorden de la improvisación en las mentes que no se han nutrido por igual ni fueron criadas en el ejercicio y discreción del arte, los exhalaba con la fuerza histórica que le venía de sus abuelos y de lo agitado y directo de su propia vida. La palabra le molestaba y oprimía, hasta que, como apretado granizo, la vaciaba sobre sus feligreses en apotegmas y epigramas; y tan estremecido quedaba del choque, que le conocían por "el pastor del violín" porque calmaba la agitación de sus sermones tocando al volver de la iglesia un aire viejo, o bailando con gran ligereza el trenzadillo en la sala de su casa, la casa de un pastor de pueblo que ganaba trescientos pesos al año. La alfombra en que bailaba era de algodón, cardada e hilada por su esposa, y pintada por ella misma de orlas y ramos, con unas pinturas que envió a pedir a un hermano.

Ese padre vehemente tuvo Beecher, y una madre que a la sombra de los árboles gustaba de escribir a sus amigas cartas bellas, que aún huelen a flores. Los rizos rubios de Henry le revoloteaban al correr detrás de las mariposas; Harriet, la que había de escribir *La cabaña del tío Tom*, quería que le hiciesen una muñeca. Allá adentro, en la sala, discutían los pastores, envueltos en el humo de sus pipas. Ornaba las ventanas la penetrante madreselva; mecían sus copas compasadamente

los álamos y *maples*, guardianes de la casa. Como gotas de sangre lucían en la huerta las manzanas sobre su follaje espeso. Cansado a veces de ellas, miraba Henry el pinar majestuoso que bordeaba los lagos vecinos; y la cabeza redonda y azul de la montaña del lugar coronaba a lo lejos el paisaje. En monstruos soberanos, en extraños ejércitos, en rosas de oro, en carros gigantescos, se desvanecían las nubes apaciblemente en la hora de las puestas.

Durante el invierno, leía el pastor, rodeado de sus hijos, [a] los patriarcas de la lengua: Milton, austero como su San Juan; Shakespeare, que pensaba en guirnaldas de flores; la *Biblia,* fragante como una selva nueva. O bien, mientras los hijos ponían la leña en pilas, les contaba el pastor cuentos de Cromwell. En el comedor oscuro ardía perennemente el fresno, en una colosal estufa rusa.

Sin madre ya, aunque con buena madrastra, iba creciendo el niño, rebelde a reclusión y freno, como quien se cría en el decoro e independencia del campo. El pinar le atraía más que los libros. Cuando lo llevaban a la iglesia "le parecía que iba a una cueva donde no entraba nunca el sol"; pero se estaba absorto horas enteras oyendo rezar a un negro de la casa, que decía sus oraciones cantando y riendo, como si unas veces sintiera en sí el cuerpo mismo del Señor, y otras le inundara de alegría la belleza del mundo. Para las palabras, no tenía el niño memoria: su ingenio se mostraba solo en sus réplicas, cómicas y sesudas. Se iba por los caminos recogiendo flores: volvía de sus excursiones por el bosque cargado de la bellota misteriosa, de piñones, de semillas: gustaba de pasearse por las rocas, viendo cómo el agua se esconde y labra en ellas, con tal finura que parece pensamiento. ¿Qué catecismos y libros de deletrear habían de seducir a aquel hijo de un puritano activo y de una descendiente de escoceses románticos, que se embebecía en las músicas de la naturaleza; que comparaba sus semejanzas y colores; que observaba la sabiduría de sus cambios, la perpetuidad de la vida, la eficacia de la misma destrucción; que se sentía mudar, como las hojas y las plumas, con el invierno, que fortifica la voluntad, con la primavera, que desata las alas, con el estío, que atormenta y enciende, con el otoño, el himno de la tierra?

"¿Conque me pedís mi plegaria de ayer?"—decía una vez Beecher:—"Si me enviáis las notas de la oropéndola que trinaba en el ramaje de mis árboles el último junio, o las burbujas tornasoladas de la espuma que en menudos millones se deshicieron ayer contra la playa, o un segmento de aquel hermoso arco iris de la semana pasada, o el aroma de la primera violeta que floreció en mayo, entonces yo también, amigos míos, podré enviaros mi plegaria". Esa era su oratoria. Él la improvisaba, porque conocía la naturaleza. Por la fuerza de su lenguaje amó luego a los clásicos; de su abolengo de puritano le vino su ímpetu de reformador; pero el amor fogoso a la libertad, la salud y la alegría, y la abundancia y color de su elocuencia, le vinieron de aquellos profundos paseos por el campo, y de su madre, que vivió en el jardín cuando lo tuvo encinta, y fue amiga siempre de las flores.

Es necesario que la juventud sea dura. Beecher fue al seminario: jamás aprendió el griego: supo mal sus latines: era el primero en los ejercicios corporales, en correr, en nadar, en luchar, en tirar a la pelota: también era el primero contra las brutalidades del colegio, el manteo, la bebida, el juego, el abuso de los menores. Pastor fue el padre, pastores eran sus amigos, pastor lo hicieron a él; estas carreras heredadas malogran [a] los hombres: la cogulla para aquel mozo indómito hubiera sido un insoportable freno, si no hubiese en la casta puritana el espíritu vehemente del sacerdocio, y la astucia que enseña cuán prudente es entrar por un camino hecho. El bosque se come a los exploradores. Los hombres abandonan a los que se deciden a vivir sin adularlos.

Beecher se casó joven, en lo que dio prueba de nobleza: "Me casaré con ella, aunque no tengamos para vivir más que la punta noroeste de una mazorca": y juntos se fueron [a] la aldea, donde derribó él los árboles de que hizo su casa, ayudado por sus feligreses y vecinos. Él era el pastor, el sacristán, el apagaluces. Su parroquia era de ganapanes: recibía, como su padre, trescientos pesos al año. Pero, luego en una ciudad de más viso, la angustia fue mayor: allí a su mujer la envejecía la ira: el Oeste rudo la sacaba de juicio: ocho años vivió enferma. Y aquel pastor elocuente, a quien ya venían a oír de los lugares a la redonda; aquel defensor enérgico de los colonos que se resistían a permitir la esclavitud en el estado; aquel ministro del Señor que no tenía embarazo en convidar a las armas, como los obispos antiguos, ni en hacer reír a sus oyentes con chistes brutales, ni en hacerles llorar con sus tiernas memorias domésticas; aquel desenvuelto predicador que hablaba más de los derechos del hombre que de los dogmas de la Iglesia,—cultivaba una huerta para ayudar a los gastos de la casa; cuidaba de su caballo, su vaca y su cerdo; pintaba las paredes como su madre había pintado la alfombra; y cocinaba, y corría con la limpieza de la vajilla!

Al fin, lo oyó predicar un día un viajero, y lo llamaron de Brooklyn. ¡Brooklyn, del Este! Allá los pastores son gente de mucho libro: no dicen chistes en el púlpito, no cantan a voz en cuello con su congregación: usan zapatos finos y sombreros de copa: ¿qué va a hacer allá el pastor de rostro bermejo y cabellera suelta? Pero su mujer quiere ir, y van. Lo primero fue cambiarles el guardarropa, porque el que llevaban era para reír: ella, unas mangas abullonadas, y saya de vuelos: él, una levita flotante y locuaz, el sombrero risueño y caído sobre la oreja, el cuello a la Byron.

Para reír también era la oratoria del pastor. ¡Qué ademanes, qué chascarrillos, qué transiciones súbitas, qué hablar de las costumbres de las ardillas y de los amores de los pájaros! Pues no discurría sobre política en el púlpito! el mejor modo de servir a Dios es ser hombre libre, y cuidar de que no se menoscabe la libertad. Unos períodos parecían arrullos: otros columnas de humo perfumado: de pronto un manotazo en los faldones, o un círculo dibujado en el aire con el brazo. Y qué herejías! Él no creía en la caída de Adán: el hombre estaba cayendo siempre: la

divinidad se estaba revelando sin cesar: cada nido es una nueva revelación de la divinidad: los domingos deben ser alegres. Zumbaba el encono alrededor del púlpito. "¡Por Dios, sáquenme al hijo del Este!", decía Lyman Beecher: "allí se sabe demasiado".

Ah! sí! pero allí no se tiene la altivez pujante de los que se crían alejados de las ciudades populosas. Él traía su religión oreada por la vida. Él venía del Oeste domador, que abatía la selva, el búfalo y el indio. La nostalgia misma de su iglesia pobre le inspiró una elocuencia sincera y graciosa. Hacía tiempo que no se oían en los púlpitos acentos humanos. Le decían payaso, profanador, hereje. Él hacía reír. Él se dejaba aplaudir: ¡culpable pastor! que se atrevía a arrancar aplausos! Él no tomaba jamás sus textos del Viejo Testamento, henchido de iras, sino que predicaba sobre el amor de Dios y la dignidad del hombre, con abundancia de símiles de la naturaleza. En lógica, cojeaba. Su latín, era un entuerto. Su sintaxis, toda talones. Por los dogmas, pasaba como escaldado. Pero en aquella iglesia cantaban las aves, como en la primavera, los ojos solían llorar sin dolor, y los hombres experimentaban emociones viriles!

¿Qué importaba que sus mismos feligreses creyeran exagerada la propaganda de su pastor contra la esclavitud? Ellos le habían admirado cuando, afrontando la cólera pública, cedió su púlpito al evangelista de la abolición, a Wendell Phillips. ¡Quién ha de atreverse, les dijo él, con el pensamiento del hombre! Y ellos fueron, como él les aconsejó, armados de garrotes. El púlpito crecía: de la nación entera venían a oír aquella palabra famosa: "¡Siga al gentío!" decían los policías a quienes les preguntaban por la iglesia. Allí solía encresparse la elocuencia del pastor, y subir, como las olas del mar, en torres de encaje. Tundir solía, como el garrote de sus feligreses. Pero era en lo común su discurso, coloreado y melodioso, como un fresco boscaje, por cuyos árboles de escasa altura trepan cuajadas de flores las enredaderas, ya la roja campánula, ya la blanca nochebuena, ya la ipomea morada. A veces un chiste brusco hacía parecer como si, por desdicha, hubiese asomado entre los florales un titiritero, pero de súbito, con arte de mago, un recuerdo de niño cruzaba volando como una paloma, e iba a esconderse, despertando a las lágrimas, en un árbol de lilas.

Corría el estilo de Beecher como las cañadas del valle, argentando la arena, meciendo las frutas caídas y las florecillas, sombreándose con las nubes que pasan, serpeando por entre las guijas relucientes, derramándose en mil canales, entrándose por los bosques de la orilla, y volviendo de ellos más retozona y traviesa. Cuando se ahondaba el camino, cuando enardecía aquel estilo la pasión, despeñábanse sus múltiples aguas, y allá iban, reunidas y potentes, con sus hojas de flores y sus guijas; mas luego que el camino se serenaba, volvía aquella agua, que no tenía fuerza de río, a esparcirse en cañadas juguetonas.

No tenía la palabra nueva, el giro abrupto, la concreción montuosa de los creadores. Él era criatura de reflejo, en quien su pueblo se manifestaba por una voz sensible y rica. Tenía de actor, de mímico, de títere. Lo gigantesco en él era la fuerza: fuerza en la cantidad y los matices de la palabra, fuerza para adorar la libertad, con una pasión frenética de mancebo. ¡A todo se tocase, menos [a] ella! Aquel orador, acusado con justicia de mal gusto, hallaba ejemplos apropiados en el tesoro de sus impresiones de la naturaleza: aquellos ojos azules centellaban, y se veía en el fondo el mar: aquel predicador de gestos burdos producía sin esfuerzo arengas sublimes. Ya era una nota inesperada y vibrante, que subía hendiendo el aire, y quedaba azotándolo en lo alto, como un gallardete de bronce. Ya era un magnífico puñetazo, dado con acierto mortal entre las cejas.

No recargaba el raciocinio con ornamentos inútiles, pero solía debilitar la frase por su misma abundancia. Escribió libros sin cuento, por el cebo de la paga, que llegó al millón de pesos; mas nunca fue maestro de la palabra escrita; y se buscarían en él en vano, a pesar de su amor a la naturaleza, la expresión triste y jugosa de Thoreau, y aquella lengua raizal de Emerson. No hay que buscar en él la prosa caldeada, transparente y fina de Nathaniel Hawthorne; pero eso bien se puede perdonar al que, descubriendo en todos los credos dignos del hombre el amor a este en que todos se reúnen, desmintió la frase fanática de aquel otro Nathaniel, Nathaniel Ward: "la propiedad es la impiedad del mundo". La lengua inglesa, es verdad, no debe a Beecher ningún cuño nuevo, ningún ingrediente desconocido u olvidado, ningún injerto brioso. No ilustraba su asunto con anécdotas, como Lincoln, sino con símiles. La imagen era la forma natural de su pensamiento. El hombre era su libro. Casi puede decirse de él, aunque no en tan alto grado, lo mismo que él decía de Burns: "Fue un verdadero poeta, no creado por las escuelas, sino educado sin ayuda ni cultivo exterior". Él, como Burns, pedía "una chispa del fuego de la naturaleza: esa era toda la ciencia que él deseaba".

Grande era la iglesia de Plymouth en aquellos días en que, marcado en la frente por Wendell Phillips, se decidía el Norte herido en sus derechos a protestar al fin contra la esclavitud: un flagelo de llamas era la elocuencia de Beecher: no se salía sin llorar un solo domingo de su iglesia: exhibía en su púlpito a una niña esclava de diez años, y despertaba el horror de la nación: con las joyas que llevaban puestas libertaban al otro día sus feligreses a una madre y su hija. Cuando el rufián Brooks golpeó brutalmente en el Senado con el puño de su bastón al elocuente abolicionista Sumner, los magnates de New York no invitaron a Beecher a protestar con ellos en su reunión solemne; pero Beecher fue a ella; lo vieron, lo echaron sobre la tribuna, abandonada por los magnates medrosos, y halló en aquel instante de soberbia emoción palabras históricas que todavía flamean, tal como lloran las que dijo cuando voló la luz de Lincoln!

Mas ¿qué era el entusiasmo de sus compatriotas, el saludarlo por las calles, el llenarle el púlpito de lirios, el recibirlo en triunfo las ciudades, comparado a su gloriosa defensa de la Unión Americana en Inglaterra? Los ingleses, menos enemigos de la esclavitud que de la prosperidad de los Estados Unidos, ayudaban a los confederados. La Unión corría peligro, aquella Unión mirada entonces como la primera prueba feliz de la capacidad del hombre para gobernarse sin tiranos. ¡No en balde, con tal causa, halló Beecher en sus debates de Inglaterra aquellos arranques portentosos! Para eso se han hecho los montes, para subir a ellos! Quien ha visto abatir toros, ha visto aquella lucha. Hablaba bajo tormentas de silbidos. Las deshacía con un chiste inesperado. Su auditorio, compuesto en su mayor parte de muchedumbre sobornada e ignorante, tenía a los pocos momentos húmedos los ojos. ¡Cómo les movía con alusiones a sus propias desdichas las entrañas! ¡Con qué fortuna, de un revés del discurso, echaba a tierra una interrupción insolente! Era duelo mortal: él, con sus hechos, sus chistes, sus argumentos, sus cóleras, sus lágrimas; ellos: cercando su tribuna, frenéticos, enseñándole los puños, vociferando,—mas siempre al fin domados! Era invencible, porque llevaba la patria por coraza.

¡Ah, cuán fácil es lo enorme! ¡cuán poco pesan las tareas grandiosas! Vinieron luego los días del triunfo, cuando él, que defendió a la Unión en Inglaterra, fue llamado a proclamarla en nombre de Dios sobre aquellas mismas murallas de Sumter que por primera vez la vieron abatida. Vinieron los días amargos de la política mezquina, cuando él, que había ayudado a levantar a la nación contra el Sur esclavista, pidió luego en vano, con palabras que cayeron al suelo con las alas rotas, que los vencidos entraran en la Unión con su derecho pleno de hijos. Vinieron luego los días del escándalo, cuando a él, al pastor adorado, lo acusó el orador celoso a quien alzó a la fama y casó con una de sus feligresas, de haber deslucido la majestad de su vejez con el hurto de la mujer ajena.

Bien pudo ser, porque el amor de una mujer joven trastorna a los ancianos, como si volviera a llenarles la copa vacía de la vida. Sentaron al pastor en el banquillo. Fue su proceso la befa nacional. Que se había insinuado en el alma de su oveja: que no había dejado el hombre a la puerta, como debe el pastor cuando va de visita a las casas, que le había bebido la mente con místicos hechizos: que había caído sobre Dánae, merced a las vestiduras divinas. El jurado era un teatro: se oyeron cosas que daban vergüenza de vivir: cien mil pesos pedía Tilton, el orador celoso, por su honra: la esposa del pastor se sentó siempre a su lado, con adorable fortaleza. Protestó Beecher ante Dios en escena dramática, de su inocencia: complacíase su acusador en darle vueltas por el lodo, como a su presa un perro envenenado. El tribunal, ni absolvió ni condenó a Beecher, que declarado por su iglesia exento de culpa, ni entonces, ni luego, abatió la cabeza. Un diario implacable ha estado en vano exigiéndole confesión con amenazas dantescas. Beecher, regocijado y

rubicundo, era el primero en las juntas políticas, en las reformas, en las campañas de elecciones, en las reuniones de teatro, en los festines. La opinión, agradecida o indiferente, continuó honrando en público a aquel a quien en privado creía culpable.

Hurto o no hurto, su pecado será siempre menor que su grandeza. Grande ha sido, porque fustigó sin miedo a su pueblo cuando lo creyó Henry W. Beecher Jr. malvado o cobarde; y, para extirpar de su país la esclavitud del hombre, hizo a su lengua himno, a su iglesia cuartel y a su hijo soldado. Grande ha sido, porque la naturaleza le ungió con la palabra, y aunque la usó en un oficio que apoca y estrecha, nunca la puso de disfraz de su interés ni engañó con ella a los hombres, ni le recortó jamás las alas. Grande ha sido, porque como el cielo se refleja en el mar con sus luminares y tinieblas, su pueblo, que es aún la mejor casa del derecho, se reflejó en él como era, amigo del hombre y ciclópeo. Grande ha sido, porque creado a los pechos de una secta, no predicó el apartamiento de la especie humana en religiones enemigas, sino el concierto de todo lo creado en el amor y la elegancia, el orden de la libertad y la ventura de la muerte. Y cuando salió de su iglesia para no volver a ella jamás, a la hora en que el sol de la tarde coloreaba el pórtico con su última luz, iba de la mano de dos niños.

José Martí

El Partido Liberal, Nueva York, 2 de abril de 1887.
OCEC, t. 25, pp. 194-206.

El general Grant

Estudio de la formación, desarrollo e influjo de su carácter, y de los Estados Unidos en su tiempo.

Nueva York, agosto 12 de 1885.

Señor Director de *La Nación*:

Nació de pobres; de niño, gustó más de caballos que de libros y acarreó leña; en la Escuela Militar se distinguió por buen jinete; llegó a capitán en la guerra de México y, por no ser sobrio, le pidieron su renuncia; le alcanzaron los cuarenta años poniendo billares, curtiendo cueros y cobrando cuentas; cuatro años más tarde, era General en Jefe de un ejército activo de doscientos cincuenta mil soldados que peleaban por la libertad del hombre; cuatro años después, presidía desordenadamente su República.

Luego viajó por el mundo, que lo hizo miembro de sus mejores ciudades y lo salió a recibir, guiado por sus presidentes y sus reyes; luego cayó en trampas de comercio, por el apetito vulgar de la fortuna; al fin ha muerto, ennoblecido por sus dolores; seguidos de cincuenta mil soldados, los generales a quienes venció en batalla lo acompañaron a su tumba. Hombres de hechura nueva y de tiempos radiosos son estos que en veinte años aprenden a amar sin disimulo, al que frustró sus esperanzas, diezmó sus feudos y los venció en guerra! ¡Estos son hombres, los que no empeñan la vida de generaciones y la paz de su pueblo en vengar derrotas y rumiar injurias!

Se pelea mientras hay porqué, ya que puso la naturaleza la necesidad de justicia en unas almas, y en otras la de desconocerla y ofenderla. Mientras la justicia no esté conseguida, se pelea. Luego, sofocando con la superior fraternidad que da el contacto común con la muerte los recuerdos que expusieron a ella, se entregan en paz los hombres dignos de serlo a las faenas usuales de la vida, engrandecidos por aquel caudal nacional que dejan a los pueblos las campañas en que se han probado las virtudes de sus hijos. Los bravos, olvidan. Se nota, después de las guerras, que los que olvidan menos, son los menos bravos; o los que pelearon sin justicia, y viven en el miedo de su victoria. Pueblos hay y gentes, de oro por fuera, que son una cueva de duendes insomnes por dentro. Solo los pueblos pequeños perpetúan

sus guerras civiles.—Como bueno, caballo contra caballo, se dirimen las contiendas que arrebata al dictamen de la razón la ferocidad del hombre: después, como los federales en Washington luego que acabaron de vencer, como los confederados en Appomattox, luego de ser vencidos, los soldados se despiden de sus generales, y sin suspender sobre la patria las armas ociosas ni cobrar como mercenarios impuros con una soldada perenne el premio de haber cumplido con su deber, vuelven, enriquecidos con la grandeza propia y la de sus adversarios, a los quehaceres libres que mantienen en toda su fuerza y majestad al hombre.

Ulises Grant fue el que nació de pobres, en una casuca gacha de madera y tejas, allá en un rincón de Ohio: y de terciopelo y paño negro estaban colgadas las casas de mármol y los palacios de piedra cuando al doblar de todas las campanas de la nación, seguían su féretro por las calles de Nueva York, Johnston, a quien su teniente Sherman desalojó de Atlanta; Buckner, a quien Grant mismo tomó diecisiete mil prisioneros en Fort Donelson, Fitzhugh Lee, sobrino y soldado de aquel hombre brillante y piadoso que, por Grant solo fue rendido:—Culminan las montañas en picos y los pueblos en hombres. Veamos cómo se hace un gran capitán en un pueblo moderno.

Como de un pobre colono fue la casita de su nacimiento: de un piso, paredes de madera, techo de caballete; la chimenea en la cruz, la puerta entre dos ventanillas; de madera el cercado, monte atrás, en el patio, follaje, un árbol en la puerta. Allí, en el cariño de su buena mujer, descansaba el padre de Grant de curtir cueros, cuando no contaba las hazañas de sus antepasados, que eran gente de Escocia brava y firme, o escribía con mano hecha al oficio un artículo de diario. De ocho generaciones americanas vino Grant, generaciones de campesinos y soldados. ¿Se acendran las cualidades de los padres al pasar por los hijos? ¿Serán los hombres nuevas representaciones de fuerzas espirituales que se condensan y acentúan? "¡Firme! firme!" rezan los motes del linaje de Grant, uno sobre una montaña que humea, otro sobre cuatro eminencias encendidas: "¡Firme, Craig Ellachie!". De Grant era todo un regimiento inglés en la India, que fue de los más bravos. Montaña encendida, regimiento, firmeza: todo eso se encuentra en Grant; y va con él, maceando, aplastando, arremolinando, tundiendo. En Chickahominy, cuando en un cuarto de hora acaba de perder once mil hombres, sin moverse de la silla, manda renovar el ataque. En Vicksburg, a una anciana que le da agua: "Aquí me estaré hasta tomar a Vicksburg, aunque tenga que esperar treinta años!". En Chattanooga, "¡arriba, arriba!" por la montaña, entre las nubes, por encima de las nubes: se ven de abajo como cintas de fuego; y se oyen estampidos graneados; al resplandor de la fusilería, la bandera sube, en lo más alto del pico ruedan las balas tras los confederados, monte abajo:—la montaña encendida.

De niño, aprende muy poco. Los libros le enojan, como le han de enojar siempre. Dicen que a los dos años oyó un tiro sin pestañear:—"¡Otra vez!", "¡otra vez!". A los

ocho años, se sube en cuanto caballo halla a mano. Tiene el cuerpo endeble en apariencia, fuerte en realidad. Se educa como todos los niños pobres de campo de su tiempo; en invierno, a la escuela; en verano, al trabajo.

A los doce años, guía en una excursión el cochecillo de unas señoras y a lo que iban por un arroyo, notan las señoras aterradas que los caballos han perdido pie; "no hablen; y yo las saco en salvo". Y las saca.

Quiere que su padre le compre un caballo, para emparejar con uno que ya tiene, y se obliga a pagarle el precio de él acarreándole los leños que corta en el bosque el peón de la casa: acarrea leños ocho meses: un día, no halla al peón: saca del carro al caballo, le hace arrastrar los leños sobre un árbol caído: de donde los rueda sobre el carro, y vuelve a la casa: ¿Y el peón? "No sé, ni me importa. Cargué solo el carro".

Así crece; de madre llana y leal, de padre inteligente y poco afortunado.

A los 17 años, por servicio de un representante del estado, entra en la Escuela Militar de West Point. Montar, monta muy bien; estudiar, estudia mal. Es el mejor jinete de su curso; pero al fin de la carrera, en una clase de treinta y nueve, obtiene el número veinticinco. Ha sido silencioso, pero amigo de juegos, obediente y cortés, "un buen muchacho". Las matemáticas no las estudió a disgusto. De deberes militares, táctica, ordenanza y balística aprendió más que de mineralogía, geología, química, ingeniería y mecánica. Se enamora intensamente, que es signo de personalidad. Se casa joven, que es signo de nobleza. Y va, con grado de teniente segundo a la frontera, como todos los militares jóvenes.

Ambiciosos y esclavistas se juntaron por aquellos años, en los Estados Unidos para arrebatar a México una porción preciosa de territorio.—Los colonos americanos inundaron a Texas, y se alzaron con él, como estado perteneciente a la Unión del Norte por la voluntad de sus habitantes.

México clama. Los esclavistas del Sur, que venían lidiando desde principios del siglo por introducir la esclavitud en los Estados libres, o aumentar el número de estados esclavistas, favorecen en este concepto la anexión de Texas. Van Buren, candidato a la presidencia, censura la tentativa de anexión, como motivo probable de una guerra injusta con México; y su contendiente Polk, que personifica la idea anexionista es electo. Las tropas americanas, so pretexto de defender a sus conciudadanos de Texas, entran más allá del límite extremo del estado. Las tropas de Arista se les oponen, de lo que toma Polk pretexto para dar por declarada la guerra. Taylor marcha sobre México, y lleva a Grant entre los suyos. Adelantan, como suele la injusticia. Grant peleó contra los cadetes imberbes que a la sombra del último pabellón mexicano cayeron sonriendo, apretados uno contra otro, sobre los cerros de lava de Chapultepec. En un parte fue citado Grant, por bravo. Y en nada más se distinguió, aunque tenía veinticinco años. Sirvió bien como habilitado, y allí aprendió a cuidar del soldado en campaña, y de bagajes y almacenes. El conocimiento de los detalles es

indispensable para la preservación de la grandeza: el impulso necesita ser sostenido por el conocimiento.

No parece que a su vuelta de México, donde llegó a capitán, fuera tan sobrio en el beber como el decoro aconseja. Es creencia pública que este triste hábito llegó a ser en él tan manifiesto que, a no haber accedido a pedir la renuncia que de él solicitaron sus jefes, hubiera caído en un consejo de guerra; ni parece tampoco, en pura verdad, que semejante costumbre le siguiese en los años oscuros y amargos en que vivió Grant, hasta que estalló la guerra civil, ocupado en penosas faenas, si bien tiene biógrafos que solo por la persistencia de aquel hábito, aun en sus días gloriosos, se explican ciertos errores y acometimientos en la guerra. Anduvo Grant de hacienda en aldea. En California establecía un billar, y quebraba. Vivió luego en una hacienda de su mujer—él cortaba la madera, él la acarreaba por el pueblo y él la malvendía. Para cobrar no servía mucho, porque era dadivoso y no sabía ver lástimas. Apetecía la fortuna; mas no era ruin y abusador de naturaleza, de modo que cuando andaba luego de cobrador de rentas, a par que de vendedor de madera, recio el cuerpo y despacioso, oculto el rostro bajo un fieltro ancho, por pieza de mangas una blusa, y embutidos en las altas botas los calzones, más eran las cuentas que dejaba atrás que las que amonedaba, aunque él siempre recordó aquellas fatigas con orgullo.—"Aquellos eran buenos tiempos, amigo", dijo una vez en la Casa Blanca a un marchante suyo de aquella época que electo representante más tarde fue a visitarlo, todo tímido cuando ya era Presidente: "buenos tiempos eran aquellos; porque yo hacía lo mejor que podía para sostener a mi familia". Y siguió conversando con la esposa de su marchante, de las mañanitas frías en que él les llevaba la leña, la apilaba con sus manos y la medía, e iba luego a cobrarle a la oficina. Pero en tantas estrecheces se vio que hubo al fin de aceptar en Galena, donde su padre y hermano tenían una curtiembre, un empleo de doscientos pesos anuales: y ya para entonces Grant frisaba en los cuarenta años. Más notado era por el callar que por el hablar. A todos parecía en el pueblo un hombre adocenado. Aspiró a una plaza de agrimensor, y no la obtuvo. Se paseaba; callaba, fumaba. No mostraba impaciencia. De la guerra se había traído sus celos, celos profundos de los que, por capricho de la fortuna o influjo de amigos poderosos, alcanzaron puestos prominentes, sin los merecimientos acaso que él creía sentir en sí. Mas estos celos, apenas los entrevé un ojo avisado en las primeras efusiones suyas, raras, por cierto, como deben ser siempre las efusiones, con un amigo militar a quien llevó hacia Grant una simpatía que a poco llegaba ya a veneración; con Sherman, que cuidaba de él como de una criatura de sus manos, y por su fama miraba más que por la propia.

Sherman, alto, elocuente, centelleante, inquieto, inspirador, desasosegado, desbocado, fiero; Grant, corto de cuerpo, ya espaldudo, lento; sobrio en el habla,

de ojo impasible, que acaparaba lo que oía, que no daba de sí. Grant, que concebía laboriosamente, o volteaba en la memoria con esfuerzo lo que acababa de oír; Sherman, que como lluvia de chispas vertía ante su amigo silencioso sus planes e ideas. A veces, a todo un discurso de Sherman, Grant no contestaba. Se recogía en sí; y aunque siempre estuvo pronto, con generosidad singular y absoluta, a encomiar el mérito de sus subordinados y reconocer espontáneamente la parte que tenían en sus victorias, si recibía influjo de ellos, no gustaba de dejarlo ver, ni ponía en acto la idea ajena, hasta que de magullarla y considerarla llegaba a tenerla como propia. Y le fue creciendo tan fuera de medida la persona, que llegó a ponerse en él en lugar de lo más alto y a oscurecerle el juicio.

Pero en aquellos duros tiempos de Galena no se notaba en él, oscurecido en la oficina de la curtiembre, cualidad marcada alguna, ya porque su mala salida del ejército y falta de éxito en sus humildes empresas lo tuvieran desconfiado y encogido, ya porque, comido de esa impaciencia que consume a los caracteres originales y pujantes, fuera presa constante de la sorda ira que produce la falta de acomodo entre la realidad trivial y el deseo osado. El silencio es el pudor de los grandes caracteres: la queja es una prostitución del carácter. Aquel que es capaz de algo y muere sin que le haya llegado su hora, muera en calma, que en alguna parte le llegará. Y si no llega, bien está: ya es bastante grande el que es capaz de serlo.

No era Grant de carácter amigable, y si no desdeñaba los escasos cariños de que pudiese ser objeto, jamás cortejó, ni en lo más recio de sus pruebas, amistad alguna. En sí exploraba y vivía. Venía del campo, del campo siempre nuevo y original, y de sí mismo, con poca mezcla de lo general humano, en cuyas artes se sintió siempre como extraño y perseguido; ya abrumado, como un hombre a quien todo vence, ya rebelde, como aquel a quien azuza una voz superior. Huía Grant por eso, y por sus penosos recuerdos de su vida militar, que se exacerbaron con su candidatura frustrada al puesto de agrimensor, de los manejos políticos, harto complicados siempre, aun en los villorrios, para no inspirar temor y un sentimiento previo de derrota a los espíritus sencillos; mas por esto era, y no porque en sí le desagradasen, sino que, marcial de naturaleza, arremeter y arrebatar le era más fácil que cautivar y esperar, y carecía de aquella ductilidad y pleguez que en la vida política aseguran el éxito. A su naturaleza de dueño repugnaba esa angustiosa y continuada servidumbre con que se compra casi siempre la prominencia política. Entrar en política sí le hubiera parecido bien: pero como se entra en una plaza enemiga: imponiendo condiciones. Por donde iba la política no lo distinguía él muy bien a veces; pero en su país, la política era la única forma del mando. A los demócratas estaba afiliado, porque era en aquel tiempo la democracia, el partido que al estado en la Unión, y al hombre en el estado, reconocía más derechos, y Grant fue siempre muy celoso de los suyos; mas en sus cuarenta años solo en una elección

había dado su voto, y en una República, un hombre que no vota es como en un ejército un soldado que deserta.

Acerca a los espíritus originales una incontrastable simpatía. Mirando bien se observan dos especies de hombres en perpetua lucha; los que arrancan de la naturaleza, pujantes y genuinos, activos y solitarios, reconocidos y aclamados solo en las grandes crisis, que necesitan de ellos; y los hombres amoldados a la convención, que ocultan su espíritu como un pecado, que defienden y contribuyen a lo establecido, que viven acomodados y dichosos, y en el movimiento social solo son útiles como fuerza saludable de resistencia, en los casos en que un carácter natural, embriagado con el triunfo, se desvanece y afirma en demasía. Otro carácter natural vivía en Galena, el abogado Rawlins, un árbol de virtud, todo hecho de valor y de justicia. Hablaba en explosiones. Sus pensamientos nacían y salían de él derechamente, como rayos de luz. Tenía la concisión y grandeza de la palabra apostólica, y la suprema elocuencia de la vida, ante la cual la de las academias, como coqueta embijada ante doncella de franca hermosura, se oscurece. Rawlins había vivido de hacer carbón hasta sus veintitrés años; Rawlins, que murió más tarde de secretario de la Guerra. Solo, se educó; solo, se hizo abogado; solo, impuso respeto a sus cofrades: se habituó a pensar y a obrar solo. Y solo podía pensar y obrar sin miedo, porque no le dominó más pasión que la de la justicia. Pero tenía aquella superior prudencia que, como nueva gala, engendra el sufrimiento prolongado en los hombres de verdadera fortaleza, dichosa cualidad que en el grupo de caracteres naturales distingue al desinteresado del egoísta. En el egoísta hay más personalidad, visible al menos, que en el desinteresado, pero solo en el desinteresado hay verdadera grandeza. En Rawlins eran apreciables la palabra, la intuición, la firmeza, la honradez, el consejo. Aplastaba las intrigas como hubiera aplastado víboras. Una sinrazón o un agravio no podía soportar, aunque se hiciesen a una tórtola. La verdad quería él que triunfase, aunque nadie llegara a saber que triunfaba por él. A este hombre, desde que vendía cueros se fue Grant acercando poco a poco; en sus defensas bebió luces; en su consejo superior encontró un dueño: de los labios de Rawlins salían acabadas y perfectas, las ideas que en su forma rudimentaria de instinto fatigaban el cerebro a Grant. Y juntos hablaban el abogado y el curtidor de cómo se venía encima la querella en el Sur, cuyo creciente atrevimiento, como a toda la Unión, tenía asombrada a la gente de Galena.

Los tiempos eran aquellos de la más noble cruzada que jamás vieron los hombres. De un mar a otro hervían los Estados del Norte: "No ha de haber más esclavos".

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión; ¡cómo crecen las ideas en la tierra! Una pobre hojilla era el *Liberator* en 1831, el primer vocero de la idea abolicionista: ya en 1840 había descompuesto los partidos enormes que contendían por el poder, y creado el de la libertad: el de los abolicionistas que

querían el mantenimiento de la Unión, contra su mismo apóstol Garrison, que llamaba a la Unión, porque amparaba la esclavitud, "contrato con el infierno y convenio con la muerte". Los 7 000 que en 1840 votaron por el partido de la libertad, ya eran 62 500 cuatro años más tarde. En 1848, ya eran 300 000, ya pedían, congregando en una organización formidable a los antiesclavistas de todos los partidos, "la tierra libre para el pueblo libre". Ya en 1856 fueron 1 341 000; y en 1860 ya fueron la Presidencia de la República, fue Lincoln. ¿Dónde se vio mayor grandeza, más generoso impulso, más llameante palabra, más desinteresado caudillaje, ni virtud más fecunda y batalladora? Por el apetito del cielo y el amor de la ventura batallaron en tiempos de guerra otros cruzados; pero estos de América conmovieron sus hogares seguros en una época próspera y pacífica para libertar a la raza más desventurada de la tierra. Ellos la bolsa, que cuesta; la palabra, que consume; la familia, que sujeta: la vida, que en una tierra libre y próspera enamora. El Sur, hecho a mandar, veía con cólera la resistencia del Norte a sus voluntades, y sonreía a la gente burda de los Estados libres, empinado sobre sus esclavos.

El Norte, lento como todos los fuertes, cauto como todos los trabajadores, miraba al principio con temor, y siempre con pena, el peligro de la ruptura que el Sur provocaba. No había paz desde 1831, desde el *Liberator*. Por todas maneras persiguió el Sur el periódico de Garrison: por la voz del presidente Jackson pidió al Congreso la persecución de toda propaganda abolicionista.

El Sur pidió más tierras para criar la esclavitud: el Norte, obligado por la Constitución a reconocerla en los Estados que la tenían establecida, en la Constitución misma se apoyaba para resistir su institución en los nuevos estados. Si un territorio entraba a ser estado, el Sur lo clamaba para sí, para tener esclavos en él, y más votos en el Senado sobre el Norte; y el Norte, fatigado de aquella inhumanidad y de la arrogancia del Sur, clamaba como libre el estado nuevo, inundado de merodeadores sudistas que en batallas campales o en asaltos nocturnos disputaban la tierra a los colonos abolicionistas. Cuando Wilmot pide que los estados que por la paz con México hayan de entrar en la Unión puedan a su voluntad no tener esclavos o tenerlos, el Sur, que los quiere esclavistas, se yergue como herido en la médula; y a la afirmación enérgica del Norte, al partido del suelo libre, a la palabra de Wendell Phillips, opone tan atrevida resolución que cuando se trata de la incorporación de California como estado libre propone, por la voz de Calhoun, que se iguale por ley el poder político del Sur y del Norte. La palabra majestuosa de Henry Clay obtiene, a fin de alejar el conflicto que ya en 1850 se avecina, el compromiso famoso en que, a trueque de que el Sur reconozca estado libre a California y el distrito federal y facultad a Nuevo México y Utah de declararse libres o esclavistas, el Norte se obliga a ceder en una cuestión del territorio de Texas, y a devolver por una ley de fugitivos los esclavos prófugos del Sur. Este, hasta entonces siempre vencedor, se cree seguro. El Norte, avergonzado, fulmina sus censuras

contra la ley de esclavos prófugos; reúnense en Europa los enviados diplomáticos del partido del Sur para publicar proyectos de extensión del territorio esclavista; y en 1856, contra el Partido Republicano que nace con un millón y medio de votantes, para impedir la extensión de la esclavitud en los estados libres y territorios, eligen presidente a Buchanan, uno de los tres ministros esclavistas de Europa. Recoge el Norte el guante. Ya el Norte es un partido y el Sur otro. ¿Quién en el Norte entregará a un esclavo? Las legislaturas de los Estados libres dictan leyes que impiden los efectos de la de esclavos fugitivos. Renace el fuego de los mártires y los apóstoles. Cunde entre los apáticos el ardor de los generosos. John Brown se ofrece en sacrificio: y convierte la idea en acción. Del cadalso en que muere porque faltó a la ley escrita, un ejército surge, que pulula buscando jefes y campo de batalla. Cuando las nuevas elecciones vienen, y el Partido Republicano, en una gloriosa arremetida, elige a Lincoln, sin un solo voto del Sur vencido, ya la guerra ominosa está en todas las bocas. La Legislatura de Carolina del Sur llama a Convención para discutir el derecho del estado a separarse de la Unión; y ella y once estados más se separan, y reunidos en Congreso, crean la Confederación de América y eligen presidente a Jefferson Davis. Arsenales, aduanas, fuertes, todos los recursos y depósitos del gobierno en el Sur caen, sin oposición, en manos de los confederados que al fin disparan sobre el Fuerte Sumter. Un leñador está en la Casa Blanca—un curtidor de cueros está en Galena.

Oye Grant la noticia. "El Gobierno me educó para militar, dice, y todavía no le he pagado bien mi deuda". Rawlins, en un discurso ardoroso, disiente de su partido y mantiene la Unión, en cuya defensa entra a servir al punto. Lincoln ha llamado a las armas 75 000 voluntarios; y como en Galena no hay más militar que Grant, a él le dan a instruir, y a que lleve al Gobernador la compañía de Galena. Apena recordar cómo en aquellos días andaba el triste soldado de puerta en puerta pidiendo, como de limosna, un puesto que le niegan. Ese, que cinco años después llevaba cuatro ejércitos con pasos seguros a la victoria, no pudo hallar al principio un puesto ruin en las armas de su patria. Lo pide al Ayudante General, que no le contesta. Lo pide dos veces a McClellan que lo conoce: en vano las dos veces. Lo hacen al fin, por carencia de instructores, coronel de un regimiento, al cual enseña y organiza de manera que cuando, merced a un representante del estado que le fue siempre amigo, lo nombran brigadier del Ejército, a nadie que lo ha visto en medio de sus soldados le sorprende. Rawlins, que erraba pocas veces, estaba ya a su lado, "preparándolo a vencer", de secretario y ayudante. Rawlins, la sugestión disimulada, el consejo hábil y modesto, la prudencia que sofrena, la palabra que pule. Y se vio entonces de nuevo el poder del hombre para crecer a nivel de sus dificultades.

Dieciséis mil hombres tenían por todo ejército los Estados Unidos cuando se declaró la guerra que cinco años después cerraba, al mando de Grant, con 1 000 516 soldados en servicio activo y 2 254 006 en reserva,—dieciséis mil hombres

componían el ejército, esparcidos en lugares apartados de la Nación por el Ministro de la Guerra del gobierno de Buchanan, para que no pudiesen impedir la organización armada de la Confederación, que con tanta presteza como el Norte cubría su territorio de soldados. De voluntarios tuvo el Norte un ejército a los pocos días. A porfía organizaban tropas los Estados, las ciudades. De $100 a $400 daba el gobierno a cada voluntario. Al instante se reúnen 750 000; 42 000 enseguida; enseguida 300 000 más. En cuanto se refiera a los Estados Unidos, se ha de contar con esta pujanza súbita y oculta, que parece aún mayor en el momento en que se enseña, por la vacilación y recogimiento que la preceden, y suelen tomar los observadores ligeros por indiferencia, cuando no son más que el cuidado natural con que un pueblo maravillosamente próspero examina sus problemas antes de decidirse a una innovación que lo ponga en peligro. Tarda más en alzarse de tierra el elefante que el ciervo.

Al punto una hojeada basta para comprender la magnitud de la guerra. Un general se ríe de otro porque pide doscientos mil soldados para mantener un puesto en el Oeste; pero después, en una sola campaña, en un invierno solo, mueren cien mil federales entre el Rapidan y el James, que corren cercanos y casi parejos. No hay encuentro que no deje postrados millares de hombres. Shiloh, Gettysburg, Anttetam, Chattanooga, Wilderness, Chickahominy, ¿cuál de ellos no vio, cuando menos, dos mil muertos?

Y cuando Grant avanzaba sobre Lee, poderoso e impenetrable como una montaña que se mueve, los federales estuvieron muriendo de un mayo a un junio en un solo campo de operaciones, mil por día. ¡Adelante las columnas! ¡El pueblo que han ayudado a fabricar todos los hombres, para todos los hombres ha de quedar libre! ¡Libres ha declarado a cuatro millones de esclavos el presidente Lincoln, que "ofreció a Dios darles la libertad si permitía que los confederados fuesen expulsados de Marylandia", y han de rendirse, quebrados para siempre, los que se oponen a que cuatro millones de hombres sean libres!

No hay añagazas políticas que les den semejanza de derecho. Las guerras deben verse desde las nubes. Bien está que medio millón de seres humanos muera para mantener seguro a los hombres su único hogar libre sobre el Universo. Allá, desde arriba, los hombres deben parecer, ondulando, fabricando, abrazándose cuerpo a cuerpo, hasta para guerrear, como esos bulbos vivos, henchidos de gusanos invisibles, que en grandes masas pugnan con movimientos incesantes y torpes por romper las raíces de los árboles que acaso en ellos mismos se convierten en una forma más libre y animada de la vida. Son como un puño cerrado que viene pujando por salir de lo hondo de la tierra. ¿Quién no entrevé en la magnitud de los pesares que acarrea el estado rudimentario de la especie humana, la claridad dichosa que la aguarda, después de su acendramiento y paso doloroso por los mundos? ¡Qué paz para equilibrar este comienzo! Arrebata el pensar en esa suprema

dicha: ¡a cuán pocos es dado vislumbrarla, satisfechos de su pequeña máquina, desde su cáscara de huesos!

La guerra está encendida; el Sur se echa sobre el Norte; tiene lista la costa meridional; a treinta leguas de Washington, capital de la Unión, unge a Richmond capital de los confederados.

Domina todo el Sudeste por el Potomac y el James; por el lado del Oeste, sube y ocupa el Mississippi, y los puestos donde se le une el Ohio, enriquecido a poca distancia con el Tennessee y el Cumberland. Tiene la victoria quien tiene los ríos. Los ríos son las venas de la guerra. Con ellos va todo el territorio que ellos bañan. Cerrando a los federales el Mississippi, ni los confederados podrán ser envueltos en sus estados, por el mar de una parte y el río de otra; ni los estados rebeldes del Este serán separados de los del Oeste que quieren para sí; para criaderos de esclavos! ¿Cómo dan agua los ríos a semejantes hombres?—Asegurando las bocas del Ohio y del Tennessee y el Cumberland que afluyen en él, se aseguran los estados centrales, que en la guerra vinieron a ser como los límites norte y oeste de las batallas. En la boca del Ohio sobre el Mississippi, confluyen como los radios a un centro, Illinois, Missouri, Tennessee, Kentucky. Quien tiene al Tennessee, tiene abierto el camino por sus aguas hasta el corazón del estado rebelde de Alabama. Quien tiene al Cumberland, tiene a Tennessee y Kentucky; Galena está en Illinois, que remata por el sur en la boca del Ohio. Manda la tropa de aquella comarca Grant de Galena! Los confederados se han subido hasta allí, para cerrar el paso a los avances de los federales y ampliar hacia el norte, con espacio para la defensa, el territorio que cruza su red de ferrocarriles, indispensable para el transporte de sus hombres y provisiones. De Mississippi, de Alabama, de Georgia, de la Carolina del Sur, de Virginia, todos los ferrocarriles van a confluir en Chattanooga, sobre el Tennessee. Fortifican, pues, los confederados los ríos. Se encierran dentro de un baluarte de río y mar.

Por el Mississippi cubren su oeste: su norte con el Ohio, el Tennessee y el Cumberland; con el Atlántico, su este; su sur con el Golfo de México.

Vicksburg defiende de los federales al Mississippi—Fort Henry defiende al Tennessee; Fort Donelson defiende al Cumberland. Por el este, Charleston ampara la costa; y New Orleans por el sur. En la guerra no es necesario ocupar todos los puntos, sino los principales. En el interior, el Potomac y el James, cuajadas las orillas de tiendas de campaña, defienden a Richmond.—La guerra, pues, consistirá desde el principio en la disputa y toma de los ríos; las ciudades del mar importan menos. Los ejércitos tomarán su nombre de los ríos. Los caminos están marcados. Si por el mar hay que tomar a New Orleans y a Charleston, por tierra hay que tomar a Fort Henry y a Fort Donelson, para dominar el Tennessee y bajar por él hasta Alabama; hay que tomar a Vicksburg para ocupar el Mississippi y dividir en dos la Confederación; hay que cruzar el Potomac y el James para tomar a Richmond.

Allí los laboriosos planes, la estupefacción de los ejércitos del Norte, la sorpresa y celos entre sus generales. Al genio, solo no sorprende lo imprevisto, porque lo imprevisto es su dominio natural. No ven que esta es una guerra de tamaño y número, que solo puede vencerse con el tamaño y con el número. Hay uno que lo ve; pero no lo dice todavía; hay uno a quien un hombre inspirado y enérgico aconseja. No se trata de vencer a un enemigo científico, sino denodado. Denuedo vence a denuedo. El Sur se viene encima; no hay tiempo para preparar un ejército perfecto. Los ejércitos perfectos no se improvisan. El Sur arremete con sus masas brillantes y desordenadas: hay que salirle al paso, si se puede, con masas mayores. Si el Norte se detiene a prepararse, el Sur se preparará también; y al cabo de la larga preparación quedarán siempre a la par, el Sur y el Norte. "Vencerá quien ataque primero", en Fort Donelson, donde lo dijo Grant como en toda la guerra, y por su parte, apenas tiene número suficiente de soldados para caer sobre el enemigo, mientras los generales académicos vayan por las cercanías del Potomac arrogante, entrabando su valor con sus preocupaciones escolares, allá va Grant, con su sombrero de copa alta y su cigarro en los labios, "a atacar primero".

Paducah está en Kentucky sobre el Ohio, cerca del lugar donde se le junta el Tennessee; Cairo está en la confluencia del Ohio y el Mississippi y es la llave del Oeste. Ya los rebeldes merodean por el estado leal de Kentucky. Grant tiene que tomar la boca del Ohio sobre el Mississippi, aún antes de caer sobre Fort Henry y asegurar el Tennessee, y sobre Fort Donelson, para asegurar el Cumberland. Ocupa a Paducah sin violencias. "No tengo nada que hacer", dice en su proclama, "con las opiniones, sino con los rebeldes armados y los que les ayuden y encubran". El buen juicio de Grant percibía siempre la utilidad y nobleza de los propósitos de Rawlins, y este envolvía en forma hermosa y memorable las inspiraciones confusas de su jefe.—Cae Grant sobre Cairo, que tiene 7 000 hombres, con 3 000 federales no más, aún indisciplinados y novicios. El enemigo le sale al encuentro: rudo acaba el día, y parece haber vencido; en aquella noche de espera "el corazón se me había subido a la garganta". El alba le reveló en camino al Cairo, abandonado por los confederados: "Nunca desde aquella vez vacilé en atacar al enemigo".

Grant manda ahora el distrito del Cairo; pero ya el caballo que le hirieron en Belmont está bueno y le "molestan" Fort Henry y Fort Donelson.—No entiende su prisa el General del Departamento. Al fin da sobre Fort Henry que se rinde a la flotilla avanzada: y, dejando en él, dueño ya de la boca del Tennessee a 2 500 de sus hombres, marcha con los 15 000 que le restan contra Fort Donelson, que está entre dos arroyos que dan en el río, y desde su eminencia echa las balas lejos. Los rebeldes fingen caer sobre el centro de Grant, cuando en realidad se concentran sobre el ala más retirada de sus tropas. Concentrados los deja Grant, y por una altura vecina, se les sube bombardeando sobre el fuerte que queda a su merced: y de jefe en jefe que lo abandona, viene al fin a manos de Buckner, que se le rinde:

¡rendirse a discreción! es lo único que Grant acepta. "¡Allá voy sobre las defensas!" 15 000 prisioneros se entregan con Buckner, y el Cumberland es de Grant, de Grant la primera gran victoria de la guerra. Una u otra idea podía Grant tomar de los demás, y acaso el plan entero de una batalla, si lo creía bueno, como el de Chattanooga, del general Thomas, como el de la toma de Vicksburg, de su ayudante Rawlins, pero el acometimiento, el movimiento inesperado, el quite de un desastre, el juego original de sus tropas, la percepción instantánea de la oportunidad feliz, de nadie más que de sí las necesitó Grant nunca. ¿Vacilar? las rocas sobre que libraba la batalla vacilarían: él no. No era valor el suyo; sino "insensibilidad ante el peligro". Jamás le ocurrió que podía ser vencido. Detenido, sí, pero jamás vencido. El empuje despedaza las primeras filas enemigas; pero la tenacidad gana la batalla. Donde todo general se hubiese retirado, Grant resistía y vencía. Ya le tenían la mano sobre el cuello; ya no tenía donde poner el pie el caballo, de tanto muerto en torno, ya lo acorralaban contra un río: él concentra sus fuerzas, fuma su cigarro, espera en calma el refuerzo que debe venir: recoge su gente al pie de sus cañones: "¡Todavía los tengo de vencer!". Dice y los vence.

Así fue en Shiloh, que dejó al Sur asombrado de aquel poder de resistencia, y al Norte aterrado de aquella hecatombe. A pesar de la victoria de Fort Donelson, el General del Departamento, hombre entero, le quitó el mando, "porque había vuelto" refiriéndose a su embriaguez "a sus antiguos hábitos".—Pero Rawlins lo desmiente; y le vuelven sus tropas. Los confederados no quieren que los refuerzos que vienen a Grant bajen con este el Tennessee; poniendo en riesgo uno de sus ferrocarriles, y en hora en que él andaba lejos del campamento, y sus oficiales desprevenidos, caen sobre los del Norte, que acá resisten, allá mueren en montón, allá se desbandan y Shiloh fue "¡terrible!"; mas Grant había venido a tiempo, y con su serenidad y valor llegaron sin huir hasta la noche. Cañonea con los restos de su fuerza al enemigo que adelanta, preparando así la carga que proyecta apenas se le reúna el refuerzo, que viene a tiempo, y con cuyo auxilio dispersa a los confederados.—Pero su victoria espanta. A descuido, o a causa peor se atribuye la sorpresa. Su jefe desconfía de él; de Washington, donde no se buscó amigos, los generales de ciencia lo desdeñan, los que presienten su fuerza le atacan. Es Washington durante toda la guerra un semillero de intrigas.

Se disfrazan de patriotismo los celos. Los incapaces se coaligan, para cerrar el paso a los afortunados. La patria ¿qué les duele? Lo que les duele es que les saque alguien ventaja. A los hombres les importa más, a los hombres que llegan con el deseo a donde no llegan con el mérito, o con la ambición a donde no les llega el patriotismo, les importa más quedar primero que salvar la patria. Así, con aquellos celos que se trajo de la guerra de México, se unieron en el ánimo de Grant estos reveses para abominar, conforme a justicia, los nombramientos de compadrazgo que paralizaban la guerra y la privaban de sus soldados mejores: así se fue

acumulando en él aquel odio; hecho de desdén y miedo, a Washington, que atenuó Lincoln con su grandeza y su prudencia luego, más no pudo ni quiso Grant sacar de sí, el cual explica acaso aquella manera de conquistador, en que sus deseos personales iban mezclados a ciertos instintos rudos de honradez, hasta que con los goces de una autoridad excesiva que apenas su propio pueblo le tenía a mal, llegó a encaminarse con Washington de modo que en nadie en tanto grado como en él se personificaron sus peligros y sus vicios. Pero el amigo que le hizo brigadier, logró devolverle después de Shiloh sus tropas. Los ojos grises se le humedecían a veces en aquel tiempo, cuando se veía desatendido, y fuera acaso para siempre del camino de la victoria. Sufren mucho esos hombres que lo concentran todo en sí.

Pero encabezó su ejército, y ya no lo abandonó, sino a las puertas de Richmond vencido; adonde, con su natural magnanimidad, no quiso entrar como triunfador. Encabezó su ejército. El Tennessee ya lo tenía. Los generales del Potomac y el James vencían o eran vencidos, pero no los cruzaban. ¡Él no: él cruzaría hasta los ríos! ¡A Vicksburg ahora, que guarda el Mississippi!

Se ha hecho mal en esparcir en cuerpos pequeños, cuyos movimientos son expuestos y difíciles, un ejército que tiene que desalojar a un enemigo concentrado en posiciones formidables. El general que concentra, lleva ya la ventaja de forzar a su enemigo a darle batalla o a recibirla en el lugar que a él le plazca. No es lo mismo por cierto pelear donde el enemigo se ha preparado para resistir que donde tiene que acudir imprevista y precipitadamente. Esto quería Grant siempre: forzar al enemigo a dar batalla. En concentrar no hay peligro: también tiene que concentrar el enemigo, que no ha de irse a merodear cuando ve sus puntos vitales amenazados.

Sobre Vicksburg mueve Grant sus fuerzas, las que él lleva, las de Sherman, las que le vienen de Washington.

Va por tierra, y la caballería enemiga lo hace atrás. Baja por el río, ante la nación que espera en angustia el resultado de la marcha. Todo Vicksburg está rodeado de tierra anegadiza: ¿dónde poner el pie para atraer a batalla al enemigo? ¿dónde alojar las tropas que la marea alta no le suba a la rodilla? Un canal para doblar a Vicksburg por el Sur, no se pudo abrir.

El Norte se impacienta con lo dilatado de la empresa.

De Washington se habla de cambiar de jefe. "Dios lo bendiga", dice Lincoln a Charles Dana, el que hoy dirige el *Sun* de Nueva York, cuando sale de Washington por en medio de los enemigos, pues no hay otro camino, a ver lo que sucede en Vicksburg. Llega. Ve que sucede lo que debía. Rawlins propone, pues nada más se puede hacer, correr las baterías de la plaza, río abajo. "¡Locura!", le dicen los demás jefes: al fin tiene que hacerse la locura. Baja el ejército el Mississippi, bajo los cañones de Vicksburg y de otro fuerte más al Sur: la tropa desembarca. Corre a Jackson al Este, donde hay un cuerpo fuerte de enemigos a quienes derrotan. Echan

vencidas sobre Vicksburg a las fuerzas de la plaza que les salen al encuentro. La plaza sufre de hambre y se rinde.

El Mississippi queda abierto a los federales: 27 000 enemigos se le entregan y 120 cañones. Rojo se puso el cielo de los estados todos del Norte, de tanta fogata que encendieron para celebrar la victoria. Y en aquel punto y hora se acercó a Lincoln una comisión de "caballeros cristianos" a inquirir si era cierto—¡oh puerilidad de los fanáticos! que Grant era dado a la bebida. "No lo sé yo en verdad"; les respondió Lincoln, peinándose la barba, "pero si lo es, bien quisiera yo saber dónde compra su brandy, para mandar un barril de él a cada uno de sus generales". Y se fueron mohínos los caballeros cristianos, en tanto que Grant volaba, hecho ya general de toda aquella comarca, a salvar a la tropa federal sitiada en Chattanooga: Chattanooga, eminencia apetecida en las orillas del Tennessee, que como en un puño recoge todos los ferrocarriles que mueven las fuerzas del Sur y llevan a los ejércitos de Virginia los granos y la carne de los valles; Chattanooga, donde el Sur cercena sin piedad a la gente federal del país, brava gente montañesa. Entre dos crestas preñadas de confederados que aguardan tranquilamente su caída está Chattanooga. Solo el río queda a los federales para escapar, el río vigilado por sus enemigos. El camino de donde les vienen tropas y recursos está lleno de avanzadas de los confederados. Lookout Mountain y Missionary Ridge miran desde sus topes a Chattanooga, como dos gigantes que miran a un niño. Grant llega de noche, bajo lluvia tremenda. A trechos va en brazos de sus soldados, porque está cojo de una caída de caballo. ¿Cómo contar aquellos gloriosos sucesos? Desde aquella roca mueve Grant sobre ella los diversos cuerpos de su ejército, sin descuidar un detalle, sin abandonar un lugar importante, sin dejar descubierto el camino que tiene Chattanooga a la espalda, sin alarmar al enemigo, que, con torpeza grande y seguro de rechazar a los asaltantes desde sus empinadas ciudadelas, sale a cerrar el paso a uno de los cuerpos que vienen sobre Chattanooga. El plan de Thomas va a ser realizado por los cuerpos que con acierto y previsión tales dirige Grant: de Thomas, que a una orden de Grant en que le dice: "Manténgase en Chattanooga de todos modos"—responde: "La mantendré hasta que muramos de hambre". El día viene, un día hermosísimo, que convida al triunfo. Pero la bruma envuelve la cumbre de la más elevada de las ciudadelas. Sin que lo sienta el enemigo, le han tomado los federales, cruzando el río en pontones más abajo de la montaña, unas colinas de donde arrancan sobre ella. Thomas sale de la ciudad, y arremete triunfante sobre una posición vecina. ¡Montaña arriba van los federales, a la bayoneta, que, al sol que resplandece, brilla como una serpiente de anillos de plata que adelanta sobre el vientre a saltos! Suben con arrebato irresistible. Un cañonazo divide las filas como un relámpago las nubes: ciérranse las filas tras el cañonazo como las nubes tras el relámpago. Entran los asaltantes por la bruma de la cumbre, donde ya apenas se les ve desde abajo. Sobre sus cañones rematan a los despavoridos artilleros.

Regimientos enteros se les rinden. Vuelven las piezas de la ciudadela sobre los confederados que escapan monte abajo. Y ganan "la batalla sobre las nubes". La otra altura queda, y a punta de bayoneta se la ganan. Está la pendiente llena de reductos, de atrincheramientos, de fosos, de cortinas. Rompen las filas pendiente arriba las tropas de Sherman. Destácanse sobre el cielo azul, por cien partes a la vez, las banderas de colores. Saltan como Alvarado. Salvan foso tras foso, trinchera sobre trinchera. A un tiempo mismo las asaltan todas. Missionary Ridge, tomado en su cresta misma, se rinde a los federales. Contaron los federales sus hombres perdidos en esta batalla: 7 000 eran los muertos.

Ya los ríos del Oeste están ganados: ahora, a los ríos del Este. El Congreso, ante la nación que aplaude, resucita en honor de Grant el puesto de teniente general, que solo Washington tuvo en los Estados Unidos. Grant recibe de manos de Lincoln que, "en presencia de Dios" le promete ayudarlo honradamente, el mando de todas las tropas de la Unión, esparcidas entonces, por el mal consejo de los generales en jefe anteriores, en cuerpos aislados que molestaban al enemigo y lo tenían a raya; pero no estaban en su campo, ni lo reducían a una comarca ceñida, ni interrumpían su sistema de comunicaciones, ni se interponían entre los diversos cuerpos de sus tropas, ni impedían que con unos mismos soldados defendiesen puestos diferentes, ni le quebraban aquella voluntad de acometer que tenía siempre indecisa la suerte de la Unión.

El Mississippi y el Tennessee estaban abiertos; pero el Potomac y el James estaban todavía llenos de tiendas confederadas: todavía Richmond se erguía a noventa millas de Washington todavía entre Washington y Richmond; movía sus 80 000 soldados invictos el general Lee; todavía al oeste cubriendo a Atlanta, y en ella el centro de ferrocarriles que movían los hombres y los recursos del Sur, mandaba Johnston su temible ejército; todavía nueve millones de hombres obedecían las leyes de Richmond, que defendían en un área de 800 000 millas más de medio millón de soldados. A Virginia, como a un vértice, venían las avenidas de la guerra, y al oeste, alrededor de Georgia, que protegía a Atlanta. Llenos estaban los campos intermedios de merodeadores sudistas y de columnas sueltas que los perseguían.

Grant no vuelve al Oeste, como Sherman le pide "por el amor de Dios", no vaya a ser que los intrigantes de Washington le hagan perder su fama. No se detiene en Washington, donde no está el enemigo, y teme que lo derroten "los de casa". No: sale a dar de beber a su caballo en el Potomac y en el James. El ejército de Lee en el Potomac no ha sido nunca vencido: va a vencerlo. No más expediciones sueltas; no más temporadas de descanso, en que se repone el enemigo, y ayuda a los negros de las haciendas a sembrar en verano las provisiones del próximo invierno; no más ataques inútiles a poblaciones, ni a Richmond siquiera. Es necesario "quebrar de una vez el poder militar del Sur"; perseguirlo; concentrarlo; acorralarlo; extenuarlo; aturdirlo. Es necesario caer en masa, de todas partes a la vez, sobre los cuerpos de su ejército

aún famoso por su valor y por su número; marchar incesantemente contra ellos, en todas estaciones; tenerlo constantemente amenazado en todas partes, para que luego de defenderse en un lugar, no vaya a proteger con las mismas fuerzas otro. Ni un día sin batalla; ni un día sin un paso adelante. Contra el núcleo confederado de Georgia, avance Sherman, pero de modo que cuando venza siga a reunirse con el núcleo del este sobre Lee. Contra Lee en el este, un cuerpo que se le eche encima por el norte, y otro que le cierra el paso por el sur. Ya lo tiene Grant todo en su mano, y bien lo hizo entender y respetar del secretario de la guerra antes de salir de Washington. ¡Contra Lee, pues, de todas partes, dejando siempre protegido a Washington en la marcha sobre Richmond!—Voy a reducirlo, a cerrarle todos los pasos; a anonadarlo a golpes repetidos; a caer incesantemente sobre él como un martillo". Y así va sobre Lee, de mayo de un año a junio de otro, con sus ciento treinta mil hombres: sentado en un leño, da al comenzar la primera batalla, la orden de que se pongan en marcha todos los cuerpos del ejército; y en lo más recio de la pelea del Wilderness, en que los generales, desconcertados en medio de un bosque desconocido, pierden 2 261 muertos y 8 785 heridos, noticias llegan de todos los generales de las divisiones: ¡ha comenzado la marcha que lleva de triunfo en triunfo a Sherman hasta el mar, y a Grant al pie de Richmond! Jamás un hombre movió, como Grant entonces, tamaño ejército. Ya Rawlins no estaba a su lado, y el brillo de los ataques de Grant era menor; mas no su orden, no su paciencia incontrastable, no su capacidad para dictar cada noche desde su tienda, no siempre victoriosa, la orden del día siguiente para cuatro cuerpos de ejército diversos.

Grant no pelea contra Lee como general que proyecta, sino como mole que avanza. Lee podrá salirle al paso, como le sale, cada vez que intente forzarle el camino. No piensa Grant cosa que Lee no le adivine. Y cuando cree haberlo burlado, a Lee tiene delante; pero cada vez más abatido. ¡Oh, aquella guerra no tiene precedente! ¿Qué manera es aquélla de hacer la guerra? Lo que se propone Grant hacer, lo hace. Una vez, diez veces, las fuerzas entusiastas y valientes de Lee se lo impiden; pero él tuerce la brida a su caballo, y un poco más abajo del río tienta otra vez, sin volver los ojos sobre los cincuenta mil muertos que en un poco más de un mes deja tras sí: y, al fin, "lo que quiso hacer, lo hace".

Toda la campaña de Grant contra Lee en el Potomac, que acabó la guerra, es eso. Adelante, adelante: no batallas que brillan, sino golpes que aturden. Hoy un río y mañana otro; una trinchera hoy y otra mañana. Lee se va retirando sobre Richmond, protegido por los atrincheramientos improvisados que dondequiera que acampa levanta; pero cómo el Sur, descorazonado ya y despavorido, cercado por todas partes, caída ya Atlanta en manos de Sherman, tomados o amenazados de cerca los cuatro ferrocarriles que paran en Richmond, podrá dar a su jefe, que no quiere derramar sangre inútil, aquellos centenares de miles de hombres robustos y frescos que el Norte, determinado como Grant, a acabar de una vez, le manda sin tasa? Ya está

Grant sobre Petersburg, que cubre a Richmond. Ha perdido, es verdad, cien mil hombres, muertos en menos de un año, pero las líneas de Lee están tan mermadas, que "apenas le bastan para centinelas". Cae sobre las últimas fortalezas de los confederados cerca de Petersburg, para rendir a Lee antes de que pueda reunírsele Johnston que vuelve derrotado con el ejército de Georgia. Una salida quiso Lee hacer sobre Washington para sacudirse el sitio que le sofoca; y Sheridan, que duerme siempre vestido con un plano en la mano, vuela a caballo donde sus tropas están ya vencidas: "No es nada! No es nada!" le dice a un soldado que acaba de recibir una bala en el cerebro; y el muerto: "No, mi general: no es nada" y anda. Vuelve atrás derrotada la caballería de Lee, Five Forks es la última batalla, y estaba Jefferson Davis oyendo el servicio en una iglesia de Richmond cuando recibió de Lee la nueva de que aquella noche debían ser evacuados Richmond y Petersburg. Y días después, el 9 de abril, iba Lee tristemente a la cabeza de sus generales, a dejar en manos de Grant, que lo trató como un amigo, la espada, victoriosa tantas veces, en que no quiso Grant poner las manos. Artes de guerra no quiso Grant, ni parece en verdad que en ataques que requerían concepción y brillo tuviese muchos; pero no iba él a "hacer la guerra de libro", sino a ahorrar gente; a acabar pronto, a exterminar el poder militar del Sur. Carnicero le decían: porque veía morir decenas de miles de soldados sin retirarse de sus posiciones: a lo que él alegaba que con prolongar la campaña por esos miramientos se perderían al fin más hombres. Vio que, dejando caer su fuerza enorme sobre el enemigo debilitado podía extinguirlo; y la dejó caer. ¿El objeto de la guerra es pelear brillantemente, o vencer al enemigo? Él era de instrucción pobre, escaso en la inventiva, en la concepción lento; pero vio el gran hecho, las grandes líneas de la masa; las causas de la fuerza del enemigo, las novedades que exigía una guerra nunca vista, y la exterminó conforme a ellas, sin más objeto que entregar a la Unión al rebelde para siempre abatido, sin que jamás manchase su triunfo un acto de inclemencia o injusticia. Parecía él en Appomattox, y no Lee, el vencido, por lo modesto del traje y la apostura, y por lo humilde del habla y la expresión. Ajustó la paz como había conducido la guerra, sin entusiasmo y sin ira. Él entreveía lo que había hecho; pero en su arrogancia, no desenvuelta todavía, solo vio entonces que "hizo lo que se había propuesto hacer".

Verdad que en el principio de la guerra tuvo de consejero a Rawlins, que para él meditaba, abatía intrigas; disponía planes de conducta y refería batallas; verdad que, ya por buen consejo de Rawlins o por el propio, se rodeó, no bien tuvo el ejército en sus manos, de hombres de carácter natural como el suyo, que a la intriga debían poco, y la abominaban; y se reunían en él por el respeto a sus méritos y su odio a ella; verdad que tuvo en Washington a Lincoln, carácter más que otro alguno nacido de la Naturaleza, a quien "le gustaba el hombre", por lo que se puso siempre entre él y los generales celosos y gente de política, que sin su influjo, sin mirar por la patria, le hubiesen sacado del mando; verdad que tuvo detrás de sí,

supliendo sus filas con una abundancia y determinación análogas al tamaño de la lucha, un pueblo de su mismo origen y tendencias, que en aquel hombre que adelantaba y arrollaba reconocía con placer su propio espíritu; verdad que como apuntan sus más benévolos biógrafos, mucho hizo la fortuna por aquel que no siempre previó cuanto debía, ni ahorró la sangre que debió ahorrar, ni dejó de reparar nunca sus omisiones y torpezas con el triunfo, a costa a veces de horrendos sacrificios. Pero mirando en aquella asombrosa guerra, con el superior sentido que el íntimo conocimiento de ella crea, nada sobrenatural se nota en ella, sino una de las expresiones humanas más espontáneas y completas, la más completa y artística acaso, con el gran arte de las cosas universales, de cuantas hasta hoy conoce el hombre; por cuanto estuvieren en ella en perfecta analogía, desenvueltos pujantemente al calor de una libertad ilimitada, los elementos del acto con sus agentes y sus métodos. Los hechos legítimamente históricos, son tales que, cada uno en sí, a más de reflejar en toda la naturaleza humana, refleja especialmente los caracteres de la época y la nación en que se produce; y dejan de ser fecundos, y aun grandiosos, en cuanto se apartan de su nación y de su época.

Ni hombres ni hechos derivan grandeza permanente sino de su asimilación con una época o con una nación.

En su determinación cauta y prudente; en la súbita y pasmosa creación de sus ejércitos; en el carácter de hecho que distingue a los que en ellos llegaron a señalarse, tanto por él como por su falta de carácter de ciencia; en la manera, desordenada primero, como científica apenas y ciega y brutal luego de mover la guerra; en la magnanimidad misma de su caudillo durante lo más ardiente de la pelea y en la hora de la más cruenta victoria, ni un punto cesó de haber analogía absoluta, que oscureció todas las tentativas y elementos exóticos o innaturales, entre la manera de formación, el espíritu y los métodos del Norte, y la manera de formación, el espíritu y los métodos de la guerra. País súbito, de costumbres mercantiles y tolerantes, y de colosal tamaño, produjo naturalmente una guerra súbita, en que el conflicto creado más por un propósito humanitario que por el desagrado de política interior que influyó en él, vino a verse y terminarse como una mera cuestión de interés público, y atacarse con los recursos enormes consiguientes a la magnitud de la empresa y de sus mantenedores, mas sin aquella crueldad frecuente todavía en los pueblos más literarios y artísticos, que no se deben aún al beneficio de la práctica ordenada y constante del libre albedrío que agranda y fortifica los caracteres.

Enorme, improvisada, inculta, original y generosa fue la guerra del Norte, como era por entonces el pueblo que la hizo, y el caudillo que le dio su espíritu natural e ingenuo, y expelió de ella el espíritu académico exótico, nació, como su pueblo, de la pobreza y de las privaciones; dio, como su pueblo, más tiempo y afición al trabajo fecundo y directo que al débil y secundario trabajo de los libros; sustituyó, a las ideas convencionales e importadas, las ideas nuevas que le iba sugiriendo en campo virgen

y condiciones locales la Naturaleza; y, siempre, como su pueblo, arremetió con todo su tamaño, firme e incontrastable como los montes, sobre el objeto de su deseo.

También, como su pueblo, y mucho más que él, corrompió con malas prácticas políticas su gloria. De sí mismo había llegado, desde los quehaceres de la curtiembre, a honores tales, que, para darles forma propia, creó el Congreso el título de general, que Washington mismo no tuvo en los Estados Unidos.

Amor no era aquello, sino como una especie de frenesí; y se vio un hombre a quien cada uno de sus conciudadanos veía como señor de su casa y salvador de ella, con lo que se acumuló en torno suyo tal afecto que los errores más grandes le fueron luego, en virtud de él, condonados, y parecía como que su pueblo mismo le invitaba al error, para tener el placer de perdonarlo. No tenía aquel viril desamor de los presentes que ha de ser cualidad del hombre público, a bien que hubiera sido difícil rechazarlos, cuando de todas partes de la nación se le entraban en brazos del cariño.—Ciudadanos y ciudades competían en regalos y dádivas al salvador de la Unión: cien mil pesos le regaló Nueva York; Filadelfia le dio treinta mil; Galena le regaló una casa lindamente amueblada; Boston se la llenó de libros; salió la nación entera por dondequiera que iba a regarle el camino de rosas. Y como en la guerra, cuando se querían valer de él para candidato político contra Lincoln, dijo que en política solo quería ser *Mayor* de su ciudad, para componer la acera que iba de la estación a su casa; el pueblo todo de Galena fue a recibirlo a la estación y lo llevó a su casa nueva arrebatado de entusiasmo por la acera compuesta.

No conociera al silencioso paseante de hacía cinco años el que le imaginase con aquellos tranquilos honores satisfecho. El carácter en la paz es más difícil que la fortuna de la guerra. Aquel poder comprimido, aquella sofrenada actividad, aquella personalidad concentrada, aquel rencor confuso contra la fortuna que se la desconocía o los que ayudaron, con voluntad o sin ella, a la mala obra de la fortuna, ahora habían hallado campo espacioso y natural empleo. No era propia para reposo alguno aquella naturaleza violenta y expansiva, no en el hablar por cierto—en que en guerra y en paz fue siempre excesivamente parco con los que no gozaban de su confianza íntima; sino en la acción, a que necesitaba dar constantemente ocupación de acometimiento y conquista. Ya la política no le era desagradable, puesto que él no tenía que ir a ella, lo cual no estaba en su naturaleza, sino que ella venía a solicitarle a su puerta; ya con el presidente Johnson, para que ordenase todo aquel aparato de guerra que había tenido en sus manos; ya con republicanos y demócratas, que a una se propusieron valerse de su prestigio para ganar la elección presidencial, entonces próxima. Sirvió a Johnson de ministro luego de asesinado aquel, cuyo nombre se dice siempre con reverente alabanza, hasta que el Senado desaprobó la opinión de Johnson sobre su facultad de proveer empleos; y como con esta muestra de respeto al cuerpo gobernante, hermoseó su gloria, sometiéndose a la expresión de la voluntad pública por su órgano legítimo; fue incontrastable su candidatura,

cuando, ganando la mano a los demócratas, de quienes no se duda la hubiese aceptado, se la propuso el agudo político Thurlow Weed, de primera noticia en un almuerzo, para capitanear a los republicanos, porque, muerto Lincoln, "el único modo de exterminar definitivamente el espíritu de secesión era poner en el gobierno de la Unión al que acababa de salvarla con su espada". Y presidente fue, como candidato de los republicanos, el que en la elección anterior a [la] que provocó la guerra había votado por el más conspicuo de los demócratas, por Buchanan.

¿Quién es ese hombre extraño, desigual, ignorante de las más elementales leyes de la República y cortesías y agradecimientos de gobierno; desconocedor absoluto de los límites que señalan en la presidencia de un país los derechos personales del gobernante y su autoridad pública; incapaz de entender la relación indispensable en que han de estar los empleos nacionales y los individuos nombrados para desempeñarlos; persona desafiadora y excesiva que pone en la administración de un país celoso de su libertad y respeto, todo el garbo y desembarazo malhumorado que permiten y aun exigen en su objeto y constitución especial, las prácticas de la guerra? Grant es ese, que se ha traído las botas de campaña a la Casa Blanca, y yerra. No hay faena más complicada y sutil que la del gobierno, ni cosa que requiera más práctica del mundo, sumisión y ciencia. No basta el mero instinto; sino el conocimiento, o el genio del detalle; el genio es conocimiento acumulado. Por toda suerte de condiciones habrá sido útil pasar, para ser benigno y justo, según diferentes normas, con los hombres de todas condiciones.

Han de tenerse en grado igual y sumo la conciencia del derecho propio, y el respeto al derecho ajeno; y de este se ha de tener un sentimiento más delicado y vivo que de aquel, porque de su abuso solo puede venir debilidad, y del de aquel puede caerse en despotismo.

Fuera de pensamiento está que el gobernante no viene a la presidencia para crear con los dineros de la Nación, beneficio a sus relacionados y clientes, ni para dar a su pueblo la forma que le place, o adormecer con el desuso o la aplicación equivocada el espíritu de sus leyes; sino para gobernar conforme a virtud, por medio de las leyes que le da su pueblo hechas, sin tomar para sí y los suyos lo que la nación le entrega en custodia y depósito. Obediencia es el gobierno.

Todo lo que vive, se expresa. Lo que se contiene, se desborda. Asomémonos a ese carácter. Que tenía persona, bien se ha visto en la guerra. Se completaban sus cualidades con las de juicio, prudencia y elocuencia de otros; pero de todos ellos se desentendía, y sobre todos ellos obraba, y libremente tomaba y rechazaba de ellos lo que le parecía acertado; tanto que no bien se vio un tanto libre de aquel excelente Rawlins, que ya después de Chattanooga le pesaba, porque sin querer le echaba en cara con sus cualidades altas y finas, las que él no tenía, su persona se afirma de un modo considerable; manda incesantemente, sin alarde ni esfuerzo, cual si le fuera cosa propia, ni pide ni oye consejo, como si se quisiese probar que

no lo necesita; y como en una guerra en que ha concebido la idea eficaz y simple de vencer por el número, le proporcionan todo el número que necesita para vencer; se complace y admira a sí propio, y no extraña que le comparen a los capitanes más grandes de todos los siglos y lo pongan a veces por sobre todos ellos ¿quién mandó más soldados? ¿quién venció con menos idea ajena a tal enemigo? ¿quién produjo con sus guerras de un lado tantos hombres libres y un pueblo tan próspero de otro? Y por toda la guerra, que en algunos incidentes se lo confirma, ha venido temiendo y murmurando, con razón sobrada, mas sin el espíritu de justicia que la completa, de "los de Washington", de los que son injustos para con el soldado de pelea, de los soldados de escuela que se confabulan con los políticos de oficio, de "los políticos". No ve que Lincoln es un "político"; para él son políticos los que quieren ponerle encima a Rosecranz, o a McClellan. Sherman también, que ama la justicia con pasión y viene, como Grant, de la naturaleza, le estimula ese horror de los que dan puestos de preferencia a los que no los merecen. Durante la guerra, cuando pasan por Washington, sale como de ascuas encendidas. "No; lo que es esta vez, el general en jefe mandará en la guerra: Washington no ha hecho más", y es la verdad, "que demorarla y entorpecerla".

En la guerra, manda sin soportar contradicción. Mucho ha de querer a quien le contradiga para soportárselo. Poco a poco, los que le rodean, necesitados de su gracia, se hacen una ley de no contradecirle; Rawlins sí le contradecía, por lo que, ya al fin, le irritaba. Impuesta la paz, no cesa de oír, con la conciencia de que las merece, alabanzas mayores que las que oyó jamás hombre alguno, tributadas sin descanso por el pueblo más grande en la paz y generoso en la guerra que habita en su tiempo el Universo.

Entra, pues, en la presidencia de la República, el sumo puesto político con estos elementos: abominación de la política y rencor acumulado contra los que la representan; complacencia excesiva en su personalidad y hábito y deseo de expansión, conquista y marcha; costumbre lisonjeada de mando absoluto y carencia completa del hábito [de] obedecer; desdén de toda ley minuciosa y progresiva, y carrera súbita hecha fuera de la práctica natural y ordenada de las leyes; hábito de verlo todo partir de sí, y realizarse por su voluntad y conforme a ella.

Este es el hombre del instinto, que por exceso de persona o apego a la Naturaleza, que puede provenir de sinceridad o de crudez, se niega a beneficiarse con los resultados civilizadores del trabajo del hombre, y llevado por su fuerza natural, oportunamente servida por la fortuna, a los quehaceres complejos del gobierno, que incluyen en ejercicio minucioso y activo los resultados y averiguaciones más perfectas de la cultura humana, se despedaza contra ella, ya que en un país habituado a ejercitarse y más fuerte que él no puede despedazarla.

Otros caracteres hay, entre esos primarios y originales nacidos derechamente, o con pocas trabas de la Naturaleza, que no traen de ella solo la fuerza, como el de

Grant, y cierta generosidad que viene siempre con la fuerza verdadera; sino que, como el de Lincoln, como el de Garfield, como el de Rawlins mismo, traen con la fuerza, constituyendo un grado superior en los caracteres primarios, la intelectualidad y la hermosura, y de ellas la capacidad y la necesidad activa de asimilarse el resultado entero del trabajo humano. Así la grandeza final, que es en estos superiores caracteres consecuencia forzosa de la unión de los méritos comunes a una voluntad desusada y tenaz, es meramente casual en los caracteres de fuerza, y, ciega como ella, necesitando de condiciones adventicias e independientes del carácter del individuo para producir toda su cualidad saliente.

Pensar en sí es del hombre, su existencia inevitable y encarnizadamente se lo impone: mas en unos se desenvuelve el pensamiento en sí, a poco que justifique su persona la fortuna, con tenacidad y plenitud odiosas, que en la esfera de la vida común engendran los egoístas, y en la esfera del gobierno produce los déspotas; y otros se miran en sí como una palabra que tienen que comunicar o una indicación que tienen que cumplir, o una caridad que tienen que hacer, y dirigen su vida con el segundo pensamiento en sí y el primero y dominante en el beneficio humano, a que han venido, padeciendo ásperamente, como de un delito; mientras no han sacado su elocuencia, su ternura o su energía afuera.

Mas aun cuando no sean los caracteres primarios desinteresados, una especie de parentesco de originalidad les atrae y relaciona más directamente con los que lo son que con los caracteres comunes, y aunque suelen odiar, y por todos los medios combatir, a los que llevando en sí embellecida la fuerza con la intelectualidad y la hermosura, abominan y fustigan como irregularidad monstruosa los caracteres de fuerza mera, tienen, sin embargo, cierta venturosa capacidad de la grandeza propia y consciente que en lo más de la vida parece estarles negada; y, a poco que el roce con los caracteres desinteresados, o con alguna condición favorable lo estimule, la grandeza intelectual y espiritual, rudimentaria y opaca en ellos, se abre paso, como si fuese la simple energía del huevo rudo, cuya existencia preside en grado a la inteligencia y la belleza, y las carreras de fuerza se iluminan con la luz suave, penetrante y fresca que dejan tras de sí, esclareciendo y ensanchándose, los hombres de bondad y de propósito.

Y ¡qué país entraba Grant a gobernar con aquel desdén de los demás, costumbre de sí y pensamiento voluntarioso a que se había habituado en los hechos simples y rudos de la guerra! Un país en peligro, ciertamente, donde la conciencia de la fuerza y el apetito de la fortuna tienen en riesgo el decoro nacional, la independencia de los pueblos vecinos y la independencia del mismo espíritu humano acaso; pero grandioso país a pesar de eso, donde el hombre se elabora y ejercita sin más trato ni límite que los naturales que le impone la vecindad de los demás hombres; donde acababa de darse el espectáculo sublime de una nación pacífica exaltada hasta la guerra tremenda por su conciencia del decoro humano; donde, a los mismos

ojos de Grant, habían desfilado, camino de sus hogares en las calles de Washington, con las banderas desgarradas, los vestidos maltrechos y los miembros rotos, doscientos cincuenta mil hombres en masa, resplandecientes aún de la victoria; un país de pregunta y de respuesta, donde a todo hombre se pone desnudo y se le mira del revés, y a cada acto se lo ve en la entraña; y si no sale puro, se le quiebra; un país de "Junta de oraciones", de *prayer meeting*, donde en las salas de las iglesias aprenden hombres y mujeres a usar de su palabra revelando en voz alta sus pecados, denunciando los del vecino y pidiendo al pastor que les explique sus dudas sobre el dogma; un país de periódico vivo, donde cada interés, no bien asoma, ya tiene su diario, y en él acceso todos los interesados en común, de modo que no hay injuria o sospecha sin voz, y prensa que la publique, y tribunal dispuesto a censurarla; un país prendado, sí, de aquel hombre marcial, terco y arremetedor como él, que había quebrantado a sus rivales y abierto vías a la prosperidad mayor que la historia escrita recuerda en los siglos; de la que ya gozaban; pero un país que, por encima de todo, al que le escatima o amenaza su derecho, lo denuncia y lo vuelca.

De modo que fue penosa, en su arranque y en las composiciones y atentados que le siguieron, la vida política con que deslució Grant sus magnánimos actos en la guerra.

Desde el principio, obra, creyendo que hace muy bien, conforme a su abominación de la política y su rencor contra los que la representan, y da en el modo en que lo hace, prueba pueril de su desconocimiento de las leyes y del sentido de decoro que las inspira: quiere rodearse de consejeros que no sean políticos de hábito, y nombra a un gran comerciante en ejercicio Secretario del Tesoro, al amigo fiel que le hizo nombrar brigadier y devolver el mando de sus tropas, Secretario de Estado, a un negociante oscuro, Secretario de Marina, a un Williams, que por medios tenebrosos subió de juez de aldea a senador, Secretario de Justicia; pero en aquella soledad terrible y desconocida del poder supremo, en que se sentía tan ignorante como vigilado, volvió los ojos al amigo fiel de consejo siempre entero, a Rawlins, a quien el estar cerca de la muerte, que le llegó poco después, no estorbó para asesorar bravamente a su jefe, mientras vivió cerca de él como Secretario de la Guerra. Y mientras Rawlins está en el Gabinete, ladrones y malos consejeros se tienen a la puerta: acechando, sí, mas lejos. Luego que Rawlins desaparece ¿cómo ha de gobernar en tan complicados asuntos quien los desdeña de propósito y nada sabe de ellos? Va como barco perdido, donde los vientos lo llevan. Al que le da consejo, le frunce el ceño y lo rechaza; pero él busca a pesar suyo opinión en lo que ignora y necesita saber; por lo que viene a ser, sin sentirlo, esclavo de los que le aconsejan de soslayo, y no como quien da, sino como quien recibe ideas.

La vanidad tiene el hígado sensible: tiene artes increíbles la lisonja. El que le adula, le sujeta. No sufre al que no le adula. Todo lo da al que aparenta creer en él,

y en su instintiva sabiduría, todo lo da, con singular lealtad hasta el peligro de su propio honor. ¿Qué ha de ser un hombre ignorante en el gobierno, sino la presa natural de los que conocen y halagan sus defectos?

Su complacencia en su personalidad lo expone a que le lleguen a hacer creer que el gobierno, es cosa suya como la nación, que sin él no existiría, y no será cuerda si no se deja guiar de él. Como prolongación de sí, mira a todos los suyos, y a cuantos le defienden su persona y voluntades, y como si cumpliese un deber de la nación, no deja pariente, o amigo de pariente a quien no ponga en buen puesto, de tal modo que a poco viene a ser llamado su gobierno "el gobierno de los cuñados". Por facilidad de admiración los unos, por deslumbramiento del poder los otros, por la necesidad de sus favores, acatan sin contradicción y sirven con exceso sus deseos originales, autocráticos, cuando no atentatorios, o aquellos de sus lisonjeadores poderosos que se valen de él para abatir a sus enemigos políticos en el Norte, o constituir en capital permanente de poder y de las elecciones que lo aseguran, el temor del Norte al renacimiento de la guerra en el Sur: y hasta su natural magnanimidad con los rebeldes que en nadie hubiera sido mayor, se la envenenan, pintándole como desagradecimiento del Sur, la resistencia legítima de los estados vencidos a ser tratados con abuso por los empleados del Norte. Hábilmente azuzados, su hábito del mando y su falta de costumbre de oír y obedecer, va hasta a prohijar un plan inicuo, que a tiempo se descubre e inutiliza, de amordazar la prensa libre que lo censura, instituyendo en Washington un tribunal especial de jueces manejables que conozcan de los "delitos" de la prensa política en toda la Nación.

Estimulado en su necesidad de expansión y marcha, y en acuerdo con su desconocimiento del espíritu y forma de las leyes, manda a su secretario privado, so pretexto de reconocer la bahía de Samaná, a celebrar, sin intervención de la autoridad diplomática legítima, un tratado de anexión con el gobierno de Santo Domingo, contra el que Sumner, en el Senado protesta con indignación, tanto por la violenta manera con que en él aparece sometido a la voluntad de un deseador poderoso, un pueblo débil, como por el peligro que corren las instituciones republicanas con un gobernante que usurpa a la nación sus facultades legítimas, y para obtener el reconocimiento de su usurpación en el Senado y en la Casa de Representantes, entra en tratos bochornosos con miembros de uno y otra, y promete en la sombra su apoyo a proyectos reprensibles a cambio del voto de sus cómplices en favor del proyecto de anexión y la manera de tratarla; y era lo mísero de este caso, no solo que el pueblo que mantiene sobre la tierra la eficacia de la libertad quisiese violar, como en realidad violaba, la ajena en un pueblo gallardo, aunque pequeño; sino que con gran razón se sospechaba que una camarilla de especuladores, valiéndose del espíritu de acometimiento y conquista que conocían en Grant sus familiares, le había inspirado la idea de la anexión, para repartirse luego entre sí; y fuera de él, sus provechos.

Y así iba, sin brújula, el gobierno, ya en el primer término de gobierno de Grant, ya en el segundo, que le fue asegurado por aquel candor íntimo suyo que le hacía aparecer al cabo, como en verdad era, inocente en los abusos que sus amigos hacían de su ciego apego a los que le mostraban lealtad; y por aquel arraigado amor en que su pueblo le tenía como a su más preciado héroe, con cuya presencia en la casa de gobierno, no bien acallado aún el Sur a lo que parecía se creía seguro; aunque, como a raíz de su segunda elección ya se hablase de asegurarle una tercera, se levantó un clamor de miedo y de ira que puso respeto a sus más atrevidos partidarios;—y por más que la opinión pública se resistiese siempre con igual tenacidad a culpar a Grant de los robos escandalosos de sus secretarios en que aparecían complicados a veces su mismo hermano y sus más próximos parientes, de los hurtos de impuestos públicos autorizados a grandes corporaciones por los empleados de la Hacienda que aprovechaban en ellos, del atentado revelado por los defraudadores que aseguraban haber dejado de pagar sus cuotas al tesoro público para aplicarlas a los gastos de la elección de Grant a un tercer término de gobierno, por más que se observase en el pueblo americano la voluntad, no desmentida hasta la muerte de Grant, en conflictos aún más dolorosos, de explicar, de manera honrosa para él, por su candor de soldado y por su lealtad de amigo, aquel sometimiento de la persona pública a su propia persona, aquel abuso de los puestos nacionales en favor de secuaces indignos y de culpables relacionados, aquella inaudita torpeza en la elección de hombres maculados, oscuros e incapaces para los destinos de más momento y representación de la República, aquellas desconcertadas tentativas, acentuadas más que desmentidas en la carta en que se vio obligado a dar cuenta de ellas, hacia el aseguramiento de un poder a cuya permanencia tendían a toda luz los consejeros íntimos del deslucido Presidente; por más que se excusasen su silencio descortés, su desagrado manifiesto de oír las opiniones propias de sus secretarios oficiales, su determinación de hacer acatar en torno suyo sin resistencia su voluntad, inspirada si original, en los asuntos públicos, con aquella severa cortesanía que se notaba en sus modales y en sus expresiones, aquella humilde manera suya para con sus subordinados, aquella modestia de su persona exterior que en él, como en tantos otros, parecía en realidad no ser más que hábil cobertor de las inmodestias temibles de adentro,—ello fue que, ni todo el brillo de su viaje ostentoso alrededor del mundo, en que la grandeza de su pueblo fue reconocida y festejada en su persona, pudo mover a su pueblo a elegirlo por tercera vez a la presidencia de la República. Perdió su majestad, por haber comprometido la de las leyes.

¡Ay de sus años últimos! en que ni se fatigó su ansia de poder, encaminada ahora innecesariamente hacia la riqueza, cuando sus amigos le habían asegurado la renta vitalicia de un caudal de doscientos cincuenta mil pesos; ni cejó en su afán de expandirse y marchar en que su misteriosa cualidad de héroe negociante le llevó a curiosear

por Cuba y México y a aconsejar con su nombre a la cabeza, la continuación sobre México de la red de ferrocarriles norteamericanos; ni su pueblo se cansó tampoco de poner a la parte de sus asociados en su catástrofe en los negocios la culpa que [a] primera vista resultaba también de él. Los que le conocían, no lo dejaban en la prensa de la mano, como si supiesen que alrededor suyo se movía, con él por centro, un partido de fuerza que, al menor descuido u ocasión, con el amparo de los monopolios enormes que necesitan defenderse de las clases llanas, cuyo porvenir y bienestar impiden, se levantase por sobre las leyes de la República.

Profundamente generoso, o decoroso o discreto es este pueblo norteamericano, que parece, al mirarlo por encima, egoísta y desatento ¿cómo, si no, explicarse la tenaz bondad con que se negó a reconocer en Grant culpa alguna en el manejo escandaloso, en la colosal estafa, de la casa de comercio que abusó de su nombre, y logró su firma en documentos graves; y se condujo por derriscaderos tan semejantes a los que recorrieron sus años de gobierno que siendo él la persona que en ambas existía, el repetirse entre personas extrañas como que indicaba que las faltas eran suyas? Y no; no eran de él: permitir vagamente un engaño que creía útil, podía acaso; mas nunca aprovechar a sabiendas de una ganancia inmunda. Fue aquel afán de principalidad visible; aquel perpetuo clamor interno de encabezamiento y mando; aquella falta de intelectualidad y hermosura que embelleciesen su carácter primario de fuerza; aquella importunada incapacidad en que este le tenía de reconocer la dulce majestad de la modestia, y el influjo mayor que, aun en las cosas prácticas ejerce en las verdaderas repúblicas el que no se prevale de los servicios prestados para sobreponerse a ellas.

Pero vino a la postre su enfermedad, a cerrar, de luminosa y singular manera aquella vida, ora brillante, culpable ora, que fue de propia fuerza y por la magnitud de sus servicios innegable y definitivamente ilustre. A otros parecerá término apropiado de aquella existencia, que mantuvo sin crueldad la obra política más grande imaginada por los hombres, el funeral pomposo que desde su casa mortuoria le vino haciendo su nación hasta su tumba en Riverside sobre la que extiende ahora sus ramas un retoño de la enredadera de la que fue tumba de Napoleón en Santa Elena. Les parecerá término bueno de aquella fecunda vida el tren de luto, que bajaba, sacudiendo al aire lluvioso sus cortinas negras, de la altiva montaña; la procesión de la milicia neoyorquina que acompañó, poco después de una tempestad, su cadáver de la estación del camino de hierro al vestíbulo de la Casa de Ayuntamiento, convertido en cripta fúnebre: el cortejo interminable, el cortejo incansable, de hombres y mujeres, de negros, de blancos, de artesanos que volvían de su labor, de soldados que habían peleado en sus filas, de curiosos que en dos días y dos noches no se depletó un instante, a lo largo de una milla: de la casa municipal, para venir a ver su cuerpo; el día, en suma, del solemne entierro, declarado día de plegaria para toda la nación, en que el enorme catafalco que llevó sus

restos a la fosa, tirado por veinticuatro caballos negros, paseó las calles enlutadas de Nueva York, henchidas de gente, que desde la madrugada anterior esperaba acurrucada en los quicios, colgada en los aleros, montada en los postes de telégrafo, apiñada en balcones pagados a alto precio, para ver pasar al general Hancock con su estado mayor de generales, y uno del Sur entre ellos; a tanto regimiento apuesto de milicias; al batallón de Virginia, acorralado por Grant en la guerra; a los que lo acorralaron a las órdenes de Grant; al muerto, ante quien todas las cabezas quedaban descubiertas; y al Presidente de la República, en un coche con sus caballos negros, y a los dos expresidentes, y a quinientos carruajes, llenos de prohombres, de secretarios del Estado, de gobernadores, de obispos, de generales, para ver pasar, envueltas en sus largos velos, a la hija y las nueras del gran muerto.

Mas no fue eso lo que cerró luminosamente aquella vida; sino el superior espíritu que en la prolongada espera de la muerte, soportada con singular entereza por aquel anciano carcomido, fue sacando a actos y palabras de eficaz ternura lo mejor de su energía natural, oscurecida por los apetitos y trances vulgares de la existencia. Un soberano recogimiento puso a aquel hombre en la conciencia clara de la grandeza verdadera de su vida; y, al preparar su propia historia de la guerra, que será el caudal único que deje a sus hijos, y cuyas últimas páginas ha escrito jadeante y con los sudores de la agonía, sobre los bordes mismos del sepulcro, como polvillo de escultura roída caían ante él las vanidades a que, con apariencia de humildad, dio en otro tiempo tanto aprecio; y por aquella gracia genuina de los caracteres primarios que les permite elevarse, apenas les favorece alguna condición, al superior sentido de la grandeza del espíritu, ni vio, ni estimó, ni recordó de su obra más que aquellas hazañas necesarias en que solo fue magno en el pelear para serlo más en la manera de vencer.

Desde sus ojos profundos, enternecidos por el agradecimiento al pueblo bueno que le perdonaba sus errores y lo miraba en su hora de morir, contemplaba con un digno y elevado cariño a los héroes equivocados a quienes le fue dado un día combatir sin reposo y someter sin ira; y su mano descarnada, extendida al Sur desde la orilla de su tumba con buena voluntad, ha sido recogida por amorosa admiración, como tesoro nacional, por sus gallardos enemigos. La nación de los hombres ha empezado, y este muerto, a pesar de sus grandes errores, ayudó a abrir camino para ella.

José Martí

La Nación, Buenos Aires, 27 de septiembre de 1885.
OCEC, t. 22, pp. 156-190.

Fiestas de la Estatua de la Libertad

Breve invocación.—Admirable aspecto de Nueva York en la mañana del 28 de octubre.—Los preparativos de la parada.—El escultor Bartholdi.—Aparición de la estatua.—El fragor de los saludos.—Imponente escena.—La plegaria del sacerdote.—Cleveland y su discurso.—La bendición del obispo.—¡Adiós, mi único amor!

Nueva York, octubre 29 de 1886

Señor Director de *La Nación:*

Terrible es, libertad, hablar de ti para el que no te tiene. Una fiera vencida por el domador no dobla la rodilla con más ira. Se conoce la hondura del infierno, y se mira desde ella, en su arrogancia de sol, al hombre vivo. Se muerde el aire, como muerde una hiena el hierro de su jaula. Se retuerce el espíritu en el cuerpo como un envenenado.

Del fango de las calles quisiera hacerse el miserable que vive sin libertad la vestidura que le asienta. Los que te tienen, oh libertad, no te conocen. Los que no te tienen no deben hablar de ti, sino conquistarte.

Pero levántate ¡oh insecto! que toda la ciudad está llena de águilas. Anda aunque sea a rastras: mira, aunque se te salten los ojos de vergüenza. Escúrrete, como un lacayo abofeteado, entre ese ejército resplandeciente de señores. ¡Anda, aunque sientas que a pedazos se va cayendo la carne de tu cuerpo! ¡Ah! pero si supieran cuánto lloras, te levantarían del suelo, como a un herido de muerte: ¡y tú también sabrías alzar el brazo hacia la eternidad!

Levántate, oh insecto, que la ciudad es una oda. Las almas dan sonidos, como los más acordes instrumentos. Y está oscuro, y no hay sol en el cielo, porque toda la luz está en las almas. Florece en las entrañas de los hombres.

¡Libertad, es tu hora de llegada! El mundo entero te ha traído hasta estas playas, tirando de tu carro de victoria. Aquí estás como el sueño del poeta, grande como el espacio de la tierra al cielo.

Ese ruido es el del triunfo que descansa.

Esa oscuridad no es la del día lluvioso, ni del pardo octubre, sino la del polvo, sombreado por la muerte, que tu carro ha levantado en su camino.

Yo los veo, con la espada desenvainada, con la cabeza en las manos, con los miembros deshuesados como un montón informe, con las llamas enroscadas alrededor del cuerpo, con el vapor de la vida escapándose de su frente rota en forma de alas. Túnicas, armaduras, rollos de pergamino, escudos, libros, todo a tus pies se amasa y resplandece; y tú imperas al fin por sobre las ciudades del interés y las columnas de la guerra ¡oh aroma del mundo! ¡oh diosa hija del hombre!

El hombre crece: ¡mira como ya no cabe en las iglesias, y escoge el cielo como único templo digno de cobijar a su deidad! Pero tú, oh maravilla, creces al mismo tiempo que el hombre; y los ejércitos, y la ciudad entera, y los barcos empavesados que van a celebrarte llegan hasta tus plantas veladas por la niebla, como las conchas de colores que sacude sobre la roca el mar sombrío, cuando el espíritu de la tempestad, envuelto en rayos, recorre el cielo en una nube negra.

¡Tienes razón, libertad, en revelarte al mundo en un día oscuro, porque aún no puedes estar satisfecha de ti misma! ¡Y tú, corazón sin fiesta, canta la fiesta!

Ayer fue, día 28 de octubre, cuando los Estados Unidos aceptaron solemnemente la Estatua de la Libertad que les ha regalado el pueblo de Francia, en memoria del 4 de Julio de 1776, en que declararon su independencia de Inglaterra, ganada con ayuda de sangre francesa. Estaba áspero el día, el aire ceniciento, lodosas las calles, la llovizna terca; pero pocas veces ha sido tan vivo el júbilo del hombre.

Sentíase un gozo apacible, como si suavizase un bálsamo las almas: las frentes en que no es escasa la luz la enseñaban mejor, y aun de los espíritus opacos surgía, con un arranque de ola, ese delicioso instinto del decoro humano que da esplendor a los rostros más oscuros.

La emoción era gigante. El movimiento tenía algo de cordillera de montañas. En las calles no se veía punto vacío. Los dos ríos parecían tierra firme. Los vapores, vestidos de perla por la bruma, maniobraban rueda a rueda repletos de gente. Gemía bajo su carga de transeúntes el Puente de Brooklyn. New York y sus suburbios, como quien está invitado a una boda, se habían levantado temprano. Y en el gentío que a paso alegre llenaba las calles no había cosa más bella, ni los trabajadores olvidados de sus penas, ni las mujeres, ni los niños, que los viejos venidos del campo, con su corbatín y su gabán flotante, a saludar en la estatua que lo conmemora el heroico espíritu de aquel marqués de La Fayette, a quien de mozos salieron a recibir con palmas y con ramos, porque amó a Washington y lo ayudó a hacer su pueblo libre.

Un grano de poesía sazona un siglo. ¿Quién no recuerda aquella amistad hermosa? Grave era Washington y de más edad: a La Fayette no le asomaba el bozo;

pero en los dos había, bajo diversa envoltura, aquella ciega determinación y facultad de ascenso en que se confunden los grandes caracteres. Mujer y monarca dejó aquel noble niño por ayudar a las tropas infelices que del lado de América echaban sobre el mar al rey inglés, y ponían en sublimes palabras los mandamientos de la Enciclopedia, por donde la especie humana anunció su virilidad, con no menor estruendo que el que acompañó la revelación de su infancia en el Sinaí.

Iba la aurora con aquel héroe de cabellos rubios; y el hombre en marcha gustaba más a su alma fuerte que la pompa inicua con que en los hombros de vasallos hambrientos como santo en andas sobre cargadores descalzos, paseaba con luces de ópalo la majestad. Su rey le persigue, le persigue Inglaterra; pero su mujer le ayuda.

¡Dios tenga piedad del corazón heroico que no halla en el hogar acogida para sus nobles empresas! Deja su casa, y su riqueza regia: arma su barco: desde su barco escribe: "Íntimamente unida a la felicidad de la familia humana está la suerte de América, destinada a ser el asilo seguro de la virtud, la tolerancia y la libertad tranquila". ¡Qué tamaño el de esa alma, que depone todos los privilegios de la fortuna, para seguir en sus marchas por la nieve a un puñado de rebeldes mal vestidos! Salta a tierra: vuela al Congreso continental: "Quiero servir a América como voluntario y sin paga". En la tierra suceden cosas que esparcen por ella una claridad de cielo.

La humanidad parecía haber madurado en aquel cuerpo joven. Se muestra general de generales. Con una mano se sujeta la herida para mandar a vencer con la otra a los soldados que se preparaban a la fuga. De un centelleo de la espada recoge la columna dividida por un jefe traidor.

Si sus soldados van a pie, él va a pie. Si la república no tiene dinero, él, que le da su vida, le adelanta su fortuna: ¡he aquí un hombre que brilla, como si fuera todo de oro! Cuando su fama le ha devuelto el cariño de su rey, ve que puede aprovechar el odio de Francia a Inglaterra para echar de América a los ingleses abatidos.

El Congreso Continental le ciñe una espada de honor, y escribe al rey de Francia: "Recomendamos este noble joven a vuestra majestad por su prudencia en el consejo, su valor en el campo de batalla, y su paciencia en las privaciones de la guerra".

Le pide alas al mar. Francia, el primero de los pueblos, se cuelga de rosas para recibir a su héroe. "¡Es maravilla que La Fayette no se quiera llevar para su América los muebles de Versalles!" dice el ministro francés, cuando ya La Fayette cruza el océano con los auxilios de Francia a la República naciente, con el ejército de Rochambeau y la armada de De Grasse.

Washington mismo desesperaba en aquellos instantes de la victoria. Nobles franceses y labriegos americanos cierran contra el inglés Cornwallis y lo rinden en Yorktown.

Así aseguraron los Estados Unidos con el auxilio de Francia la independencia que aprendieron a desear en las ideas francesas. Y es tal el prestigio de un hecho heroico, que aquel marqués esbelto ha bastado para retener unidos durante un siglo a dos pueblos diversos en el calor del espíritu, la idea de la vida y el concepto mismo de la libertad, egoísta e interesada en los Estados Unidos, y en Francia generosa y expansiva. ¡Bendito sea el pueblo que irradia!

Sigamos, sigamos por las calles a la muchedumbre que de todas partes acude y las llena: hoy es el día en que se descubre el monumento que consagra la amistad de Washington y de La Fayette. Todas las lenguas asisten a la ceremonia.

La alegría viene de la gente llana. En los espíritus hay mucha bandera: en las casas poca. Las tribunas de pino embanderadas esperan, en el camino de la procesión, al Presidente de la República, a los delegados de Francia, al cuerpo diplomático, a los gobernadores de Estado, a los generales del ejército.

Aceras, portadas, balcones, aleros, todo se va cuajando de gozoso gentío. Muchos van por los muelles, a esperar la procesión naval, los buques de guerra, la flota de vapores, los remolcadores vocingleros que llevarán los invitados a la Isla de Bedloe, donde, cubierto aún el rostro con el pabellón francés, espera sobre su pedestal ciclópeo la escultura. Pero los más afluyen al camino de la gran parada.

Acá llega una banda. Allá viene un destacamento de bomberos, con su bomba antigua, montada sobre zancos: visten de calzón negro y blusa roja. Abre paso el gentío a un grupo de franceses, que van locos de gozo. Por allí llega otro grupo: uniforme muy lindo, todo realzado de cordones de oro, gran pantalón de franja, chacó con mucha pluma, mostacho fiero, cuerpo menudo, parla bullente, ojo negrísimo: es una compañía de voluntarios italianos. Por una esquina se divisa el ferrocarril elevado: arriba, el tren repleto: abajo, reparte sus patrullas la policía, bien cerrada en sus levitas azules de botón dorado. A nadie quita la lluvia la sonrisa.

Ya la multitud se repliega sobre las aceras, porque viene a caballo, empilándola con las ancas, la policía montada. Una mujer cruza la calle, llena la capa de hule de medallas de la estatua: de un lado está el monumento; de otro, el amable rostro del escultor Bartholdi. Allí va un hombre de mirada ansiosa, tomando apuntes a la par que anda. ¿Y Francia?

Ah, de Francia, poca gente habla. No hablan de La Fayette, ni saben de él. No se fijan en que se celebra un don magnífico del pueblo francés moderno al pueblo americano.

De La Fayette, hay una estatua en la plaza de la Unión; pero también la hizo Bartholdi, también la regaló Francia. Los literatos y los viejos de corbatín recuerdan solo al marqués admirable. En la caldera enorme hierve una vida nueva. Este pueblo en que cada uno vive con fatiga para sí, ama poco en realidad a aquel otro pueblo que ha abonado con su sangre toda semilla humana.

"Francia—dice un ingrato—nos ayudó porque su rey era enemigo de Inglaterra". "Francia—rumia otro en un rincón—nos regala la Estatua de la Libertad para que le dejemos acabar en paz el canal de Panamá".

"Laboulaye—dice otro—es el que nos regaló la estatua. Él quería poner freno inglés a la libertad francesa. Así como Jefferson aprendió en los enciclopedistas los principios de la declaración de independencia, así Laboulaye y Henry Martin quisieron llevar a Francia los métodos de gobierno que los Estados Unidos heredaron de la Magna Carta".

"Sí, sí: fue Laboulaye quien inspiró a Bartholdi: en su casa nació la idea: Ve, le dijo, y propón a los Estados Unidos construir con nosotros un monumento soberbio en conmemoración de su independencia: sí, la estatua quiso significar la admiración de los franceses prudentes a las prácticas pacíficas de la libertad americana".

Así nació la idea, como crece en lo alto del monte el hilo de agua que, hinchado en su carrera, entra al fin a ser parte del mar. En la tribuna están los delegados de Francia, el escultor, el orador, el periodista, el general, el almirante, el que une los mares y abre la tierra: aires franceses mariposean por la ciudad: el pabellón francés golpea en los balcones y flota en el tope de los edificios; pero lo que aviva todos los ojos y tiene alegres las almas, no es el don de una tierra generosa, que acaso no se recibe aquí con el entusiasmo que conviene, sino el desborde del placer humano, al ver erguido con estupenda firmeza en un símbolo de hermosura arrebatadora aquel instinto de la propia majestad que está en la médula de nuestros huesos, y es la raíz y gloria de la vida.

Vedlos: ¡todos revelan una alegría de resucitados! ¿No es este pueblo, a pesar de su rudeza, la casa hospitalaria de los oprimidos? De adentro vienen, fuera de la voluntad, las voces que impelen y aconsejan. Reflejos de bandera hay en los rostros: un dulce amor conmueve las entrañas: un superior sentido de soberanía saca la paz, y aun la belleza, a las facciones; y todos estos infelices, irlandeses, polacos, italianos, bohemios, alemanes, redimidos de la opresión o la miseria, celebran el monumento de la libertad porque en él les parece que se levantan y recobran a sí propios.

¡Vedlos correr, gozosos como náufragos que creen ver una vela salvadora, hacia los muelles desde donde la estatua se divisa! Son los más infelices, los que tienen miedo a las calles populosas y a la gente limpia: cigarreros pálidos, cargadores gibosos, italianas con sus pañuelos de colores: no corren como en las fiestas vulgares, con brutalidad y desorden, sino en masas amigas y sin ira: bajan del este, bajan del oeste, bajan de los callejones apiñados en lo pobre de la ciudad: los novios parecen casados: el marido da el brazo a su mujer: la madre arrastra a sus pequeñuelos: se preguntan, se animan, se agolpan por donde creen que la verán más cerca.

Ruedan en tanto entre los *hurrah* de la multitud las cureñas empavesadas por las calles suntuosas: parecen con sus lenguas de banderas, hablar y saludar los

edificios, enfrénanse, piafan y dejan en la playa a sus jinetes los ferrocarriles elevados, que giran sumisos, como aérea y humeante caballería: los vapores, cual cargados de un alma impaciente, ensayan el ala que los ata a la orilla; y allá, a lo lejos, envuelta en humo, como si la saludasen a la vez todos los incensarios de la tierra, se alza la estatua enorme, coronada de nubes como una montaña.

En la plaza de Madison es la fiesta mayor, porque allí, frente al impío monumento que recuerda la victoria ingloriosa de los norteamericanos sobre México, se levanta, cubierta de pabellones de los Estados Unidos y de Francia, la tribuna donde ha de ver la parada el Presidente. Todavía no ha llegado; pero la plaza es toda una cabeza. Surgen de entre la masa negra los cascos pardos de los policías. Cuelgan por las fachadas festones tricolores.

Parece un ramo de rosas en aquel campo oscuro la tribuna. De vez en cuando recorre un murmullo los grupos cercanos, como si de pronto se hubiera enriquecido el alma pública. ¡Es Lesseps que sube a la tribuna: es Spuller, el amigo de Gambetta, de ojos de acero y de cabeza fuerte: es Jaurés, valeroso, que sacó con gloria del combate de Mamers los doce mil soldados, mordidos de cerca por los alemanes: es Pelissier, que herido en Nogent-sur-Marne empuja con la mano pálida la rueda sus cañones: es el teniente Ney, que cuando sus franceses aterrados huían de una trinchera toda en fuego, abrió los brazos y afirmó el pie en tierra, y a empellones, bello el rostro con un resplandor de bronce encendido, echó a los cobardes sobre la boca terrible, y entró por ella: es Laussedat, el coronel canoso que amasó murallas con manos de joven contra las armas prusianas: es Bureaux de Pussy, que no dejó caer entre los enemigos la espada de su bisabuelo La Fayette: es Deschamps, el alcalde de París, que fue tres veces hecho prisionero por los alemanes, y se escapó tres veces: es el joven marino Villegente, figura viva de un cuadro de Neuville: es Caubert, abogado de espada, que quiso hacer con los abogados y los jueces una legión para sujetar el paso a Prusia: es Bigot, es Meunier, es Desmons, es Hielard, es Giroud, que han servido a la patria bravamente con la bolsa o la pluma: es Bartholdi, el creador de la estatua, el que en los ijares de la fortaleza de Belfort clavó su león sublime, el que forjó para Gambetta en plata aquella Alsacia desgarradora que maldice, el que lleva en sus ojos, melancólicos como los de los hombres verdaderamente grandes, todo el dolor del abanderado que en el regazo de su Alsacia muere, y toda la fe del niño en que a su lado la patria resucita.

No se vive sin sacar luz en familiaridad con lo enorme. El hábito de domar da al rostro de los escultores un aire de triunfo y rebeldía. Engrandece la simple capacidad de admirar lo grande, cuanto más el moldearlo, el acariciarlo, el ponerle alas, el sacar del espíritu en idea lo que a brazos, a miradas profundas, a golpes de cariño ha de ir encorvando y encendiendo el mármol y el bronce.

Este creador de montes nació con alma libre en la ciudad alsaciana de Colmar que le robó luego el alemán enemigo; y la hermosura y grandeza de la libertad tomaron a sus ojos, hechos a contemplar los colosos de Egipto, esas gigantes proporciones y majestad eminente a que la patria sube en el espíritu de los que viven sin ella: de la esperanza de la patria entera hizo Bartholdi su estatua soberana.

Jamás sin dolor profundo produjo el hombre obras verdaderamente bellas. Por eso va la estatua adelantando, como para pisar la tierra prometida; por eso tiene inclinada la cabeza, y un tinte de viudez en el semblante; por eso, como quien manda y guía, tiende su brazo fieramente al cielo.

¡A Alsacia, a Alsacia! dice toda ella; y a pedir la Alsacia para Francia ha venido esa virgen dolorosa, más que a alumbrar la libertad del mundo.

Disfraz abominable y losa fúnebre son las sonrisas y los pensamientos cuando se vive sin patria, o se ve en garras enemigas un pedazo de ella: un vapor de embriaguez perturba el juicio, sujeta la palabra, apaga el verso, y todo lo que produce entonces la mente nacional es deforme y vacío, a no ser lo que expresa el anhelo de las almas. ¿Quién siente mejor la ausencia de un bien que el que lo ha poseído y lo pierde? De la vehemencia de los dolores viene la grandeza de su representación.

Ved a Bartholdi, que toma su puesto en la tribuna saludado amorosamente por sus compañeros: una vaga tristeza le baña el semblante: un dolor casto le luce en los ojos: anda como en un sueño: mira hacia lo que no se ve: hacen pensar en los cipreses y en las banderas rotas los cabellos inquietos que caen sobre su frente.

Ved a los diputados: todos ellos han sido escogidos entre los que pelearon con mayor bravura en la guerra en que perdió Francia a la Alsacia.

Ved a Spuller, el amigo de Gambetta, en la fiesta que dio en honra de sus compatriotas el Círculo francés de la Armonía. ¿Habían hablado de vagos cumplimientos, de histórica fraternidad, de abstracciones generosas?

Vino sobre las luces Spuller, como viniera un león: comenzó como una plegaria su discurso: hablaba lenta y dolorosamente, como quien lleva una vergüenza encima: en un augusto y lloroso silencio se iba tendiendo su inflamada palabra: cuando la recogió, todo el teatro estaba en pie, envolvía a Spuller una bandera invisible: el aire retemblaba, como un acero sacudido: ¡A Alsacia! ¡A Alsacia!

Spuller trae ahora baja la cabeza, como todos aquellos que se recogen para acometer.

Desde aquella tribuna, juntos vieron los delegados franceses, con los prohombres de la República en torno al presidente Cleveland, la parada de fiesta con que celebró New York la inauguración de la estatua: ríos de bayonetas: millas de camisas rojas: milicianos grises, azules y verdes: una mancha de gorros blancos en la escuadra; en un carro llevan al Monitor en miniatura, y va a la rueda un niño vestido de marino.

Pasa la artillería, con sus soldados de uniforme azul; la policía, con su marcha pesada; la caballería, con sus solapas amarillas: a un lado y otro las dos aceras negras. El *hurrah* que empezaba al pie del Parque Central, coreado de boca en boca, iba a morir en el estruendo de la batería. Pasan los estudiantes de Columbia, con sus gorros cuadrados; pasan en coches los veteranos, los inválidos y los jueces; pasan los negros; y redoblan las músicas, y por toda la vía los va siguiendo un himno.

Aplaude la tribuna el paso firme de la milicia elegante del 7° regimiento: va muy bella en sus capas de campaña la milicia del regimiento 22: dos niñas alemanas, que vienen con una compañía, le dan al Presidente dos cestos de flores; apenas puede hablar una criatura vestida de azul que alcanza a Lesseps un estandarte de seda para Bartholdi: vuela *La Marsellesa*, con su clarín de oro, por toda la procesión; el Presidente, con la cabeza descubierta, saluda a los pabellones desgarrados: humillan sus colores las compañías cuando cruzan delante de la tribuna, y los oficiales de la milicia francesa besan al llegar a ella el puño de su espada. Pasan las mangas sin brazo, entre frenéticos saludos de las aceras, tribunas y balcones: pasan los banderines atravesados por las balas: pasan las piernas de madera.

A rastras viene un viejo en su capote de color de tórtola, y la ciudad entera le quiere dar la mano: hala su cuerpo roto bravamente, como haló en su mocedad en el tiempo de los voluntarios las bombas de incendio: se rompió los brazos por recibir en ellos a un niño encendido: por salvar a un anciano se dejó caer una pared sobre las piernas: los bomberos le siguen, en sus trajes de antes, tirando de las cuerdas que arrastran las bombas: y cuando, cuidada como una niña, toda llena de plata y de flores, viene a la zaga de los mozos de camisa roja la bomba más antigua tambaleando en sus ligeras ruedas, desbócase sobre el gentío, a apagar un incendio cercano, una de las bombas modernas formidables. Deja el aire caliente y herido. Negro es el humo y los caballos negros. Derriba carros y atropella gentes. Bocanadas de chispas dan un color rojizo a la humareda.

Sigue desalado el carro de las escalas, como en una nube: rueda tras él la enorme torre de agua, con fragor de artillería.

Se oye una campana que parece una orden: el gentío se aparta con respeto, y pasa en una ambulancia un hombre herido. A lo lejos se oían los regimientos. Con su clarín de oro volaba sobre la ciudad *La Marsellesa*.

Entonces los espíritus, llegada la hora de descorrer el pabellón que velaba el rostro de la estatua, bulleron de manera que pareció que se cubría el cielo en un toldo de águilas. Era prisa de novio la que empujaba a la ciudad a los vapores.

Los vapores mismos, orlados de banderas, parecían guirnaldas, y sonreían, cuchicheaban, se movían alegres y precipitados, como las niñas que hacen de testigos en las bodas.

Un respeto profundo engrandecía los pensamientos como si la fiesta de la libertad evocase ante los ojos todos los que han perecido por conquistarla. ¡Qué

batalla de sombras surgía sobre las cabezas! ¡qué picas, qué rodelas, qué muertes esculturales, qué agonías soberanas! La sombra de un solo combatiente llenaba una plaza. Se erguían, abrían los brazos, miraban a los hombres como si los creasen, y emprendían el vuelo.

La claridad que hendía de súbito la atmósfera oscura no eran rayos del sol, sino los cortes de los escudos en la niebla, por donde descendía la luz de la batalla. Lidiaban, sucumbían, morían cantando: tal, por sobre el de los campanarios y los cañones—es el himno de triunfo que conviene a esta estatua hecha, más que de bronce, de todo lo que en el alma humana es oda y sol.

Un cañonazo, un vuelo de campanas, una columna de humo fueron la bahía y ciudad de Nueva York desde que cerró la parada hasta que, al caer el crepúsculo, acabaron las fiestas en la isla donde se eleva el monumento.

¡A encías desdentadas se asemejaban diosa como la tempestad y amable como el cielo! Vuelven en su presencia los ojos secos a saber lo que son lágrimas. Parecía que las almas se abrían, y volaban a cobijarse en los pliegues de su túnica, a murmurar en sus oídos, a posarse en sus hombros, a morir, como las mariposas en su luz. Parecía viva: el humo de los vapores la envolvía: una vaga claridad la coronaba: era en verdad como un altar, con los vapores arrodillados a sus pies! ¡Ni el Apolo de Rodas, con la urna de fuego sobre su cabeza y la saeta de la luz en la mano fue más alto! Ni el Júpiter de Fidias, todo de oro y marfil, hijo del tiempo en que aún eran mujeres los hombres. Ni la estatua de Sumnat de los hindúes, incrustada, como su fantasía, de piedras preciosas. Ni las dos estatuas sedentes de Tebas, cautivas como el alma del desierto en sus pedestales tallados. Ni los cuatro colosos que defienden, en la boca de la tierra, el templo de Ipsambul. Más grande que el *San Carlos Borromeo*, de torpe bronce, en el cerro de Arona, junto al lago; más grande que la *Virgen* de Puy, concebida sin alas, sobre el monte que ampara al caserío; más grande que el *Arminio* de los queruscos, que se alza por sobre la puerta de Teutoburg citando con su espada las tribus germánicas para anonadar las legiones de Varo; más grande que la *Germania* de Niederwald, infecunda hermosura acorazada que no abre los brazos; más grande que la *Baviera* de Shwanthaler que se corona soberbiamente en el llano de Munich, con un león a las plantas,—por sobre las iglesias de todos los credos y por sobre las obras todas de los hombres se levanta de las entrañas de una estrella la *Libertad iluminando al mundo*, sin león y sin espada. Está hecha de todo el arte del universo, como está hecha la libertad de todos los padecimientos de los hombres.

De Moisés tiene las tablas de la ley; de la Minerva el brazo levantado; del Apolo la llama de la antorcha: de la Esfinge el misterio de la faz: del cristianismo la diadema aérea.

Como los montes, de las profundidades de la tierra ha surgido esta estatua, "inmensidad de idea en una inmensidad de forma", de la valiente aspiración del alma humana.

El alma humana es paz, luz y pureza; sencilla en los vestidos, buscando el cielo por su natural morada. Los cintos le queman; desdeña las coronas que esconden la frente; ama la desnudez, símbolo de la naturaleza; para en la luz de donde fue nacida.

La túnica y el *peplum* le convienen, para abrigarse del desamor y el deseo impuro: le sienta la tristeza, que desaparecerá solo de sus ojos cuando todos los hombres se amen: va bien en pies desnudos, como quien solo en el corazón siente la vida: hecha del fuego de sus pensamientos, brota la diadema naturalmente de sus sienes, y tal como remata en cumbre el monte, toda la estatua, en lo alto de la antorcha, se condensa en luz.

Pequeña como una amapola lucía a los pies de la estatua la ancha tribuna, construida para celebrar la fiesta con pinos frescos y pabellones vírgenes. Los invitados más favorecidos ocupaban la explanada frente a la tribuna. La isla entera parecía un solo ser humano.

¡No se concibe cómo voceó este pueblo, cuando su Presidente, nacido como él de la mesa del trabajo, puso el pie en la lancha de honor para ir a recibir la imagen en que cada hombre se ve como redimido y encumbrado!

Solo los estremecimientos de la tierra dan idea de explosión semejante.

El clamor de los hombres moría ahogado por el estampido de los cañones: de las calderas de las fábricas y los buques se exhalaba a la vez el vapor preso con un júbilo loco, conmovedor y salvaje: ya parecía el alma india, que pasaba a caballo por el cielo, con su clamor de guerra: ya que, sacudiendo al encorvarse las campanas todas, se arrodillaban las iglesias: ya eran débiles o estridentes, imitados por las chimeneas de los vapores, los cantos del gallo con que se simboliza el triunfo.

Se hizo pueril lo enorme: traveseaba el vapor en las calderas: jugueteaban por la neblina los remolcadores: azuzaba la concurrencia de los vapores a sus músicas: los fogoneros vestidos de oro por el resplandor del fuego, henchían de carbón las máquinas: por entre la nube de humo se veía a los marineros de la armada, de pie sobre las vergas.

En vano pedía silencio desde la tribuna, moviendo su sombrero negro de tres picos, el mayor general de los ejércitos americanos: ni la plegaria misma del sacerdote Storrs, perdida en la confusión, acalló el vocerío: pero Lesseps, Lesseps, con su cabeza de ochenta años desnuda, bajo la lluvia, supo domarlo. Jamás se olvidará aquel espectáculo magnífico. Más que de un paso, de un salto se puso en pie el gran viejo.

Es pequeño: cabe en el hueco de la mano de la Estatua de la Libertad; pero rompió a hablar con voz tan segura y fresca que la concurrencia ilustre, arrebatada

y seducida, saludó con un vítor que no parecía acabar a aquel monumento humano. ¿Qué era el estruendo, el vocear de las máquinas, el cañonear de los barcos, el monumento arriba, a aquel hombre hecho a tajar la tierra y a enlazar los mares?

¿No hizo reír, reír delante de la estatua, con su primera frase? "El vapor, señores, nos ha hecho progresar de una manera pasmosa; pero en este momento nos hace mucho daño".

¡Viejo maravilloso! Los americanos no lo quieren, porque hace a pesar de ellos lo que ellos no tuvieron el valor de hacer; pero con su primera frase sedujo a los americanos. Luego leyó su discurso, escrito por su misma mano en páginas sueltas, blancas y grandes. Decía cosas de familia, o daba forma familiar a las cosas más graves: se ve en su modo de frasear cómo le ha sido fácil alterar la tierra: cada idea, breve como una nuez, lleva adentro un monte.

No se está quieto cuando habla: se vuelve hacia todos los lados, como para dar a todo el mundo el rostro: algunas frases las dice, y las apoya con toda la cabeza, como si las quisiera clavar: habla un francés marcial, que suena a bronce: su gesto favorito es levantar rápidamente el brazo: sabe que por la tierra se ha de pasar venciendo: la voz, lejos de extinguírsele, le crece con el discurso: sus frases cortas ondean y acaban en punta como los gallardetes: el gobierno americano lo convidó a la fiesta, como el primero de los franceses.

"Me he dado prisa a venir, dice poniendo la mano sobre el pabellón de Francia que viste el antepecho de la tribuna: la erección de la Estatua de la Libertad honra a los que la concibieron, y a los que la han comprendido aceptándola". Francia es para él la madre de los pueblos, y con egregia habilidad, deja caer en su discurso este juicio de Hepworth Dixon sin contradecirlo: "Un historiador inglés, Hepworth Dixon, después de decir en su obra sobre la Nueva América que vuestra Constitución no es producto del suelo, ni procede del espíritu inglés, ha añadido: 'se puede, por lo contrario, considerarla como una planta exótica nacida en la atmósfera de Francia'".

No se detiene en símbolos, sino en objetos. Las cosas a sus ojos son por aquello para que sirven. Por la Estatua de la Libertad va él a su canal de Panamá. "Gustáis de los hombres que osan y que perseveran: yo digo como vosotros: *go ahead*: ¡nosotros nos entendemos cuando yo uso este lenguaje!"

¡Ah, piadoso viejo: antes de que se siente, premiado por los aplausos de sus enemigos mismos, rendidos y maravillados, démosle gracias, allá, en la América que no ha tenido todavía su fiesta, porque recordó nuestros pueblos y pronunció nuestro nombre olvidado en el día histórico en que América consagró a la libertad: ¿pues quién sabe morir por ella mejor que nosotros? ¿y amarla más?

"¡Hasta luego, en Panamá! donde el pabellón de las treinta y ocho estrellas de la América del Norte irá a flotar al lado de las banderas de los Estados

independientes de la América del Sur, y formará en el nuevo mundo, para el bien de la humanidad, la alianza pacífica y fecunda de la raza francolatina y de la raza anglosajona".

¡Buen viejo, que encanta a las serpientes! ¡Alma clara, que nos ve lo grande del corazón bajo los vestidos manchados de sangre! A ti, que hablaste de la libertad como si fuera tu hija, la otra América te ama!

Y antes de que se levantara el senador Evarts a ofrecer la estatua al Presidente de los Estados Unidos en nombre de la Comisión americana, la concurrencia, conmovida por Lesseps, quiso saludar a Bartholdi, que con feliz modestia se levantó a dar las gracias al público desde su asiento en la tribuna. Nunca habla el senador Evarts sin noble lenguaje y superior sentido, y es su elocuencia diestra y genuina, que va a las almas porque nace de ellas.

Pero la voz se le apagaba, cuando leía en páginas estrechas el discurso en que pinta, con frase llena de cintas y pompones, la generosidad de Francia.

Y después de Lesseps, parecía una caña abatida: ya en la cabeza no tiene más que frente: apenas puede abrirse paso la inspiración por su rostro enjuto y apergaminado: viste gabán, y lleva el cuello vuelto; le cubría la cabeza un gorro negro.

Y cuando inopinadamente, en medio de su discurso, creyeron llegada la hora de descorrer, como estaba previsto, el pabellón que cubría el rostro de la estatua, la escuadra, la flotilla, la ciudad, rompió en un grito unánime que parecía ir subiendo por el cielo como un escudo de bronce resonante: ¡Pompa asombrosa y majestad sublime!; nunca ante altar alguno, se postró un pueblo con tanta reverencia!; los hombres pasmados de su pequeñez, se miraban al pie del pedestal, como si hubieran caído de su propia altura: el cañón a lo lejos retemblaba: en el humo los mástiles se perdían: el grito, fortalecido, cubría el aire: la estatua, allá en las nubes, aparecía como una madre inmensa.

Digno de hablar ante ella pareció a todos el presidente Cleveland. Él también tiene estilo de médula, acento sincero, y voz simpática, clara y robusta. Sugiere más que explica. Dijo esas cosas amplias y elevadas que están bien frente a los monumentos. Con una mano tenía asido el borde de la tribuna, y la derecha la hundió en el pecho bajo la solapa de la levita. Mira con ese amable desafío que sienta a los vencedores honrados.

¿No se ha de perdonar un poco de altivez a quien sabe que, por ser puro, está lleno de enemigos? Su carne es gruesa y mucha; pero la inteligencia la echa atrás. Aparece como es, bueno y enérgico. Lesseps lo miraba cariñosamente, como si se estuviera haciendo de él un amigo.

También él, como Lesseps, habló con la cabeza descubierta. Sus palabras solicitan el aplauso, más que por la pompa de la frase y autoridad del ademán, por lo vibrante del acento y firme del sentido. Si vaciasen la estatua en palabras, eso mismo diría:

"Esta muestra del afecto y consideración del pueblo de Francia demuestra el parentesco de las repúblicas, y nos asegura de que en nuestros esfuerzos para recomendar a los hombres la excelencia de un gobierno fundado en la voluntad popular, tenemos del otro lado del continente americano una firme aliada". "No estamos aquí hoy para doblar la cabeza ante la imagen de un dios belicoso y temible, lleno de rabia y venganza, sino para contemplar con júbilo a nuestra deidad propia, guardando y vigilando las puertas de América, más grande que todas las que celebraron los cantos antiguos: y en vez de asir en su mano los rayos del terror y de la muerte, levanta al cielo la luz que ilumina el camino de la emancipación del hombre". Nació de los corazones cariñosos el largo aplauso que premió a este hombre honrado.

Chauncey Depew, "el orador de plata", comenzó enseguida la oración de la fiesta. Bella hubo de ser, para sujetar sin fatiga, ya al caer la tarde, la atención del concurso.

¿Quién es Chauncey Depew? Todo lo que puede ser el talento, sin la generosidad.

Ferrocarriles son sus ocupaciones; millones sus cifras; emperadores su público; los Vanderbilt, sus mecenas y amigos. El hombre le importa poco; le importa más el ferrocarril. Tiene el ojo rapaz, la frente ancha y altiva, la nariz corva, el labio superior fino y estrecho, la barba lampiña larga y en punta: y aquí se miran en él por lo armonioso y brillante de su lenguaje, lo agresivo y agudo de su voluntad, y lo listo y seguro de su juicio. Su estilo, fresco y versátil, no chispea ahora como suele en sus oraciones celebradísimas de sobremesa; ni expone con cerrada lógica, como en sus casos de abogado y director de caminos de hierro; ni tunde a sus adversarios sin misericordia como es fama que hace en los malignos y temibles ejercicios de las asambleas políticas: sino cuenta en encendidas frases la vida generosa de aquel que, no satisfecho de haber ayudado a Washington a fundar su pueblo, volvió ¡bendito sea el marqués de La Fayette! a pedir al Congreso norteamericano que diese libertad a "sus hermanos los negros".

Pintó Depew con encendidos párrafos, las pláticas amigas de La Fayette y Washington en el hogar modesto de Mount Vernon, y aquel adiós del marqués "purificado por las batallas y las privaciones" al Congreso de América, en que veía él "un templo inmenso de la libertad, una lección para los opresores, y una esperanza para los oprimidos de la tierra".

Ni el "noventa y tres" lo aterró, ni el calabozo de Olmütz lo domó, ni la victoria de Napoleón lo convenció: ¿qué son, para quien siente de veras la libertad en el alma, más que acicates las persecuciones y bombas de jabón [de] los imperios injustos de la tierra? Estos hombres de instinto guían el mundo. Raciocinan después que obran.

El pensamiento corrige sus errores; pero no posee la virtud de sus arrebatos. Sienten y empujan. ¡Así, por la voluntad de la naturaleza, en la historia de los hombres está escrito!

Magistrado parecía Chauncey Depew cuando, sacudiendo sobre su cabeza cubierta de un gorro de seda el brazo en que temblaba el dedo índice, reunía en cuadro admirable los beneficios de que goza el hombre en esta tierra fundada por la libertad, y con el fuego del corcel que lleva la espuela hundida en los ijares, trocaba en valor el disimulado miedo, se erguía en nombre de las instituciones libres contra los fanáticos que se acogen de ellas para trabajar por volcarlas, y enseñado por el ímpetu creciente con que se viene encima en los Estados Unidos el problema social, humilló la soberbia por que este caballero de la palabra de plata es afamado, y haló inspirados acentos para decir cual suyas las frases mismas que ostenta como su evangelio la revolución obrera.

¡Tu sombra, pues, oh libertad, convence: y los que te odian o se sirven de ti se postran al mando de tu brazo!

Un obispo en aquel instante surgió en la tribuna, alzó la mano comida por los años, y en el magnífico silencio, puestos en pie a su lado el genio y el poder, bendijo en nombre de Dios la redentora estatua. Entonó la concurrencia, guiada por el obispo, un himno lento y suave, la doxología mística. De lo alto de la antorcha anunció una señal que había terminado la ceremonia.

Ríos de gente, temerosa de la torva noche, se echaron precipitados, sin respeto a la edad ni a la eminencia, sobre el angosto embarcadero. Pálidamente resonaron las músicas, como si desmayasen la luz de la tarde.

El peso del contento, más que el de los seres humanos, hundía los buques. El humo de los cañonazos envolvía la lancha de honor que llevaba a la ciudad al Presidente. Las aves sorprendidas, en lo alto de la estatua, giraban como medrosas en torno al monte nuevo. Más firmes dentro del pecho sentían los hombres las almas.

Y cuando de la isla convertida ya en altar, arrancaban en la sombra nocturna los últimos vapores, una voz cristalina exhaló una melodía popular, que fue de buque a buque, y mientras en la distancia se destacaban en las coronas de los edificios guirnaldas de luces que enrojecían la bóveda del cielo, un canto a la vez tierno y formidable se tendió al pie de la estatua por el río, y con unción fortificada por la noche, el pueblo entero, apiñado en las popas de los barcos, cantaba con el rostro vuelto a la isla: "¡Adiós mi único amor!"

José Martí

La Nación, Buenos Aires, 1ro.. de enero de 1887.
OCEC, t. 24, pp. 309-326.

El cisma de los católicos en Nueva York

Los católicos protestan en reuniones públicas contra la intervención del Arzobispo en sus opiniones políticas.—Compatibilidad del catolicismo y el gobierno republicano.—Obediencia absoluta en el dogma, y libertad absoluta en la política.—Historia del cisma.—La Iglesia Católica en Nueva York, sus orígenes, y las causas de su crecimiento.—Los irlandeses.—El catolicismo irlandés: el "Sogarth Aroon".—Elementos puros e impuros del catolicismo.—Causas de la tolerancia con que se ve hoy en los Estados Unidos el poder católico.—La Iglesia, la política y la prensa.—Tratos entre la Iglesia y la política.—El padre McGlynn.—El padre McGlynn ayuda al movimiento de reforma de las clases pobres.—Revista del movimiento.—Carácter religioso del movimiento obrero.—McGlynn favorece las doctrinas de George, que son las de los católicos de Irlanda.—El Arzobispo suspende al padre McGlynn, y el Papa le ordena ir a Roma.—El Papa lo degrada.—Santidad del padre McGlynn.—Rebelión de su parroquia.—Gran "meeting" de los católicos en Cooper Union contra el abuso de autoridad del Arzobispo.—Los católicos apoyan a McGlynn, y reclaman el respeto a su absoluta libertad política.

Nueva York, 16 de enero de 1887

Señor Director de *El Partido Liberal*:

Nada de lo que sucede hoy en los Estados Unidos es comparable en trascendencia e interés, a la lucha empeñada entre las autoridades de la iglesia católica y el pueblo católico de New York, a tal punto que por primera vez se pregunta asombrado el observador leal, si cabrá de veras la doctrina católica en un pueblo libre sin dañarlo, y si es tanta la virtud de la libertad, que restablece en su estado primitivo de dogma poético en las almas una iglesia que ha venido a ser desdichadamente el instrumento más eficaz de los detentadores del linaje humano. ¡Sí, es la verdad! los choques súbitos, revelan las entrañas de las cosas. De la controversia encendida en Nueva York, la iglesia mala queda castigada sin merced, y la iglesia de misericordia y de

justicia triunfa. Se ve cómo pueden caber, sin alarma de la libertad, la poesía y virtud de la iglesia en el mundo moderno. Se siente que el catolicismo no tiene en sí propio poder degradante, como pudiera creerse en vista de tanto como degrada y esclaviza; sino que lo degradante en el catolicismo es el abuso que hacen de su autoridad los jerarcas de la iglesia, y la confusión en que mezclan a sabiendas los consejos maliciosos de sus intereses y los mandatos sencillos de la fe. Se entiende que se pueda ser católico sincero, y ciudadano celoso y leal de una república. ¡Y son como siempre los humildes, los descalzos, los desamparados, los pescadores, los que se juntan frente a la iniquidad hombro a hombro, y echan a volar, con sus alas de plata encendida, el Evangelio! La verdad se revela mejor a los pobres y a los que padecen! Un pedazo de pan y un vaso de agua no engañan nunca!

Acabo de verlos, de sentarme en sus bancos, de confundirme con ellos, de ver brillar el hombre en todo su esplendor en espíritus donde yo creía que una religión atentatoria y despótica lo había apagado. ¡Ah! la religión, falsa siempre como dogma a la luz de un alto juicio, es eternamente verdadera como poesía: ¿qué son en suma los dogmas religiosos, sino la infancia de las verdades naturales? Su rudeza y candor mismos enamoran, como en los poemas. Por eso, porque son gérmenes inefables de certidumbre, cautivan tan dulcemente a las almas poéticas, que no se bajan de buen grado al estudio concreto de lo cierto.

¡Oh!, si supieran cómo se aquilatan y funden allí las religiones, y surge de ellas más hermosa que todas, coronada de armonías y vestida de himnos, la naturaleza! Lo más recio de la fe del hombre en las religiones es su fe en sí propio, y su soberbia resistencia a creer que es capaz de errar: lo más potente de la fe es el cariño a los tiempos tiernos en que se la recibe, y a las manos adoradas que nos la dieron. ¿A qué riñen los hombres por estas cosas que pueden analizarse sin trabajo, conocerse sin dolor, y dejarlos a todos confundidos en una portentosa y común poesía?

Acabo de verlos, de sentarme a su lado, de desarrugar para ellos esta alma ceñuda que piedra a piedra y púa a púa elabora el destierro. Otro se hubiera regocijado de su protesta: yo me regocijaba de su unión. ¿Para qué estaban allí aquellos católicos, aquellos trabajadores, aquellos irlandeses? ¿Para qué estaban allí aquellas mujeres de su casa, gastadas y canosas? ¿Para qué estaban allí los hombres nobles de todos los credos, sino para honrar al santo cura, perseguido por el Arzobispo de su iglesia por haberse puesto del lado de los pobres?

Era en Cooper Union, la Unión de Cooper, la sala de reuniones de la escuela gratuita, que aquel gran viejo levantó con sus propias ganancias para que otros aprendiesen a vencer las dificultades que él había hallado en la vida: ¡jamás ha sido tan bello un hombre que no lo era! Era en la sala baja de Cooper Union. Llovía afuera y adentro rebosaba. Apenas se encontraba rostro innoble, no porque no

los hubiese, sino porque no lo parecían. Seis mil hombres, seis mil católicos, ocupaban los asientos, los pasillos, las puertas, las espaciosas galerías. ¡Al fin, les habían echado de su Iglesia a su *Sogarth Aroon*, al "cura de los pobres", al que los aconseja sin empequeñecerlos desde hace veintidós años, al que ha repartido entre los infelices su herencia y su sueldo, al que no les ha seducido sus mujeres ni iniciado en torpezas a sus hijas, al que les ha alzado en su barrio de pobres una iglesia que tiene siempre los brazos abiertos, al que jamás aprovechó el influjo de la fe para intimidar las almas, ni oscurecer los pensamientos, ni reducir su libre espíritu al servicio ciego de los intereses mundanos e impuros de la iglesia, al padre McGlynn! Lo han echado de su casa y de su templo, su mismo sucesor lo expulsa de su cuarto de dormir: han arrancado su nombre del confesionario: ¿quién se confesará ahora con el espíritu del odio? Porque ha dicho lo que dijo Jesús, lo que dice la Iglesia de Irlanda con autorización del Papa, lo que predica a su diócesis el Obispo de Meade, lo que puso a los pies del Pontífice como verdad eclesiástica el profundo Balmes; porque ha dicho que la tierra debe ser de la nación, y que la nación no debe repartir entre unos cuantos la tierra; porque con su fama y dignidad, porque con su sabiduría y virtud, porque con su consejo y su palabra, ayudó en las elecciones magníficas de otoño a los artesanos enérgicos y los pensadores buenos que buscan en la ley el remedio de la pobreza innecesaria,—¡su Arzobispo le quita su curato, y el Papa le ordena ir disciplinado a Roma!

Cuando por creer a Cleveland honrado, lo defendió en sus elecciones el padre McGlynn hace dos años en la tribuna política, no se lo tuvo a mal el Arzobispo, porque Cleveland era el candidato del partido con que está en tratos en New York la iglesia, en tratos y en complicidades! ¡Pero lo mismo que pareció bien al Arzobispo en el padre McGlynn cuando defendía al candidato arzobispal, esa misma expresión de preferencia política de parte de un sacerdote católico, le parece mal ahora que la defensa del padre McGlynn puede alarmar a los ricos protestantes, que se atrincheran en la iglesia y se valen de ella, para oponerse a la justicia de los pobres que la levantaron!

La iglesia católica vino a los Estados Unidos en hombros de los emigrados irlandeses, en quienes, como en los polacos, se ha fortalecido la fe religiosa porque sus santos fueron en tiempos pasados los caudillos de su independencia, y porque los conquistadores normandos e ingleses les han atacado siempre a la vez su religión y su patria. La religión católica ha venido a ser la patria para los irlandeses; pero no la religión católica que el servil y desagradecido secretario del Papa Pío VII ponía de asiento del rey protestante de Inglaterra Jorge III, dando al pedir favores a este enemigo implacable de los católicos de Irlanda, le hacía observar que "las colonias protestantes de América se habían alzado contra su Graciosa Majestad, mientras que la colonia católica del Canadá le había quedado fiel"; sino aquella otra religión de los

obispos caballeros y poetas que con el arpa de oro bordada en su estandarte verde como su campiña, hacían atrás a los clérigos hambrientos que venían de Roma, manchados con un fausto inicuo, con todos los vicios de una oligarquía soberbia y con el compromiso inmoral de ayudar contra sus vasallos y enemigos, mediante el influjo de la fe, a los príncipes de quienes habían recibido donaciones. Los mercaderes de la divinidad mordieron el suelo ante los sencillos teólogos de Irlanda, que tenían pan seguro en la mesa de los pobres, y no apetecían más púrpura que aquella de que les investía el hierro del conquistador, al herirlos, con el himno en los labios, entre las turbas de fieles campesinos que peleaban rabiosamente por su libertad. El cura irlandés fue la almohada, la medicina, el verso, la leyenda, la cólera de Irlanda: de generación en generación, precipitado por la desdicha, se fue acumulando en el irlandés este amor al cura; y antes le quemarán al irlandés el corazón en su pipa, que arrancarle [el] cariño a su *Sogarth Aroon*, su poesía y su consuelo, su patria en el destierro y el olor de su campo nativo, su medicina y su almohada!

Así creció rápidamente, sin razón para pasmo ni maravilla, el catolicismo en los Estados Unidos, no por brote espontáneo ni aumento verdadero, sino por simple trasplante. Tantos católicos más había en los Estados Unidos al fin de cada año, cuantos inmigrantes de Irlanda llegaban durante él. Con ellos venía el cura, que era el consejero y lo que les quedaba de la patria. Con el cura, la iglesia. Con los hijos educados en ese respeto, la nueva generación de feligreses. Con la noble tolerancia del país, la facilidad de levantar por sobre las torres protestantes las torres de los centavos irlandeses. Esos fueron los cimientos del catolicismo en estos estados: los hombres de camisa sin cuello y de chaqueta de estameña, las pobres mujeres de labios belfudos y de escaldadas manos.

¿Cómo no habían de entrarse por campo tan productivo los espíritus audaces y despóticos, cuyo predominio lamentable y perenne es la plaga y ruina de la iglesia? La vanidad y la pompa continuaron la obra iniciada por la fe; desdeñando a la gente humilde, a quien debía su establecimiento y abundancia, levantó reales la iglesia en la calle de los ricos, deslumbró fácilmente con su aparato suntuoso el vulgar apetito de ostentación, común a las gentes de súbito engrandecimiento y escasa cultura, y aprovechó las naturales agitaciones de la vida pública en una época de estudio y reajuste de las condiciones sociales, para presentarse ante los ricos alarmados como el único poder que con su sutil influjo en los espíritus podía refrenar la marcha temible de los pobres, manteniéndoles viva la fe en un mundo cercano en que ha de saciarse su sed de justicia, para que así no sientan tan ardientemente el deseo de saciarla en esta vida. ¡De ese modo se ve que en esta fortaleza del protestantismo, los protestantes, que aún representan aquí la clase rica y culta, son los amigos tácitos y tenaces, los cómplices agradecidos de la religión que los tostó en la hoguera, y a quien hoy acarician porque les ayuda a salvar su exceso injusto de bienes de fortuna! ¡Fariseos todos, y augures!

Puesta ya en el deseo del poder, en que el misterio religioso y lo amenazante de los tiempos la favorecen tanto, echó la iglesia católica los ojos sobre el origen de él, que es aquí el voto público, como en las monarquías los echa sobre los soberanos. Y traficó en votos. La democracia era el partido vencido cuando arreció la inmigración irlandesa; y como siempre fue de partidos vencidos el parecer liberales, a él se iban los inmigrantes tan luego como entraban en sus derechos de ciudadanía, por lo que vino a ser formidable el elemento católico en el partido democrático, y a triunfar este en la ciudad de New York y aquellas otras donde se aglomeraban los irlandeses. Pronto midieron y cambiaron fuerzas la iglesia, que podía influir en los votos, y los que necesitaban de ellos para subir al goce de los puestos públicos. La iglesia católica comenzó a tener representantes interesados y sumisos en los ayuntamientos, asambleas y consejos de los gobernadores, y a vender su influjo sobre el sufragio a cambio de donaciones de terreno y de leyes amigas; y sintiéndose capaz de elegir los legisladores, o impedir que fuesen electos, quiso que hiciesen las leyes para el beneficio exclusivo de la iglesia, y en nombre de la libertad fue proponiendo poco a poco todos los medios de sustituirse a ella.

Todo lo osó la iglesia desde que se sintió fuerte entre las masas por una fe que no pregunta, entre los poderosos por la alianza que les ofrecía para la protección de los bienes mundanos, y entre los políticos por la necesidad que estos tienen del voto católico. En el barrio de los palacios alzó una catedral de mármol, rodeada de edificios de beneficencia, donde los viera y alabara todo el mundo,—¡no como los que ha mantenido el padre McGlynn, que están en los barrios sombríos donde las almas saben de angustia! Comenzaron a verse los milagros de la influencia eclesiástica: abogados mediocres con clientela súbita, médicos untuosos que dejan preparada para el bálsamo a la atribulada enferma, banqueros favorecidos sin razón visible por la confianza de sus depositantes, cardenales de seda y de miel que venían de Inglaterra, frescos y lisos como una manzana nueva, a convertir a la fe en el Arzobispo las familias ricas. Hubo hospitales y asilos deslumbrantes. Los candidatos de más empuje solicitaban el apoyo a la neutralidad de la iglesia. ¡Los periódicos mismos, que debían ser los verdaderos sacerdotes, atenúan o disimulan sus creencias, coquetean con el palacio arzobispal, y parecen aplaudir sus ataques a las libertades públicas, por miedo los unos de verse abandonados por sus lectores católicos, y los otros por el deseo de fortificar a un aliado valioso en la lucha para la conservación de sus privilegios! Se usó la amable influencia del *Sogarth Aroon* para llevar el voto irlandés por donde convenía a la autoridad arzobispal, confabulada para sacar ventaja de las leyes con los que, como ella, comercian con el voto. Y así creció en proporciones enormes la fuerza de la iglesia en los Estados Unidos, por lo numeroso de la inmigración europea, por la complicidad y servicio de las camarillas políticas, por lo temido de las aspiraciones de las masas de obreros, por lo desordenado y tibio de las sectas protestantes, por lo descuidado de la época en

cosas religiosas, por lo poco conocido de la ambición y métodos del clero de Roma, por lo vano y necio de los advenedizos enamorados de la pompa nueva, y sobre todo, por aquella vil causa, propiamente nacida en este altar del dinero, de considerar el poder de la Iglesia sobre las clases llanas como el valladar más firme a sus demandas de mejora, y el más seguro mampuesto de la fortuna de los ricos.

Tal parece que en los Estados Unidos han de plantearse y resolverse todos los problemas que interesan y confunden al linaje humano, que el ejercicio libre de la razón va a ahorrar a los hombres mucho tiempo de miseria y de duda, y que el fin del siglo diecinueve dejará en el cenit el sol que alboreó a fines del dieciocho entre caños de sangre, nubes de palabras y ruido de cabezas. Los hombres parecen determinados a conocerse y afirmarse, sin más trabas que las que acuerden entre sí para su seguridad y honra comunes. Tambalean, conmueven y destruyen, como todos los cuerpos gigantescos al levantarse de la tierra. Los extravía y suele cegarles el exceso de luz. Hay una gran trilla de ideas, y toda la paja se la está llevando el viento. Enormemente ha crecido la majestad humana. Se conocen repúblicas falsas, que cernidas en un tamiz solo producirían el alma de un lacayo; pero donde la libertad verdaderamente impera, sin más obstáculos que los que le pone nuestra naturaleza, no hay trono que se parezca a la mente de un hombre libre, ni autoridad más augusta que la de sus pensamientos! Todo lo que atormenta o empequeñece al hombre está siendo llamado a proceso, y ha de sometérsele. Cuanto no sea compatible con la dignidad humana, caerá. A las poesías del alma nadie podrá cortar las alas, y siempre habrá ese magnífico desasosiego, y esa mirada ansiosa hacia las nubes. Pero lo que quiera permanecer ha de conciliarse con el espíritu de libertad, o de darse por muerto. Cuanto abata o reduzca al hombre, será abatido.

Con las libertades, como con los privilegios, sucede que juntas triunfan o peligran, y que no puede pretenderse o lastimarse una sin que sientan todas el daño o el beneficio. Así la iglesia católica de los Estados Unidos, con sus elementos virtuosos e impuros, sale a juicio por esclavizadora y tiránica cuando los espíritus generosos del país deciden ponerse a la cabeza de los desdichados, para ayudar a mejorar la servidumbre de cuerpo y espíritu en que viven. Todas las autoridades se coaligan, como todos los sufrimientos. Hay la fraternidad del dolor, y la del despotismo.

Viva está aún en la memoria, como si se hubiese visto pasar una legión de apóstoles, la admirable campaña para las elecciones de corregidor de New York en el otoño de 1886. En ella apareció por primera vez con todo su poder el espíritu de reforma que anima a las masas obreras, y a los hombres piadosos que sufren de sus males. Hay hombres ardientes en quienes, con todos los tormentos del horno, se purifica la especie humana. Hay hombres dispuestos para guiar sin interés, para

padecer por los demás, para consumirse iluminando!—En esa campaña se vio la maravilla de que un partido político nuevo, que apenas cuenta tres años de disensiones y errores preparatorios, combatiese sin amigos, sin tesoro, sin autoridades complacientes o serviles, sin castas cómplices, y estuviese a punto de vencer, porque no le animaba el mero entusiasmo de las campañas políticas, sino un ímpetu de redención, pedida en vano a los partidos ofrecedores y parleros.

Ya se saben los orígenes de este movimiento histórico. Henry George vino de California, reimprimió su libro *El progreso y la pobreza*, que ha cundido por la cristiandad como una *Biblia*. Es aquel mismo amor del Nazareno, puesto en la lengua práctica de nuestros días. En la obra, destinada a inquirir las causas de la pobreza creciente a pesar de los adelantos humanos, predomina como idea esencial la de que la tierra debe pertenecer a la nación. De allí deriva el libro todas las reformas necesarias.—Posea tierra el que la trabaje y la mejore. Pague por ella al Estado mientras la use. Nadie posea tierra sin pagar al Estado por usarla. No se pague al Estado más contribución que la renta de la tierra. Así el peso de los tributos a la nación caerá sobre los que reciban de ella manera de pagarlos, la vida sin tributos será barata y fácil, y el pobre tendrá casa y espacio para cultivar su mente, entender sus deberes públicos, y amar a sus hijos.

No solo para los obreros, sino para los pensadores, fue una revelación el libro de George. Solo Darwin en las ciencias naturales ha dejado en nuestros tiempos una huella comparable a la de George en la ciencia de la sociedad. Se ve la garra de Darwin en la política, en la historia y en la poesía; y dondequiera que se habla inglés, con ímpetu soberano se imprime en los pensamientos la idea amante de George. Él es de los que nacen padres de hombres: allí donde ve un infeliz, siente la bofetada en la mejilla! En torno suyo se agruparon los gremios de obreros:—¡Educarse, les dijo, es indispensable para vencer! En un pueblo donde el sufragio es el origen de la ley, la revolución está en el sufragio. El derecho se ha de defender con entereza; pero amar es más útil que odiar.—Cuando los obreros de New York se sintieron fuertes, todos, católicos, protestantes y judíos,—todos irlandeses, alemanes y húngaros,—todos, republicanos y demócratas, designaron a George como su candidato para dar, con motivo de las elecciones de corregidor de Nueva York, la primera muestra de su voluntad y poder.

No era un partido que se formaba, sino una iglesia que crecía. Semejante fervor solo se ha visto en los movimientos religiosos. Hasta en los meros detalles físicos parecían aquellos hombres dotados de fuerza sobrenatural. El hablar no les enronquecía. El sueño no les hacía falta. Andaban como si hubieran descubierto en sí un ser nuevo. Tenían la alegría profunda de los recién casados. Improvisaron tesoro, máquina de elecciones, juntas, diario. Grande fue la alarma de las camarillas políticas, de las asociaciones de rufianes y logreros que viven regaladamente de la compra y venta del sufragio. Aquellas hordas de votantes se les escapaban, y

entraban en la luz. "¡Buscad el remedio de vuestros males en la ley!" dicen los partidos políticos a los obreros, cuando censuran sus tentativas violentas o anárquicas, pero apenas forman los obreros un partido para buscar en la ley su remedio, los llamaron revolucionarios y anarquistas: los dejó solos la prensa: las castas superiores les negaron su ayuda: los republicanos, partidarios de los privilegios, los denunciaron como enemigos de la patria; y los demócratas, amenazados de cerca en sus empleos e influjo, pidieron auxilio a los poderes aliados a ellos para administrar la ley en el común beneficio. La iglesia entera cayó sobre los trabajadores que la han edificado. El Arzobispo que depone a un sacerdote por haber apoyado la política de las clases llanas, ordena en carta circular a sus párrocos que apoyen la política de los logreros y rufianes determinados a vencerlas. ¡Solo un párroco, el más ilustre de todos, el único ilustre, no abandonó a las clases llanas, el padre McGlynn!

Pues qué: si el Arzobispo, que ha de ser el ejemplo de los curas, puede favorecer una política, ¿cómo ha de ser delito en un cura hacer lo mismo que hace el Arzobispo? ¿Y de qué parte estará la santidad, de los que se ligan con los poderosos para sofocar el derecho de los infelices, o de los que, desafiando la ira de los poderosos, y estando sobre todos ellos en inteligencia y virtud, dan con el pie a la púrpura y van silenciosamente a sentarse entre los que padecen?

Dicen que hay santidad igual a la del padre McGlynn, pero no mayor: que en su espíritu excelso es tal la mansedumbre que no halla obstáculo en toda su sabiduría al dogma del descendimiento de la gracia: que ve al hombre más alto tan esclavo del cuerpo, que no acierta a comprender por qué aquel que triunfó de su cuerpo fuese solamente un hombre. Dicen que la virtud le parece tan deseable y bella que no quiere otra esposa. Dicen que vive para consolar al desdichado, robustecer y dilatar las almas, elevarlas por la esperanza y la hermosura del culto a un estado amoroso de poesía, y hacer triunfar en el seno de la iglesia el espíritu de caridad universal que la engendró, sobre la ambición, el despotismo y el interés que la han desfigurado. Pero también dicen que tiene la energía indomable de los que no sirven a los hombres, ¡sino al hombre!

Cuanto sofoca o debilita al hombre, le parece un crimen. No puede ser que Dios ponga en el hombre el pensamiento, y un arzobispo, que no es tanto como Dios, le prohíba expresarlo. Y si unos curas pueden por orden del Arzobispo intimar desde el púlpito a sus feligreses que voten por el enemigo de los pobres, ¿por qué no ha de poder otro cura, por su derecho de hombre libre, ayudar a los pobres fuera del altar, sin valerse, ni aún para hacerles bien en cosas no religiosas, de su autoridad puramente religiosa sobre las conciencias? ¿Quién peca, el que abusa de su autoridad en las cosas del dogma para favorecer inmoralmente desde la cátedra sagrada a los que venden la ley en pago del voto que les pone en condición de dictarla, o el que sabiendo

que al lado del pobre no hay más que amargura, lo consuela en el templo como sacerdote, y le ayuda fuera del templo como ciudadano?

El párroco, es verdad, debe obediencia a su Arzobispo en materias eclesiásticas; pero en opiniones políticas, en asuntos de simple economía y reforma social, en materias que no son eclesiásticas ¿cómo ha de deber el párroco obediencia absoluta a su Arzobispo, si las materias no pertenecen a la administración del templo ni al ejercicio del culto a que se limita su autoridad sobre el párroco? ¿Cómo ha de ser en New York mala doctrina católica la nacionalización de la tierra que hoy mismo promulga todo el clero católico de Irlanda? ¿O no ha de tener el párroco más política que la que le manda tener su Arzobispo, que no es autoridad suya en política, y cura viene a ser tanto como esclavo, que tiemble ante la ira del señor, porque se atreva a abogar con ternura por los desventurados? ¿O el cura ha de renunciar a tener patria?

Pues porque el Arzobispo, que ha expresado en una pastoral opinión sobre la propiedad de la tierra, ordenó sin derecho al padre McGlynn que no asistiese a una reunión pública en que se iba a tratar la cuestión de la tierra, y el Padre lo desatendió en aquello en que tenía el derecho de cura y el deber de hombre de desatenderlo, lo suspendió el Arzobispo en sus funciones parroquiales, a él, que ha hecho un cesto de amor de su parroquia! Porque desatendió a su superior eclesiástico en una materia política, el Papa le ordena ir, ¡a él, a la virtud humanada, en castigo a Roma! Y porque en vez de ir, explica al Papa en una carta sumisa el error por que se le condena, el Papa, a él, el único sacerdote santo de su diócesis, le arranca las vestiduras sacerdotales!

Aquí fue donde se vio el espectáculo hermoso. Al poder, claro está, ¿cómo han de faltarle amigos? Los que viven del voto de la iglesia, los políticos que la temen, los que tienen de ella recomendación o apoyo, los que la miran como salvaguardia de sus riquezas excesivas, la prensa interesada en conservar su alianza, aletean satisfechos en la sombra en torno del palacio arzobispal; pero la parroquia en masa ha desertado [de] los bancos de la iglesia, ha vestido de siempreviva el confesionario vacío de su párroco, ha echado indignada de la sala de reuniones del templo al nuevo cura, que osó presentarse a disolver una junta de los feligreses para expresar cariño a su *Sogarth Aroon* ardientemente amado.—"¡Por él, por él, estaremos, contra el Arzobispo y contra el Papa!"—"¡Nadie nos le hará daño, ni ha de faltarle en esta tierra nada!"—"Hemos levantado este templo con nuestro dinero: ¿quién ha de atreverse a echarnos de nuestro templo?"

"¿A quién ha podido ofender ese santo que vive para los pobres?"—"¿Por qué nos le maltratan, porque se opuso a que tuviéramos escuelas religiosas que no necesitamos, cuando tenemos la escuela pública para aprender, y para la religión tenemos nuestra casa y nuestra iglesia?"—"¡Él nos quiere católicos, pero también nos quiere

hombres!" Mujeres eran las más entusiastas de la junta. Una mujer redactó la protesta que llevó la comisión de la junta al Arzobispo. Artesanos fornidos sollozaban, con los rostros ocultos en las manos. El Padre, humilde y enfermo, a nadie ha visto, ni con nadie ha hablado, y padece en la casa pobre de una hermana.

Pero los católicos de New York se alzan coléricos contra el Arzobispo, preparan juntas colosales; oponen la piedad inefable del cura perseguido al indigno carácter de obispos y vicarios que el arzobispado tiene en gloria: y con toda la intensidad del alma irlandesa recaban su derecho a pensar libremente sobre las cosas públicas, denuncian los tratos inmorales del arzobispado con los mercenarios políticos a cuyos dictados obedece, proclaman que fuera de las verdades de Dios y el gobierno de su casa "el Arzobispo de New York no tiene sobre las opiniones políticas de su grey más autoridad que la del hombre intermediario que andan buscando los naturalistas en los senos de África", y recuerdan que hubo en Irlanda un arzobispo que murió de vergüenza y abandono por haber condenado la resistencia justa de los católicos irlandeses a la corona protestante de Inglaterra. "¡Sobre nuestras conciencias, Dios; pero nadie venga a segarnos el pensamiento, ni a quitarnos el derecho de gobernar a nuestro entender nuestra república!"—"En las cosas del dogma, la iglesia es nuestra madre; pero fuera del dogma, la Constitución de nuestro país es nuestra iglesia".—"¡Arzobispo, manos fuera!"

Nunca, ni en la campaña de George en el otoño, hubo entusiasmo mayor. Retumbaba la sala con los vítores cuando aquellos católicos prominentes vindicaban en frases fervorosas la libertad absoluta de su opinión política.

"¿Conque a nuestro consuelo, al que fue honor por su sabiduría en la Propaganda y es estrella por su caridad en New York: conque a ese santo padre McGlynn que es nuestro decoro y alegría, y nos ha enseñado con su ejemplo y palabra amorosa toda la razón y hermosura de la fe; conque al que en nuestras manos vertió toda su fortuna, y nos devolvía en limosnas el sueldo que le dábamos y jamás quiso abandonar el barrio de sus pobres, nos lo echan de la iglesia que él mismo levantó, nos le niegan por un día más el cuarto donde reza y sufre,—y ese otro obispo Ducey que se llevó bajo su capa al Canadá a un banquero ladrón, goza de toda la confianza de la iglesia? ¿Conque el Arzobispo compele a nuestro Papa a ser injusto con esta gloria de la fe cristiana, y asiste compungido a los funerales de ese católico liberticida, de ese Jaime McMaster, que lucía como los ojos de las hienas, que pasó la vida vilipendiando a los pueblos libres y ayudando con su palabra venenosa a los dueños de esclavos y a los monarcas?"—"¡Líbrenos Dios de hablar contra nuestra fe, de obedecer a los sacerdotes que atentan a nuestra libertad de ciudadanos y de abandonar a nuestro *Sogarth Aroon*, por cuya inmensa caridad se ha hecho el catolicismo raíz de nuestras almas!"

En este fervor queda el cisma de los católicos. ¡Cuántas intrigas y complicidades, cuántos peligros para la república ha revelado! ¿Conque la iglesia compra influjo

y vende voto? ¿Conque la santidad la encoleriza? ¿Conque es la aliada de los ricos de las sectas enemigas? ¿Conque prohíbe a sus párrocos el ejercicio de sus derechos políticos; a no ser que los ejerzan en pro de los que trafican en votos con la iglesia? ¿Conque intenta arruinar y degrada a los que ofenden su política autoritaria, y siguen mansamente lo que enseñó el dulcísimo Jesús? ¿Conque no se puede ser hombre y católico? ¡Véase como se puede, según nos lo enseñan estos nuevos pescadores! ¡Oh, Jesús! ¿Dónde hubieras estado en esta lucha? ¿Acompañando al Canadá al ladrón rico, o en la casita pobre en que el padre McGlynn espera y sufre?

José Martí

El Partido Liberal, México, 9 de febrero de 1887.
La Nación, Buenos Aires, 14 de abril de 1887.
OCEC, t. 25, pp. 134-147.

Un drama terrible

La guerra social en Chicago.—Anarquía y represión.—El conflicto y sus hombres.—Escenas extraordinarias.—El choque.—El proceso.—El cadalso.—Los funerales

New York, noviembre 13 de 1887

Señor Director de *La Nación*:

I

Ni el miedo a las justicias sociales, ni la simpatía ciega por los que las intentan, debe guiar a los pueblos en sus crisis, ni al que las narra. Solo sirve dignamente a la libertad el que, a riesgo de ser tomado por su enemigo, la preserva sin temblar de los que la comprometen con sus errores. No merece el dictado de defensor de la libertad quien excusa sus vicios y crímenes por el temor mujeril de parecer tibio en su defensa. Ni merecen perdón los que, incapaces de domar el odio y la antipatía que el crimen inspira, juzgan los delitos sociales sin conocer y pesar las causas históricas de que nacieron, ni los impulsos de generosidad que los producen.

En procesión solemne, cubiertos los féretros de flores y los rostros de sus sectarios de luto, acaban de ser llevados a la tumba los cuatro anarquistas que sentenció Chicago a la horca, y el que por no morir en ella hizo estallar en su propio cuerpo una bomba de dinamita que llevaba oculta en los rizos espesos de su cabello de joven, su selvoso cabello castaño.

Acusados de autores o cómplices de la muerte espantable de uno de los policías que intimó la dispersión del concurso reunido para protestar contra la muerte de seis obreros, a manos de la policía, en el ataque a la única fábrica que trabajaba a pesar de la huelga: acusados de haber compuesto y ayudado a lanzar, cuando no lanzado, la bomba del tamaño de una naranja que tendió por tierra las filas delanteras de los policías, dejó a uno muerto, causó después la muerte a seis más, y abrió

en otros cincuenta heridas graves, el juez, conforme al veredicto del jurado, condenó a uno de los reos a quince años de penitenciaría y a pena de horca a siete.

Jamás, desde la guerra del Sur, desde los días trágicos en que John Brown murió como criminal por intentar solo en Harper's Ferry lo que como corona de gloria intentó luego la nación precipitada por su bravura, hubo en los Estados Unidos tal clamor e interés alrededor de un cadalso.

La República entera ha peleado, con rabia semejante a la del lobo, para que los esfuerzos de [un] abogado benévolo, una niña enamorada de uno de los presos, y una mestiza de india y español, mujer de otro, solos contra el país iracundo, no arrebatasen al cadalso los siete cuerpos humanos que creía esenciales a su mantenimiento.

Amedrentada la República por el poder creciente de la casta llana, por el acuerdo súbito de las masas obreras, contenido solo ante las rivalidades de sus jefes, por el deslinde próximo de la población nacional en las dos clases de privilegiados y descontentos que agitan las sociedades europeas, determinó valerse por un convenio tácito semejante a la complicidad, de un crimen nacido de sus propios delitos tanto como del fanatismo de los criminales, para aterrar con el ejemplo de ellos, no a la chusma adolorida que jamás podrá triunfar en un país de razón, sino a las tremendas capas nacientes. El horror natural del hombre libre al crimen, junto con el acerbo encono del irlandés despótico que mira a este país como suyo y al alemán y eslavo como su invasor, pusieron de parte de los privilegios, en este proceso que ha sido una batalla, una batalla mal ganada e hipócrita, las simpatías y casi inhumana ayuda de los que padecen de los mismos males, el mismo desamparo, el mismo bestial trabajo, la misma desgarradora miseria cuyo espectáculo constante encendió en los anarquistas de Chicago tal ansia de remediarlos que les embotó el juicio.

Avergonzados los unos y temerosos de la venganza bárbara los otros, acudieron, ya cuando el carpintero ensamblaba las vigas del cadalso, a pedir merced al gobernador del Estado, anciano flojo rendido a la súplica y a la lisonja de la casta rica que le pedía que, aun a riesgo de su vida, "salvara a la sociedad amenazada".

Tres voces nada más habían osado hasta entonces interceder, fuera de sus defensores de oficio y sus amigos naturales, por los que, so pretexto de una acusación concreta que no llegó a probarse, so pretexto de haber procurado establecer el reino del Terror, morían víctimas del terror social: Howells, el novelista bostoniano que al mostrarse generoso sacrificó fama y amigos; Adler, el pensador cauto y robusto que vislumbra en la pena de nuestro siglo el mundo nuevo; y Train, un monomaníaco que vive en la plaza pública dando pan a los pájaros y hablando con los niños.

Ya no cabe intercepción.

Ya, en danza horrible, murieron dando vueltas en el aire, embutidos en sayones blancos.

Ya, sin que haya más fuego en las estufas, ni más pan en las despensas, ni más justicia en el reparto social, ni más salvaguardia contra el hambre de los útiles, ni más luz y esperanza para los tugurios, ni más bálsamo para todo lo que hierve y padece, pusieron en un ataúd de nogal los pedazos mal juntos del que, creyendo dar sublime ejemplo de amor a los hombres aventó su vida, con el arma que creyó revelada para redimirlos. Esta República, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos.

Como gotas de sangre que se lleva la mar eran en los Estados Unidos las teorías revolucionarias del obrero europeo, mientras con ancha tierra y vida republicana, ganaba aquí el recién llegado el pan, y en su casa propia ponía de lado una parte para la vejez.

Pero vinieron luego la guerra corruptora, el hábito de autoridad y dominio que es su dejo amargo, el crédito que estimuló la creación de fortunas colosales y la inmigración desordenada, y la holganza de los desocupados de la guerra, dispuestos siempre, por sostener su bienestar y por la afición fatal del que ha olido sangre, a servir los intereses impuros que nacen de ella.

De una apacible aldea pasmosa se convirtió la república en una monarquía disimulada.

Los inmigrantes europeos denunciaron con renovada ira los males que creían haber dejado tras sí en su tiránica patria.

El rencor de los trabajadores del país, al verse víctimas de la avaricia y desigualdad de los pueblos feudales, estalló con más fe en la libertad que esperan ver triunfar en lo social como triunfa en lo político.

Habituados los del país a vencer sin sangre por la fuerza del voto, ni entienden ni excusan a los que, nacidos en pueblos donde el sufragio es un instrumento de la tiranía, solo ven en su obra despaciosa una faz nueva del abuso que flagelan sus pensadores, desafían sus héroes, y maldicen sus poetas. Pero, aunque las diferencias esenciales en las prácticas políticas, y el desacuerdo y rivalidad de las razas que ya se disputan la supremacía en esta parte del continente, estorbasen la composición inmediata de un formidable partido obrero con unánimes métodos y fines, la identidad del dolor aceleró la acción concertada de todos los que lo padecen, y ha sido necesario un acto horrendo, por más que fuese consecuencia natural de las pasiones encendidas, para que los que arrancan con invencible ímpetu de la misma desventura interrumpan su labor, su labor de desarraigar y recomponer, mientras quedan por su ineficacia condenados los recursos sangrientos de que por un amor insensato a la justicia echan mano los que han perdido la fe en la libertad.

En el Oeste recién nacido, donde no pone tanta traba a los elementos nuevos la influencia imperante de una sociedad antigua, como la del Este, reflejada en su

literatura y en sus hábitos; donde la vida como más rudimentaria facilita el trato íntimo entre los hombres, más fatigados y dispersos en las ciudades de mayor extensión y cultura; donde la misma rapidez asombrosa del crecimiento, acumulando los palacios de una parte y las factorías, y de otra la miserable muchedumbre, revela a las claras la iniquidad del sistema que castiga al más laborioso con el hambre, al más generoso con la persecución, al padre útil con la miseria de sus hijos,—en el Oeste, donde se juntan con su mujer y su prole los obreros necesitados a leer los libros que enseñan las causas y proponen los remedios de su desdicha; donde justificados a sus propios ojos por el éxito de sus fábricas majestuosas, extreman los dueños, en el precipicio de la prosperidad, los métodos injustos y el trato áspero con que la sustentan; donde tiene en fermento a la masa obrera la levadura alemana, que sale del país imperial, acosada e inteligente, vomitando sobre la patria inicua las tres maldiciones terribles de Heine; en el Oeste y en su metrópoli Chicago sobre todo, hallaron expresión viva los descontentos de la masa obrera, los consejos ardientes de sus amigos, y la rabia amontonada por el descaro e inclemencia de sus señores.

Y como todo tiende a la vez a lo grande y a lo pequeño, tal como el agua que va de mar a vapor y de vapor a mar, el problema humano, condensado en Chicago por la merced de las instituciones libres, a la vez que infundía miedo o esperanza por la República y el mundo, se convertía, en virtud de los sucesos de la ciudad y las pasiones de sus hombres, en un problema local, agrio y colérico.

El odio a la injusticia se trocaba en odio a sus representantes.

La furia secular, caída por herencia, mordiendo y consumiendo como la lava, en hombres que, por lo férvido de su compasión, veíanse como entidades sacras, se concentró, estimulada por los resentimientos individuales, sobre los que insistían en los abusos que la provocan. La mente, puesta a obrar, no cesa; el dolor, puesto a bullir, estalla; la palabra, puesta a agitar, se desordena; la vanidad, puesta a lucir, arrastra; la esperanza, puesta en acción, acaba en el triunfo o la catástrofe: "para el revolucionario, dijo Saint-Just, no hay más descanso que la tumba".

¿Quién que anda con ideas no sabe que la armonía de todas ellas, en que el amor preside a la pasión, se revela apenas a las mentes sumas que ven hervir el mundo sentados, con la mano sobre el sol, en la cumbre del tiempo? ¿Quién que trata con hombres no sabe que, siendo en ellos más la carne que la luz, apenas conocen lo que palpan, apenas vislumbran la superficie, apenas ven más que lo que les lastima o lo que desean; apenas conciben más que el viento que les da en el rostro, o el recurso aparente, y no siempre real, que puede levantar obstáculo al que cierra el paso a su odio, soberbia o apetito?

¿Quién que sufre de los males humanos, por muy enfrenada que tenga su razón, no siente que se le inflama y extravía cuando ve de cerca, como si le abofeteasen,

como si lo cubriesen de lodo, como si le manchasen de sangre las manos, una de esas miserias sociales que bien pueden mantener en estado de constante locura a los que ven podrirse en ellas a sus hijos y a sus mujeres?

Una vez reconocido el mal, el ánimo generoso sale a buscarle remedio: una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento.

¿No lo decía Desmoulins?: "Con tal de abrazar la libertad, ¿qué importa que sea sobre montones de cadáveres?"

Cegados por la generosidad, ofuscados por la vanidad, ebrios por la popularidad, adementados por la constante ofensa, por su impotencia aparente en las luchas del sufragio, por la esperanza de poder constituir en una comarca naciente su pueblo ideal, las cabezas vivas de esta masa colérica, educadas en tierras donde el voto apenas nace, no se salen de lo presente, no osan parecer débiles ante los que les siguen, no ven que el único obstáculo en este pueblo libre para un cambio social sinceramente deseado está en la falta de acuerdo de los que lo solicitan, no creen, cansados ya de sufrir, y con la visión del falansterio universal en la mente, que por la paz pueda llegarse jamás en el mundo a hacer triunfar la justicia.

Júzganse como bestias acorraladas. Todo lo que va creciendo les parece que crece contra ellos. "Mi hija trabaja quince horas para ganar quince centavos". "No he tenido trabajo este invierno porque pertenezco a una junta de obreros".

El juez los sentencia.

La policía, con el orgullo de la levita de paño y la autoridad, temible en el hombre inculto, los aporrea y asesina.

Tienen frío y hambre, viven en casas hediondas.

¡América es, pues, lo mismo que Europa!

No comprenden que ellos son mera rueda del engranaje social, y hay que cambiar, para que ellas cambien, todo el engranaje. El jabalí perseguido no oye la música del aire alegre, ni el canto del universo, ni el andar grandioso de la fábrica cósmica: el jabalí clava las ancas contra un tronco oscuro, hunde el colmillo en el vientre de su perseguidor, y le vuelca el redaño.

¿Dónde hallará esa masa fatigada, que sufre cada día dolores crecientes, aquel divino estado de grandeza a que necesita ascender el pensador para domar la ira que la miseria innecesaria levanta? Todos los recursos que conciben, ya los han intentado. Es aquel reinado del terror que Carlyle pinta, "la negra y desesperada batalla de los hombres contra su condición y todo lo que los rodea".

Y así como la vida del hombre se concentra en la médula espinal, y la de la tierra en las masas volcánicas, surgen de entre esas muchedumbres, erguidos y vomitando fuego, seres en quienes parece haberse amasado todo su horror, sus desesperaciones y sus lágrimas.

Del infierno vienen: ¿qué lengua han de hablar sino la del infierno?

Sus discursos, aun leídos, despiden centellas, bocanadas de humo, alimentos a medio digerir, vahos rojizos.

Este mundo es horrible: ¡créese otro mundo!; como en el Sinaí, entre truenos: como en el Noventa y Tres, de un mar de sangre: "¡Mejor es hacer volar a diez hombres con dinamita, que matar a diez hombres, como en las fábricas, lentamente de hambre!"

Se vuelve a oír el decreto de Moctezuma: "¡Los dioses tienen sed!"

Un joven bello, que se hace retratar con las nubes detrás de la cabeza y el sol sobre el rostro, se sienta a una mesa de escribir, rodeado de bombas, cruza las piernas, enciende un cigarro, y como quien junta las piezas de madera de una casa de juguete, explica el mundo justo que florecerá sobre la tierra cuando el estampido de la revolución social [de] Chicago, símbolo de la opresión del universo, reviente en átomos.

Pero todo era verba, juntas por los rincones, ejercicios de armas en uno que otro sótano, circulación de tres periódicos rivales entre dos mil lectores desesperados, y propaganda de los modos novísimos de matar—¡de que son más culpables los que por vanagloria de libertad la permitían que los que por violenta generosidad la ejercitaban!

Donde los obreros enseñaron más la voluntad de mejorar su fortuna, más se enseñó por los que la emplean la decisión de resistirlos.

Cree el obrero tener derecho a cierta seguridad para lo porvenir, a cierta holgura y limpieza para su casa, a alimentar sin ansiedad los hijos que engendra, a una parte más equitativa en los productos del trabajo de que es factor indispensable, alguna hora de sol en que ayudar a su mujer a sembrar un rosal en el patio de la casa, a algún rincón para vivir que no sea un tugurio fétido donde, como en las ciudades de Nueva York, no se puede entrar sin bascas. Y cada vez que en alguna forma esto pedían en Chicago los obreros, combinábanse los capitalistas; castigábanlos negándoles el trabajo que para ellos es la carne, el fuego y la luz; echábanles encima la policía, ganosa siempre de cebar sus porras en cabezas de gente mal vestida; mataba la policía a veces a algún osado que le resistía con piedras, o a algún niño; reducíanlos al fin por hambre a volver a su trabajo, con el alma torva, con la miseria enconada, con el decoro ofendido, rumiando venganza.

Escuchados solo por sus escasos sectarios, año sobre año venían reuniéndose los anarquistas, organizados en grupos, en cada uno de los cuales había una sección armada. En sus tres periódicos, de diverso matiz, abogaban públicamente por la revolución social; declaraban, en nombre de la humanidad, la guerra a la sociedad existente; decidían la ineficacia de procurar una conversión radical por medios pacíficos; y recomendaban el uso de la dinamita, como el arma santa del desheredado, y los modos de prepararla.

No en sombra traidora, sino a la faz de los que consideraban sus enemigos se proclamaban libres y rebeldes, para emancipar al hombre, se reconocían en estado de guerra, bendecían el descubrimiento de una sustancia que por su poder singular había de igualar fuerzas y ahorrar sangre, y excitaban al estudio y la fabricación del arma nueva, con el mismo frío horror y diabólica calma de un tratado común de balística: se ven círculos de color de hueso,—cuando se leen estas enseñanzas,—en un mar de humareda: por la habitación, llena de sombra, se entra un duende, roe una costilla humana, y se afila las uñas: para medir todo lo profundo de la desesperación del hombre, es necesario ver si el espanto que suele en calma preparar supera a aquel contra el que, con furor de siglos, se levanta indignado,—es necesario vivir desterrado de la patria o de la humanidad.

Los domingos, el americano Parsons, propuesto una vez por sus amigos socialistas para la presidencia de la República, creyendo en la humanidad como en su único dios, reunía a sus sectarios para levantarles el alma hasta el valor necesario a su defensa. Hablaba a saltos, a latigazos, a cuchilladas: lo llevaba lejos de sí la palabra encendida.

Su mujer, la apasionada mestiza en cuyo corazón caen como puñales los dolores de la gente obrera, solía, después de él, romper en arrebatado discurso, tal que dicen que con tanta elocuencia, burda y llameante, no se pintó jamás el tormento de las clases abatidas; rayos los ojos, metralla las palabras, cerrados los dos puños, y luego, hablando de las penas de una madre pobre, tonos dulcísimos e hilos de lágrimas.

Spies, el director del *Arbeiter Zeitung*, escribía como desde la cámara de la muerte, con cierto frío de huesa: razonaba la anarquía: la pintaba como la entrada deseable a la vida verdaderamente libre: durante siete años explicó sus fundamentos en su periódico diario, y luego la necesidad de la revolución, y por fin como Parsons en el *Alarm*, el modo de organizarse para hacerla triunfar.

Leerlo es como poner el pie en el vacío. ¿Qué le pasa al mundo, que da vueltas?

Spies seguía sereno, donde la razón más firme siente que le falta el pie. Recorta su estilo como si descascarase un diamante. Narciso fúnebre, se asombra y complace de su grandeza. Mañana le dará su vida una pobre niña, una niña que se prende a la reja de su calabozo como la mártir cristiana se prendía de la cruz, y él apenas dejará caer de sus labios las palabras frías, recordando que Jesús, ocupado en redimir a los hombres, no amó a Magdalena.

Cuando Spies arengaba a los obreros, desembarazándose de la levita que llevaba bien, no era hombre lo que hablaba, sino silbo de tempestad, lejano y lúgubre. Era palabra sin carne. Tendía el cuerpo hacia sus oyentes, como un árbol doblado por el huracán: y parecía de veras que un viento helado salía de entre las ramas, y pasaba por sobre las cabezas de los hombres.

Metía la mano en aquellos pechos revueltos y velludos, y les paseaba por ante los ojos, les exprimía, les daba a oler las propias entrañas. Cuando la policía acababa

de dar muerte a un huelguista en una refriega, lívido subía al carro, la tribuna vacilante de las revoluciones, y con el horrendo incentivo su palabra seca relucía pronto y caldeaba, como un carcaj de fuego. Se iba luego solo por las calles sombrías.

Engel, celoso de Spies, pujaba por tener al anarquismo en tren de guerra, él a la cabeza de una compañía: él donde se enseñaba a cargar el rifle o a apuntar de modo que diera en el corazón: él, en el sótano, las noches de ejercicio, "para cuando llegue la gran hora": él, con su *Anarchist* y sus conversaciones, acusando a Spies de tibio, por envidia de su pensamiento: él solo era el puro, el inmaculado, el digno de ser oído: su anarquía, la que sin más espera deje a los hombres dueños de todo por igual, es la única buena: perinola el mundo y él,—y él, el mango: ¡bien iría el mundo hacia arriba, "cuando los trabajadores tuvieran vergüenza", como la pelota de la perinola!

Él iba de un grupo a otro: él asistía al comité general anarquista, compuesto de delegados de los grupos: él tachaba al comité de pusilánime y traidor, porque no decretaba "con los que somos, nada más, con estos ochenta que somos" la revolución de veras, la que quería Parsons, la que llama a la dinamita "sustancia sublime", la que dice a los obreros que "vayan a tomar lo que les haga falta a las tiendas de State Street, que son suyas las tiendas, que todo es suyo": él es miembro del "Lehr und Wehr Verein", de que Spies es también miembro, desde que un ataque brutal de la policía, que dejó en tierra a muchos trabajadores, los provocó a armarse, a armarse para defenderse, a cambiar, como hacen cambiar siempre los ataques brutales, la idea del periódico por el rifle Springfield. Engel era el sol, como su propio rechoncho cuerpo: el "gran rebelde", el "autónomo".

¿Y Lingg? No consumía su viril hermosura en los amorzuelos enervantes que suelen dejar sin jugo al hombre en los años gloriosos de la juventud, sino que criado en una ciudad alemana entre el padre inválido y la madre hambrienta, conoció la vida por donde es justo que un alma generosa la odie. Cargador era su padre, y su madre lavandera, y él bello como Tannhaüser o Lohengrin, cuerpo de plata, ojos de amor, cabello opulento, ensortijado y castaño. ¿A qué su belleza, siendo horrible el mundo? Halló su propia historia en la de la clase obrera, y el bozo le nació aprendiendo a hacer bombas. ¡Puesto que la infamia llega al riñón del globo, el estallido ha de llegar al cielo!

Acababa de llegar de Alemania: veintidós años cumplía: lo que en los demás es palabra, en él será acción: él, él solo, fabricaba bombas, porque, salvo en los hombres de ciega energía, el hombre, ser fundador, solo para libertarse de ella halla natural dar la muerte.

Y mientras Schwab, nutrido en la lectura de los poetas, ayuda a escribir a Spies, mientras Fielden, de bella oratoria, va de pueblo en pueblo levantando las almas al conocimiento de la reforma venidera, mientras Fischer alienta y Neebe organiza, él, en un cuarto escondido, con cuatro compañeros, de los que uno lo ha de

traicionar, fabrica bombas, como en su *Ciencia de la guerra revolucionaria* manda Most, y vendada la boca, como aconseja Spies en el *Alarm*, rellena la esfera mortal de dinamita, cubre el orificio con un casquillo, por cuyo centro corre la mecha que en lo interior acaba en fulminante, y, cruzado de brazos, aguarda la hora.

II

Y así iban en Chicago, adelantando las fuerzas anárquicas, con tal lentitud, envidias y desorden intestinos, con tal diversidad de pensamientos sobre la hora oportuna para la rebelión armada, con tal escasez de sus espantables recursos de guerra, y de los fieros artífices prontos a elaborarlos, que el único poder cierto de la anarquía, desmelenada dueña de unos cuantos corazones encendidos, era el furor que en un instante extremo produjese el desdén social en las masas que la rechazan. El obrero, que es hombre y aspira, resiste, con la sabiduría de la naturaleza, la idea de un mundo donde queda aniquilado el hombre; pero cuando, fusilado en granel por pedir una hora libre para ver a la luz del sol a sus hijos, se levanta del charco mortal apartándose de la frente, como dos cortinas rojas, las crenchas de sangre, puede el sueño de muerte de un trágico grupo de locos de piedad, desplegando las alas humeantes, revolando sobre la turba siniestra, con el cadáver clamoroso en las manos, difundiendo sobre los torvos corazones la claridad de la aurora infernal, envolver como turbia humareda las almas desesperadas.

La ley, ¿no los amparaba? La prensa exasperándolos con su odio en vez de aquietarlos con justicia, ¿no los popularizaba? Sus periódicos, creciendo en indignación con el desdén y en atrevimiento con la impunidad, ¿no circulaban sin obstáculos? Pues ¿qué querían ellos, puesto que es claro a sus ojos que se vive bajo abyecto despotismo, que cumplir el deber que aconseja la declaración de independencia derribándolo, y sustituirlo con una asociación libre de comunidades que cambien entre sí sus productos equivalentes, se rijan sin guerra por acuerdos mutuos y se eduquen conforme a ciencia sin distinción de raza, iglesia o sexo? ¿No se estaba levantando toda la nación, como manada de elefantes, que dormía en la yerba, con sus mismos dolores y sus mismos gritos? ¿No es la amenaza verosímil del recurso de fuerza, medio probable aunque peligroso, de obtener por intimidación lo que no logra el derecho? Y aquellas ideas suyas, que se iban atenuando con la cordialidad de los privilegiados tal como con su desafío se iban trocando en rifle y dinamita, ¿no nacían de lo más puro de su piedad, exaltada hasta la insensatez por el espectáculo de la miseria irremediable, y ungida, por la esperanza de tiempos justos y sublimes? ¿No había sido Parsons, el evangelista del jubileo universal, propuesto para la Presidencia de la República? ¿No había luchado Spies con ese programa en las elecciones como candidato a un asiento en el Congreso? ¿No

les solicitaban los partidos políticos sus votos, con la oferta de respetar la propaganda de sus doctrinas? ¿Cómo habían de creer criminales los actos y palabras que les permitía la ley? Y ¿no fueron las fiestas de sangre de la policía, ebria del vino del verdugo, como toda plebe revestida de autoridad, las que decidieron a armarse a los más bravos?

Lingg, el recién llegado, odiaba con la terquedad del novicio a Spies, el hombre de idea, irresoluto y moroso: Spies, el filósofo del sistema, lo dominaba por aquel mismo entendimiento superior; pero aquel arte y grandeza que aun en las obras de destrucción requiere la cultura, excitaban la ojeriza del grupo exiguo de irreconciliables, que en Engel, enamorado de Lingg, veían su jefe propio. Engel, contento de verse en guerra con el universo, medía su valor por su adversario.

Parsons, celoso de Engel que le emula en pasión, se une a Spies, como el héroe de la palabra y amigo de las letras. Fielden, viendo subir en su ciudad de Londres la cólera popular, creía, prendado de la patria cuyo egoísta amor prohíbe su sistema, ayudar con el fomento de la anarquía en América el triunfo difícil de los ingleses desheredados. Engel:—"ha llegado la hora": Spies:—"¿habrá llegado esta terrible hora?": Lingg, revolviendo con una púa de madera arcilla y nitroglicerina:—"¡ya verán, cuando yo acabe mis bombas, si ha llegado la hora!": Fielden, que ve levantarse, contusa y temible de un mar a otro de los Estados Unidos, la casta obrera, determinada a pedir como prueba de su poder que el trabajo se reduzca a ocho horas diarias, recorre los grupos, unidos solo hasta entonces en el odio a la opresión industrial y a la policía que les da caza y muerte, y repite:—"sí, amigos, si no nos dejan ver a nuestros hijos al sol, ha llegado la hora".

Entonces vino la primavera amiga de los pobres; y sin el miedo del frío, con la fuerza que da la luz, con la esperanza de cubrir con los ahorros del invierno las primeras hambres, decidió un millón de obreros, repartidos por toda la República, demandar a las fábricas que, en cumplimiento de la ley desobedecida, no excediese el trabajo de las ocho horas legales. ¡Quien quiera saber si lo que pedían era justo, venga aquí; véalos volver, como bueyes tundidos, a sus moradas inmundas, ya negra la noche; véalos venir de sus tugurios distantes, tiritando los hombres, despeinadas y lívidas las mujeres, cuando aún no ha cesado de reposar el mismo sol!

En Chicago, adolorido y colérico, segura de la resistencia que provocaba con sus alardes, alistaba el fusil de motín la policía, y, no con la calma de la ley, sino con la prisa del aborrecimiento, convidaba a los obreros a duelo.

Los obreros, decididos a ayudar por el recurso legal de la huelga su derecho, volvían la espalda a los oradores lúgubres del anarquismo y a los que magullados por la porra o atravesados por la bala policial, resolvieron, con la mano sobre sus heridas, oponer en el próximo ataque hierro a hierro.

Llegó marzo. Las fábricas, como quien echa perros sarnosos a la calle, echaron a los obreros que fueron a presentarles su demanda. En masa, como la orden de

los Caballeros del Trabajo lo dispuso, abandonaron los obreros las fábricas. El cerdo se pudría sin envasadores que lo amortajaran, mugían desatendidos en los corrales los ganados revueltos; mudos se levantaban, en el silencio terrible, los elevadores de granos que como hilera de gigantes vigilan el río. Pero en aquella sorda calma, como el oriflama triunfante del poder industrial que vence al fin en todas las contiendas, salía de las segadoras de McCormick, ocupadas por obreros a quienes la miseria fuerza a servir de instrumentos contra sus hermanos, un hilo de humo que como negra serpiente se tendía, se enroscaba, se acurrucaba sobre el cielo azul.

A los tres días de cólera, se fue llenando una tarde nublada el Camino Negro, que así se llama el de McCormick, de obreros airados que subían calle arriba, con la levita al hombro, enseñando el puño cerrado al hilo de humo: ¿no va siempre el hombre, por misterioso decreto, adonde lo espera el peligro, y parece gozarse en escarbar su propia miseria?: "¡allí estaba la fábrica insolente, empleando, para reducir a los obreros que luchan contra el hambre y el frío, a las mismas víctimas desesperadas del hambre!: ¿no se va a acabar, pues, este combate por el pan y el carbón en que por la fuerza del mal mismo se levantan contra el obrero sus propios hermanos?: pues ¿no es esta la batalla del mundo, en que los que lo edifican deben triunfar sobre los que lo explotan?: ¡de veras, queremos ver de qué lado llevan la cara esos traidores!" Y hasta ocho mil fueron llegando, ya al caer de la tarde; sentándose en grupos sobre las rocas peladas; andando en hileras por el camino tortuoso; apuntando con ira a las casuchas míseras que se destacan, como manchas de lepra, en el áspero paisaje.

Los oradores, que hablan sobre las rocas, sacuden con sus invectivas aquel concurso en que los ojos centellean y se ven temblar las barbas. El orador es un carrero, un fundidor, un albañil: el humo de McCormick caracolea sobre el molino: ya se acerca la hora de salida: "¡a ver qué cara nos ponen esos traidores!": "¡fuera, fuera ese que habla, que es un socialista!..."

Y el que habla, levantando como con las propias manos los dolores más recónditos de aquellos corazones iracundos, excitando a aquellos ansiosos padres a resistir hasta vencer, aunque los hijos les pidan pan en vano, por el bien duradero de los hijos, el que habla es Spies: primero lo abandonan, después lo rodean, después se miran, se reconocen en aquella implacable pintura, lo aprueban y aclaman: "¡ese, que sabe hablar, para que hable en nuestro nombre con las fábricas!" Pero ya los obreros han oído la campana de la suelta en el molino: ¿qué importa lo que está diciendo Spies?: arrancan todas las piedras del camino, corren sobre la fábrica, ¡y caen en trizas todos los cristales! ¡Por tierra, al ímpetu de la muchedumbre, el policía que le sale al paso!: "¡aquellos, aquellos son, blancos como muertos, los que por el salario de un día ayudan a oprimir a sus hermanos!" ¡piedras! Los obreros del molino, en la torre, donde se juntan medrosos, parecen fantasmas: vomitando

fuego viene camino arriba, bajo pedrea rabiosa, un carro de patrulla de la policía, uno al estribo vaciando el revólver, otro al pescante, los de adentro agachados se abren paso a balazos en la turba, que los caballos arrollan y atropellan: saltan del carro, fórmanse en batalla, y cargan a tiros sobre la muchedumbre que a pedradas y disparos locos se defiende. Cuando la turba acorralada por las patrullas que de toda la ciudad acuden, se asila, para no dormir, en sus barrios donde las mujeres compiten en ira con los hombres, a escondidas, a fin de que no triunfe nuevamente su enemigo, entierran los obreros seis cadáveres.

¿No se ve hervir todos aquellos pechos? ¿juntarse a los anarquistas? ¿escribir Spies un relato ardiente en su *Arbeiter Zeitung*? ¿reclamar Engel la declaración de que aquella es por fin la hora? ¿poner Lingg, que meses atrás fue aporreado en la cabeza por la patrulla, las bombas cargadas en un baúl de cuero? ¿acumularse, con aquel ataque ciego de la policía, el odio que su brutalidad ha venido levantando? "¡A las armas, trabajadores!" dice Spies en una circular fogosa que todos leen estremeciéndose: "¡a las armas, contra los que os matan porque ejercitáis vuestros derechos de hombre!" "¡Mañana nos reuniremos"—acuerdan los anarquistas,—"y de manera y en lugar que les cueste caro vencernos si nos atacan!" "Spies, pon mañana *Ruhe* en tu *Arbeiter*: "*Ruhe* quiere decir que todos debemos ir armados". Y de la imprenta del *Arbeiter* salió la circular que invitaba a los obreros, con permiso del corregidor, para reunirse en la plaza de Haymarket a protestar contra los asesinatos de la policía.

Se reunieron en número de cincuenta mil, con sus mujeres y sus hijos, a oír a los que les ofrecían dar voz a su dolor; pero no estaba la tribuna, como otras veces, en lo abierto de la plaza, sino en uno de sus recodos, por donde daba a dos oscuras callejas. Spies, que había borrado del convite impreso las palabras: "Trabajadores a las armas", habló de la injuria con cáustica elocuencia, mas no de modo que sus oyentes perdieran el sentido, sino tratando con singular moderación de fortalecer sus ánimos para las reformas necesarias: "¿Es esto Alemania, o Rusia, o España?", decía Spies. Parsons, en los instantes mismos en que el corregidor presenciaba la junta sin interrumpirla, declamó, sujeto por la ocasión grave y lo vasto del concurso, uno de sus editoriales cien veces impunemente publicados. Y en el instante en que Fielden preguntaba en bravo arranque si, puestos a morir, no era lo mismo acabar en un trabajo bestial o caer defendiéndose contra el enemigo,—nótase que la multitud se arremolina; que la policía, con fuerza de ciento ochenta, viene revólver en mano, calle arriba. Llega a la tribuna; intima la dispersión; no cejan pronto los trabajadores; "¿qué hemos hecho contra la paz?" dice Fielden saltando del carro; rompe la policía el fuego.

Y entonces se vio descender sobre sus cabezas, caracoleando por el aire, un hilo rojo. Tiembla la tierra; húndese el proyectil cuatro pies en su seno; caen rugiendo, unos sobre otros, los soldados de las dos primeras líneas; los gritos de un

moribundo desgarran el aire. Repuesta la policía, con valor sobrehumano, salta por sobre sus compañeros a bala graneada contra los trabajadores que le resisten: "¡huimos sin disparar un tiro!" dicen unos; "apenas intentamos resistir", dicen otros; "nos recibieron a fuego raso", dice la policía. Y pocos instantes después no había en el recodo funesto más que camillas, pólvora y humo. Por zaguanes y sótanos escondían otra vez los obreros a sus muertos. De los policías, uno muere en la plaza; otro, que lleva la mano entera metida en la herida, la saca para mandar a su mujer su último aliento; otro, que sigue a pie, va agujereado de pies a cabeza; y los pedazos de la bomba de dinamita, al rasar la carne, la habían rebanado como un cincel.

¿Pintar el terror de Chicago, y de la República? Spies les parece Robespierre; Engel, Marat; Parsons, Danton. ¡Qué?: ¡menos!; esos son bestias feroces, Tinvilles, Hanriots, Chaumettes, ¡los que quieren vaciar el mundo viejo por un caño de sangre, los que quieren abonar con carne viva el mundo! ¡A lazo cáceseles por las calles, como ellos quisieron cazar ayer a un policía! ¡salúdeseles a balazos por dondequiera que asomen, como sus mujeres saludaban ayer a los "traidores" con huevos podridos! ¿No dicen, aunque es falso, que tienen los sótanos llenos de bombas? ¿No dicen, aunque es falso también, que sus mujeres, furias verdaderas, derriten el plomo, como aquellas de París que arañaban la pared para dar cal con que hacer pólvora a sus maridos? ¡Quememos este gusano que nos come! ¡Ahí están, como en los motines del Terror, asaltando la tienda de un boticario que denunció a la policía el lugar de sus juntas, machacando sus frascos, muriendo en la calle como perros, envenenados con el vino de *colchydium*! ¡Abajo la cabeza de cuantos la hayan asomado! ¡A la horca las lenguas y los pensamientos! Spies, Schwab y Fischer caen presos en la imprenta, donde la policía halla una carta de Johann Most, carta de sapo, rastrera y babosa, en que trata a Spies como íntimo amigo, y le habla de las bombas, de "la medicina", y de un rival suyo, de Paulus el Grande "que anda que se lame por los pantanos de ese perro periódico de Shevitch". A Fielden, herido, lo sacan de su casa. A Engel y a Neebe, de su casa también. Y a Lingg, de su cueva: ve entrar al policía; le pone al pecho un revólver, el policía lo abraza: y él y Lingg, que jura y maldice, ruedan luchando, levantándose, cayendo en el zaquizamí lleno de tuercas, escoplos y bombas: las mesas quedan sin pie, las sillas sin espaldar; Lingg casi tiene ahogado a su adversario, cuando cae sobre él otro policía que lo ahoga: ¡ni inglés habla siquiera este mancebo que quiere desventrar la ley inglesa! Trescientos presos en un día. Está espantado el país, repletas las cárceles.

¿El proceso? Todo lo que va dicho, se pudo probar; pero no que los ocho anarquistas, acusados del asesinato del policía Degan, hubiesen preparado, ni encubierto siquiera, una conspiración que rematase en su muerte. Los testigos fueron los policías mismos, y cuatro anarquistas comprados, uno de ellos confeso de perjuro. Lingg mismo, cuyas bombas eran semejantes, como se vio por el casquete,

a la de Haymarket, estaba, según el proceso, lejos de la catástrofe. Parsons, contento de su discurso, contemplaba la multitud desde una casa vecina. El perjuro fue quien dijo, y desdijo luego, que vio a Spies encender el fósforo con que se prendió la mecha de la bomba. Que Lingg cargó con otro hasta un rincón cercano a la plaza el baúl de cuero. Que la noche de los seis muertos del molino acordaron los anarquistas, a petición de Engel, armarse para resistir nuevos ataques, y publicar en el *Arbeiter* la palabra *Ruhe*. Que Spies estuvo un instante en el lugar donde se tomó el acuerdo. Que en su despacho había bombas, y en una u otra casa rimeros de "manuales de guerra revolucionaria". Lo que sí se probó con prueba plena, fue que, según todos los testigos adversos, el que arrojó la bomba era un desconocido. Lo que sí sucedió fue que Parsons, hermano amado de un noble general del Sur, se presentase un día espontáneamente en el tribunal a compartir la suerte de sus compañeros. Lo que sí estremece es la desdicha de la leal Nina Van Zandt, que prendada de la arrogante hermosura y dogma humanitario de Spies, se le ofreció de esposa en el dintel de la muerte, y de mano de su madre, de distinguida familia, casó en la persona de su hermano con el preso; llegó a su reja día sobre día el consuelo de su amor, libros y flores; publicó con sus ahorros, para allegar recursos a la defensa, la autobiografía soberbia y breve de su desposado; y se fue a echar de rodillas a los pies del gobernador. Lo que sí pasma es la tempestuosa elocuencia de la mestiza Lucy Parsons, que paseó los Estados Unidos, aquí rechazada, allí silbada, allá presa, hoy seguida de obreros llorosos, mañana de campesinos que la echan como a bruja, después de catervas crueles de chicuelos, para "pintar al mundo el horror de la condición de las castas infelices, mayor mil veces que el de los medios propuestos para terminarlo". ¿El proceso? Los siete fueron condenados a muerte en la horca, y Neebe a la penitenciaría, en virtud de un cargo especial de conspiración de homicidio de ningún modo probado, por explicar en la prensa y en la tribuna las doctrinas cuya propaganda les permitía la ley; ¡y han sido castigadas en Nueva York, en un caso de excitación directa a la rebeldía, con doce meses de cárcel y doscientos cincuenta pesos de multa!

¿Quién que castiga crímenes, aun probados, no tiene en cuenta las circunstancias que los precipitan, las pasiones que los atenúan, y el móvil con que se cometen? Los pueblos, como los médicos, han de preferir prever la enfermedad, o curarla en sus raíces, a dejar que florezca en toda su pujanza, para combatir el mal desenvuelto por su propia culpa, con medios sangrientos y desesperados.

Pero no han de morir los siete. El año pasa. La Suprema Corte, en dictamen indigno del asunto, confirma la sentencia de muerte. ¿Qué sucede entonces, sea remordimiento o miedo, que Chicago pide clemencia con el mismo ardor con que pidió antes castigo; que los gremios obreros de la república envían al fin a Chicago sus representantes para que intercedan por los culpables de haber amado la causa

obrera con exceso; que iguala el clamor de odio de la nación al impulso de piedad de los que asistieron, desde la crueldad que lo provocó al crimen?

La prensa entera, de San Francisco a Nueva York, falseando el proceso, pinta a los siete condenados como bestias dañinas, pone todas las mañanas sobre la mesa de almorzar, la imagen de los policías despedazados por la bomba; describe sus hogares desiertos, sus niños rubios como el oro, sus desoladas viudas. ¿Qué hace ese viejo gobernador, que no confirma la sentencia? ¡Quién nos defenderá mañana, cuando se alce el monstruo obrero, si la policía ve que el perdón de sus enemigos los anima a reincidir en el crimen! ¡Qué ingratitud para con la policía, no matar a esos hombres! "¡No!", grita un jefe de la policía, a Nina Van Zandt, que va con su madre a pedirle una firma de clemencia sin poder hablar del llanto. ¡Y ni una mano recoge de la pobre criatura el memorial que uno por uno, mortalmente pálida, les va presentando!

¿Será vana la súplica de Félix Adler, la recomendación de los jueces del estado, el alegato magistral en que demuestra la torpeza y crueldad de la causa Trumbull? La cárcel es jubileo: de la ciudad salen y entran repletos los trenes: Spies, Fielden y Schwab han firmado, a instancias de su abogado, una carta al gobernador donde aseguran no haber intentado nunca recursos de fuerza: los otros no, los otros escriben al gobernador cartas osadas: "¡o la libertad, o la muerte, a que no tenemos miedo!" ¿Se salvará ese cínico Spies, ese implacable Engel, ese diabólico Parsons? Fielden y Schwab acaso se salven, porque el proceso dice de ellos poco, y, ancianos como son, el gobernador los compadece, que es también anciano.

En romería van los abogados de la defensa, los diputados de los gremios obreros, las madres, esposas y hermanas de los reos, a implorar por su vida, en recepción interrumpida por los sollozos, ante el gobernador. ¡Allí, en la hora real, se vio el vacío de la elocuencia retórica! ¡Frases ante la muerte! "Señor, dice un obrero, ¿condenarás a siete anarquistas a morir porque un anarquista lanzó una bomba contra la policía, cuando los tribunales no han querido condenar a la policía de Pinkerton, porque uno de sus soldados mató sin provocación de un tiro a un niño obrero?" Sí: el gobernador los condenará; la república entera le pide que los condene para ejemplo: ¿quién puso ayer en la celda de Lingg las cuatro bombas que descubrieron en ella los llaveros?: ¿de modo que esa alma feroz quiere morir sobre las ruinas de la cárcel, símbolo a sus ojos de la maldad del mundo?: ¿a quién salvará por fin el gobernador Oglesby la vida?

¡No será a Lingg, de cuya celda, sacudida por súbita explosión, sale, como el vapor de un cigarro, un hilo de humo azul! Allí está Lingg, tendido, vivo, despedazado, la cara un charco de sangre, los dos ojos abiertos entre la masa roja: se puso entre los dientes una cápsula de dinamita que tenía oculta en el lujoso cabello, con la bujía encendió la mecha, y se llevó la cápsula a la barba: lo cargan brutalmente: lo dejan caer sobre el suelo del baño: cuando el agua ha barrido los

coágulos, por entre los jirones de carne caída se le ve la laringe rota, y, como las fuentes de un manantial, corren por entre los rizos de su cabellera vetas de sangre. ¡Y escribió! ¡Y pidió que lo sentaran! ¡Y murió a las seis horas,—cuando ya Fielden y Schwab estaban perdonados, cuando convencidas de la desventura de sus hombres, las mujeres, las mujeres sublimes, están llamando por última vez, no con flores y frutas como en los días de la esperanza, sino pálidas como la ceniza, a aquellas bárbaras puertas!

La primera es la mujer de Fischer: ¡la muerte se le conoce en los labios blancos!

Lo esperó sin llorar: pero ¿saldrá viva de aquel abrazo espantoso?: ¡así, así se desprende el alma del cuerpo! Él la arrulla, le vierte miel en los oídos, la levanta contra su pecho, la besa en la boca, en el cuello, en la espalda. "¡Adiós!": la aleja de sí, y se va a paso firme: con la cabeza baja y los brazos cruzados. Y Engel ¿cómo recibe la visita postrera de su hija? ¿no se querrán, que ni ella ni él quedan muertos? ¡oh, sí la quiere, porque tiemblan los que se llevaron del brazo a Engel al recordar, como de un hombre que crece de súbito entre sus ligaduras, la luz llorosa de su última mirada! "¡Adiós, mi hijo!" dice tendiendo los brazos hacia él la madre de Spies, a quien sacan lejos del hijo ahogado, a rastras. "¡Oh, Nina, Nina!" exclama Spies apretando a su pecho por primera y última vez a la viuda que no fue nunca esposa: y al borde de la muerte se la ve florecer, temblar como la flor, deshojarse como la flor, en la dicha terrible de aquel beso adorado.

No se la llama desmayada, no; sino que, conocedora por aquel instante de la fuerza de la vida y la beldad de la muerte, tal como Ofelia vuelta a la razón, cruza, jacinto vivo, por entre los alcaides, que le tienden respetuosos la mano. Y a Lucy Parsons no la dejaron decir adiós a su marido, porque lo pedía, abrazada a sus dos hijos, con el calor y la furia de las llamas.

Y ya entrada la noche y todo oscuro en el corredor de la cárcel pintado de cal verdosa, por sobre el paso de los guardias con la escopeta al hombro, por sobre el voceo y risas de los carceleros y escritores, mezclado de vez en cuando a un repique de llaves, por sobre el golpeo incesante del telégrafo que el *Sun* de Nueva York tenía en el mismo corredor establecido, y culebreaba, reñía, se desbocaba, imitando, como una dentadura de calavera, las inflexiones de la voz del hombre, por sobre el silencio que encima de todos estos ruidos se cernía, oíanse los últimos martillazos del carpintero en el cadalso. Al fin del corredor se levantaba el cadalso: "¡Oh, las cuerdas son buenas: ya las probó el alcaide!" "El verdugo halará, escondido en la garita del fondo, de la cuerda que sujeta el pestillo de la trampa". "La trampa está firme, a unos diez pies del suelo". "No: los maderos de la horca no son nuevos: los han repintado de ocre; para que parezcan bien en esta ocasión; porque todo ha de hacerse decente, muy decente". "Sí, la milicia está a mano: y a la cárcel no se dejará acercar a nadie" "¡De veras que Lingg era

hermoso!" Risas, tabacos, brandy, humo que ahoga en sus celdas a los reos despiertos. En el aire espeso y húmedo chisporrotean, cocean, bloquean, las luces eléctricas. Inmóvil sobre la baranda de las celdas, mira al cadalso un gato... ¡cuando de pronto una melodiosa voz, llena de fuerza y sentido, la voz de uno de estos hombres a quienes se supone fieras humanas, trémula primero, vibrante enseguida, pura luego y serena, como quien ya se siente libre de polvo y ataduras, resonó en la celda de Engel, que, arrebatado por el éxtasis, recitaba *El Tejedor* de Heinrich Heine, como ofreciendo al cielo el espíritu, con los dos brazos en alto:

Con ojos secos, lúgubres y ardientes,
Rechinando los dientes,
Se sienta en su telar el tejedor:
¡Germania vieja, tu capuz zurcimos!
Tres maldiciones en la tela urdimos;
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso Dios que implora en vano,
En invierno tirano,
Muerto de hambre el jayán en su obrador!:
¡En vano fue la queja y la esperanza!
Al Dios que nos burló, guerra y venganza:
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso rey del poderoso
Cuyo pecho orgulloso
Nuestra angustia mortal no conmovió!
¡El último doblón nos arrebata,
Y como a perros luego el rey nos mata!
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Maldito el falso Estado en que florece,
Y como yedra crece
Vasto y sin tasa el público baldón;
Donde la tempestad la flor avienta
Y el gusano con podre se sustenta!
¡Adelante, adelante el tejedor!

¡Corre, corre sin miedo, tela mía!
¡Corre bien noche y día

Tierra maldita, tierra sin honor!
Con mano firme tu capuz zurcimos:
Tres veces, tres, la maldición urdimos:
¡Adelante, adelante el tejedor!

Y rompiendo en sollozos, se dejó Engel caer sentado en su litera, hundiendo en las palmas el rostro envejecido. Muda lo había escuchado la cárcel entera, los unos como orando, los presos asomados a los barrotes, estremecidos los escritores y los alcaides, suspenso el telégrafo, Spies a medio sentar. Parsons de pie en su celda, con los brazos abiertos, como quien va a emprender el vuelo.

El día sorprendió a Engel hablando entre sus guardas, con la palabra voluble del condenado a muerte, sobre lances curiosos de su vida de conspirador; a Spies, fortalecido por el largo sueño; a Fischer, vistiéndose sin prisa las ropas que se quitó al empezar la noche, para descansar mejor; a Parsons, cuyos labios se mueven sin cesar, saltando sobre sus vestidos, después de un corto sueño histérico.

"¡Oh, Fischer: cómo puedes estar tan sereno, cuando el alcaide que ha de dar la señal de tu muerte, rojo por no llorar, pasea como una fiera la alcaidía!":—"Porque"—responde Fischer, clavando una mano sobre el brazo trémulo del guarda y mirándole de lleno en los ojos,—"creo que mi muerte ayudará a la causa con que me desposé desde que comencé mi vida, y amo yo más que a mi vida misma, la causa del trabajador,—¡y porque mi sentencia es parcial, ilegal e injusta!" "¡Pero, Engel, ahora que son las ocho de la mañana, cuando ya solo te faltan dos horas para morir, cuando en la bondad de las caras, en el afecto de los saludos, en los maullidos lúgubres del gato, en el rastreo de las voces, y los pies, están leyendo que la sangre se te hiela, cómo no tiemblas, Engel!"—"¿Temblar porque me han vencido aquellos a quienes hubiera querido yo vencer? Este mundo no me parece justo, y yo he batallado, y batallo ahora con morir, para crear un mundo justo. ¿Qué me importa que mi muerte sea un asesinato judicial? ¿Cabe en un hombre que ha abrazado una causa tan gloriosa como la nuestra desear vivir cuando puede morir por ella? ¡No: alcaide, no quiero drogas: quiero vino de Oporto!" Y uno sobre otro se bebe tres vasos... Spies, con las piernas cruzadas, como cuando pintaba para el *Arbeiter Zeitung* el universo dichoso, color de llama y hueso, que sucedería a esta civilización de esbirros y mastines, escribe largas cartas, las lee con calma, las pone lentamente en sus sobres, y una u otra vez deja descansar la pluma, para echar al aire, reclinado en su silla, como los estudiantes alemanes, bocanadas y aros de humo: ¡oh, patria, raíz de la vida, que aun a los que te niegan por el amor más vasto a la humanidad, acudes y confortas, como aire y como luz, por mil medios sutiles! "Sí, Alcaide, dice Spies, beberé un vaso de vino del Rhin!"... Fischer, Fischer alemán, cuando el silencio comenzó a ser angustioso, en aquel instante en que en

las ejecuciones como en los banquetes callan a la vez, como ante solemne aparición, los concurrentes todos, prorrumpió, iluminada la faz por venturosa sonrisa, en las estrofas de *La Marsellesa* que cantó con la cara vuelta al cielo... Parsons a grandes pasos mide el cuarto: tiene delante un auditorio enorme, un auditorio de ángeles que surgen resplandecientes de la bruma, y le ofrecen, para que como astro purificante cruce el mundo, la capa de fuego del profeta Elías: tiende las manos, como para recibir el don, vuélvese hacia la reja, como para enseñar a los matadores su triunfo: gesticula, argumenta, sacude el puño alzado, y la palabra alborotada al dar contra los labios se le extingue, como en la arena movediza se confunden y perecen las olas.

Llenaba de fuego el sol las celdas de tres de los reos, que rodeados de lóbregos muros parecían, como el bíblico, vivos en medio de las llamas, cuando el ruido improviso, los pasos rápidos, el cuchicheo ominoso, el alcaide y los carceleros que aparecen a sus rejas, el color de sangre que sin causa visible enciende la atmósfera, les anuncian, lo que oyen sin inmutarse, que es aquella la hora!

Salen de sus celdas al pasadizo angosto: ¿Bien?—"¡Bien!": Se dan la mano, sonríen, crecen. "¡Vamos!" El médico les había dado estimulantes: a Spies y a Fischer les trajeron vestidos nuevos; Engel no quiere quitarse sus pantuflas de estambre. Les leen la sentencia, a cada uno en su celda; les sujetan las manos por la espalda con esposas plateadas: les ciñen los brazos al cuerpo con una faja de cuero: les echan por sobre la cabeza, como la túnica de los catecúmenos cristianos, una mortaja blanca: ¡abajo la concurrencia sentada en hileras de sillas delante del cadalso como en un teatro! Ya vienen por el pasadizo de las celdas, a cuyo remate se levanta la horca: delante va el alcaide, lívido: al lado de cada reo, marcha un corchete: Spies va a paso grave, desgarradores los ojos azules, hacia atrás el cabello bien peinado, blanco como su misma mortaja, magnífica la frente: Fischer le sigue, robusto y poderoso, enseñándose por el cuello la sangre pujante, realzados por el sudario los fornidos miembros. Engel anda detrás a la manera de quien va a una casa amiga, sacudiéndose el sayón incómodo con los talones: Parsons, como si tuviese miedo a no morir, fiero, determinado, cierra la procesión a paso vivo. Acaba el corredor, y ponen el pie en la trampa: las cabezas erizadas, las cuatro mortajas.

Plegaria es el rostro de Spies; el de Fischer, firmeza: el de Parsons, orgullo radioso; a Engel, que hace reír con un chiste a su corchete, se le ha hundido la cabeza en la espalda. Les atan las piernas, al uno tras el otro, con una correa. A Spies el primero, a Fischer, a Engel, a Parsons, les echan sobre la cabeza, como el apagavelas sobre las bujías, las cuatro caperuzas. Y resuena la voz de Spies, mientras están cubriendo las cabezas de sus compañeros, con un acento que a los que lo oyen les entra en las carnes: "La voz que vais a sofocar será más poderosa en lo futuro que cuantas palabras pudiera yo decir ahora". Fischer dice, mientras atiende el corchete a Engel: "¡Este es el momento más feliz de mi vida!" "¡Hurra por la anarquía!" dice Engel, que había

estado moviendo bajo el sudario hacia el alcaide las manos amarradas. "¡Hombres y mujeres de mi querida América..." empieza a decir Parsons... Una seña, un ruido, la trampa cede, los cuatro cuerpos caen a la vez en el aire, dando vueltas y chocando. Parsons ha muerto al caer, gira de prisa y cesa: Fischer se balancea, retiembla, quiere zafar del nudo el cuello entero, estira y encoge las piernas, muere: Engel se mece en su sayón flotante, le sube y baja el pecho como la marejada y se ahoga: Spies, en danza espantable, cuelga girando como un saco de muecas, se encorva, se alza de lado, se da en la frente con las rodillas, sube una pierna, extiende las dos, sacude los brazos, tamborinea: y al fin expira, rota la nuca hacia adelante, saludando con la cabeza a los espectadores.

Y dos días después, dos días de escenas terribles en las casas, de desfile constante de amigos llorosos, ante los cadáveres amoratados, de señales de duelo colgadas en puertas miles bajo una flor de seda roja, de muchedumbres reunidas con respeto para poner a los pies de los ataúdes rosas y guirnaldas, Chicago asombrado vio pasar tras las músicas fúnebres, a que precedía un soldado loco agitando como desafío un pabellón americano, el ataúd de Spies, oculto bajo las coronas; el de Parsons, negro, con catorce artesanos atrás que cargaban presentes simbólicos de flores; el de Fischer, ornado con guirnalda colosal de lirio y clavellinas; los de Engel y Lingg, envueltos en banderas rojas,—y los carruajes de las viudas, recatadas hasta los pies por velos de luto,—y sociedades, gremios, *vereins*, orfeones, diputaciones, trescientas mujeres en masa, con crespón al brazo, seis mil obreros tristes y descubiertos que llevaban al pecho la rosa encarnada.

Y cuando desde el montículo del cementerio, rodeado de veinticinco mil almas amigas, bajo el cielo sin sol que allí corona estériles llanuras, habló el capitán Black, el pálido defensor vestido de negro, con la mano tendida sobre los cadáveres:—"¿Qué es la verdad"—decía, en tal silencio que se oyó gemir a las mujeres dolientes y al concurso,—¿qué es la verdad que desde que el de Nazareth la trajo al mundo no la conoce el hombre hasta que con sus brazos la levanta y la paga con la muerte? ¡Estos no son felones abominables, sedientos de desorden, sangre y violencia, sino hombres que quisieron la paz, y corazones llenos de ternura, amados por cuantos los conocieron y vieron de cerca el poder y la gloria de sus vidas, su anarquía era el reinado del orden sin la fuerza: su sueño, un mundo nuevo sin miseria y sin esclavitud: su dolor, el de creer que el egoísmo no cederá nunca por la paz a la justicia: ¡oh cruz de Nazareth, que en estos cadáveres se ha llamado cadalso!"

De la tiniebla que a todos envolvía, cuando del estrado de pino iban bajando los cinco ajusticiados a la fosa, salió una voz que se adivinaba ser de barba espesa, y de corazón grave y agriado: "¡Yo no vengo a acusar ni a ese verdugo a quien llaman alcaide, ni a la nación que ha estado hoy dando gracias a Dios en sus templos porque han muerto en la horca estos hombres, sino a los trabajadores de Chicago, que

han permitido que les asesinen a cinco de sus más nobles amigos!"... La noche, y la mano del defensor sobre aquel hombro inquieto, dispersaron los concurrentes y los hurras: flores, banderas, muertos y afligidos perdíanse en la misma negra sombra: como de olas de mar venía de lejos el ruido de la muchedumbre en vuelta a sus hogares. Y decía el *Arbeiter Zeitung* de la noche, que al entrar en la ciudad recibió el gentío ávido: "¡Hemos perdido una batalla, amigos infelices, pero veremos al fin el mundo ordenado conforme a la justicia: seamos sagaces como las serpientes, e inofensivos como las palomas!"

La Nación, Buenos Aires, 1ro. de enero de 1888.
OCEC, t. 27, pp. 58-85.

El asesinato de los italianos

Las escenas de Nueva Orleans.—Los antecedentes y el proceso.—La Maffia y la política local.—El asalto a la cárcel.—La reunión, la marcha, los muertos.

Nueva York, 26 de marzo de 1891

Señor Director de *La Nación*:

Y, desde hoy, nadie que sepa de piedad pondrá el pie en Nueva Orleáns, sin horror. Por acá y por allá, como últimas bocanadas, asoma y desaparece un grupo de homicidas, con el fusil al hombro. Por allí va otro grupo, de abogados y de comerciantes, de hombres fornidos y de ojos azules, con el revólver a la cadera, y una hoja en la solapa,—una hoja del árbol donde han ahorcado a un muerto,—a un italiano muerto,—a uno de los diecinueve italianos que tenían en la cárcel como reos presuntos del asesinato del jefe de policía Hennessy. De los diecinueve, el jurado de norteamericanos absolvió a cuatro; el proceso de otros falló por errores; otros no habían sido aún procesados.

Y pocas horas después de que el jurado de norteamericanos los absolvió, la junta de notables nombrada por el alcalde para ayudar al castigo del asesinato, la junta capitaneada por el cabecilla de uno de los bandos políticos de la ciudad, convoca a motín a los ciudadanos, por llamamiento impreso y público, con un día de aviso,—los reúne y preside al pie de la estatua de Henry Clay,—ataca la cárcel de la parroquia, sin que le salga al paso la policía, salvo por nimia apariencia, ni la milicia, ni el alcalde, ni el gobernador,—derriba las puertas dóciles de la prisión,—se derrama, vitoreando, en los corredores por donde huyen los italianos perseguidos,—machaca a culatazos la cabeza del caudillo político de los italianos, del banquero cónsul, cónsul de Bolivia, acusado de cómplice en una banda de asesinos, en una banda secreta de la Maffia,—y a los otros tres, absueltos como el banquero, y a siete más, los asesina contra la pared, por los rincones, sobre el suelo, a quemarropa. Al volver de la faena, los ciudadanos vitorean al abogado que presidió la matanza, y lo pasean en hombros.

¿Y esas son las calles de casas floridas, con las enredaderas de ipomeas trepando por entre las persianas blancas, y las mulatas de turbante y delantal sacando la cesta india de colorines al balcón calado, y la novia criolla, que va al lago de almuerzo, a almorzar peces de nácar y de oro, con un capullo al pecho, y en la crencha negra una flor de azahar? ¿Es la ciudad del roble donde crece, como filigrana de planta, el musgo español, y del dátil, que chorrea la miel, y de los sauces lamentosos, que se retratan en el río? ¿Es la Orleans del carnaval alegre, antorcha toda y toda castañuelas, que saca en un paso de la procesión de Momo el romance de México, festoneada la carroza de lirio y cavellín, y en otro, con sus trajes de pedrería, a los héroes amables del poema de *Lalla Rookh*, y en otro al príncipe, de raso naranja, despertando, en su túnica de tisú, a la Beldad Dormida?

¿Es la Orleans de la pesca en piraguas, de los alrededores hechiceros, del mercado radiante y alborotoso, de los petimetres de fieltro a las cejas y perilla gris que se juntan, a hablar de duelos y de novias, en el café de la Poesía?... Resuenan las descargas; izan sobre una rama a Bagnetto, al italiano muerto; le picotean a balazos la cara; un policía echa al aire su sombrero: de los balcones y las azoteas miran la escena con anteojos de teatro.

Al gobernador, "no se le puede ver". La milicia, "nadie ha ido a buscarla". El alcalde "no va a prender a toda la ciudad". Sierran una rama; cortan otra a hachazos; sacuden las hojas, que caen sobre la multitud apretada,—"para llevarse un recuerdo, una astilla de la madera, una hoja fresca de hoy",—al pie del roble de donde cuelga, dando vueltas, el italiano ensangrentado.

La ciudad de Nueva Orleans satisfecha o cobarde, marchó con sus primeros letrados y negociantes al frente, sobre la cárcel de donde iban a salir los presos que el jurado acababa de absolver; asaltó, con asentimiento y ayuda de las autoridades del municipio, la prisión municipal: majó en los rincones,—la ciudad capitaneada por abogados y periodistas, por banqueros y jueces,—majó en los rincones, y "baleó hasta hacerlos trizas" a los italianos absueltos,—a un neorleanés oriundo de Italia, hombre de mundo, y rico, dueño del voto de la colonia italiana,—a un padre de seis hijos, socio acaudalado de una buena firma,—a un siciliano brioso a quien meses atrás dio un tiro un irlandés,—a un zapatero de influjo en la opinión del barrio,—a un remendón tachado de haber muerto en riña a un paisano suyo,—a unos vendedores de fruta.

Los italianos riñen entre sí, como los bandos de Kansas, que en medio siglo no ha podido poner en paz ningún gobernador, como los criollos del Sur que se legan de padres a hijos el odio entre familias. Hace veinte años, por husmear en las riñas de los italianos, o por quererles quitar so pretexto de ellas el poder municipal que ganaban con la fuerza de sus votos, cayó, a manos de un Guerin, el padre de este Hennessy que ha muerto ahora. El mismo traficante en política que iba de teniente

en el asalto de hoy, acabó de un balazo al matador del otro Hennessy. Los políticos de ojos grises odiaban a los políticos de ojos negros. Los irlandeses que viven principalmente de la política, querían echar de la política a los italianos.

Los acusaban de "dagos", que es mote que enciende la sangre de Sicilia. El que caía de resueltas de estas rivalidades decían que caía "por la sentencia de la Maffia". Contaban como de ahora, y como de puro crimen, las terribles ejecuciones políticas de la Maffia, que se conjuró contra los Borbones hace un siglo.

El Hennessy de hoy declaró a los italianos guerra sin cuartel, por más que hubo un tiempo en que no tenía mejor amigo "para una vuelta por la mesa verde de los clubs o para un buen guiso de quimbombó", que Macheca, el de la cabeza majada a culatazos, el italiano elegante y rico. Hubo muertes en el barrio de Italia. Y el policía apuró la persecución hasta conseguir un denunciante italiano, que amaneció cadáver, y proclamar que sabía ya cuanto había que saber de una sociedad de asesinos, llamada del *Stiletto*, y otra de los *Stopaliagieri*, y que tenía a mano "la prueba plena de la Maffia espantosa, de sus sentencias de muerte, de sus millares de sicarios". Una noche, a la puerta de su casa, una casa que tiene en el vestíbulo dos rosales, cayó Hennessy, luchando contra una banda de asesinos, con la mano en el revólver.

Once balas le hallaron en el cuerpo. Se declaró que era su muerte "la venganza de la Maffia". Se prometieron las pruebas más patentes. Se nombró, por el alcalde mismo, una junta suelta de cincuenta ciudadanos,—políticos y comerciantes, y abogados y periodistas,—para ayudar a la justicia ordinaria en sus indagaciones. Se escogió un jurado sin tacha, de entre ciudadanos de apellido inglés. Se encarceló a unos cuantos reñidores de oficio de entre la gente de Sicilia, y a los dos hombres de más riqueza e influjo sobre el voto de los italianos.

Del Golfo al Pacífico se alzó en su favor la población italiana: negó su prensa, y negaron sus hombres prominentes, que hubiese Maffia, ni sociedad del *Stiletto*, ni *Stopaliagieri*, ni prueba posible de tal iniquidad, ni sentido en poner presos por asesinato a hombres de la posición del banquero Macheca y el comerciante Caruso: mantuvo que el veneno de la persecución, y la causa de ella, estaba en la pelea política, en el designio de aterrar y sacar de Nueva Orleans y de las urnas, a los italianos rebeldes a la voluntad de los perseguidores: declaró que se fraguaba una conspiración tenebrosa para un fin político. El jurado, después de meses de proceso abierto al público, de acusaciones que iban y venían, de testigos que enloquecían y perjuraban, de murmuraciones de soborno y de escándalo,—absolvió a los presos.—Cierto que había bandos hostiles entre los sicilianos de Nueva Orleans; que los matrangas y los provenzanos se aborrecían aquí, como en Italia; que los italianos ensangrentaban a menudo las calles, con sangre italiana. Pero de que se querellasen entre sí, de que provenzanos o matrangas, para satisfacer su rencor, declaren en falso contra sus enemigos; de que los sicilianos no tengan empacho en seguir sus contiendas en la ciudad donde no hay transeúnte que no

lleve al cinto un revólver, ni familia que no haya cruzado por las calles a otra familia; de que el bando vencido decidiese poner fin a la vida del jefe de policía que tomaba pabellón con el bando rival, no puede deducirse que la Maffia, que fue la rebeldía contra el Borbón, reine en Nueva Orleans, donde no hay Borbones,—que los anónimos supuestos por los políticos de intriga, para avivar el odio contra los italianos, fuesen de mano italiana,—que los "dagos" todos, que viven como les manda el fiero sol, amándose y odiándose, dando la vida por un beso y quitándola por una mala palabra, "sean una escuela organizada de asesinos".

Moore, teniente un tiempo de la policía de Nueva Orleans, el irlandés Moore, dijo "que el asesinato de Hennessy vino, como el de su padre, de las peleas sobre los votos,—que esta muerte de Hennessy no fue más que uno de los actos de la disputa del botín político, más pingüe ahora que nunca".

Nueva Orleans recibía con amenazas e ira el veredicto: alegaba Nueva Orleans "que hubo fraude en el proceso", "que el polizonte Malley pagó a un testigo", "que consta de una tentativa de soborno de un jurado". Pero en Chicago encendió luces el barrio de las camisetas coloradas; en los suburbios de Providencia cesó el trabajo, para bailar y festejar; la Italia de Nueva York, acampada por junto al Bowery, puso papeles nuevos en los puestos de frutas, clavó la bandera en la bota bruñida con que se anuncia el lustrador, sacó a la puerta el moño repeinado y los pendientes de corales,—¡hasta que anunció el telégrafo la novedad aterradora,—que Nueva Orleans se amotinaba,—que rodeaba la cárcel,—que ahorcaba al Bagnetto,—que mataba al Macheca! De sus covachas y callejuelas salían, dando gritos, las mujeres. Dejaban a las crías en las aceras, y se sentaban a llorar. Se destrenzaban los cabellos y se los mesaban. Llamaban a los hombres, a que despertaran. Los injuriaban, porque no despertaban pronto. Corrían, con las manos en la cabeza. Se llenó de mujeres y hombres la plaza de los periódicos. Sus periodistas, siempre desunidos, les hablan, juntos por primera vez, desde un mismo pórtico: "¡Seamos uno, italianos, en este dolor!" "¡Venganza, italianos, venganza!" Y leían sollozando, los horribles telegramas. Las mujeres se echaban en la calle de rodillas. Los hombres, con la mano dura, se lavaban las lágrimas.

Era verdad que Nueva Orleans, con la ley en sus manos, se volvía contra su ley. El Gobernador del estado, dueño de la milicia, abandonaba la capital del estado al motín. Los cabecillas del motín contra el tribunal, eran hombres de tribunales, eran magistrados, fiscales, defensores. Los capitanes de la matanza eran los delegados del alcalde, que no mandó salir sus fuerzas contra los matadores. Ni una voz de piedad, ni una súplica de mujer, ni un ruego de sacerdote, ni una protesta de la prensa: "¡A matar a los dagos!" "¡A las armas, ciudadanos buenos! ¡A la una de la tarde, al pie de la estatua de Clay, a remediar la incapacidad de la justicia en el caso Hennessy! ¡Id preparados a la acción!" Cundió el convite impreso, firmado por los

guías de ideas y gente de pro de la ciudad. "¿Qué se nos ha de oponer el alcalde, si los que nos convocan son los mismos que él designó para la junta auxiliar de la pesquisa?" "Parkerson es nuestro jefe, el hombre de alma velluda que ganó a la cabeza de los demócratas sueltos, las elecciones de la ciudad". "Firma Liche, el comisionado de las obras públicas, que es puesto de tanto poder". A la una estaba henchida la vertiente de las calles viejas donde se levanta la estatua de Clay. Dicen que la milicia está con ellos; que los milicianos están allí sin uniforme; que hay una casa llena de picos y hachas; que ayer vació un carro al respaldo de la cárcel, una carga de vigas para atacar las puertas; que en la junta de ayer, en la junta de los cincuenta, se dispuso el plan, se nombraron los jefes, se repartieron las armas. Vitorean unos a Wyckliffe, y a Parkerson todos: "¡Discurso! ¡Salten la reja, y dennos un discurso!" El orador surge, al pie de la estatua. Parkerson es el orador, hombre de leyes, jefe de partido, joven: la levita le ajusta: tiene redonda la cabeza: no se le cae la lengua, ni se le cae la mano: acciona, acciona bien: echa el pie adelante y levanta por sobre la cabeza el brazo izquierdo:—"¡A las armas, ciudadanos! ¡Los crímenes deben ser castigados con prontitud; pero donde y cuando quiera que los tribunales fallen, que los jurados violen su juramento, que asomen los sobornadores, es ocasión para que el pueblo haga lo que el tribunal y el jurado dejaron de hacer!"—"¡Estamos contigo, Parkerson!"—"¿Qué resolución tomaremos, ciudadanos? ¿Será la acción?" "¡La acción! ¡Guía! ¡Estamos contigo!"—"¿Listos?"—"¡Listos!"

Salta al puesto un Denegre, abogado y propietario. "Soy de la junta de los cincuenta: me nombró el alcalde, y doy cuenta al pueblo. Estamos con el muerto: vamos a buscar a los asesinos. La junta es impotente: el tribunal es impotente: ¡puedan los ciudadanos!"

Y habla Wyckliffe, abogado y dueño de un periódico. Se ve en la masa el vaivén. Con los brazos va empujando Wyckliffe las palabras:—"¡Al pie de esta estatua se viene a hechos! ¡Abajo la Maffia! "¿Nos quedaremos con las manos en los bolsillos, o echaremos de la ciudad a esa peste de herejes?" "¡Vamos!..." "¡Llévennos!..." ¡A buscar los fusiles!" responde Parkerson: "¡y a la plaza enseguida, a la plaza del Congo!"

¡A la plaza! ¡a la prisión! La columna va en marcha, a paso ligero. Va Parkerson al mando, el capataz, demócrata. Va Honston, otro capataz, que dio muerte hace veinte años al matador del primer Hennessy. El subteniente es Wyckliffe, que fue fiscal de la ciudad. Delante van tres carros, con cuerdas y escaleras; y en el astil de uno el nudo de la horca.

Detrás van los rifleros, a paso militar, con los doscientos rifles al hombro. El gentío los sigue y los rodea: unos llevan escopeta, revólver los demás. Se oye el rastreo de los pies. "Van sonriendo, como a un picnic". Y cuando llegan a la prisión, que es de canto y balcones, un piquete, como por orden conocida, se echa sobre cada puerta: el alcaide, entre los gritos y silbidos, les niega las llaves. Con las vigas de punta embisten al portón. Las hojas bambolean, y un negro las derriba de un

hachazo. Entran cincuenta: ¡quisieran entrar todos! "Aquí está la llave de la reja", dice el segundo alcaide. Y los llaveros abren paso.

Se juntan los cincuenta hombres. Se oye temblar a los presos de una celda abierta. Por la reja de otra se ve una cara moribunda. No son esos; los llaveros, obsequiosos dicen, que no son esos,—que están arriba en el departamento de las mujeres,—que allí está la otra llave. "¡Despacio, caballeros, despacio", dice Parkerson: "¿quién los conoce? ¡Nada más que a los dagos!" Se precipitan por el corredor vacío: una mano escamosa y blancuzca, una mano de africana ochentona, les señala el rincón, por donde sube la escalerilla, por donde se oyen pisadas que vuelan. "¡Hurra, tres hurras!" —dice uno de los cazadores; y los demás, ondeando el sombrero, dan tres hurras con él y se echan escalera arriba. "¡La medicina!" dice uno: suena el disparo graneado: da en el aire una vuelta, muerto de un tiro en el cerebro, el último de los que huían. Sofoca el ruido de los disparos el viva y vocerío que llegan de afuera: "¡Viva Parkerson!" "¡Viva Wyckliffe!" Los presos no tienen tiempo para pedir misericordia. ¡A tierra, agujereados como un jibe, Gerachi y Caruso! A Romero lo matan de rodillas, con la frente postrada en las baldosas: como una red de cintas era luego el sombrero de Romero: ¡la levita, por la espalda, piltrafas de paño! Vuelan las balas. Macheca, acorralado, cae de un golpe en la cabeza: acabó allí, entre los pies de los hombres, de los abogados, de los comerciantes: acabó allí, sin un solo tiro, a culatazos. De afuera ya venía la ira temible: "¡Que nos los traigan! ¡Que nos los maten aquí afuera!" Y estaba llena la plaza, las calles todas de los alrededores llenas. Había mujeres y niños. "¡Que nos los traigan!" "¡Aquí afuera!"

Por una puerta apareció una escuadra echando por delante, como a un ebrio, a Polozzi, el testigo loco. Se les caía de entre los brazos al suelo. Dos se pegan e injurian, porque los dos quieren apretar mejor el nudo. Un racimo de hombres se cuelga de la cuerda. Y cuantos están alrededor vacían sobre ella sus revólveres. Les caen sobre el pecho los chorros de sangre.

A Bagnetto lo sacan en brazos: no se le ve la cara, de la herida: le echan al cuello, tibio de la muerte, el nudo de cuerda nueva: lo dejan colgando de una rama de árbol: ¡podarán luego las ramas vecinas; y las mujeres en el sombrero, y los hombres en el ojal, llevarán como emblema las hojas! Uno saca el reloj: "Hemos andado de prisa: cuarenta y ocho minutos". De las azoteas y balcones miraba la gente, con anteojos de teatro.

José Martí

La Nación, Buenos Aires, 20 de mayo de 1891.
OC, t. 12, pp. 491-499.

La verdad sobre los Estados Unidos

Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos. Ni se debe exagerar sus faltas de propósito, por el prurito de negarles toda virtud, ni se ha de esconder sus faltas, o pregonarlas como virtudes. No hay razas: no hay más que modificaciones diversas del hombre, en los detalles de hábito y forma que no les cambian lo idéntico y esencial, según las condiciones de clima e historia en que viva. Es de hombres de prólogo y superficie,—que no hayan hundido los brazos en las entrañas humanas, que no vean desde la altura imparcial hervir en igual horno las naciones, que en el huevo y tejido de todas ellas no hallen el mismo permanente duelo del desinterés constructor y el odio inicuo,—el entretenimiento de hallar variedad sustancial entre el egoísta sajón y el egoísta latino, el sajón generoso o el latino generoso, el latino burómano o el burómano sajón: de virtudes y defectos son capaces por igual latinos y sajones. Lo que varía es la consecuencia peculiar de la distinta agrupación histórica: en un pueblo de ingleses, y holandeses y alemanes afines, cualesquiera que sean los disturbios, mortales tal vez, que le acarree el divorcio original del señorío, y la llaneza que a un tiempo lo fundaron, y la hostilidad inevitable, y en la especie humana indígena, de la codicia y vanidad que crean las aristocracias contra el derecho y la abnegación que se les revelan, no puede producirse la confusión de hábitos políticos, y la revuelta hornalla, de los pueblos en que la necesidad del conquistador dejó viva la población natural, espantada y diversa, a que aún cierra el paso con parricida ceguedad la casta privilegiada que engendró en ella el europeo. Una nación de mocetones del Norte, hechos de siglos atrás al mar y a la nieve, y a la hombría favorecida por la perenne defensa de las libertades locales, no puede ser como una isla del trópico, fácil y sonriente, donde trabajan por su ajuste, bajo un gobierno que es como piratería política, la excrecencia famélica de un pueblo europeo, soldadesco y retrasado, los descendientes de esta tribu áspera e inculta, divididos por el odio de la docilidad acomodaticia a la virtud rebelde, y los africanos pujantes y sencillos, o envilecidos y rencorosos, que de una espantable esclavitud y una sublime guerra han entrado a la conciudadanía con los que los compraron y los vendieron, y, gracias a los muertos de la guerra sublime, saludan hoy como a igual al que hacían ayer bailar a latigazos. En lo que se ha de ver si sajones y latinos son distintos, y en lo que únicamente se les puede comparar, es en aquello en que se les hayan rodeado condiciones comunes; y

es un hecho que en los estados del Sur de la Unión Americana, donde hubo esclavos negros, el carácter dominante es tan soberbio, tan perezoso, tan inclemente, tan desvalido, como pudiera ser, en consecuencia de la esclavitud, el de los hijos de Cuba. Es de supina ignorancia, y de ligereza infantil y punible, hablar de los Estados Unidos, y de las conquistas reales o aparentes de una comarca suya o grupo de ellas, como de una nación total e igual, de libertad unánime y de conquistas definitivas: semejantes Estados Unidos son una ilusión, o una superchería. De las covachas de Dakota, y la nación que por allá va alzándose, bárbara y viril, hay todo un mundo a las ciudades del Este, arrellanadas, privilegiadas, encastadas, sensuales, injustas. Hay un mundo, con sus casas de cantería y libertad señorial, del Norte de Schenectady a la estación zancuda y lúgubre del Sur de Petersburg, del pueblo limpio e interesado del Norte, a la tienda de holgazanes, sentados en el coro de barriles, de los pueblos coléricos, paupérrimos, descascarados, agrios, grises, del Sur. Lo que ha de observar el hombre honrado es, precisamente, que no solo no han podido fundirse, en tres siglos de vida común, o uno de ocupación política, los elementos de origen y tendencia diversos con que se crearon los Estados Unidos, sino que la comunidad forzosa exacerba y acentúa sus diferencias primarias, y convierte la federación innatural en un estado, áspero, de violenta conquista. Es de gente menor, y de la envidia incapaz y roedora, el picar puntos a la grandeza patente, y negarla en redondo, por uno u otro lunar, o empinársele de agorero, como quien quita una mota al sol. Pero no augura, sino certifica, el que observa cómo en los Estados Unidos, en vez de apretarse las causas de unión, se aflojan; en vez de resolverse los problemas de la humanidad, se reproducen; en vez de amalgamarse en la política nacional las localidades, la dividen y la enconan; en vez de robustecerse la democracia, y salvarse del odio y miseria de las monarquías, se corrompe y aminora la democracia, y renacen, amenazantes, el odio y la miseria. Y no cumple con su deber quien lo calla, sino quien lo dice. Ni con el deber de hombre cumple, de conocer la verdad y esparcirla; ni con el deber de buen americano, que solo ve seguras la gloria y la paz del continente en el desarrollo franco y libre de sus distintas entidades naturales; ni con su deber de hijo de nuestra América, para que por ignorancia, o deslumbramiento, o impaciencia, no caigan los pueblos de casta española, al consejo de la toga remilgada y el interés asustadizo, en la servidumbre inmoral y enervante de una civilización dañada y ajena. Es preciso que se sepa en nuestra América la verdad de los Estados Unidos.

Lo malo se ha de aborrecer, aunque sea nuestro; y aun cuando no lo sea. Lo bueno no se ha de desamar, solo porque no sea nuestro. Pero es aspiración irracional y nula, cobarde aspiración de gente segundona e ineficaz, la de llegar a la firmeza de un pueblo extraño por vías distintas de las que llevaron a la seguridad y al orden al pueblo envidiado; por el esfuerzo propio, y por la adaptación de la libertad

humana a las formas requeridas por la constitución peculiar del país. En unos es el excesivo amor al Norte la expresión, explicable e imprudente, de un deseo de progreso tan vivaz y fogoso que no ve que las ideas, como los árboles, han de venir de larga raíz, y ser de suelo afín, para que prendan y prosperen, y que al recién nacido no se le da la razón de la madurez porque se le cuelguen al rostro blando los bigotes y patillas de la edad mayor. Monstruos se crean así, y no pueblos: hay que vivir de sí y sudar la calentura. En otros, la yanquimanía es inocente fruto de uno u otro saltito de placer, como quien juzga de las entrañas de una casa, y de las almas que en ella rugen o fallecen, por la sonrisa y lujo del salón de recibir, o por la champaña y el clavel de la mesa del convite; padézcase; carézcase; trabájese; ámese, y, en vano; estúdiese, con el valor y libertad de sí; vélese, con los pobres; llórese, con los miserables; ódiese, la brutalidad de la riqueza; vívase, en el palacio y en la ciudadela, en el salón de la escuela y en los zaguanes, en el palco del teatro, de jaspes y oro, y en los bastidores, fríos y desnudos; y así se podrá opinar, con asomos de razón, sobre la república autoritaria y codiciosa, y la sensualidad creciente, de los Estados Unidos. En otros póstumos enclenques del dandismo literario del segundo imperio, o escépticos postizos bajo cuya máscara de indiferencia suele latir un corazón de oro, la moda es el desdén,—y más, de lo nativo; y no les parece que haya elegancia mayor que la de beberle al extranjero los pantalones y las ideas, e ir por el mundo erguido, como en el faldero acariciado, el pompón de la cola. En otros es como sutil aristocracia, con la que, amando en público lo rubio como propio y natural, intentan encubrir el origen que tienen por mestizo y humilde, sin ver que fue siempre entre hombres señal de bastardía el andar tildando de ella a los demás, y no hay denuncia más segura del pecado de una mujer que el alardear de desprecio a las pecadoras. Sea la causa cualquiera—impaciencia de la libertad o miedo de ella, pereza moral o aristocracia risible, idealismo político o ingenuidad recién llegada,—es cierto que conviene, y aun urge, poner delante de nuestra América la verdad toda americana, de lo sajón como de lo latino, a fin de que la fe excesiva de la virtud ajena no nos debilite, en nuestra época de fundación, con la desconfianza inmotivada y funesta de lo propio. En una sola guerra, en la de Secesión, que fue más para disputarse entre Norte y Sur el predominio en la república que para abolir la esclavitud, perdieron los Estados Unidos, hijos de la práctica republicana de tres siglos en un país de elementos menos hostiles que otro alguno, más hombres que los que en tiempo igual, y con igual número de habitantes, han perdido juntas todas las repúblicas españolas de América, en la obra naturalmente lenta, y de México a Chile vencedora, de poner a flor del mundo nuevo, sin más empuje que el apostolado retórico de una gloriosa minoría y el instinto popular, los pueblos remotos, de núcleos distantes y de razas adversas, donde dejó el mando de España toda la rabia e hipocresía de la teocracia, y la desidia y el recelo de una prolongada servidumbre. Y es de justicia, y de legítima ciencia social, reconocer que, en relación

con las facilidades del uno y los obstáculos del otro, el carácter norteamericano ha descendido desde la independencia, y es hoy menos humano y viril, mientras que el hispanoamericano, a todas luces, es superior hoy, a pesar de sus confusiones y fatigas, a lo que era cuando empezó a surgir de la masa revuelta de clérigos logreros, imperitos ideólogos, e ignorantes o silvestres indios.—Y para ayudar al conocimiento de la realidad política de América, y acompañar o corregir, con la fuerza serena del hecho, el encomio inconsulto,—y, en lo excesivo, pernicioso—de la vida política y el carácter norteamericanos, *Patria* inaugura, en el número de hoy, una sección permanente de "Apuntes sobre los Estados Unidos", donde, estrictamente traducidos de los primeros diarios del país, y sin comentario ni mudanza de la redacción, se publiquen aquellos sucesos por donde se revelen, no el crimen o la falta accidental—y en todos los pueblos posibles—en que solo el espíritu mezquino halla cebo y contento, sino aquellas calidades de constitución que, por su constancia y autoridad, demuestren las dos verdades útiles a nuestra América:—el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos—y la existencia, en ellos continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos.

Patria, Nueva York, 23 de marzo de 1894.
OC, t. 28, pp. 290-294.

Índice

Martí en su (tercer) mundo / 5

El difícil arte de compilar a Martí / 41

Nota a la tercera edición / 45

Cuba / 47

"Vindicación de Cuba" / 49

Con todos, y para el bien de todos / 55

Nuestras ideas / 65

El Partido Revolucionario Cubano / 73

Carta al general Máximo Gómez [13 de septiembre de 1892] / 77

"Mi raza" / 81

La crisis y el Partido Revolucionario Cubano / 85

El tercer año del Partido Revolucionario Cubano.
El alma de la revolución, y el deber de Cuba en América / 89

El Partido Revolucionario Cubano a Cuba.
Manifiesto de Montecristi / 95

Carta a Federico Henríquez y Carvajal [25 de marzo de 1895] / 103

Carta a Manuel Mercado [18 de mayo de 1895] / 107

Nuestra América / 111

Nuestra América / 113

El hombre antiguo de América y sus artes primitivas / 121

La República Argentina en los Estados Unidos / 125

Madre América / 131

La Conferencia Monetaria de las repúblicas de América / 139

San Martín / 149

Simón Bolívar / 157

Los Estados Unidos / 165

Henry Ward Beecher. Su vida y su oratoria / 167

El general Grant / 177

Fiestas de la Estatua de la Libertad / 205

El cisma de los católicos en Nueva York / 219

Un drama terrible / 231

El asesinato de los italianos / 253

La verdad sobre los Estados Unidos / 259